# teocracia católica

volumen III

BX
945.2
.T4
1960
v.3

julio tapia c.

editorial del pacífico, s. a.
santiago de chile

## TEOCRACIA CATOLICA

por *Julio Tapia Cabezas*

En esta continuación de su obra TEOCRACIA CATOLICA, el Ingeniero y Profesor Julio Tapia Cabezas nos ofrece una visión clara y profunda de la época histórica que marca la decadencia del Imperio Teocrático y que abarca desde el Tratado de Westfalia, en 1648, hasta la Revolución Francesa, en 1789.

Se trata de un estudio a la vez ameno y riguroso; al mismo tiempo ceñido a estricta documentación histórica y acotado con interpretaciones de alto interés por su audacia y originalidad.

Así, al referirse a los gobiernos de Luis XIV y Luis XV, sobre los que tanto se ha escrito, nos presenta una crítica que, rebasando moldes generalmente aceptados por lo repetidos, permite apreciar en su verdadera dimensión histórica a estos personajes y a los que gravitaron en forma decisiva sobre los acontecimientos de ese tiempo.

Las figuras relevantes de Montesquieu y Voltaire son analizadas en forma certera y desapasionada, y del estudio concienzudo de sus personalidades y sus obras, fluyen con nitidez tanto su genialidad como sus limitaciones y debilidades humanas.

La Masonería, siempre discutida por el hálito de misterio que la envuelve, aparece en estas páginas a través de un estudio objetivo y desapasionado, que muestra sin exageraciones los verdaderos alcances de la influencia que ha ejercido y ejerce hasta hoy sobre acontecimientos, instituciones y personas.

Una interesante novedad que ofrece esta obra es su estudio sobre la evolución de las culturas, que incluye una enjundiosa síntesis de las ideas sustentadas por los grandes intérpretes de la historia, aportando el autor su propia interpretación y su original clasificación de las culturas.

Al enfocar, por último, la efervescente época de Luis XVI, analiza con la misma tónica de seriedad en la documentación y orginalidad en los juicios, las personalidades y las actuaciones de este monarca y de los prohombres de la Revolución Francesa.

60 v.3
Julio.
lica

1.–Teocracia

Es propiedad.
Derechos reservados para todos los países
(c) by Editorial Del Pacífico, S. A.
Inscripción Nº 22877
Santiago de Chile, 1962

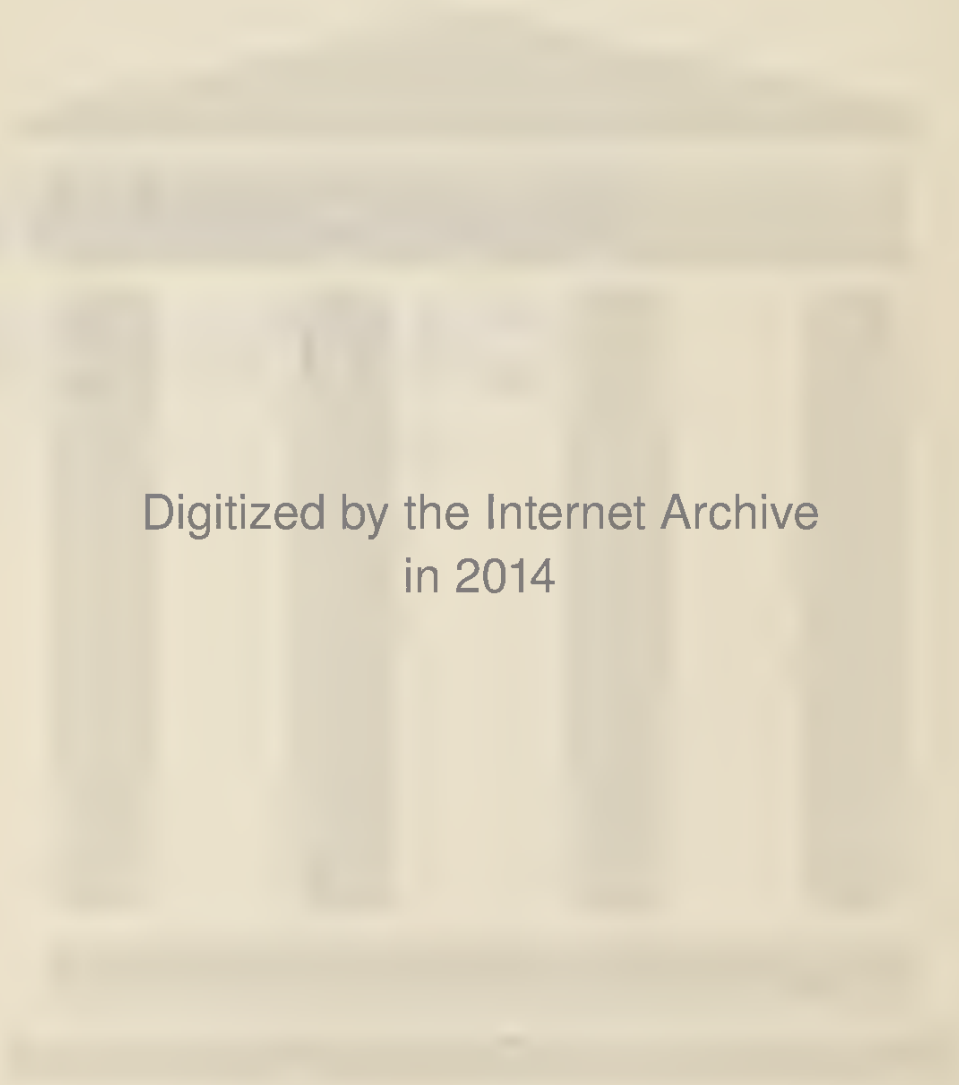
Impreso y hecho en Chile
Printed and made in Chile
Editorial Del Pacífico, S. A.
Santiago de Chile, 1962
409

JULIO
TAPIA CABEZAS

# TEOCRACIA CATOLICA

VOLUMEN TERCERO

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
Santiago de Chile.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/teocraciacatolic03tapi

# PROLOGO

Ofrecemos el tercer volumen de TEOCRACIA CATOLICA. Su autor continúa desarrollando el animado y nutrido acontecer de la historia. Quienes leyeron los dos volúmenes primeros saben cómo este libro nos introduce, amablemente, en épocas lejanas y diferentes. Guiados por su certera visión, hombres y hechos del pasado vuelven a adquirir todo el valor y contenido que tuvieron para sus contemporáneos y, no pocos, incluso para nuestra propia vida.

En este tercer volumen asistimos como espectadores retrospectivos al desarrollo de una etapa apasionante de la historia. Son más de cien años (1648-1789) los enjuiciados en las agudas y documentadas páginas que nos entrega el Ingeniero y Profesor Julio Tapia C. Personajes de primera magnitud por los cargos que desempeñaron o por su valor intrínseco, personajes que rodearon las reales existencias de Luis XIV hasta Luis XVI, de trágico destino, desfilan ante la imaginación de quien abre este ameno e instructivo volumen. Saben ya los lectores que no se trata de un simple relato cronológico. Quiéralo o no su autor, se desprenden juicios, surgen apreciaciones, ante los cuales hombres y hechos tienen que ser valorados a través de estos elementos de crítica. Debemos confesar que, muchas veces, el lector queda en suspenso ante la audacia de la opinión que el autor emite, pese al espontáneo empeño de éste de atenuar todo aquello

que, siendo fruto propio, se comprende fue cultivado en una siembra larga de estudios, lecturas y reflexiones...

El narrador de la historia no puede silenciar hechos importantes ocurridos en el período que estudia. TEOCRACIA CATOLICA no hace excepción al respecto. Así, encontraremos en estas páginas un estudio serio, desapasionado, objetivo e interesante sobre la discutida y misteriosa Masonería que, desde su aparición en el pasado hasta hoy, ejerce influencia y presión en acontecimientos, instituciones y personas... Con igual objetividad debe tratar otro hecho, aparentemente local en cuanto se refiere a una institución, pero que tuvo innegable trascendencia en el desarrollo de la historia que le fue contemporánea. Nos referimos a la expulsión y supresión de la Compañía de Jesús, considerada con razón uno de los pilares de la Iglesia Católica. Don Julio Tapia no altera en ninguno de los dos casos su plan general: narra el hecho apoyado en valiosa documentación y muestra la relación secreta o pública de fenómenos colaterales y simultáneos... La leyenda cede el paso a la verdad histórica. Los fantasmas surgidos al calor de fantasías espontáneas o cultivadas se desvanecen y retoman su verdadera proporción los hombres que actuaron, ya sea para perseguir o para ser blancos de la persecusión...

Finalmente, este volumen agrega al valor histórico ya señalado —valor que se expresa en la seriedad de su documentación y el equilibrio de sus juicios— el significativo aporte de una original e interesante interpretación de la historia, que se diría que los mismos hechos obligan al autor a insinuar. Estamos ciertos de que, para más de un lector, constituirá una valiosa novedad lo que, a este respecto, le entregará la lectura de esta tercera parte de TEOCRACIA CATOLICA. Su autor entra en materia haciendo un oportuno y feliz recuerdo de quienes han intentado formular sus propias interpretaciones de la his-

toria y de la cultura humanas. Desde Guiciardini, Machiavelo, J. B. Vico, Danilewski y Spengler, hasta el contemporáneo Toynbee, constituyen la serie de historiadores y filósofos de la historia, cuyas enseñanzas y notas más particulares señala el autor en apretada síntesis. Dos, entre ellos, merecen especial atención: el ruso Danilewski, cuya obra por desgracia no parece suficientemente conocida o divulgada, que tiene el mérito de haberse anticipado a nuestra generación haciendo un diagnóstico sobre las profundas diferencias que separan al mundo eslavo del mundo y cultura occidentales. Quién sabe si este hecho, mejor estudiado y, por lo mismo, considerado con la atención que se merece, allanaría dificultades y facilitaría la fórmula de comprensión entre estos dos poderosos sectores que dividen y, a la vez, constituyen la humanidad contemporánea. El otro es el filósofo Spengler, el famoso autor de "La decadencia de Occidente". Julio Tapia admira el genio, la sagacidad, la cultura, del célebre escritor; pero advierte, a la vez, su extraordinaria desaprensión en materias graves y delicadas, sobre todo en la pluma de un pensador. Leemos, así, el siguiente juicio: "...sus ideas muy discutibles y algunas sin duda erróneas, él las justifica con un estupendo malabarismo de los hechos. No respeta la cronología y pasa por alto todo lo que podría servir de base a argumentos contrarios". Refiriéndose siempre a Spengler, con indisimulada pesadumbre y acaso con desilusión, dice el autor de TEOCRACIA CATOLICA que la dictadura nazi influyó sensiblemente en el talentoso y original pensador. Sus libros escritos en los tiempos del poderoso Hitler, le permiten decir que "no es el mismo de antes del Tercer Reich...".

Para nuestro ensayista de la historia, la evolución cultural de la humanidad sigue el mismo proceso que la vida: se nace, se desarrolla y, finalmente, se muere. Las

ideas políticas, filosóficas, religiosas, etc., los intereses materiales, especialmente económicos, agrupan a los hombres y dan origen a las nacionalidades (nacimiento). Estas crecen y se perfeccionan (desarrollo), llegando a constituir algunas, culturas superiores. En razón de ello adquieren mayor campo de influencia —nuestro autor las llama "culturas céntricas"— y, en determinado momento, llegan a ser el motor vital de toda la evolución cultural e histórica de los pueblos. Otro fenómeno interesante es la agrupación de pueblos que exhiben una sola y común cultura. Esta observación no sólo corresponde al presente. También encontramos el mismo hecho en el pasado y, en él, la explicación de trastornos y movimientos históricos que sólo a la luz de esta realidad podemos apreciar en su sentido y significación auténticos. Pero, hay más en este fino juicio. Por razones múltiples hay pueblos —hoy se les agruparía bajo el socorrido denominativo de "subdesarrollados"— que, culturalmente, son y fueron explotados por los más poderosos. Por último, dice el autor que, en el campo cultural, hay lo que él llama "pueblos extraños" (judíos, vascos) que han resistido toda influencia que torciera o viciara sus formas originales . . .

Nos parece que lo dicho justifica el interés, el valor y la aportación de este tercer volumen de TEOCRACIA CATOLICA. La acogida dada a los volúmenes anteriores es garantía anticipada de la aceptación que tendrá y del interés con que será recibido este nuevo esfuerzo de nuestra EDITORIAL.

# CAPITULO I

1) Generalidades.— 2) Alejandro II (1655).— 3) Cristina de Suecia.— 4) y 5) Luis XIV.— 6) El jansenismo.

## 1)

La segunda etapa del período de la Historia de la Iglesia Católica, que hemos denominado "Bajo Imperio", comienza en 1648, fecha en que se firma el Tratado de Westfalia, y termina con la entrada del ejército italiano en Roma, en 1870, acontecimiento que pone fin al poder temporal de la Iglesia. Como ya antes habían sido ocupados los Estados Pontificios y Roma era defendida por una guarnición francesa, puede estimarse que este período dura doscientos años. Es ésta una época de transición entre el decadente Imperio Teocrático y el Imperio Espiritual; tiene cierta analogía con el período de Avignon. Es verdad que este último es más largo, pero sirve igualmente de enlace entre dos grandes divisiones: el Imperio Teocrático y el Imperio Espiritual.

El Tratado de Westfalia no reconoce la importancia de la Iglesia en la política internacional. No se la toma en cuenta y, a pesar de sus protestas, no se consideran sus reclamos acerca de la supresión o secularización de los feudos eclesiásticos que fueron cedidos a otras potencias o a los príncipes protestantes.

La Iglesia ha perdido importancia en cuanto a los asuntos internacionales. El cesaropapismo en las naciones católicas disminuye cada vez más su autoridad, mas estas pérdidas son relativas: la Iglesia se ha expandido por la tierra y ha dejado de estar circunscrita a la Europa Occidental, para llegar a ser mundial.

Es en este período cuando la Iglesia sufre los ataques más formidables, más destructores, en tal forma, que sus enemigos creen que ha llegado su fin. Durante el gran cisma, la Iglesia se dividió en cuanto a su directiva; la anarquía producida pudo llegar a establecer Iglesias nacionales, lo que no pasó ante el temor del desquiciamiento total de la sociedad existente. En el caso de la Reforma, se atacó la autoridad pontificia, se discutió el valor y número de los sacramentos; pero en esta nueva ofensiva se va a fondo y se niega la divinidad de Cristo, base del cristianismo. Es el primer paso hacia la divinización de la naturaleza y del ateísmo, el que viene a continuación, como consecuencia lógica.

En estos doscientos años de continua evolución política, se pasa de las monarquías absolutas populares a los gobiernos constitucionales. Los monarcas, apoyados en la burguesía y en el pueblo, han desplazado a la nobleza y han aplastado el feudalismo, mas los nobles, al perder su importancia, se transforman en cortesanos que viven de la generosidad real. Muy pronto la burguesía y los proletarios que forman las clases no privilegiadas, es decir, las que pagan los impuestos, miran a la nobleza como explotadora del producto de su traba-

jo y nace, como en Inglaterra y Holanda, el deseo de ejercer y controlar el poder.

El hecho de que en Francia la corte se instale en Versalles, lejos de París, es decir, que se aisle del pueblo que le dio el triunfo, la hace perder su base popular. El conocimiento de que existe una corte fastuosa formada por una nobleza que sólo aspira al placer y a la vida regalada, preocupada de la intriga como principal actividad, hace resaltar más aún el estado mísero del proletariado burgués y del campesinado. La burguesía adinerada no ve la razón por la que no debe ir al gobierno para el cual se siente preparada.

La Iglesia ha reconocido el poder de origen divino de los reyes, pero éstos pueden ser cambiados, si no gobiernan de acuerdo con las normas cristianas. Al acentuarse el carácter hereditario de las monarquías, la Iglesia perdió este derecho y, sin embargo, continuó apoyándolas en tal forma que la burguesía vio en ella un obstáculo que había que salvar para conseguir el fin deseado. Roma no supo evolucionar a tiempo en este sentido, lo que acaeció debido, en gran parte, a que ella ejercía una autoridad absoluta en sus dominios temporales. La alianza entre la Iglesia y el trono perjudicó considerablemente a la primera, más todavía cuando éste trataba de oprimirla y valerse de ella en su tendencia despótica.

En esta lucha entre la burguesía y los soberanos absolutistas es interesante estudiar las diferentes etapas en que se desarrolló, ver cómo primero se apoya en los monarcas para disminuir el poder eclesiástico y cómo éstos torpemente lo aceptan; cómo después se basa en el proletariado para derribar la monarquía en Francia y quitarle a éste el triunfo obtenido a su costa. No se fijan que han puesto en marcha una fuerza que ya no podrán detener en su desarrollo y que muy pronto amenazará el poder adquirido.

2)

Sucedió a Inocencio X el Cardenal Fabio Chiggi, quien fue elegido, a pesar de que al comenzar el cónclave, había sido excluido por Francia; sin embargo, fue aceptado después. Tomó el nombre de Alejandro VII. Era un sacerdote de costumbres austeras y había dado muestras de poseer gran talento como diplomático.

Al comenzar su Pontificado manifestó no querer beneficiar en ninguna forma a sus parientes, lo que finalmente hizo a pedido de sus consejeros, para terminar practicando un nepotismo tan exagerado, como el de varios de sus antecesores. Enriqueció tanto a su familia, que llegó a ser una de las más opulentas de Roma.

Debido a circunstancias especiales, no hubo, durante este Pontificado, un Cardenal sobrino, algo que ya se había convertido en una costumbre administrativa.

Alejandro VII designó como su Ministro a un excelente Prelado, el Cardenal Rospigliosi. Ante el aislamiento internacional de la Santa Sede que se iba produciendo, el Papa y su Ministro vieron la necesidad de iniciar una nueva diplomacia. Ya no se debía tratar a los monarcas protestantes como enemigos principales. La paz de Westfalia formó un nuevo concepto en cuanto a las relaciones entre las naciones cristianas; había que dirigirlas contra los enemigos tradicionales, que en ese momento eran los turcos.

El Imperio Turco no era una nación, sino un estado militar. El sultán, o sea, el monarca debía mantener contento al ejército, a los genízaros, base del poder; había que mantenerlos en constante actividad, es decir, en una continua guerra. Después del reinado de Solimán, el Imperio había comenzado a decaer. Derrotado por los persas, los turcos se lanzaron al ataque de los Balkanes y de las posesiones de Venecia. El Papa trató de auxiliar tanto al Emperador como a la República

Veneciana. El conseguir la alianza de Francia o España, como en tiempos pasados, ya no era posible, si no existía un evidente objetivo político —el afán religioso era algo que había desaparecido—, y estos motivos políticos se encontraban en otros países, como Rusia y Persia.

3)

Al morir en los campos de batalla Gustavo Adolfo, rey de Suecia, dejó como única heredera a una hija, Cristina, de seis años de edad. El rey, al no tener hijos varones, trató de dar a su hija una educación más de carácter masculino que femenino, lo que contribuyó a que la futura reina estuviera de acuerdo con los deseos de su padre. Digna hija del que fue un gran soberano, unía al talento un genio impulsivo y resuelto. Se rodeó de sabios notables, como el gran matemático y filósofo francés Renato Descartes. Muy pronto le preocupó el problema religioso; atraída por el catolicismo, pidió que le enviaran padres jesuitas, los que sólo pudieron llegar a Suecia como sabios, ocultando su calidad de sacerdotes católicos.

Después de largas y detenidas conversaciones, Cristina resolvió abrazar el catolicismo, mas, como muy bien lo había comprendido, esto era inaceptable en un soberano victorioso, adalid del protestantismo. Por este motivo resolvió abdicar la corona en favor de su primo Carlos Gustavo. ¿Hubo en esta resolución sólo el motivo religioso u otro de carácter sentimental? Esto es algo que no se puede precisar y que los biógrafos y novelistas han explotado ampliamente. No hay duda, sí, que el carácter violento y, en cierto modo, atrabiliario de la reina la empujaron a tomar una resolución de la que después debe haberse arrepentido. El hecho de que más tarde tratara de mezclarse en una serie de intrigas para

arrebatar a los españoles el reino de Nápoles, da la impresión de que sentía la nostalgia del poder.

Al pasar por Bruselas en dirección a Roma, donde iba a fijar su residencia, abjuró solemnemente del luteranismo e ingresó en la Iglesia Católica. En la ciudad eterna fue recibida y festejada con toda esplendidez. Muy pronto se pudo apreciar que la ex reina no iba a ser un modelo de santidad y que jamás renunciaría a la vida mundana y a mezclarse en el ajetreo político, que era algo instintivo en ella, algo que llevaba en la sangre.

Salió de Roma, y en Francia causó sensación el hecho de mandar asesinar a uno de sus servidores, Nonaldeschi, por creer que había traicionado sus secretos políticos. Lo que en un país como Francia tenía un aspecto criminal era para Cristina algo natural, el ejercicio de un derecho adquirido por su ascendencia real.

4)

Durante la regencia de Ana de Austria, el gobierno dirigido por el Cardenal Mazarino logró dominar las últimas tentativas de la nobleza, encaminadas a disminuir la autoridad real. El rey Luis XIV, a pesar de haber llegado a la edad fijada en Francia para poder ejercer el poder, no intervino en la adminsitración, la que continuó en manos del Cardenal hasta su muerte.

Todos creían que el joven rey de veintidós años de edad, como era ya costumbre, elegiría un primer Ministro que se haría cargo del gobierno en su nombre, mientras él se entregaba a una vida de diversiones y ociosidad. Grande fue la sorpresa cuando el rey llamó a los Ministros que habían gobernado con Mazarino y, en cortas y terminantes palabras, les advirtió que en adelante nada se resolvería sin que se le concultase y sin su aprobación. La famosa frase: "El Estado soy

Yo" fue arreglada después, la que, si bien en verdad es una séntesis de la monarquía absoluta, no reflejaba realmente el pensamiento del monarca.

Esta advertencia del rey fue tomada en una forma dudosa, en cuanto a la posibilidad de que pudiera dedicarse a dirigir algo tan complicado, cuando el Cardenal Mazarino había tenido la precaución de no darle a conocer sino una mínima parte de los asuntos del gobierno.

Luis XIV era entonces un joven de figura agraciada, que tenía un sentido innato de la majestad que él representaba. Había heredado de su bisabuelo, Felipe II de España, el saber mantenerse frío, sereno y majestuoso, sin que las buenas ni las malas noticias afectaran su imperturbable actitud; ni aun los dolores físicos, que dominaba en lo posible, parecían afectarle. Heredó también de él su consagración al trabajo como rey; todo lo debía conocer; todo debía pasar por sus manos. Hace recordar a su abuelo Enrique IV en su pasión por el bello sexo, con la diferencia de que pretendió hacer creer, y él lo estimó así, que ninguna de sus favoritas influía en sus decisiones políticas, lo que advirtió a sus Ministros en los siguientes términos: "Si observáis alguna vez que una mujer cualquiera adquiere la menor influencia política sobre mí, avisadme, y yo os prometo que, antes de veinticuatro horas, habré roto los tales lazos". Estas palabras nos demuestran su carácter presuntuoso y el escaso conocimiento que tenía de los cortesanos y del alma humana.

Si bien es cierto que aparentemente el amor no influyó en su política, no le preocupó la forma en que rebajaba la majestad real y el mal ejemplo que daba a sus súbditos al aceptar en su corte una especie de serrallo, digno de un príncipe musulmán, e imposible de justificar en un monarca que se titulaba "Rey Cristianísimo". El adulterio, aun el doble adulterio, practicado

en forma oficial, tenía que contribuir al desquiciamiento de la santidad del matrimonio, que era la base de la sociedad.

El rey, de inmensa arrogancia, convencido del origen divino de su poder, se estimaba como un semidiós. De mediocre inteligencia, no supo apreciar que la grandeza de que disfrutaba era debida a reyes, como Enrique IV; a Ministros, como Sully, cuya norma principal era el bien público; y a su padre Luis XIII, que había tenido la fuerza de voluntad suficiente para apoyar el gobierno de Richelieu, quien en forma genial había transformado a Francia en la gran potencia de Europa. Todo lo que se hacía y él aprobaba era la obra del equipo de Ministros legado por Mazarino. Después, cuando los cortesanos y literatos, deseosos de adular, van a cantar sus proezas militares, no ve claramente que éstas se deben al haber heredado un buen ejército y Generales de rasgos geniales, como Turena y Condé y aun Luxemburgo.

La adulación de los escritores ha convertido a Luis XIV en "Luis el Grande". ¡Cuán distinta es la verdad! Su gobierno, bajo varios aspectos, fue desastroso, y bien puede decirse que dio origen a la Revolución Francesa. Cuando Luis XIV inició su reinado, Francia era una nación rica y poderosa; su población, de veinticinco millones de habitantes, superaba a la de Inglaterra, Alemania e Italia juntas. Cuatro guerras, todas ellas provocadas, ya que la última pudo fácilmente evitarse, arruinaron la nación. Una corte, la de Versalles, modelo de fausto, de esplendor, de derroche, de lujo excesivo, no sólo consumió sumas enormes en su mantención, sino que redujo una nobleza altiva en un conjunto de cortesanos aduladores que sólo vivían de lo que el rey les asignaba, es decir, del producto del trabajo de las clases no privilegiadas. Francia llegó a una conclusión lógica: esta nobleza era la que estrujaba la vitalidad del

país. Es en el reinado de Luis XIV en el que hay que buscar el origen de los sucesos de 1789.

La literatura, una de las artes más bellas y útiles, puede producir tristes resultados cuando sus cultivadores se dedican a adular siempre con un objetivo práctico. Vemos a poetas, como Boileau, cantar, en épicas estrofas, las glorias guerreras del rey, al atravesar el Rhin el ejército francés en la guerra de Holanda. La obra del soberano fue mirar en forma majestuosa cómo se verificaba esta operación militar, calificada por Napoleón como de cuarto orden.

Uno de los más célebres escritores del siglo XVIII, Voltaire, ha escrito una de sus principales obras de historia sobre el tiempo de este rey, "El Siglo de Luis XIV". El encanto y gracia del estilo, la amenidad periodística de la narración, impiden notar la superficialidad del método histórico. Es la gloria de Francia, es el reinado de Luis el Grande, lo que ahí se relata. Voltaire sabe adular o ridiculizar, ensalzar o reír, y lo hace magistralmente, según convenga a sus intereses. Esta obra da una idea falsa de la realidad de dicho reinado. Luis XIV no fue el solitario del Escorial, que sólo pensaba en el correcto modo de gobernar. Un dato como el siguiente nos da una idea clara de lo pasado: Luis XIII dejó en pedrerías preciosas cien mil escudos; Luis XIV dejó veinte millones, en circunstancias de que el pueblo padecía una miseria horrible. Con justicia dice el marqués de Argenson en sus Memorias: "La corte es la tumba de la Nación; si antes Francia aparecía como una buena moza, robusta, lozana, fornida, ahora recuerda una araña de desmesurada cabeza y largos y flacos brazos".

5)

Luis XIV tuvo especial preferencia por la política exterior, y se dedicó a ella en tal forma, que llegó a

dominar a sus consejeros por el amplio conocimiento que tenía de la situación de cada uno de los gobiernos extranjeros. Dentro de su desmedido orgullo, comenzó a exigir un reconocimiento de la superioridad francesa hasta en detalles protocolares. Por ejemplo, era costumbre que cuando llegaba un Embajador de un gobierno a cualquier corte, hacía una ostentosa entrada, y, a su vez, era recibido en igual forma por los otros Embajadores. El rey de Francia exigió que, en los desfiles, su Embajador ocupara el primer puesto; y en las cortes en que esto no se aceptó, se trató de conseguirlo o imponerlo. Hubo una larga negociación con España, y al fin Felipe IV, su suegro, se vio obligado a reconocer esta arbitraria imposición.

En Roma, para evitar conflictos, Alejandro VII, con un pretexto u otro, trató de impedir estas ceremonias, por lo que Luis XIV decidió humillar al Papa. Envió de Embajador al Marqués de Crequí, persona de carácter difícil y puntilloso, elegido precisamente por estos defectos. Recibió órdenes especiales de molestar a la corte romana y provocar un conflicto.

Hizo el Marqués una aparatosa entrada con un acompañamiento armado, y muy luego hubo incidentes con la guardia corsa del Pontífice. Estalló el desorden y hubo heridos, con lo que se consiguió el fin que se perseguía. A pesar de que todo el derecho y toda la razón estaban de parte de la Santa Sede, la amenaza de una intervención armada en Italia y la ocupación del condado de Avignon y feudos pertenecientes al Papado y la posibilidad de complicaciones que hacían temer incidentes similares a los de la época de Bonifacio VIII o de Clemente VII, obligaron a Roma a someterse a la humillación de enviar a París a un Cardenal, sobrino del Papa, a fin de dar explicaciones; a despedir a la guardia corsa y a erigir en Roma una pirámide conmemorativa, que tuviera grabada una relación de lo

acontecido, para que se supiera hasta dónde llegaba la autoridad del "rey cristianísimo".

El haber logrado que el rey de España aceptara las exigencias de la corte francesa y haber humillado en una forma tan notoria a la Santa Sede exacerbaron el orgullo y la prepotencia de Luis XIV en tal proporción, que perdió el sentido de la realidad de su poder. Así lo veremos lanzarse a una serie de guerras, victoriosa la primera, dudosa la segunda, indecisa la tercera y desastrosa la última, sobre todo por sus consecuencias económicas.

6)

Los grandes pensadores, al escribir sus obras, creen haber expuesto claramente su pensamiento y no imaginan a cuántas controversias van a dar origen las diferentes interpretaciones que se hará de sus ideas. San Agustín, Obispo de Hipona, uno de los más célebres Padres de la Iglesia, pensador profundo, ha sido interpretado de variadas maneras.

Cornelio Jansen, Obispo de Iprés, más conocido como Jansenio, se dedicó al estudio intenso de las obras de Agustín, y como resultado de este trabajo de toda su vida, compuso el "Agustinus". Creyó —y se jactó de ello— haber captado el verdadero sentido de la idea agustiniana. Jansen era íntimo amigo de Juan du Verger de Hauranne, abad de Saint Cyran, el que, admirador de la obra de su amigo, se hizo cargo del original a la muerte del autor. La familia de los Hauranne, de vastas vinculaciones, aceptó y propagó las conclusiones de Jansen que encontraron amplia acogida en un grupo selecto. Se sostenía que el hombre para salvarse de sus instintos pecaminosos, derivados del pecado original, debe confiar únicamente en la gracia de Dios. El hombre no puede librarse del pecado por las buenas

obras, sino tan sólo por el amor a Dios, que Dios mismo le inspira.

La doctrina jansenita no estaba de acuerdo con lo sostenido por la Iglesia, la que decía que el hombre podía purgarse de sus pecados con actos de contrición y penitencia, y esto era lo que defendían los jesuitas. La idea jansenita no era nueva; había servido de base, en las discusiones teológicas, a los protestantes, especialmente a Calvino, para llegar a la predestinación. No es raro que en el círculo en que se desarrolló el calvinismo halla encontrado la mayor parte de sus adeptos el jansenismo. Por este motivo, con cierta razón se le puede clasificar como un calvinismo católico.

Muy luego estas ideas, en las que honradamente sus fundadores vieron la posibilidad de acercarse más a lo espiritual, fueron aprovechadas por el ambiente político, y transformadas en una arma de oposición al gobierno. Una vez más se repite el fenómeno ya observado en Bizancio: cuando se impide la libertad política, la oposición busca cualquier camino para manifestarse. En un régimen tan absolutista y enérgico como el implantado por Richelieu, no cabía una franca opinión contraria; había que disfrazarla bajo el aspecto religioso. El jansesenismo atacaba dos cosas: el absolutismo real, y por eso se unió a él en gran parte la nobleza aparentemente sometida, y el elemento judicial que aspiraba a desempeñar actividades políticas; y la tendencia hacia el absolutismo de la infabilidad papal.

Grupos intelectuales de primer orden, poetas, escritores y polemistas brillantes, como el poeta Racine, el historiador Tillemont y el pensador profundo, gran matemático y admirable prosista, Blas Pascal, hombre verdaderamente genial, desgraciadamente de corta vida, adhirieron al jansenismo. Richelieu procedió, como acostumbraba, en forma implacable: encerró en la cárcel al

abad de Saint Cyran, de donde sólo pudo salir a la muerte del Cardenal.

Durante la Fronda, el jansenismo figuró en la oposición y se hizo antipático a Luis XIV no sólo por su aspecto político, sino también por su espíritu de austeridad tan en desacuerdo con el fausto y el lujo de la Corte. Los Papas, como Urbano VII, lo condenaron. Oficialmente lo hizo Inocencio X, quien declaró heréticas, impías y malditas, cinco proposiciones que los jesuitas habían extraído del jansenismo.

En un formulario redactado por el gobierno, al cual debieron adherir los eclesiásticos, se adoptó el fallo que condenaba las cinco proposiciones. Luego, el nuevo Papa Alejandro VII confirmó dicha sentencia.

# CAPITULO II

1) Clemente IX (1667).— 2) Restauración de los Estuardos en Inglaterra (1660).— 3) Felipe IV de España.— 4) Ministros de Luis XIV.— 5) Guerra de la Devolución (1665).— 6) Clemente X (1670) e Inocencio XI (1676).— 7) Guerra de Holanda (1672 a 1678).— 8) Los Hohenzollern.

## 1)

El Cardenal Julio Rospigliosi sucedió a Alejandro VII con el nombre de Clemente IX. Sacerdote de costumbres puras, modesto y moderado, poseía talento y grandes dotes como diplomático; gozaba de generales simpatías por su carácter bondadoso. Trató de emplear las grandes sumas, que era costumbre gastar en las fiestas de la coronación, en repartirlas entre los necesitados. Se deseaba terminar, con lo que era considerado como un abuso, es decir con el nombramiento de un Cardenal sobrino. Si es cierto que el nuevo Papa nombró Cardenal a su sobrino Giacomo Rospigliosi, sin embargo dejó al frente del gobierno al Cardenal Azzolini, experto en los negocios públicos. A su pariente le fijó una renta moderada, sin permitir en ninguna forma el funesto nepo-

tismo, ni que se persiguiera a la familia enriquecida de su antecesor.

El acta condenatoria del jansenismo no fue aceptada por cuatro Obispos franceses, por lo que se creó una difícil situación entre ellos, el Rey y el Papa. Clemente comprendió lo odioso, lo innecesario y peligroso de recurrir a medidas violentas y, a pesar de las exigencias del soberano francés, supo mantener la concordia; a esta actitud del Pontífice se le dio el nombre de "paz clementina". Era una tregua en un asunto de discusión teológica, que se aprovechaba con fines políticos, y que cambiaba según estos intereses. Dada la tenacidad de sus sostenedores, quienes honradamente defendían sus ideas, sólo podía contribuir a perjudicar a la Iglesia. Por lo tanto era lo más prudente apaciguar los ánimos.

Clemente IX ayudó decididamente a Venecia en la defensa de la isla de Creta, atacada por los turcos. Las naciones cristianas, ocupadas exclusivamente de sus intereses políticos, cuyo centro de gravedad se había desplazado hacia el Atlántico y el mar Báltico, no le dieron ninguna importancia a esta guerra, en la que lógicamente Venecia debería ser vencida por la desproporción de sus fuerzas frente al Imperio Turco y por su decadencia económica, debida al cambio de las rutas comerciales producidas por los descubrimientos geográficos. El Papa tuvo el sentimiento de ver la inutilidad de sus esfuerzos y el que Creta cayera en poder de los turcos, a pesar de la defensa heroica de los venecianos.

2)

Cromwell murió relativamente joven —no alcanzó a los sesenta años— hastiado del poder que tanto había ansiado. De acuerdo con las facultades que se le habían dado, designó como sucesor a su hijo, hombre tran-

quilo, sin ambiciones, que comprendió la imposibilidad de gobernar sin tener ningún apoyo. Abdicó de su título de Lord Protector y se retiró a la vida privada. Dividido el ejército, sobrevino un período de anarquía que terminó con el triunfo del general Monk, que con el sentido práctico, característico de los ingleses, vio la necesidad de restaurar la monarquía deseada por la gran mayoría.

Fue elegida una Cámara de Comunes que llamó a Inglaterra a Carlos II, hijo del rey Carlos I, que vivía refugiado en Holanda. Había heredado de su abuelo Enrique IV de Francia el sentido práctico de la vida y un sensualismo que le hacía cifrar en el amor femenino y en la vida cómoda su mayor aspiración. Esto le sirvió, porque la tendencia absolutista de los Estuardos fue postergada ante el temor de tener que cambiar las comodidades del trono por las tristezas del destierro. Su carácter amable le hizo olvidar todo odio, todo rencor, todo deseo de venganza; y trató de gobernar así o dejar gobernar a su ministro Clarendon, pues él prefería las regalías de la corona a las dificultades de ejercer el poder. Los arrestos absolutistas, herencia de su padre y de su abuelo, los olvidó y aun se opuso a todo lo que en alguna forma pudiera disgustar a la opinión pública, la que, como él comprendía muy bien, sólo aceptaba un gobierno en que el Parlamento tuviera la mayor parte del poder.

A pesar de que el Parlamento elegido en tiempos de Carlos II era abrumadoramente monárquico absolutista, el rey no varió su línea política y no aceptó ninguna exageración. Su madre y su hermano lo instaban a que se hiciera católico; y aunque esto era de su agrado, no lo hizo en vista de que el anglicanismo era ya una religión oficial y la de la mayoría de sus súbditos. No hay duda de que Carlos II fue un vividor despreocupado, pero tuvo siempre el buen criterio de tratar de no contrariar la opinión nacional.

Sólo en un punto contradijo el sentir popular, y fue en el mantenerse neutral en las guerras emprendidas por Luis XIV, neutralidad que era difícil distinguir de una alianza. Esto se debió a la admiración que sentía el soberano inglés por el rey de Francia y a que éste pagaba generosamente; con este dinero podía mantener una corte dispendiosa, sin recurrir al Parlamento. La venta del puerto de Dunkerque a Francia produjo disgustos profundos, aun cuando en realidad era el rey Carlos el que tenía la razón al tomar esta medida; en cualquier conflicto, esta plaza habría caído en poder de Francia.

Otro motivo de descontento fue la guerra contra Holanda, guerra impopular, a pesar de que, al terminarla, Inglaterra había conquistado la colonia de nueva Amsterdam, hoy día Nueva York; no se tomaba en cuenta que esta valiosa adquisición completaba el dominio inglés en esa parte de América. La profunda antipatía de la protestante Inglaterra hacia la católica Francia no nacía de las diferencias religiosas, como muchos lo han estimado; era ante todo de carácter político; el temor de una burguesía que había llegado al gobierno hacia una monarquía absolutista y absorbente.

Por medio de leyes hábilmente estudiadas, se consiguió establecer el dominio de la Iglesia oficial sobre las otras sectas protestantes; no hubo persecución religiosa, sino, en el fondo, una económica; es decir, se otorgaban los puestos eclesiásticos, las prebendas, sólo a los que seguían dentro de la Iglesia Anglicana.

3)

El reinado de Felipe IV de España fue glorioso en el aspecto literario y de las bellas artes, especialmente en la pintura, pero desastroso en la política internacional y en la administrativa. Fue un monarca de poca

capacidad, de carácter débil, que sólo aspiraba a llevar una vida cómoda y placentera. Entregó el mando a un favorito, el Conde Duque de Olivares, quien lo dominó completamente. Era un hombre bien intencionado, pero sin el carácter ni el talento que exigía la difícil situación en que el reino se encontraba.

Los Tratados de los Pirineos y de Westfalia pusieron en evidencia la triste realidad. España ya no era la gran potencia preponderante en la política europea. El hecho de verse obligada a reconocer la independencia de Holanda y Portugal constituían exigencias tan duras, que sólo una derrota total podía justificarlas. Sin embargo, no era sólo el gobierno de Felipe IV el responsable de este desastre. Puede decirse que la política imperial habsburguesa obligó a España a soportar una carga que era imposible resistir. Además de colonizar todo un continente, trabajo que necesariamente debía absorber muchos esfuerzos, se impuso el de sostener una lucha contra los países que se negaban a entrar en la órbita imperial. El oro de América fue el gran engaño que ilusionó a Carlos V, Felipe II y a los soberanos que les siguieron. Monarcas de un criterio sano y tranquilo, y, sobre todo, españoles como Fernando e Isabel, nunca se habrían embarcado en la aventura imperial de los Habsburgos, que eran europeos no nacionalizados y se creían soberanos del Imperio por derecho divino.

Felipe IV tenía dos hijas. La mayor se había casado con Luis XIV; aunque había sido condición expresa de que la princesa española, al contraer matrimonio, hacía renuncia completa a todos sus derechos al trono de España, Luis XIV, al no haber sucesión masculina a la corona hispánica, recordó que su esposa debería haber sido la heredera. Muy luego se comenzó a insinuar el problema, y el gobierno francés habló de la no validez de la renuncia de la reina María Teresa, pues era me-

nor de edad cuando la hizo y, además, se hacía presente que el dote establecido en el contrato matrimonial no había sido pagado. Era verdad que el erario español no tenía los fondos suficientes para hacerlo, más también era cierto que Francia nunca los había cobrado; premeditadamente no lo había hecho.

El posible problema de la sucesión española se resolvió al enviudar Felipe IV y casar por segunda vez. De su nueva esposa, la princesa Mariana de Austria, sobrina carnal del Rey, tuvo un hijo que fue después Carlos II. A la muerte de Felipe IV, asumió el poder una regencia presidida por la reina viuda.

4)

Luis XIV contaba con un conjunto de ministros de primer orden; eran personas verdaderamente notables, sobre todo tres de ellos: era parte de la herencia dejada por Richelieu y Mazarino. Dirigió las relaciones exteriores Lyonne, el más hábil hombre de negocios que ha tenido Francia en este ramo, al que sólo se le puede enrostrar su falta de carácter ante un amo prepotente que lo convirtió en el instrumento que preparara el panorama internacional para realizar una política con los peligros que él, con su gran talento, debe haber comprendido; pero no se atrevió a contrariar: ese fue su gran pecado.

El otro gran Ministro fue Colbert, que estaba a cargo de las finanzas. Administrador de la cuantiosa fortuna que reunió Mazarino, fue recomendado especialmente por éste al Rey, el que muy pronto pudo apreciar su valer cuando le dio a entender, primero, y le demostró, después, la forma en que el Ministro todopoderoso, Fouquet, se apoderaba de las entradas del reino. Fue Colbert el causante de la caída y triste fin de Fouquet, quien era estimado por su generosidad y por la protección que

dispensaba a los artistas, especialmente a los literatos. Procesado por el Parlamento y condenado a una pena ligera, Luis XIV, en un acto de despotismo, inducido por la antipatía que lograron despertar los interesados en contra del Ministro caído, lo hizo encerrar en la fortaleza de Pignerol, donde vivió en tritísimas condiciones hasta su muerte.

La gran pasión de Colbert era el trabajo. Era un hombre honrado, de especial talento para elaborar proyectos destinados a desarrollar y proteger la industria en Francia. Empleó un régimen proteccionista que necesariamente debía afectar los intereses de las naciones con las que se mantenía relaciones comerciales. También fue un obediente servidor y sólo se limitaba a reunir las sumas cada vez más cuantiosas que el rey exigía para mantener una corte faustuosa y emprender construcciones como Versalles. Esta lo llenaba de orgullo, al ver la admiración que este palacio despertaba; todos estos gastos esquilmaban el país. Se pudo resistir en tiempo de paz, pero las continuas guerras —cuatro en total y la última desastrosa— produjeron la ruina económica.

El tercero de estos grandes servidores fue el Ministro de Guerra Miguel Le Tellier, cuyo hijo, que continuó su obra, lo superó en eficiencia. Conocido como el marqués de Louvois, o Louvois solamente, fue un hombre de un talento admirable como organizador; astuto y de carácter brutal, será el único capaz de dominar a Luis XIV en forma indirecta, y lo empujará hacia soluciones violentas. Las horribles brutalidades perpetradas en Holanda y Alemania por las tropas francesas fueron obra de Louvois; es muy posible que el rey no las conociera en toda su intensidad.

A base de las reformas introducidas por Gustavo Adolfo y de la experiencia de lo sucedido en la guerra de treinta años, Louvois organizó el ejército francés como un ejército permanente, susceptible de ser consi-

derablemente aumentado en caso de guerra. Se uniformó el vestuario y la calidad de las armas; se crearon los almacenes de aprovisionamiento; y se dio especial importancia a mejorar el armamento, de acuerdo con las nuevas tácticas.

Muy pronto contó Francia con un ejército de primer orden y, como era lógico, el rey pensó en aprovechar una fuerza tan poderosa. Ya no había obstáculo ninguno para satisfacer su ambición; la única fuerza espiritual que podía causar tropiezos, la del Papado, había sido humillada, y se mantenía pendiente la amenaza de ocupar sus Estados. Se buscó un pretexto, y éste fue fácilmente encontrado.

Como Felipe IV de España había enviudado y vuelto a casar, se invocó una costumbre particular en uso en los Estados belgas, que consistía en que el viudo que volvía a contraer nuevas nupcias debía entregar a los hijos del primer matrimonio cierta parte de la herencia. El argumento no tuvo más importancia que haber dado a esta primera guerra del soberano francés el nombre de "Guerra de la Devolución". Sin aviso previo, un ejército se apoderó de una faja del territorio de Flandes; en vista de que España no reacionaba, otro ejército ocupó el Franco Condado.

5)

Holanda, reconocida como una nación independiente por el Tratado de Westfalia, era una gran potencia marítima y financiera; país, como se decía, "suspendido en el mar", por estar gran parte de él a un nivel más bajo que el de las aguas, las que eran contenidas por fuertes diques, había encontrado, además de sus actividades industriales y comerciales, un inmenso campo de trabajo en el mar. Se estimaba que en el Atlántico navegaban cerca de dieciséis mil buques. De éstos, Inglate-

rra poseía tres a cuatro mil; Francia, quinientos a seiscientos; y Holanda, quince a dieciséis mil, si se tomaban en cuenta los que surcaban otros mares. Estas cifras dan una idea clara de la importancia que Holanda tenía en cuanto a su comercio y fuerzas en los mares.

Desde el siglo XVI, se había producido una gran afluencia de dinero hacia los Países Bajos, de tal modo que, en la época a que nos referimos, el capital acumulado era tan cuantioso, que el interés se fijaba en un 3%. El comercio hacia la India y América producía ganancias muy grandes.

Al transformarse Francia en una gran potencia, Holanda no tuvo temores por estar por medio Bélgica que pertenecía a España; pero al ser invadido este país por los franceses, se vio el peligro de una vecindad tan poderosa. La conquista de Flandes por Francia nunca había sido aceptada por Inglaterra; ésta había sido uno de los motivos de la guerra de cien años y continuaba considerándose como algo inaceptable.

El comercio marítimo holandés había penetrado en el mar Báltico, y muy luego el elemento dinero tuvo preponderancia especial en la política de los países bálticos. Suecia recordaba los subsidios pagados por Francia durante la guerra de treinta años; al ser éstos suspendidos, se le creó un problema financiero, pues, a pesar de sus conquistas, no podía costear nuevas guerras, como la emprendida contra Polonia. Por estos motivos, fueron muy bien recibidas las propuestas de Holanda de firmar una alianza, lo que se hizo en La Haya, entre Inglaterra, Holanda y Suecia.

La alianza de La Haya era, en realidad, una coalición para detener a Luis XIV, el que, temeroso de que ésta se ampliara, prefirió detenerse para atacar después en otra forma. Roma creyó haber intervenido oportunamente para conseguir la paz que se firmó en Aquisgrán, por la cual Francia adquirió una faja de territorios en Flandes y devolvió a España el Franco Condado; en

realidad, sin quererlo, sólo había ayudado a la política francesa a salir de una situación que se tornaba peligrosa.

6)

Diez años más anciano que el Papa fallecido, Emilio Altieri se vio obligado por elección a aceptar la corona pontificia; fue Clemente X. Humilde y bondadoso, comprendió que le era imposible soportar el peso del gobierno, que dejó en manos de su pariente el Cardenal Paluzzi, conocido como Cardenal Altieri.

En este Pontificado, se continuó la política de ayudar a los Estados católicos que luchaban contra los turcos. Especial preocupación le prestó a la situación de Polonia, país en que la corona electiva era fuente de disturbios durante la elección de un rey. La nobleza torpemente insistía en disminuir la autoridad real, y no veía el peligro que significaba la formación de nuevos Estados fuertes y ambiciosos, que consideraban la llanura polaca como el campo natural de su expansión.

Clemente tuvo la alegría de que se eligiera como rey de Polonia a Juan Sobieski, uno de los últimos héroes polacos que luchó contra los turcos. Al morir Clemente X, fue elegido por unanimidad, como sucesor, Benedicto Odescalchi, llamado el Carlos Borromeo del Colegio Cardenalicio. Tomó el nombre de Inocencio XI. Lleno de piedad y fervor religioso, tenía un corazón firme, capaz de enfrentar las imposiciones cesaropapistas que se manifestaban por parte de Francia, En su enérgica y varonil defensa del poder teocrático, recuerda a Sixto V frente a Felipe II. Tuvo la gloria, como Pío V, de que durante su Pontificado se obtuviera una gran victoria contra los turcos; pero esta vez ya en una forma tal, que era fácil deducir que había terminado la potencialidad del Imperio Turco.

7)

Al ver Luis XIV que Holanda había sido el mayor obstáculo con que había tropezado su política, resolvió eliminarlo. Se unió a esto la rivalidad comercial producida por el proteccionismo de Colbert. Una serie de incidencias exacerbaron el espíritu del rey contra los holandeses. Su vanidad le hizo sentirse ofendido al saber que se habían acuñado monedas en que aparecía Josué deteniendo al sol, lo que era una clara e insultante alusión al título, que tanto le agradaba le recordaran, de "El rey sol".

Con la habilidad de un gran diplomático, Lyonne comenzó a aislar a Holanda. Carlos II aceptó fuertes sumas y abandonó la alianza de La Haya contra la voluntad de los ingleses; Suecia volvió a recibir los subsidios que pedía y siguió el mismo camino; hasta el Emperador no tuvo empacho en aceptar dinero a cambio de su neutralidad. El punto más difícil era no atacar a Bélgica para que no interviniera España y, sobre todo, no se despertara la suspicacia inglesa ante el temor del posible dominio francés en la desembocadura del Escalda, donde estaba el gran puerto de Amberes. Con este objeto se compró la alianza del Elector de Colonia, que debería dar paso al ejército francés para invadir Holanda por las orillas del Rhin.

Asombra la ineptitud del gobierno holandés. Su jefe, el Statúder de la Confederación, o sea, el Presidente, no se preocupó en nada de prevenir la tempestad que se le venía encima. Llegó a tanto el descuido, que agentes franceses compraron la existencia de pólvora que tenía el ejército de Holanda. Frente al gobierno del Statúder, estaba el príncipe Guillermo de Orange, cuyo nombre era un símbolo de la nacionalidad para los holandeses. De gran talento político, tuvo una clara visión de los acontecimientos que se iban a desarrollar, y

esperó con paciencia y gran tino el momento preciso para actuar.

La guerra contra Holanda fue muy rápida; fue lo que, proporcionalmente a los medios de ese tiempo, llamamos hoy una guerra relámpago. Toda Holanda habría caído bajo el yugo francés, si sus habitantes no hubieran tomado la resolución heroica de abrir los diques e inundar la parte baja de su país, lo que obligó a los franceses a retirarse de esas regiones. Así la ofensiva quedó paralizada. El dinero comenzó también a actuar por parte de Holanda. Bajo la dirección de Guillermo de Orange que tomó el poder, se formó una coalición de Holanda, el Emperador, el Elector de Brandeburgo y España, lo que dio motivo a Luis XIV para arremeter contra ésta y ocupar nuevamente el Franco Condado y otra faja del territorio de Flandes.

La marina de Francia tuvo una actuación gloriosa al derrotar en aguas de Sicilia a una flota holandesa mandada por Ruyter, considerado como el mejor Almirante de su época. El temor de que Carlos II se viera obligado a intervenir y el sentido práctico de los holandeses hizo posible que se firmara la paz después de cinco años de lucha. Holanda consiguió un buen Tratado de Comercio con Francia. Esta se anexó todo el Franco Condado y los territorios de Flandes, con los que se consiguió más o menos la actual frontera. España, que era la nación más débil, pagó con sus pérdidas territoriales las ambiciones francesas y la tranquilidad de Holanda.

8)

Vimos en la época medieval el caso curioso de las familias de los Capetos y sus rivales los Plantagenets que lograron formar las nacionalidades francesa e inglesa. En la primera no ha sido interrumpida la des-

cendencia por parte masculina hasta el día de hoy, en que existen pretendientes Borbones a los tronos de Francia y España. El factor casual que contribuyó a la realización de estos sucesos históricos tuvo un carácter negativo en Alemania, en el caso de la dinastía imperial de Franconia y, después, de los Staufen. En cambio, la suerte fue favorable a los Habsburgo: desde el Emperador Rodolfo I, la familia, sin interrupciones, continuó sucediéndose y aumentando su poderío principalmente por matrimonios hábilmente concertados; muy luego, llegó a ocupar no sólo el trono imperial, sino que aspiró, con Carlos V, a establecer una monarquía universal.

La división, a la muerte de este Emperador, en Habsburgos españoles y austriacos no separó a la familia, la que continuó unida, multiplicando los lazos matrimoniales. A estas tres familias que lograron formar en torno de ellas una conciencia nacional, representada por la monarquía hereditaria, muy clara en las dos primeras y limitada en la tercera por las diferencias raciales de los súbditos, hay que agregar la alemana de los Hohenzollern.

Originaria de Alemania Central, un príncipe Hohenzollern en tiempo del Emperador Carlos IV llegó a ser Elector de Brandeburgo, región entre los ríos Elba y Oder. Muy pronto adquirieron el ducado de Cleves, rico territorio de la parte renana, y después heredaron el ducado de Prusia, Estado que se había formado al aceptar la reforma luterana el gran maestre de la Orden Teutónica, Alberto de Brandeburgo.

Después del Tratado de Wesfalia, varios príncipes alemanes emprendieron el negocio de organizar fuerzas armadas que por contratos, a veces disfrazados como acuerdos políticos, ponían a disposición del monarca o nación que los pagaba en forma ventajosa. Esta actividad entró en competencia con los enganches hechos

en Suiza y, en menor escala, en Alemania e Italia; ya no se trataba de contratar individualmente soldados, sino de alquilar fuerzas bien preparadas y eficientes.

El Elector de Brandeburgo, Federico Guillermo de Hohenzollern, supo apreciar lo que significaba el dedicarse a tener un buen ejército. Un principado pobre y de escasa población, excepto la región de Cleves, no tenía posibilidades económicas. El ejército podía ser una fuente de recursos, si con una política hábil se conseguían alianzas que produjeran ventajas territoriales y pecuniarias. Además el ejército iba a ser un lazo de unión entre tan dispersos territorios; así se llegó a formar el núcleo prusiano.

La guerra de Holanda fue el primer paso. Los subsidios holandeses fueron superados después por las ofertas francesas que el Elector aceptó, reservándose una condicional independencia que podía alegar, si no le convenía atacar a su soberano feudal, el Emperador. Este papel de conseguir alianzas retribuidas económicamente era compartido por Suecia. La calidad de gran potencia conquistada por Gustavo Adolfo para su patria era imposible de mantener por la pobreza del país. De las cuatro clases que componían el pueblo sueco, la más baja vivía en condiciones miserables; la clase media también era pobre; el clero era un conjunto de funcionarios fiscales, ignorantes y, en general, sin ningún espíritu sacerdotal. La clase alta era una nobleza poderosa, inquieta, que en realidad formaba una oligarquía que trataba de superar el poder real.

A pesar de que Francia había sido una fiel aliada, al no pagar subsidios, Suecia entró en la alianza de La Haya. Después de la guerra de Devolución, hubo en Estocolmo un verdadero remate entre Holanda y Francia por adjudicarse la alianza sueca, que la obtuvo Francia al subir las ofertas.

# CAPITULO III

1) Ultima ofensiva de los turcos.— 2) Conflicto de Luis XIV con el Papa.— 3) y 4) La Corte de Versalles.— 5) Anulación del Edicto de Nantes.— 6) Carlos II de Inglaterra.

## 1)

La maquinaria bélica del Imperio Turco debía estar en constante movimiento; era ésta una condición ineludible para asegurar la estabilidad del gobierno del sultán. Esta vez, después del ataque a las posesiones venecianas, le tocó el turno a Hungría y Austria, acción guerrera a la que no era ajena la política francesa que trataba de tener en jaque al Emperador.

Un ejército de más de cien mil hombres al mando del gran visir Mustafá Koproli invadió a Hungría y marchó hacia Viena. El Emperador Leopoldo huyó de la ciudad y dejó a cargo de su defensa al Conde de Stharemberg, quien hizo una defensa hábil y heroica encaminada a ganar tiempo para que llegaran los posibles auxilios. Las tropas austriacas, que dirigía Carlos de Lorena, eran insuficientes para atacar a los turcos, y esperaron que se les reuniera el ejército polaco al mando del rey de Polonia Juan Sobieski.

El Papa Inocencio trabajó incansablemente para unir los países cristianos contra la invasión turca; además de los auxilios económicos efectivos, logró la alianza polaca. El Papa había tenido la satisfacción de saber que había sido elegido un rey católico y que éste se iba a unir a Carlos de Lorena para tratar de salvar a Viena, considerada como el baluarte de la cristiandad. A pesar de la inferioridad numérica, el ejército cristiano atacó y derrotó a los turcos bajo los muros de la ciudad. Mustafá tuvo que emprender una desastrosa retirada.

Los austriacos, al mando del marqués Luis de Baden y, después, del príncipe Eugenio de Saboya, obtuvieron la gran victoria de Zenta que marcó el fin del poder ofensivo de los turcos.

Luis XIV contaba con el peligro turco para neutralizar el poder del Emperador, en caso de que éste ya no se contentara con subsidios y entrara a formar parte de alguna coalición en contra de Francia, como la que se había organizado anteriormente. Al desaparecer esta amenaza, la diplomacia francesa apoyó a los nobles húngaros en su rebelión contra el soberano, el Emperador, que era rey de Hungría y de Bohemia.

2)

Los triunfos obtenidos en la guerra de Holanda ensoberbecieron aún más al rey de Francia; rodeado de una corte lujosa, llena de aduladores, su vanidad se aumentó hasta llegar a extremos insoportables. Un conjunto de hombres de letras, en que había poetas, que en versos armoniosos y sonoros cantaban proezas ficticias; prosistas de elegante y bella redacción, que historiaban su gobierno y le adjudicaban el título de "Luis el Grande" o también el de "Rey Sol", podían haber hecho desvanecer cualquiera mente más firme que la de Luis

XIV. Lo que más admira entre estos cortesanos aduladores son los eclesiásticos.

Jacobo Benigno Bossuet, Obispo de Meaux, tal vez el más grande de los oradores sagrados franceses, que unía a una elocuencia grandiosa y bella una singular unición religiosa, aceptaba alabar al "Rey Cristianísimo", que erigía el doble adulterio en una institución de la corte y apoyaba el ataque contra Roma para establecer las libertades galicanas. El, con su gran talento, debió comprender muy bien que independizar al clero francés de su lógica sumisión a la autoridad pontificia, era entregarlo a un omnipotente cesaropapismo que convertiría a los sacerdotes en funcionarios del Estado y a los Prelados en cortesanos del rey.

Causa estupor, por lo increíble que resulta, considerar hasta dónde llega la bajeza humana cuando se trata de obtener un beneficio, ya sea una mitra, una prebenda eclesiástica, o el nimbo de poder dado por el favor real. Estos procedimientos de adulación y servilismo hacia el monarca eran chocantes, al ser usados por nobles que ostentaban nombres gloriosos; pero eran repugnantes en el alto clero, el que, por su carácter sacerdotal, debería haber tomado una actitud muy diferente. El recuerdo de San Ambrosio frente al Emperador Teodosio no figuraba entre los hechos históricos que conocían estos magníficos cortesanos eclesiásticos.

El jansenismo, que era en el fondo, como ya lo hemos visto, una oposición política disfrazada bajo un aspecto religioso, como ha pasado donde el despotismo excesivo impide toda libertad, fue el motivo que hizo estallar la lucha entre Luis XIV y el Papa. El cobro por la corona de ciertos derechos eclesiásticos fue objetado por dos Obispos jansenitas que, viéndose atropellados por el rey, recurrieron al Papa, el que en un "Breve" invitó al rey a respetar derechos ya establecidos. Al no haber respuesta por parte del monarca, Inocencio XI envió un segundo "Breve" en tono más severo.

Treinta y cuatro Obispos y Arzobispos, de acuerdo con el rey y dirigidos por Bossuet, redactaron una serie de conclusiones que deberían ser la base de la Iglesia Galicana. Eran las siguientes:

1) Los reyes son independientes de la Curia de Roma en todas las cuestiones de orden temporal.

2) En materia espiritual los Papas deben inclinarse ante las decisiones de los Concilios.

3) Los usos y costumbres de la Iglesia de Francia (Galicana) deben ser respetados.

4) Los decretos de los Papas extendidos a los diversos países de la Cristiandad no podrán ser declarados intangibles más que con el asenso del clero de cada país.

Si se comparan estos artículos con las ideas categóricamente expuestas en el "Dictatus Papae" de Gregorio VII; si se recuerda cuánto había combatido el Papado por evitar la superioridad de los Concilios, se ve que el movimiento del clero galicano se encaminaba a destruir la monarquía teocrática del Papado y, por lo tanto, a anular el poder espiritual que iba a pasar al soberano.

Esto era el triunfo del cesaropapismo; se pretendía llegar a la monarquía bizantina. ¿Qué fin guiaba a los Prelados franceses, ilustres por sus conocimientos, por sus dotes intelectuales? No podía ser el patriotismo. No era el caso de Bonifacio VIII y Felipe IV, en que el Papa era arrogante y pretendía ser el depositario del poder imperial. El Papa Inocencio había tratado de suavizar toda aspereza, a pesar de que la Curia había sido anteriormente humillada en una forma torpe e innecesaria; no había por qué aumentar las atribuciones reales respecto del clero y aún era menos explicable que se deseara entregar éste maniatado al despotismo del sobe-

rano. No queda más explicación que el interés personal al halagar la vanidad del rey en provecho propio. Por eso, es de suma gravedad el "Breve" del Papa a los Obispos franceses; se ve con claridad cómo Roma supo apreciar la actitud de éstos. Les recuerda primero que el temor servil manifestado por los Obispos respecto del monarca es indigno de los sacerdotes. Y dice a continuación: "¿Quién de vosotros ha descendido a la liza para pelear la batalla por la Casa de Israel? ¿Quién se ha arriesgado a sufrir persecuciones? ¿Quién de vosotros depuso un solo voto en defensa de la libertad de la Iglesia? Os habéis pronunciado unánimemente por el derecho del rey, y las voces que se han oído eran sólo de los regios servidores, mientras que los Obispos permanecían callados y procuraban al clero francés un descalabro y un escándalo digno del eterno olvido, a fin de que no sea para el clero francés un perpetuo monumento de deshonra".

Los nombramientos de Obispos hechos por el Rey no fueron confirmados por el Papa y en poco tiempo hubo treinta y cinco diócesis vacantes, lo que aumentó la confusión, que se agravó cuando Inocencio XI se negó a dar el capelo cardenalicio al Obispo de Beauvais, lo que era pedido por el monarca.

Como medida coercitiva Luis XIV envió como Embajador a Roma a Lavardin, reconocido por su carácter atrabiliario. Llegó a la ciudad eterna escoltado por escuadrones de caballería, lo que hacía recordar la época de las luchas del Papado contra los emperadores alemanes, que sublevaban a los romanos y obligaban a huir al Papa. Inocencio lanzó la censura eclesiástica y el entredicho sobre la Iglesia de San Luis, donde el Embajador, ostensiblemente, había hecho celebrar solemnes oficios religiosos, a pesar de la prohibición existente.

Fue inútil que el Rey de Francia hiciera ocupar a Avignon y encarcelara al Nuncio pontificio; el Papa no

cedió, y Luis XIV comprendió que no podía continuar un conflicto que, finalmente, tenía que afectar sus pretensiones absolutistas, las que, al cabo, se basaban en un derecho divino.

3)

La soberbia y vanidad del monarca francés no correspondían a su talento de estadista; la sombra de Richelieu vagaba por el espléndido palacio de Versalles, que él no alcanzó a conocer, sin encontrar al hombre capaz de continuar su obra genial y que pudiera abordar tanto la política interior, como el difícil conjunto de la exterior. El Rey tenía hábiles Ministros, pero de un talento limitado a su especialidad; y él, en su mediocridad, no podía dirigir el todo. A esto se debe la variedad de planes, cada cual más ambicioso, y el que se abandonara uno para seguir otro, o que se emprendiera la realización de varios a la vez, sin tomar en cuenta la falta de medios para continuarlos. No se pretendía conseguir un objetivo claro, preciso; sólo se trataba de una desorbitada ambición. Esto producía una dispersión de fuerzas y, por último, una debilidad, lo que el Rey fue incapaz de comprender, pues se le ocultaba tras la cortina de una adulación ya imposible de evitar.

Colbert, irreemplazable en su ramo, pudo financiar los gastos en los primeros años; después el derroche de una corte de un lujo y de una ostentación excesiva, las sumas inmensas empleadas en construcciones improductivas como el palacio de Versalles, lo obligaron a aumentar los impuestos. Esto ya no bastó cuando se iniciaron las guerras. Ya fue imposible el equilibrio presupuestario y comenzaron las deudas.

Louvois, llevado por su carácter inclinado a la brutalidad, trató de obtener grandes sumas esquilmando en una forma terrible los territorios ocupados durante

la guerra. Esto no sólo se hacía en favor del erario real, sino que con ello se permitía indirectamente el latrocinio de los jefes militares en provecho propio. Es muy sugestivo el párrafo siguiente de una comunicación de Louvois al Mariscal de Luxemburgo, el más notable de los Generales franceses después de Turena y Condé.

"A pesar de que el rey está convencidísimo de que Ud. le ha robado con mano firme en el país que acaba de abandonar, se da su majestad por muy contento con lo que Ud. le ha dejado".

A un Intendente que se disculpa por no haber remitido mayor botín, le dice:

"La suma total ha excedido mis esperanzas, y le suplico que no se canse de ser todo lo perverso que pueda y siga en la senda empezada con todo el rigor posible".

Colbert, en vez de hacer ver la imposibilidad financiera de la nación para dar abasto a tanto gasto, sólo atendía a adular a su amo, contribuyendo así a empeorar su ya escaso criterio. En 1676 le decía: "Todas las campañas de Vuestra Majestad tienen un carácter que sorprende y pasma, que cautiva los corazones y sólo les deja la facultad de admirar, sin la satisfacción de encontrar otro ejemplo con que compararlas".

Y un año después escribe: "Señor: debemos callar y admirar y dar todos los días gracias a Dios por habernos hecho nacer en el reinado de un rey que no conoce más límite a su omnipotencia que su propia voluntad".

4)

La corte de Versalles bajo su grandiosidad, su elegancia, su opulencia, su fausto incomparable, ocultaba vicios, lacras de todo orden y una completa falta de honradez. Tras tanta soberbia y grandeza, florecía el disimulo y la hipocresía.

Es efectivo que los amores del Rey no afectaron su política; dentro de su desmesurado egoísmo, no cabía una pasión amorosa avasalladora. El papel de favorita del rey tenía un carácter ya oficial. Mientras lo fue Luisa de La Valiere; no existió problema, pues el carácter dulce y tímido de la dama hacía que, lejos de ostentar su poder, se sintiera avergonzada, como si tratara de hacerse perdonar un pecado. Cuando fue reemplazada por la Marquesa de Montespan, soberbia y ambiciosa, cambió la situación; trató, ante todo, por cualquier medio, de evitar el perder el favor del rey, e, indirectamente, ejerció gran influencia.

La muerte sucesiva de la princesa Enriqueta de Inglaterra, esposa del Duque Felipe de Orleans, hermano del rey; del príncipe heredero, el delfín; y después de su hijo, el Duque de Borgoña, y de varias otras personalidades, causó extrañeza, la que se transformó en pavor cuando el proceso de la Marquesa de Brinsvillier, convicta de numerosos envenenamientos, complicó a la Voisin, famosa charlatana criminal, conocida como bruja y que, como tal, explotaba la necia credulidad de altos personajes de la nobleza. Entre los comprometidos apareció la Montespan, y se comentó con estupor a qué extremos criminales se había llegado. Las brujerías, las misas negras y otros procedimientos delictuosos se habían empleado para mantener el amor del rey.

Ante la terrible realidad, Luis XIV optó por detener la acción judicial. Se trataba de la madre de sus hijos, dos de los cuales eran varones, los condes de Maine y de Tolosa. El rey los amaba, y veía la posibilidad de que, aunque sus nacimientos eran ilegítimos, ante la desaparición de su descendencia directa, podían heredarlo, algo que Enrique IV no se atrevió a hacer, pero que ya había pasado en otras partes, como en Castilla y Portugal. La Montespan fue desterrada de Versalles. La justicia siguió su curso en cuanto a los otros delincuentes, aunque se evitó toda publicidad.

Poco después, el Rey, que había enviudado, casó con la Marquesa de Maintenon, aya de los hijos del Rey y de la Montespan; fue un matrimonio morganático. La nueva esposa era una dama de gran talento y carácter, lo que el Rey apreció en su justo valor. Se ha dicho que la influencia de la Maintenon y de los jesuitas transformaron la corte de Versalles y alteraron el criterio del Rey, para pasar de un ambiente tan disipado a otro tan opuesto, que se caracterizó por su mojigatería. Los que así opinan olvidan que los años habían pasado y que Luis XIV no era el hombre vehemente y apasionado de antes, sino otro en el umbral de la ancianidad, al que tanto la muerte de sus parientes, como el terrible escándalo del llamado "drama de los venenos", lo habían afectado profundamente. Es curioso ver cómo la elocuencia de varios distinguidos oradores sagrados no consiguió alejarlo de sus escandalosos amores, y esto pasó después de la desgracia de la Montespan. Luis XIV fue un ególatra hasta el fin de sus días; no hubo tal influencia de la Maintenon ni de los jesuitas. El cambio notado sólo se debió a la evolución producida por los años y por la experiencia adquirida al pensar sobre los hechos acontecidos.

5)

El Edicto de Nantes, modificado en tiempo de Richelieu por la "Gracia de Allais", permitía la libertad de culto en ciertas ciudades en que había población calvinista. Luis XIV revocó el Edicto y decretó la unidad religiosa. Los hugonotes debieron huir de Francia o convertirse al catolicismo. Igual que en España, cuando se expulsó a los judíos, se les prohibió llevarse sus bienes.

Esa medida no fue tomada por ningún fanatismo religioso; tuvo solamente un fin político, cual era el com-

pletar el absolutismo real que Luis XIV define muy bien en sus Memorias a su hijo el delfín: "El respeto debido a los reyes es un deber religioso, ya que éstos son en la tierra los lugartenientes de Dios, y son responsables ante él, y como Dios, disponen de un poder absoluto y poseen un derecho preminente sobre la propiedad de sus súbditos. Podéis estar persuadido de que los reyes son señores absolutos y gozan naturalmente de la disposición plena y entera de todos los bienes que poseen tanto la gente de Iglesia como los particulares. Cuanto se encuentra en toda la extensión de nuestros Estados, sea de la naturaleza que sea, nos pertenece a tal título".

No es raro que un príncipe que así pensaba haya procedido en la forma en que lo hizo, al perseguir a los calvinistas y a los infelices valdenses refugiados en los montes Cevennes. El Papa Inocencio XI no aprobó tales medidas; y, a pesar de que los Cardenales del partido francés trataron de inclinarlo a transar en su diferendo con el rey de tan exaltado catolicismo, no aceptó. Sólo comprendió que los acuerdos de la Iglesia Galicana habían salvado los bienes de la Iglesia francesa. Una decidida oposición a un monarca de tan estrechos conceptos del poder podía haber producido inesperadas complicaciones. Y es curioso que el Papa, caritativo y benigno, se dirigiera al Rey de Inglaterra, suplicándole que intercediera por los hugonotes franceses.

6)

Carlos II, Rey de Inglaterra, no traicionó su ascendencia de Estuardo —era absolutista y gran admirador de Luis XIV—, sino que trató de implantar este régimen político en Inglaterra. Su buen criterio le permitió ver la imposibilidad de hacerlo. Convencido de que el poder de la burguesía no podía ser atropellado, prefirió aparecer como un vividor despreocupado. No aceptó

que un Parlamento excesivamente monárquico atacara lo ya acordado, pero notó muy bien que ese mismo Parlamento jamás lo autorizó para organizar un ejército.

Dos actitudes del Rey no agradaron a los ingleses: una fue su casamiento con una princesa portuguesa, católica, por supuesto, a pesar de que como dote aportó la plaza de Bombay en la India, que fue una de las bases de penetración en esas regiones; la otra, su decidida amistad con Luis XIV y la neutralidad de Inglaterra en la guerra de Holanda. Esta política no se debió al aprecio por el Rey de Francia, sino al dinero que éste pagaba al Rey Carlos para que mantuviera a Inglaterra lejos del conflicto; con él podía financiar el monarca inglés sus gastos, sin recurrir en forma extraordinaria al Parlamento.

La burguesía inglesa, consciente de su poder, se había agrupado en dos partidos: los conservadores y los liberales, los "tories" y los "whigs", como ellos despreciativamente se denominaban. No había gran diferencia entre uno y otro; ambos eran protestantes y parlamentarios, aunque los "tories" deseaban un parlamentarismo atenuado. El no tener el Rey hijos planteaba el problema de la sucesión al trono. El heredero legítimo era el hermano del Rey, Jacobo duque de York. Buen marino, había peleado contra los holandeses y conquistado Nueva Amsterdam, en América, que pasó a ser Nueva York; esta conquista completó el dominio inglés en esta parte. El haberse convertido al catolicismo después de enviudar y el casarse con una princesa italiana católica lo hicieron impopular.

Como una precaución ante un posible avance del catolicismo —un diez por ciento de la población lo era— se aprobó por el Parlamento el "Test Act", ley que obligaba a jurar al que ocupara cualquier cargo público, fidelidad a la supremacía del Rey y a la comunión anglicana, es decir que no era católico. En realidad, se trataba de evitar la subida al trono del duque de York o

impedir que en tal caso atacara a la Iglesia oficial. El que fuera católico no tenía gran importancia, sobre todo cuando sus herederas, sus dos hijas, eran protestantes y casadas con príncipes de esa religión. La mayor, María, era esposa del príncipe Guillermo de Orange; no tenía descendencia; la segunda, Ana, estaba casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Eran sí un peligro las ideas absolutistas de Jacobo; y su carácter cerrado e intransigente hacía recordar la mentalidad de su abuelo Jacobo I.

Al morir Carlos II, ciñó la corona, sin oposición aparente, Jacobo II. El sentimiento monárquico inglés era profundo y popular, pero no aceptaba que se variara la fórmula ya establecida: "el rey reina, pero no gobierna". Aunque no definida, era la realidad; y todo tendía a perfeccionarla y no a disminuir su significado.

Jacobo II era rígido en su idea absolutista; creía ser rey por la gracia de Dios y, por lo tanto, sus súbditos tenían el deber de obedecerle; él daría cuenta a Dios de la forma en que había ejercido el poder. Antes que su religión católica, primaba su concepto monárquico. Sin ninguna intuición política, da la impresión de un hombre al que han vendado los ojos. Nada ve ni quiere oír, ni siquiera la voz de Roma que le pide no exagere su celo religioso, pues éste será el pretexto principal para atacarle. Una primera tentativa, encabezada por un hijo natural de Carlos II, el duque de Montmouth, fracasó y el pretendiente terminó en el cadalso.

# CAPITULO IV

1) Política exterior de Luis XIV.— 2) Guerra de la Liga de Ausburgo.— 3) Alejandro VIII (1689) e Inocencio XII (1691).— 4) y 5) La sucesión española.— 6) Clemente XI (1700).— 7) y 8) Guerra de la Sucesión de España.

## 1)

Los objetivos divergentes de los Ministros franceses encaminados a extender el poderío francés no eran armonizados por una sola voluntad; el Rey era incapaz de hacerlo, pues no abarcaba el conjunto. Así Colbert estimaba como básico el aumentar la riqueza; y dentro de esta idea, protegía el desarrollo de la marina ya iniciada por Richelieu. Alcanzó a obtener grandes resultados, tanto en la flota de guerra, como en la mercante, y en la creación de un imperio colonial.

A Louvois le preocupaba el aumento del ejército, la creación de una formidable máquina de guerra, con la que se podría establecer la hegemonía de Francia en el continente. Colbert se vio obligado a pedir la disminución de los gastos desproporcionados de la corte, y aun a rebajar la cuota del ejército; este hecho disgustó

al Rey y esto dio el triunfo a Louvois, que pasó a ser el director de la política exterior.

El imperialismo francés pretendía tener el Rhin como frontera, lo que significaba apoderarse de Bélgica, una pequeña faja de Holanda y quitar a Alemania los territorios a la izquierda de este río. Otras veces se fijaba en Italia; Saboya completaba la frontera francesa hacia los Alpes. Ya Francisco I logró conquistar por poco tiempo el Milanesado; y esta aspiración era lógica, si se recordaba que los galos habían dominado en la llanura del Po. La ambición incontrolada del Rey lo hacía variar de objetivo continuamente; así pasó que después de la guerra de Holanda, antes del ataque turco a Viena, tratara de formar una coalición contra el Emperador Leopoldo. Ofreció a Juan Sobieski, rey de Polonia, la Silesia para que no prestara auxilio militar a los austriacos. La continuada acción diplomática de Inocencio XI para salvar a Viena del dominio turco hizo fracasar este plan nefasto para la cristiandad. Después Luis XIV exigió al Emperador que aceptara como sucesor, es decir, como futuro Emperador, al delfín, príncipe heredero de Francia, lo que unía a Francia y el Imperio, y así se realizaba la hegemonía continental en manos de los Borbones.

Cuando estos planes no resultaron, Luis XIV ideó las famosas "Cámaras de Reunión" encargadas de estudiar y determinar qué territorios habían dependido feudalmente de las partes cedidas a Francia por el Tratado de Nimega. Según esta teoría, todo dependía de la amplitud y fecha que se tomara, por lo cual no había territorio imperial seguro; y así, en plena paz, las tropas francesas tomaron posesión de diferentes regiones, entre ellas de la ciudad imperial de Strasburgo.

2)

El príncipe Guillermo de Orange era un político hábil y astuto; comprendía que se iba a una guerra y que ésta no podía ganarse, si no se contaba con el apoyo de Inglaterra; observaba atentamente los acontecimientos que se desarrollaban en este país y había reunido a su alrededor a todos los descontentos contra el gobierno de Jacobo II. Al mismo tiempo, lograba formar contra Francia una nueva coalición entre Holanda, Suecia, el Emperador, España y el duque de Saboya. Roma sabía y miraba con simpatía este trabajo diplomático, pues el cesaropapismo de Luis XIV no tenía el carácter del español: no sólo trataba de dominar, sino también de humillar a la Iglesia.

Se comprendía que la publicación de obras de carácter político que desembozadamente discutían una franca hegemonía francesa, aunque eran desautorizadas por el gobierno, eran sondeos para conocer la opinión general; más aún cuando se realizaron las ocupaciones de nuevos territorios del Imperio.

Inesperadamente para el monarca francés, Guillermo de Orange desembarcó en Inglaterra, y Jacobo II se vio obligado a huir a Francia. El Parlamento inglés, ante la negativa de Guillermo de aceptar que fuera proclamada reina su esposa María, legítima heredera, por ser hija de Jacobo, si no se tomaba en cuenta el hijo habido del segundo matrimonio y que él quedara como príncipe consorte, resolvió declarar el trono vacante por la fuga del rey y elegir como Reyes a Guillermo y María. Previamente, éstos debieron jurar que aceptaban la "Declaración de los Derechos", en que se establecía que el rey no podía imponer contribuciones, ni levantar ejércitos sin autorización del Parlamento, además de otras varias limitaciones del poder real. La "Declaración de los Derechos" venía a legalizar algo que ya

se estaba practicando, hacía tiempo: el gobierno ejercido por la burguesía, representada por el Parlamento.

La consecuencia internacional de la subida al trono de Guillermo III fue el que Inglaterra entrara a la coalición contra Luis XIV. Inglaterra y Holanda iban a financiar la guerra; y el ejército anglo-holandés, cuyo núcleo principal estaba formado por soldados alemanes contratados con los príncipes del Imperio, iba a ser dirigido por Guillermo III, quien, aunque buen político, no tenía gran talento militar y no podía compararse con los notables generales franceses; su energía y constancia inagotable, que era alimentada por un odio profundo contra Luis XIV, hizo que, a pesar de sus derrotas, se mantuviera firme y fuera el alma de la coalición.

Al comenzar la guerra, la escuadra francesa obtuvo una victoria en La Hogue; una tempestad que vino después le hizo perder algunos de los barcos victoriosos. La influencia de Louvois, que trataba de mantener ante todo el dominio terrestre, contribuyó a que no se volviera a tomar la ofensiva marítima, lo que fue un error, pues al cabo de varios años de guerra, Luis XIV no pudo derrotar totalmente a la coalición, ni ésta apoderarse de los territorios reclamados.

Como había pasado anteriormente, las dos potencias marítimas que financiaban la guerra decidieron terminarla, obligadas por los cuantiosos gastos que tenían que afrontar. El Parlamento inglés pidió al rey que se buscara un arreglo en los momentos en que Francia también se encontraba en una angustiosa situación económica. El Rey estaba decidido a ceder posesiones coloniales a Holanda e Inglaterra, y a aceptar que en la Bélgica española hubiera guarniciones holandesas que defendieran las plazas fuertes estimadas de vital importancia para la defensa de Holanda.

Francia podía pretender la hegemonía sobre Europa por constituir el Estado más poblado y fuerte debido

a su organización y riqueza. Al enfrentarse contra la Liga de Ausburgo, Francia tenía una población de diecinueve millones de habitantes; Inglaterra, sólo seis. La población de España había disminuido por las continuas guerras y por el inmenso esfuerzo que significó la conquista y colonización de América. Alemania había quedado arruinada por la guerra de treinta años; Bohemia bajó de cuatro millones a un millón de habitantes.

Se criticaba el que la política exterior inglesa fuera dirigida por el rey sin una intervención directa de la burguesía, lo que disgustó aún más cuando la guerra de corso, hecha por Francia contra Inglaterra y Holanda, causó graves pérdidas al comercio. Decididas las dos potencias capitalistas a obtener la paz, el resto de la coalición tuvo que aceptarla, y ésta se firmó en Ryswick en 1697.

3)

La elección de un nuevo Papa a la muerte de Inocencio XI, en plena guerra de la Liga de Ausburgo, fue muy difícil; el elegido, Alejandro VIII, Pedro Ottononi, era un anciano de setenta y nueve años, sacerdote virtuoso y conocedor de los negocios políticos. Aceptó un avenimiento relativo con Luis XIV, que devolvió Avignon y renunció al derecho de asilo en la Embajada, que era una fuente de abusos, pero esto no quería decir que se hubiera accedido a las pretensiones galicanas, ni al asunto de los jansenitas.

Desgraciadamente, con Alejandro VIII se volvió al nepotismo tan funesto; enriqueció a sus parientes y llegó a algo que ya tan abiertamente se había condenado: nombró Cardenal a uno de sus hermanos y a un hijo de éste, que era un joven de veintiún años. Estos excesos, tantas veces censurados, van a dar un feliz resultado al te-

ner el sucesor que tomar medidas drásticas para evitarlos en adelante.

El cónclave reunido al fallecer Alejandro VIII fue muy largo: duró cinco meses. La tensa situación política contribuyó a que se impusiera el criterio de los Cardenales zelantes que exigían un Papa piadoso y más preocupado de los intereses espirituales que de los políticos. Salió elegido Antonio Pignatelli, quien, a pesar de sus setenta y seis años de edad, conservaba su vigor físico e intelectual. Era muy estimado por su carácter bondadoso y por su rectitud moral. Se preocupó, ante todo, de impedir el nepotismo. Este Papa fue Inocencio XII.

Por la constitución "Romanum decet Pontificem" se estableció la legislación necesaria para evitar el nepotismo. Juraban obedecerla todos los Cardenales y el Papa electo. El pensamiento de Inocencio XII era:

"Y el deber del Romano Pontífice es arreglar ante la Iglesia su vida, de suerte que plazca a Dios y sea el modelo de la grey, sobre el modelo de Jesucristo, con el objeto de que los demás prelados y fieles aprendan de él, a despreciar los bienes caducos, a evitar las asechanzas de la carne y de la sangre, y a administrar los bienes de la Iglesia con justicia y equidad, elevándose con el espíritu al cielo".

Y siguieron las reformas. Se nombró una Comisión para el estudio de las modificaciones que se debían hacer en las Ordenes religiosas. Muchas de ellas habían conservado reglamentos ya arcaicos, reñidos con las costumbres existentes.

Las posibilidades de la crisis que se avecinaba por la sucesión española obligó a cambiar la política eclesiástica de Luis XIV. Comprendió el peligro que significaba el seguir sosteniendo los principios galicanos, cuyas ventajas no satisfacían sus ansias absolutistas, que la Iglesia no combatía sino sólo cuando afectaban su libertad.

Muy pronto llegó a un acuerdo con Inocencio XII, quien con toda diplomacia no exigió nada que pudiera significar una humillación al orgulloso soberano; fue una ida a Canosa disimulada; los Obispos franceses se vieron obligados a solicitar del Papa su perdón y prometer sinceramente una verdadera obediencia. Bossuet, quien, a pesar de ser el autor de la obra "Variaciones de las Iglesias protestantes", había redactado los principios que iban a servir de base a la Iglesia Galicana, trató de volver al favor de Roma, y parece que con este fin acentuó sus ataques al jansenismo. El Arzobispo de Cambrai, Fenelon, había escrito un libro sobre el quietismo, que era similar al molinismo español, una tendencia mística sobre algo tan sutil, que era difícil dar opiniones terminantes. Se vio acusado y Roma condenó algunas de las ideas expuestas en su obra. A pesar de su alta posición —había sido el preceptor del príncipe heredero— era humilde, piadoso y bueno; aceptó sin protestar el fallo. Y así, al querer Bossuet, según sus enemigos, hacer resaltar su ortodoxia, sólo consiguió hacer ver la honradez y fe fervorosa del que consideraba un rival.

4)

A la muerte de Felipe IV, se encontraba España en una situación desastrosa que se agravó durante la minoría del rey Carlos II. La incapacidad de la reina madre, la regente, que entregó el gobierno al favorito Valenzuela, y después la actuación de don Juan II de Austria, hijo natural de Felipe IV y de la famosa actriz llamada la Calderona, aumentó el desgobierno existente. Don Juan II, designado así para no confundirlo con el héroe de Lepanto, el hijo de Carlos V, tenía ambiciones que no correspondían a sus dotes de gobernante; por suerte para la nación murió muy joven.

En Carlos II se acentuó la degeneración de carácter de los Habsburgos españoles respecto de lo que fue Felipe II. El joven rey, según el retrato del pintor Carreño, tenía una mandíbula inferior desproporcionada, que da la impresión de un ser degenerado. No fue un tonto, ni un imbécil, como pretendían apodarlo; pero no tenía carácter; estaba dominado por temores que ensombrecieron su vida. Los médicos, con tratamientos inadecuados, destruyeron su salud en tal forma, que su atormentado espíritu llegó a aceptar que estaba hechizado, algo muy de acuerdo con el modo de pensar de entonces; y se sometió a una serie de conjuros y exorcismos que agravaron su mal.

No tuvo hijos de su primera esposa y, al no tenerlos de la segunda, se planteó con toda su gravedad el problema de la sucesión a la corona hispánica. Felipe IV había tenido, de su primer matrimonio, dos hijas. La mayor casó con Luis XIV y, aunque se había establecido en una de las cláusulas del contrato matrimonial la renuncia a sus derechos al trono español, ya el rey de Francia había alegado la no validez de ella por no cumplirse otros compromisos acordados en dicho contrato. Estos y otros argumentos se esgrimieron para justificar la guerra de la Devolución; según ellos, el heredero de la corona de España era el hijo de Luis XIV, nieto de Felipe IV y sobrino de Carlos II; a falta de él, sus hijos, los duques de Borgoña y de Anjou.

La segunda hija de Felipe IV se había casado con el Emperador Leopoldo, el que reclamaba la herencia para su segundo hijo, Carlos, cuya madre no había renunciado a sus derechos hereditarios.

Después del Tratado de Ryswick, Luis XIV, que había palpado la imposibilidad de establecer la hegemonía francesa sobre la Europa Occidental, comprendió que convenía robustecer su poder por la adquisición

de los territorios que estaban dentro de los límites de la antigua Galia.

La única posibilidad de conseguir este objetivo estaba en llĕgar a un acuerdo con Inglaterra, cuyo Rey Guillermo III decidía el apoyo de Holanda, es decir, las dos potencias marítimas capitalistas. Se alcanzó a obtener en principio un convenio con el rey de Inglaterra respecto de la herencia española. Francia tomaba las posesiones italianas y las cambiaba por Saboya y Lorena; el archiduque Carlos, el heredero austríaco, quedaba como rey de España y demás territorios. Los fundamentos de este acuerdo eran lógicos por parte del rey francés que, como monarca absoluto, reinaba por derecho propio; no así el de Inglaterra, que había sido designado por el Parlamento. En el presunto convenio no se tomaba en cuenta para nada la voluntad del pueblo español; era una herencia, una propiedad lo que se repartía.

El Emperador Leopoldo no aceptó; pero no hay duda de que tendría que ceder ante Francia e Inglaterra. Supo esperar y mantener sus derechos. Austria, después de vencer a los turcos y conquistar Hungría y parte de la Transilvania, había pasado a ser una gran potencia. Se podía hablar del Imperio Austríaco; su base estaba en Alemania, pero el dominio de Bohemia y Hungría lo convertían en el más poderoso Estado de la Europa Central, y ya se manifestaban sus ambiciones de llegar al mar Negro y de dominar en los Balkanes.

Muy pronto se despertaron en el soberano francés nuevos deseos que lo indujeron a abandonar la política de acercamiento hacia Inglaterra y volver a rivalizar como potencia marítima. El gran defecto de Luis XIV como estadista fue el no seguir una potítica continuada, sino una oscilante. Francia podía ser la gran potencia de la Europa continental y ejercer la hegemonía de ella, si no amenazaba a Inglaterra y Holanda y dejaba que sus burguesías continuaran enriqueciéndose con el co-

mercio. Inglaterra, ya lo había expresado uno de sus estadistas, aspiraba a un Imperio Comercial. Era algo lógico el absolutismo en el continente y el parlamentarismo marítimo; pero Francia atacaba al parlamentarismo inglés y al absolutismo austriaco, es decir, no había una línea definida; se iba por un camino sinuoso que necesariamente desembocaría en la ruina.

5)

Se sospecharon luego en España las probalidades que había de que a la muerte de Carlos II, el imperio español fuera dividido. Un país de tan acendrado nacionalismo, de un carácter en que sobresalía la altivez, no iba a aceptar que, por muy absolutista que fuera su ideología, se le considerara como algo disponible, sin tomar en cuenta su voluntad; esto hería profundamente el orgullo hispano. Rápidamente se formó un partido nacional, cuyo fin era conservar la integridad de los dominios de España; dentro de él se dividió la opinión en cuanto a quién debería aceptarse como heredero entre los dos nietos descendientes de Felipe. Unos preferían a Felipe de Anjou por no tener probalidades inmediatas de ocupar el trono de Francia; era el partido francés; otros querían al Archiduque Carlos, aunque podía pasar que, si moría el Emperador José sin hijos —no los tenía varones— se volvería a formar el Imperio de Carlos V, con los inconvenientes ya experimentados. Este era el partido austriaco, cuyo mayor apoyo era la reina, segunda esposa del Rey Carlos, que era austriaca.

El partido francés disponía de un fuerte argumento en su favor, y era el que se necesitaba un poderoso apoyo para mantener la integridad de los dominios hispánicos y éste sólo lo podía dar Luis XIV.

Asediado Carlos II por ambos bandos, consultó al Papa, el que le recomendó hacer testamento en favor del du-

que de Anjou por tener éste más derechos que el príncipe austriaco. En realidad, políticamente a la Santa Sede le convenía el candidato Habsburgo y no el Borbón. El rey de España dominaba en Italia por ser rey de Nápoles y Sicilia, y duque de Milán; y los Papas no podían olvidar que, si los emperadores Staufen habían sido duros respecto de Roma, Felipe IV de Francia había actuado en forma imperdonable; que si era verdad que Felipe II había doblegado a Paulo IV ocupando a Roma, Luis XIV había impuesto al Papado humillaciones arbitrarias, torpes e innecesarias. No se tomaron en cuenta, al dar este consejo, razones políticas, sino sólo la equidad.

El Cardenal Portocarrero, que atendió al rey en una de sus últimas enfermedades, logró que hiciera un testamento en que nombrara como heredero al duque Felipe de Anjou. Aunque después Carlos II mejoró momentáneamente, la reina y el partido austriaco no consiguieron que cambiara de parecer.

6)

Bajo la amenaza de una posible guerra, se reunió el cónclave para elegir sucesor a Inocencio XII. Los Cardenales divididos entre los partidos francés, austriaco y zelantes, no podían llegar a un acuerdo. La noticia de la muerte de Carlos II dio el triunfo a los zelantes que deseaban una elección por méritos, lejos de toda consideración política. Fue designado el Cardenal Albani que se negó terminantemente a aceptar el cargo, por encontrarse indigno de tan alta dignidad; ante el ruego individual y después colectivo de los Cardenales, de los jefes de las órdenes religiosas y del pueblo romano, accedió y tomó el nombre de Clemente XI. Virtuoso y resuelto a ser un ejemplo, no aceptó ni el más leve nepotismo. Se cuenta que, cuando su familia pasó a felicitarlo, les advirtió que habían perdido un pariente. Uno

de sus sobrinos, sacerdote de mérito, llegó al cardenalato, pero el Papa se apresuró a disminuir las rentas del cargo que iba a ocupar.

Clemente XI se encontró ante una situación política dificilísima, debida al estallido de la guerra de Sucesión de España, que puso frente a frente a los Estados católicos. La Santa Sede sólo podía guardar una estricta neutralidad como Estado temporal, pero, como poder espiritual, debería haber definido dónde estaba el derecho. La Iglesia reacciona muy lentamente ante la evolución de las ideas políticas. Las teorías teocráticas planteadas por Gregorio VII con tanta nitidez y audacia en el "Dictatus Papae", decían en el punto 12:

"El Papa puede deponer a los Emperadores".

Se aceptaban las monarquías hereditarias, más los soberanos estaban subordinados a la autoridad papal que podía juzgar su actuación. Juan XXII fue el último Papa que ejerció este poder respecto del Emperador Luis el Bávaro. Después del Gran Cisma de Occidente, Roma tuvo que dejar a un lado esta autoridad ante el auge de las ideas monárquicas populares; pero, al transformarse éstas en absolutistas y al pretender que su autoridad se derivaba directamente de Dios, por derecho hereditario, Roma se encontró sin fuerza para objetar esta idea. El Papado se hallaba amarrado por la posesión de los Estados Pontificios, cuyo dominio sólo podía mantener por medio de una hábil diplomacia, ya que no disponía de la fuerza material para hacerlo. Se cometió el error de identificar el poder real con el Papado y, a medida que los monarcas se alejaron del pueblo para transformarse en déspotas, encontraron en el clero los defensores de su poder. Esto contribuyó a que el catolicismo se distanciara de su base popular.

7)

Al saber Luis XIV que Carlos II designaba como su heredero al duque de Anjou, comenzó a modificar su su política de acercamiento hacia Inglaterra. El aceptar el testamento significaba la guerra, pues el Emperador no lo reconocería y se iba a producir la alianza con Inglaterra y Holanda, que consideraban como un peligro vital la unión de Francia y España en manos de los Borbones. Se estimaba que seguramente Felipe de Anjou sólo sería un rey nominal; el verdadero iba a ser Luis XIV.

Aparentemente el rey de Francia se encontraba ante un dilema: o seguir una política nacionalista u otra dinástica. Por la primera debería rechazar el testamento de Carlos II y respetar el acuerdo de Londres, lo que robustecería a Francia con la anexión de Lorena y Saboya, y la continuación del comercio en el Atlántico y en el oriente. Contaba para esto con el apoyo de la burguesía capitalista que, igual que en Inglaterra y Holanda, adquiría cada día más importancia. Era muy difícil que el Emperador no aceptara, pues se exponía a una guerra en la que no tenía probabilidades de triunfar. Era ésta una política de paz y de riqueza.

Por la segunda pasaba a los Borbones España y su inmenso imperio; había que afrontar una guerra total y ya la Liga de Ausburgo había demostrado que Francia no podía vencer. Es verdad que iba a contar con España y sus recursos, pero el Emperador, después de la victoria obtenida sobre los turcos, había acrecentado enormemente sus fuerzas. Luis XIV, ya anciano, debería haber pensado que, a su muerte, el rey de España, por muy Borbón que fuera, iba a preferir los intereses de su reino y no los franceses, y que en el futuro se debilitaría la influencia de familia.

Había una tercera solución que, por ser la más lógica, no se adoptó, como en la generalidad de los casos

de sus sobrinos, sacerdote de mérito, llegó al cardenalato, pero el Papa se apresuró a disminuir las rentas del cargo que iba a ocupar.

Clemente XI se encontró ante una situación política dificilísima, debida al estallido de la guerra de Sucesión de España, que puso frente a frente a los Estados católicos. La Santa Sede sólo podía guardar una estricta neutralidad como Estado temporal, pero, como poder espiritual, debería haber definido dónde estaba el derecho. La Iglesia reacciona muy lentamente ante la evolución de las ideas políticas. Las teorías teocráticas planteadas por Gregorio VII con tanta nitidez y audacia en el "Dictatus Papae", decían en el punto 12:

"El Papa puede deponer a los Emperadores".

Se aceptaban las monarquías hereditarias, más los soberanos estaban subordinados a la autoridad papal que podía juzgar su actuación. Juan XXII fue el último Papa que ejerció este poder respecto del Emperador Luis el Bávaro. Después del Gran Cisma de Occidente, Roma tuvo que dejar a un lado esta autoridad ante el auge de las ideas monárquicas populares; pero, al transformarse éstas en absolutistas y al pretender que su autoridad se derivaba directamente de Dios, por derecho hereditario, Roma se encontró sin fuerza para objetar esta idea. El Papado se hallaba amarrado por la posesión de los Estados Pontificios, cuyo dominio sólo podía mantener por medio de una hábil diplomacia, ya que no disponía de la fuerza material para hacerlo. Se cometió el error de identificar el poder real con el Papado y, a medida que los monarcas se alejaron del pueblo para transformarse en déspotas, encontraron en el clero los defensores de su poder. Esto contribuyó a que el catolicismo se distanciara de su base popular.

7)

Al saber Luis XIV que Carlos II designaba como su heredero al duque de Anjou, comenzó a modificar su su política de acercamiento hacia Inglaterra. El aceptar el testamento significaba la guerra, pues el Emperador no lo reconocería y se iba a producir la alianza con Inglaterra y Holanda, que consideraban como un peligro vital la unión de Francia y España en manos de los Borbones. Se estimaba que seguramente Felipe de Anjou sólo sería un rey nominal; el verdadero iba a ser Luis XIV.

Aparentemente el rey de Francia se encontraba ante un dilema: o seguir una política nacionalista u otra dinástica. Por la primera debería rechazar el testamento de Carlos II y respetar el acuerdo de Londres, lo que robustecería a Francia con la anexión de Lorena y Saboya, y la continuación del comercio en el Atlántico y en el oriente. Contaba para esto con el apoyo de la burguesía capitalista que, igual que en Inglaterra y Holanda, adquiría cada día más importancia. Era muy difícil que el Emperador no aceptara, pues se exponía a una guerra en la que no tenía probabilidades de triunfar. Era ésta una política de paz y de riqueza.

Por la segunda pasaba a los Borbones España y su inmenso imperio; había que afrontar una guerra total y ya la Liga de Ausburgo había demostrado que Francia no podía vencer. Es verdad que iba a contar con España y sus recursos, pero el Emperador, después de la victoria obtenida sobre los turcos, había acrecentado enormemente sus fuerzas. Luis XIV, ya anciano, debería haber pensado que, a su muerte, el rey de España, por muy Borbón que fuera, iba a preferir los intereses de su reino y no los franceses, y que en el futuro se debilitaría la influencia de familia.

Había una tercera solución que, por ser la más lógica, no se adoptó, como en la generalidad de los casos

pasa en los problemas políticos. Esta consistía en aceptar la herencia española, pero de acuerdo con las potencias marítimas; dar plenas garantías de que no se unirían las coronas de Francia y España en un solo monarca; y aceptar una neutralidad de Bélgica que disipara los temores de Holanda e Inglaterra.

Luis XIV, llevado por su inmensa soberbia, alimentada por la adulación constante de sus cortesanos, algunos de excepcional talento, pero que no tuvieron la valentía ni la honradez de hacer ver cómo se iba perdiendo el sentido de las proporciones y cuál era la verdadera situación de Francia, emprendió una política torpe y provocativa que necesariamente conducía a la guerra.

El rey de Francia anunció en Versalles la aceptación del testamento de Carlos II al presentar a su nieto como el rey Felipe V de España y agregar la frase sugestiva: "Ya no hay Pirineos". Las frases como éstas tienen un valor relativo que depende de los acontecimientos que siguen. Mas los hechos que se sucedieron a continuación revelaban una franca provocación: tropas francesas ocuparon el ducado de Milán, y un cuerpo de ejército entró en la Bélgica española y expulsó a las guarniciones holandesas que custodiaban las plazas fuertes de la frontera con Holanda. Y como si esto fuera poco, al morir Jacobo II en su destierro, Luis XIV saludó al hijo como el Rey Jacobo III de Inglaterra, es decir, no reconocía a Guillermo III como el soberano legítimo. Este murió pocos días antes de comenzar la guerra, y subió al trono la hija de Jacobo II, Ana Estuardo, reconocida como la heredera por el Parlamento.

8)

La guerra de Sucesión de España fue la más larga y sangrienta de las cuatro emprendidas por Luis XIV; duró trece años y fue la causa de la ruina de la econo-

mía francesa y de la pérdida de su preponderancia como primera potencia de Europa. El rey se libró de verse obligado a firmar una paz ignominiosa, gracias a los factores casuales que cambiaron y atenuaron la situación difícil, la completa derrota de Francia que era ya segura.

Al iniciar las hostilidades, el rey de Francia se consideraba el más fuerte por contar con los recursos de España y con la alianza del Elector de Baviera y del duque de Saboya; no tomaba en cuenta la inferioridad de las fuerzas marítimas y ni siquiera sospechaba los terribles efectos de la guerra económica que iba a destruir el comercio y la industria francesa, la obra de Sully y Colbert, sumiendo al pueblo en la más atroz miseria. No recordaba que ya no tenía Ministros como Louvois y Colbert, aunque en su desmesurado orgullo siempre había considerado los éxitos obtenidos por estos servidores como algo debido a su mérito propio. Y lo más grave era que había desaparecido el conjunto de espléndidos jefes militares de antes; sólo quedaba el Mariscal Villars, tranquilo y reposado, bueno para la defensa, no para el ataque. En cambio, iba a tener al frente al inglés Malborough y al austriaco Príncipe Eugenio de Saboya, dos generales de extraordinario talento militar.

Juan Churchil, Duque de Malborough, es una de las figuras más notables de la historia de Inglaterra; unía a un especial talento como organizador, el genio militar y grandes dotes de estadista y diplomático. Su esposa, Sara Jenings, amiga y favorita de la reina Ana, desde cuando ésta era una princesa sin esperanzas de ceñir la corona, era una dama de gran carácter e inteligencia que dominó a la reina y a su esposo, incapaces de desarrollar ideas propias en el gobierno.

Malborough, con amplios poderes y con la seguridad de un completo apoyo en el gobierno, se hizo cargo de dirigir la guerra y de mandar el ejército en el continente. Encontró en el jefe austriaco, el Príncipe

Eugenio, al militar capaz de comprender y ejecutar sus grandes planes estratégicos, y así pudieron obtener espléndidas victorias sobre los ejércitos franceses.

El plan francés de unir el ejército que pasaría de Italia a través del Tirol con el que actuaba en Baviera y marchar juntos hacia Viena para obligar al Emperador a firmar la paz fue desbaratado por la derrota de los franceses en Italia y después por la marcha asombrosa de Malborough, de Bélgica a Baviera, para juntarse con el Príncipe Eugenio y aniquilar en Hochtead a los franceses mandados por un general cortesano incapaz. La derrota fue de tanta importancia, que alteró la faz de la guerra en tal forma, que Luis XIV se vio obligado a pedir la paz; pero la entrada del Portugal a la guerra y la defección del Duque de Saboya quitaron a Francia toda posibilidad de obtener condiciones aceptables; fueron éstas tan duras, que el soberano francés tuvo que continuar luchando.

La victoria obtenida en Villaviciosa por el Duque de Vendome aseguró a Felipe V el trono de España; después los factores casuales cambiaron en forma imprevista la situación política. Primero fue la muerte del Emperador José I y la subida al trono imperial de su hermano Carlos VI, que era el pretendiente a la corona española. El triunfo de la coalición contra Francia significaba, en estas condiciones, la reconstitución del Imperio de Carlos V, e Inglaterra no iba a pelear por conseguir un fin tan contrario a sus intereses.

El segundo acontecimiento político de una importancia decisiva fue la caída de Sara Jenings como favorita de la reina Ana. Bajo las apariencias de un intriga de palacio, se disfrazó un episodio de la lucha política entre los dos partidos que se disputaban el poder en Inglaterra: los "wigh" y los "tories". Los segundos se aprovecharon de que los "wigh" en el gobierno iban perdiendo el favor de la burguesía, debido a que, a pesar de la forma gloriosa en que se había llevado la gue-

rra, sus resultados económicos pesaban duramente sobre los contribuyentes.

Inglaterra había obtenido ya plenamente su objetivo en los trece años de guerra. Había anulado la preponderancia francesa y se había evitado la unión de las coronas de Francia y España; reinaría en este último país un príncipe Borbón, pero con tales trabas, que nada significaría para el poder francés. Se había formado un imperio colonial inglés, y la posesión de Gibraltar y la isla de Menorca, una de las Baleares, aseguraba el dominio de Inglaterra en el mar Mediterráneo. El bloqueo económico había destrozado la economía francesa. Su comercio e industria estaban arruinados; en Lyon, centro productor de seda, el número de obreros que trabajaban en este ramo había bajado de doce mil a tres mil; más al castigar en tal forma al comercio francés, también se perjudicaba el inglés; y si se agregaban a esto los perjuicios causados por los corsarios en el comercio, se puede explicar el descontento existente en Inglaterra, a pesar de los triunfos obtenidos. Esta situación produjo la caída de los "wigh" y la llegada de los "tories" al poder.

El nuevo gobierno inglés deseaba la paz a cualquier precio, sobre todo si ésta la pagaban sus aliados; no le convenía continuar manteniendo un ejército que estaba acostumbrado a vencer al mando de Malborough, quien se había transformado en un héroe popular, y era "wigh". Se firmó la paz separada con Francia, y después el Emperador se vio forzado a hacerla igualmente. Fueron los Tratados de Utrech y Rastadt.

Felipe V quedó como Rey de España y sus colonias; el Emperador adquirió Bélgica, el ducado de Milán y el reino de Nápoles; Sicilia fue cedida al Duque de Sabova; Inglaterra quedaba en posesión de Gibraltar y Menorca, y aumentaba su imperio colonial.

# CAPITULO V

1) Consecuencias del reinado de Luis XIV.— 2) La Regencia.— 3) Guillermo Dubois.— 4) Jorge I rey de Inglaterra.— 5) Julio Alberoni.— 6) Isabel Farnesio, reina de España; 7) Coalición contra España; 8) Juan Law.— 9) Final de la Regencia.

## 1)

Se ha considerado indebidamente a Luis XIV como el monarca más célebre de la dinastía de los Capetos, es decir, de los reyes de Francia; es Luis el Grande, es el Rey Sol, y a su época se le ha llamado "Siglo de Luis XIV". Esto se debió a que alrededor del rey se agruparon una pléyade de escritores, poetas, grandes prosistas, soberbios oradores, y todos entonaron un cántico de alabanza; no se atuvieron a decir la verdad, sino a obtener el favor real por medio de una adulación sin límites.

Es algo increíble que, entre tantos hombres de excepcionales méritos, hubiera tanto interesado servilismo; nadie se atrevió a criticar; nadie trató de hacer ver

la realidad, y sólo al final del reinado, un militar, el mariscal Vauban, anciano de setenta y cuatro años, tuvo el valor de exponer al rey, en un memorial, la verdadera situación de Francia, la triste verdad. Esto le costó el caer en desgracia, lo que apresuró su muerte. Causa asombro el pensar que hombres que se creían profundos filósofos, severos moralistas; que príncipes de la Iglesia, de admirable elocuencia, llegaran al extremo de atacar el Papado, para entregar encadenado el clero a la voluntad de un déspota que eregía el adulterio en una institución cortesana; y todo, con un fin interesado, servil.

Llama la atención que sacerdotes virtuosos y de tanta fama, como el Arzobispo de Cambrai, Fenelon, preceptor del delfín, que dio muestras de su gran rectitud y valor moral al aceptar y leer él mismo a sus feligreses el fallo de Roma que condenaba algunas de sus ideas, expuestas en su libro sobre el quietismo, haya aceptado continuar en una corte corrompida en que la Montespan exhibía su categoría de favorita. El caso del profeta Nathan ante el rey David no se vio en Versalles.

Luis XIV, al terminar su gobierno, había engrandecido territorialmente a Francia; había conquistado una faja de Bélgica, parte de Alsacia, hasta el Rhin y el Franco Condado; pero todas estas adquisiciones pudieron hacerse por medio de una hábil política pacífica, y se habrían evitado cuatro guerras y sus terribles consecuencias. En cambio, se perdió la obra de Enrique IV y Richelieu, la preponderancia francesa que pasó a Inglaterra, que también logró frenar y limitar el empuje marítimo y colonial, por el cual tanto habían luchado Richelieu y Colbert.

La política internacional de los últimos años de gobierno del "rey sol" cambió completamente. Suecia, la aliada de Francia, dejó de ser gran potencia, igualmente Polonia perdió su importancia; en cambio, entró a figurar el nuevo reino de Prusia, y el ducado de Sa-

boya se convirtió en un Estado de inquietantes ambiciones. El Emperador, por cuya disminución de poder tanto había trabajado la política francesa, era ahora el factor dominante en la Europa Central. España era una amiga, mas hacía tiempo que su potencialidad había dejado de ser un peligro.

El desastre de la política exterior no era nada al lado de la ruina interna de la nación. Un sistema tributario absurdo, en que las dos clases pudientes, el clero y la nobleza, tenían el privilegio de no pagar impuesto, al que había que agregar la burocracia, hacía que la totalidad de las cargas financieras las soportaran la burguesía y las clases más pobres. Se estimaba que una décima parte de la población vivía en la más absoluta miseria; se mantenía de la caridad pública; cinco décimas sólo podían vivir pobremente; tres décimas estaban agobiadas de impuestos, deudas y pleitos; y la décima restante disfrutaba de las riquezas y de las dádivas suculentas con que el rey premiaba a sus cortesanos.

Luis XIV pudo suprimir las clases privilegiadas y establecer la proporcionalidad tributaria, como se lo aconsejaban hombres como Colbert; no lo hizo, prefirió aceptar una dádiva del clero y no tocar los intereses de la nobleza. La residencia de la corte en Versalles, en un palacio que era una obra grandiosa de arquitectura, verdadero monumento eregido a la vanidad del soberano, cuya construcción terminó de esquilmar el agotado erario francés, contribuyó a alejar al rey del pueblo que le había dado su apoyo para dominar a la nobleza.

En la corte fastuosa de Versalles, formada por más de catorce mil personas, trató el rey de que los nobles llevaran una vida de tanto lujo, que sus rentas no alcanzaran a financiarla, y se vieran obligados a depender de la generosidad real. La nobleza, antes tan altiva, que se oponía al absolutismo, perdió su carácter y se

transformó en un conjunto de cortesanos que empleaban la adulación para conseguir sus fines. Sólo se mantuvo aparte la nobleza retirada en sus castillos; conservó su altivez y fue la más fiel en los días aciagos de la monarquía. El rey cometió el error de creer que en la corte tendría un apoyo, y sólo consiguió crear un nido de intrigas y alejarse de la base popular de su poder.

La revocación del Edicto de Nantes, tan hábilmente modificado por Richelieu, fue uno de los actos más funestos que nos demuestra la inepcia como estadista del llamado "gran rey". Los Reyes Católicos en España podían justificar la expulsin de los judíos; y aun Felipe III, la de los moriscos, ante el temor de una invasión turca o africana de carácter musulmán; pero en el caso francés nada justificaba la cruel persecución contra los valdenses, ni la hostilidad sistemática con que se quiso terminar con los hugonotes; no existía una idea religiosa; era sola la fría y mal comprendida razón de Estado. Esta medida costó a Francia el perder cien mil de sus más industriosos y selectos habitantes, nueve mil de sus mejores marinos, doce mil soldados y seiscientos oficiales.

Hay cierta afinidad entre Luis XIV y su bisabuelo Felipe II de España. Marcan ambos la cumbre del poder monárquico en sus respectivas naciones; después viene la decadencia, lenta en España en cuanto a la situación internacional, no así respecto del prestigio interior que ni la invasión napoleónica pudo destruir. Felipe II luchó por un ideal, por algo que él consideraba un deber, y aquí está la diferencia; Luis XIV lo hacía por satisfacer una inmensa vanidad. Es un esquema del carácter de ambos soberanos: el del Escorial y el de Versalles; el primero es la expresión de una mística religiosidad; el segundo, la expresión de un hombre poseído por un satánico orgullo.

2)

La noticia de la muerte de Luis XIV causó en el pueblo de París un loco entusiasmo; se encendieron fogatas y la gente se felicitaba por haber desaparecido el monarca que explotara tan cruelmente a las clases necesitadas. El jefe de policía advirtió a la Corte que él no respondía por lo que pudiera pasar, si el cortejo fúnebre, que debía trasladar los restos del rey de Francia de Versalles a la abadía de San Dionisio, atravesaba la ciudad de París. Se resolvió desviarlo y hacerlo a la madrugada; a pesar de esto, una gran muchedumbre se amaneció en la explanada por donde necesariamente debería pasar, para lanzar los postreros insultos al "rey sol" que se había atraído el odio popular por la atroz dureza de su gobierno con los desvalidos.

Se habían extraído al cadáver el corazón y las entrañas para que fueran depositadas en la Catedral de Notre Dame; alusivo a esto aparecieron en los muros de la basílica de San Dionisio los siguientes versos:

"En Versalles igual que en San Dionisio
Sin corazón ni entrañas es el mismo".

Esta actitud popular nos hace ver cuánto había variado el sentir del pueblo; continuaba siendo monárquico; mas si el nuevo soberano gobernaba en una forma similar, la monarquía perdería la base popular que le había permitido imponerse a la nobleza.

El testamento de Luis XIV establecía una Regencia durante la menor edad de su heredero, su biznieto Luis XV; estaba fijada en tal forma, que entregaba el gobierno a su hijo ilegítimo, el Duque de Maine, y a su viuda, la marquesa de Maintenon. Todo esto iba en perjuicio del Duque Felipe de Orleans, sobrino del rey, al cual le correspondía no sólo la Regencia, sino el trono en caso de fallecer el rey niño. Esto se debía a que el nieto de Luis XIV, el Duque Felipe de Anjou, que de-

bía haber sido el regente o el rey, si faltaba Luis XV, había renunciado a todos sus derechos, al aceptar el trono de España.

Felipe de Orleans logró hábilmente atraerse al Parlamento que debía declarar la validez del testamento real; triunfó la oposición, anuló lo dispuesto por el rey difunto y declaró Regente al Duque de Orleans.

De poco más de cuarenta años de edad, Felipe II de Borbón, Duque de Orleans, era un hombre de fisonomía agraciada, que reunía un conjunto de buenas cualidades. Había sido un general experto y valiente; desgraciadamente, la molicie y el vicio anulaban, en gran parte, sus dotes de gobernante. Su madre decía que, al nacer su hijo, las hadas que rodeaban su cuna le obsequiaron diversas cualidades; sólo una que no había sido invitada se negó a darle voluntad y criterio necesario para aprovecharlas. Fue un vividor; pero tuvo la habilidad de buscar y encontrar los Ministros capaces de administrar el país en un momento tan difícil, de tan extrema pobreza.

La generalidad de los historiadores, al hablar de la regencia, la califican como una época de inaudita corrupción y desorden, en la que se alteró hasta la tradicional política de Francia al buscar la alianza con Inglaterra. Hay en estos juicios exageración y mucha injusticia; no se puede comparar la gloria del período anterior con la crisis económica, complot y complicaciones de la regencia, que eran una consecuencia del anterior gobierno. Luis XIV dejó la nación arruinada, con una moralidad falsa, hipócrita, pues si la Corte se hizo santurrona, cuando la edad y achaques del monarca lo obligaron a ello, el ejemplo de inmoralidad y escándalo dado anteriormente había fructificado ampliamente. Con la regencia se volvió a algo que se consideraba natural y que obligadamente se había ocultado.

3)

El abate Guillermo Dubois que llegó a ser Arzobispo de Cambrai, Cardenal y Ministro del rey, es una de las figuras más interesante, más calumniada y más duramente juzgada de la historia de Francia. El Duque de Saint Simon nos ha dejado en sus Memorias una galería de retratos de los personajes más importantes de su época; escritor ameno y preciso hace sus críticas con severa moral. La forma apasionante de relatar los acontecimientos ha hecho que su obra sea el documento de consulta imprescindible para todos los autores que se refieran a este tiempo. Sin embargo, hay que considerar el prejuicio de casta y su ninguna imparcialidad al condenar a sus adversarios políticos. Al juzgar a los hombres de este período por las Memorias de Saint Simon, se comete el mismo error que al aceptar los conceptos de Buckard respecto de los Borgias.

Denota el Duque al hablar de Dubois, esa insolencia característica del aristócrata, que cree —o finge creer— que todo lo grande y noble proviene de su clase y lo demás del vulgo, y se olvida de que sus antepasados salieron de ese mismo vulgo, tan despreciado, y que por procedimientos muchas veces inconfesables formaron una clase dominante.

Dice así de ese "hombre fuerte del vulgo, de la hez del pueblo": "Todos los vicios estaban en él en constante y ruidosa pelea, disputándose el predominio. La codicia, la lujuria, la ambición eran sus divinidades; sus medios la falacia, la adulación, el servilismo; la impiedad más extremada era la condición principal de su dicha; su axioma y sus principios fundamentales eran que la honradez y la honestidad no existían realmente y eran sólo caretas, por cuya razón no reparaba en los medios que empleaba. Era maestro en arterías rastreras que constituían su vida y sin las cuales no podía existir;

pero no sin que le guiara en todo un objeto y plan, a los cuales se dirigían todos sus pasos".

"La mentira más descarada se había hecho su segunda naturaleza— pero disimulada bajo una impresión de inocente honradez y hasta de vergüenza tímida".

Si aceptamos el juicio de Saint Simon, Dubois fue un monstruo de falsedad, malo, perverso, un ser despreciable en todo sentido; y esto no puede haber sido así, pues es inexplicable que a un hombre de ese natural se le confiara la educación de un príncipe real, como era el Duque de Chartres, heredero del Duque de Orleans; que una princesa de tan acrisolada rectitud, como era la madre del Regente, mantuviera durante quince años correspondencia con Dubois y confiara en él hasta su muerte. Parece que la verdad es otra.

Dubois fue un hombre amoral y arreligioso; para él las ideas morales o religiosas tenían un valor relativo, según las personas que las poseían. Las dignidades eclesiásticas, civiles o militares, sólo tenían un valor jerárquico y eran un instrumento para el dominio político. Fue inteligente y astuto, un verdadero talento político, dominado por una sed insaciable de poder y de riqueza y una enorme capacidad de trabajo. Supo inclinarse ante los poderosos y tocar los resortes necesarios para someterlos a su control. Tuvo intuición, pudo captar el momento político internacional, y así logró mantener el poder del Regente, a pesar de la oposición tan fuerte en el interior como en el exterior, que llegó a producir una guerra. Fue fiel a su patria y a su amo; obtuvo grandes ventajas y llegó, como Mazarino, a la más alta dignidad, pero jamás traicionó a los que servía.

Sería curioso haber oído el juicio de Saint Simon, si este gran escritor hubiera alcanzado a conocer a un hombre de rancia nobleza, un príncipe, que no tenía ninguna relación con el vulgo, de una ideología también amoral y arreligiosa, de enorme capacidad como

estadista y astuto diplomático, con la diferencia de que este ilustre aristócrata, Carlos Mauricio Talleyrand, traicionó sucesivamente a todos los gobiernos que sirvió, cuando convenía a sus intereses particulares; y que en el Imperio no sólo traicionó a su soberano, Napoleón, sino a Francia, al entregar al monarca ruso los planes franceses de guerra.

4)

La subida al poder de los "tories" produjo en Inglaterra un estado cercano a la guerra civil. Los "wigh" se vieron excluidos de la administración; e insultados por el populacho algunos de sus grandes jefes, entre ellos Malborough, que era un héroe nacional.

La lucha pacífica de los partidos en una democracia burguesa, como era la del Reino Unido —así se denominó la unión de Inglaterra y Escocia con un Parlamento común— no se conocía todavía; existían las conspiraciones y la creencia de que sólo por un movimiento armado se podría cambiar el gobierno. Los "tories" o conservadores se hicieron cada vez más partidarios de la vuelta de los Estuardos, de Jacobo III, el hijo de Jacobo II que dinásticamente era el legítimo rey de Inglaterra. Se trató de conseguir que aceptara hacerse anglicano, ya que existía el acuerdo de que el rey debia profesar esta religión de la cual era el jefe; igualmente se le pidió que residiera en un país protestante, como Suecia. El pretendiente, como se le llamaba, rehusó con toda nobleza abjurar de su religión, que era la de sus antepasados, sólo por interés y no por convicción.

Los "wigh" apoyaban la sucesión de Jorge, elector de Hanover, nieto de Jacobo I por línea femenina; y como hubiera vuelto al poder este partido, poco antes de que falleciera repentinamente la reina Ana, subió al trono este príncipe, como lo había acordado el Parla-

mento. Jorge I era alemán; no tenía nada de inglés, ni siquiera hablaba este idioma que jamás quiso aprender. De cincuenta y cuatro años de edad, era un hombre amargado por desgracias conyugales y no podía entenderse con su hijo, el futuro Jorge II. Inglaterra era para él un destierro dorado, pues aunque había aumentado la importancia de su electorado al comprar a Suecia las costas correspondientes al mar del Norte y al transformarlo en una potencia interna del Imperio, era pobrísimo comparado con la rica Inglaterra que por su fuerza marítima y su poder financiero había llegado a ser una potencia preponderante.

Es curioso pensar cómo el acontecer de sucesos impensados, que consideramos casuales, porque no encontramos el motivo humano por el cual se producen, son los que afirman la evolución de un país, u otras veces causan un cambio brusco. Es así como el ceñir la corona inglesa un príncipe extranjero afirmó definitivamente el gobierno de la burguesía y estableció el sistema parlamentario.

Jorge I no hablaba inglés y se entendió con uno de sus Ministros en un latín macarrónico que ambos practicaban; el rey no podía presidir el Consejo de Ministros, porque no comprendía el idioma que hablaban, y se hizo costumbre que el Ministro que podía entenderse con el rey le llevara los decretos que éste debía firmar por lo que ese funcionario le explicaba y aconsejaba. Y así llegó a aceptarse que hubiera un primer Ministro, que contaba con la mayoría de los miembros de la Cámara de los Comunes, y que era el verdadero gobernante. Prácticamente se confirmó el principio de que el rey reinaba, pero no gobernaba. A Jorge I no le importaba la impotencia del poder real en Inglaterra, mas en Hanover gobernaba en una forma despótica.

5)

Uno de los principales personajes que llegaron a España, acompañando al nuevo rey Felipe V, fue la princesa de los Ursinos, dama ya de edad madura, de gran carácter, inteligente y muy conocedora de la política y de los resortes que había que tocar para conseguir los fines que Luis XIV se proponía alcanzar. Era la persona de confianza del rey de Francia, y no hay duda de que supo cumplir ampliamente la misión que se le encomendó.

Después de la paz de Utrech, la princesa dominó tanto a Felipe V como a su esposa, en tal forma que nada se hacía sin su aprobación. Al enviudar el rey, éste continuó celebrando prolongadas entrevistas con la princesa, lo que se interpretó torcidamente, en el sentido de existir un vínculo amoroso, lo que no era probable, dada la diferencia de edades existente; él era un hombre de treinta y dos años; y ella, una anciana de más de setenta. Para evitar enojosos comentarios y satisfacer la necesidad que sentía el rey de tener una compañera, resolvió la princesa buscarle una segunda esposa. Era Felipe un hombre de carácter débil y raro, y era muy importante que la nueva reina no deseara intervenir en los asuntos de gobierno ni pudiera ejercer ningún dominio sobre su esposo en este sentido.

El Duque de Vendome, nieto por rama ilegítima de Enrique IV, fue uno de los mejores generales que tuvo Luis XIV; poseía un gran talento militar; pero era un noble amoral y cínico, más temido que amado por sus subordinados; miraba con profundo e insolente desprecio a los que no consideraba de su rango. Enviado como general del ejército francés a Italia, tuvo dificultades con el Duque de Parma, el cual se vio obligado a enviar a alguien que pudiera entenderse con tan difícil personaje.

El encargado de arreglar estos asuntos pendientes, por parte del Duque de Parma, resolvió enviar primero a otra persona para sondear y ver modo de negociar con el jefe francés. El elegido fue el abate Julio Alberoni, de origen muy modesto, quien, gracias a su despierta inteligencia y su manera de halagar a los poderosos, había logrado estudiar, recibir las órdenes y, como abate, figurar en la corte de Parma; elemento disponible, nadie sospechaba las raras cualidades que poseía, que eran las de un hombre excepcional.

Enviado ante el Duque de Vendome, fue recibido por éste en la forma grosera e insolente que empleaba con sus inferiores; coincidió, además, que el duque se encontraba molesto por dolencias debidas a su vida desordenada. Al verlo, Alberoni empezó por preguntarle qué sentía, y aconsejarlo y, por último, prepararle remedios que aliviaron a Vendome de tal manera que al sentirse mejor al día siguiente y con apetito, aceptó la propuesta de Alberoni de prepararle unos "macarroni" con queso, que era uno de los secretos de su habilidad como eximio cocinero. El duque encontró el almuerzo delicioso y más aún la grata compañía de un hombre que hablaba de política, de historia, de arte militar, salpicado todo con sabrosas anécdotas que hacían la conversación especialmente amena. Al final del día, se le ocurrió al duque preguntarle qué asunto lo había llevado a su campamento; entonces Alberoni, con suma diplomacia, dio a conocer los deseos del duque de Parma, que Vendome aceptó sin poner ninguna dificultad.

Regresó Alberoni triunfante a Parma; había desempeñado su misión en tal forma, que había conseguido condiciones tan favorables, que nadie las esperaba. Al día siguiente, el general francés mandó preguntar si no existía algún asunto que tratar para que le mandaran al abate Alberoni, el que volvió para ya no separarse más de Vendome, el que lo consideró como un consejero

hábil, fiel e indispensable. Cuando el duque tomó el mando de los ejércitos franceses de los Países Bajos, llevó a Alberoni, e igualmente lo hizo al ser enviado a España a pedido de Felipe V. Muy pronto Alberoni fue conocido por el Rey de España y por la princesa de los Ursinos. Cuando Vendome murió, el abate continuó en Madrid como enviado del Duque de Parma.

La sagacidad de Alberoni le permitió captar muy luego el error de la política francesa de la princesa de los Ursinos al oponerse a la Inquisición que era tan poderosa en España y tan popular; no era una institución religiosa; era una institución nacional. Estas observaciones lo indujeron a intentar su jugada maestra.

En conversaciones con la princesa sobre el problema matrimonial del rey, pasaron revista a las posibles reinas de España, y se estudiaron los inconvenientes y las posibles ventajas de unas u otras de las princesas en que se podía pensar, para al final, como algo no recordado, hablar de Isabel Farnesio, hija del Duque Eduardo de Parma, joven educada en un ambiente casero, deseosa de agradar y fácil de dirigir por una persona de la experiencia de la Ursinos. Las ventajas de esa elección eran tales, que fue aceptada; Alberoni fue el encargado de negociar la boda. Todo esto había sido previamente tratado por Alberoni con el Inquisidor mayor que dirigía el partido contrario a la princesa de los Ursinos y a la influencia francesa.

Parece que a última hora se descubrió la trama y se dio orden a los representantes españoles que dejaran en nada la petición de la mano de Isabel Farnesio; pero Alberoni se había adelantado y se había celebrado el matrimonio por poderes, o los enviados españoles mañosamente esperararon que así pasara.

Isabel Farnesio emprendió el viaje a España. Según se cuenta, había escrito a Felipe V manifestándole que la futura felicidad matrimonial dependía del alejamiento de la princesa de los Ursinos, a lo que el rey

contestó dándole su completa aprobación. Sólo así se explica la violenta orden de la nueva reina, al llegar a tierra española y recibir a la de Ursinos, que como primera dama de honor había ido a saludarla, de que fuera rápidamente conducida a Francia y que no volviera jamás a España.

6)

La caída de la princesa de los Ursinos produjo el que muy pronto Julio Alberoni pasara a ser el hombre de confianza de los reyes; después, una persona indispensable y, por último, un Ministro omnipotente que, a pesar de su elevado cargo y de su poder, no olvidaba agradar a los soberanos; y, si era necesario, recurría a sus habilidades culinarias para tener siempre gratos a los monarcas.

Pocos hombres causan tanta admiración como Alberoni, por su talento, capacidad de trabajo y habilidad para dar empuje y levantar el espíritu nacional, y transformar a corto plazo a un pueblo tan orgulloso, como el español, postrado por años de gobiernos torpes o completo desgobierno, en un país lleno de entusiasmo y deseoso de recuperar su antigua posición internacional. La brillante personalidad de Julio Alberoni debe figurar al lado de los más grandes estadistas.

Cuando asumió oficialmente el poder dijo a Felipe V: "Deme V. M. sólo cuatro años de paz y yo le hago el monarca más temido por tierra y por mar". El nuevo Ministro no sospechó en toda su amplitud el carácter y la ambición de la reina Isabel Farnesio. Esta princesa estaba poseída de un insaciable deseo de mayor poder; no le bastó el haber pasado de un pequeño ducado a ser reina de una de las más grandes monarquías existes; aspiró a más todavía, sobre todo cuando nacieron sus dos primeros hijos. El rey tenía de su primera espo-

sa dos varones y, por lo tanto, los nuevos príncipes no veían posibilidad de reinar.

Al morir Luis XIV, heredó la corona su biznieto Luis XV, niño de corta edad; y en caso de que faltara, debería ocupar el trono su tío. el actual Felipe V de España, al no existir la renuncia de éste a su herencia francesa cuando ocupó el trono hispánico. Según esto, el soberano iba a ser el Duque Felipe de Orleans, Regente de Francia. Toda la política de Isabel Farnesio se dirigió a dos fines: recobrar las posesiones que España había tenido en Italia, Nápoles y el ducado de Milán, y derribar al regente para que asumiera la regencia de Francia su esposo, lo que era un paso decisivo hacia la corona, si Luis XV desaparecía.

No hay duda de que Alberoni supo apreciar que la unión de las coronas de Francia y España significaba una nueva guerra y que vio las inmensas dificultades que se oponían a tan ambiciosos proyectos; mas el talento y empuje de este hombre podían vencer cualquier obstáculo; además el tratar de conseguirlo era la úncia manera de mantenerse en el poder, ya que la voluntad de la reina dominaba al débil monarca. Emprendió Alberoni la transformación interna de España haciendo renacer la industria y el comercio; y al mismo tiempo, inició la construcción de una fuerte escuadra y la reorganización del ejército.

Entró en negociaciones con Roma, que deseaba la intervención de España ante el ataque turco a los dominios venecianos en el Mediterráneo oriental. Obtuvo el capelo de Cardenal y grande fue la sorpresa cuando se supo que una escuadra española, en plena paz, se había apoderado de la isla de Cerdeña; ante las protestas de Inglaterra, una segunda escuadra desembarcó un ejército en Sicilia.

7)

Al Ministro de la regencia, Dubois, no le habían pasado inadvertidos los planes de Alberoni; con la astucia que le era característica, siguió el desarrollo de la política española y el conjunto de complots que se fraguaban en Francia para eliminar al regente y colocar en su lugar a Felipe V.

El Embajador español en París, Príncipe Cellamare, no sólo organizaba una conspiración en la ciudad, sino que había llegado a crear un clima de revuelta entre la nobleza bretona; se esperaba la llegada de una escuadra española para que estallara la sublevación.

Dubois con suma habilidad diplomática logró unir los intereses de la regencia con los de la casa de Hanover amenazados por las intrigas jacobitas en Inglaterra, que eran fomentadas por Alberoni. Al final, se firmó una alianza entre Francia, Inglaterra, Holanda y el Emperador, en que se garantizaban sus respectivas posesiones. En cambio, la combinación, al parecer fantástica, de Alberoni, en orden a llegar a un entendimiento sueco-ruso para atacar a Inglaterra, sufrió un rudo golpe con la imprevista muerte del Carlos XII de Suecia.

El conflicto, ya en marcha en Europa, se transformó en un duelo entre los Cardenales Alberoni y Dubois. Los espías de este último lograron apoderarse de los documentos del Príncipe Cellamare y comprobar ampliamente la existencia de una conspiración. Inglaterra y Francia declararon la guerra a España; una escuadra inglesa destruyó una flota española; y un ejército francés, al mando del Mariscal Berwick, invadió las provincias vascongadas.

Las condiciones de paz fueron muy fáciles de aceptar para España: destitución y destierro de Alberoni, el hombre temible, y se le reconocía a Isabel Farnesio al-

go muy deseado: la herencia del ducado de Parma y de Piacenza para su hijo don Carlos. El Cardenal Alberoni, vigilado por sus enemigos que no olvidaban su genio fecundo, se refugió en Venecia y no volvió a figurar en política.

8)

Juan Law, nacido en Escocia, es el precursor o, mejor dicho, el primero de los grandes hombres de negocios que seguirán después; fue un verdadero genio financiero. No es, como a veces se le ha juzgado, un torpe iluso que pretendía reemplazar el dinero metálico por papeles. Su idea fundamental era muy lógica. Dado el gran desarrollo que habían adquirido la industria y el comercio, no bastaban las monedas que podían acuñarse; había que movilizar la riqueza existente, y esto sólo se podía hacer por medio del papel moneda.

Las ciencias económicas plantean principios que son variables; las funciones del tiempo y de las condiciones existentes, no son verdades inamovibles. Law fracasó, no por que fueran descabellados sus planes, sino por la oposición de los que se veían afectados en sus intereses en el comercio del dinero y por una razón muy humana: se deslumbró por el éxito obtenido y no supo apreciar en su verdadero sentido el factor esencial para el triunfo de su sistema que era la confianza pública.

Hijo de un banquero, muy joven propuso varios planes financieros que fueron rechazados en su patria; después de varios incidentes en su vida privada, se vio obligado a huir de Inglaterra y refugiarse en Francia. Ofreció sus servicios a Luis XIV, que no los aceptó. Durante la regencia, consiguió que se le permitiera abrir un Banco. Obtenida la confianza del regente, pudo fundar una Compañía, como sociedad anónima, que tenía el privilegio de explotar las colonias de América, especial-

mente la Luisiana que se describió como una región de inagotable riqueza, El Dorado, tan buscado por los conquistadores españoles.

Las acciones emitidas subieron de precio cuando la Compañía obtuvo nuevos privilegios y, al mismo tiempo, tomó a su cargo la totalidad del problema económico del país; se hizo cargo de la deuda pública y del cobro de las contribuciones. Los billetes emitidos por la Compañía eran preferidos al metálico; y sus acciones subieron de precio en tal forma, que llegaron a cotizarse a cuarenta veces su valor nominal.

La credulidad de los hombres no tiene límite, ni tampoco el deseo de que se les engañe; cuando a esto se asocia la condicia que estimula el afán de adquirir fáciles ganancias, se llega a situaciones financieras que terminan con una catástrofe de insospechables conseceuncias. Law, que se había nacionalizado francés, se hizo católico. Embriagado por el éxito, no vio los peligros que podían presentarse y no apreció en su justo valor a sus enemigos. Cometió todavía el gran error de atacar el capital inglés, olvidando que el dinero es internacional; todo esto aceleró su ruina. Cuando las acciones llegaron a un valor que muchos estimaron era el máximo, comenzaron a vender y, en forma ostentosa, a cambiar los billetes por metálico.

El Príncipe Conti vendió todas sus acciones y exigió que se le pagara en moneda acuñada, la que transportó en tres carros, de modo que todo París comentara el acontecimiento. Vino la desconfianza, y ésta aumenta siempre en un ritmo más acelerado que la confianza; todos querían exigir el pago en metálico y rechazaban los billetes. Law pudo huir de Francia; perdió sus enormes ganancias y vivió en Venecia, donde llevó una vida oscura.

Se produjo la quiebra que fue la ruina de toda la gente que había invertido sus ahorros o se había endeudado para adquirir las acciones de la Compañía que

los iba a enriquecer. El Fisco pudo pagar la guerra contra España y liquidar gran parte de la deuda proveniente del gobierno de Luis XIV, pero la indignación popular fue tan intensa, que pudo haberse producido una revuelta. La muerte de Dubois y, poco después, la del duque de Orleans apaciguaron los ánimos ante la esperanza de la acción de un nuevo gobierno.

9)

El regente, que había sido aceptado como un salvador ante el depotismo de Luis XIV, perdió toda su popularidad y, al morir, fue juzgado con odiosos sarcasmos. Esto se puede apreciar por el epitafio que se le dedicó en una canción popular: "Caminante, aquí yace un espíritu fuerte, cuyo destino fue envidiable. Supo gozar de la vida y murió sin saberlo. Cuentan que no creyó en la divinidad, pero esto es una calumnia indigna, porque su trinidad se llamaba Plutón, Venus y Baco. Felipe ha muerto a la callada y ha bajado a los infiernos para robar a Proserpina o quizás para echar de su trono a Lucifer..."

En una parodia de la tragedia Mitrídates, de Racine, se hace decir al regente: "He hecho a Francia miserable del mejor modo y hasta donde he podido; sólo la muerte ha interrumpido mi tarea. Enemigo de los franceses y de su riqueza, les he quitado sus leyes, he arruinado su hacienda y puedo decir con orgullo que entre todos los nombres de triste y odioso recuerdo no hay ninguno que hava hecho más mal a Francia, que haya cubierto su nombre de más ignominia y llenado su historia de más días aciagos que yo".

Las apreciaciones populares son muy simplistas; se olvidan los antecedentes y sólo se ven los hechos inme-

diatos. Al juzgar al Duque de Orleans, no recordaban la terrible herencia de que se hizo cargo después de la muerte del "rey sol". Tanto él como su preceptor y Ministro Dubois fueron amorales, productos de esa época; pero no hay duda de que trataron de disminuir los desaciertos del gobierno anterior, y algo consiguieron; pero, al final, se les atribuyó todo el mal que no eran capaces de evitar.

# CAPITULO VI

1) La Ilustración.— 2) Juan Bautista Vico.— 3) Montesquieu.— 4), 5), 6), 7) Voltaire.

## 1)

Los alemanes han designado el período de fines del siglo XVII y siglo XVIII con la palabra "Aufklarung", que en castellano equivale a "Ilustración", nombre ya aceptado y que es tan equivocado y presuntuoso como el de Renacimiento y Reforma con que se han denominado etapas anteriores.

Las doctrinas de Lutero, fundadas en dos principios contradictorios como eran un fuerte dogmatismo al lado del libre examen de la Biblia, tenían que llevar las inteligencias al racionalismo. Este, ya iniciado siglos antes por Abelardo, no había prosperado, debido a que el mundo católico estaba sujeto a la autoridad pontificia; mas, al eliminarla, se rompió la valla que impedía los desbordes de un mal comprendido y exagerado valor de la razón.

El molinismo, jansenismo, quietismo o semiquietismo o cualquiera variedad de esta ideología de tenden-

cia mística para los espíritus honrados que creyeron encontrar una forma de acercarse a Dios, fueron convertidos muy pronto en disimiulados movimientos políticos. El jansenismo, o sea, el calvinismo católico, como también se le ha llamado, era en realidad una reacción de la aristocracia feudal contra el absolutismo monárquico que la había vencido. Es muy sugestivo que encontrara especial aceptación entre las instituciones que significaban una limitación del poder real, y en ellas se anidó este nuevo tipo de oposición.

El pensamiento, libre de limitaciones y apoyado por el avance de la ciencia matemática y por los nuevos métodos de observación de los fenómenos de la naturaleza, llegó a creer en la omnipotencia de la razón. Aceptó la existencia de un Dios; de leyes que regían el mundo y la bondad natural del hombre, a quien legislaciones inadecuadas pervertían y hacían desgraciado. Así, poco a poco, se llegó a un deísmo que no era nada más que una materialista divinización de la naturaleza.

La inteligencia humana, libre de las disciplinas dogmáticas, se lanzó a una frenética adoración de la razón para llegar lógicamente, después de un tiempo, al escepticismo, cuando pudo apreciar su valor limitado. El ansia de conocer lo oculto, el sentido de la vida y de la muerte, el misterio del más allá, hizo aceptar a los que habían desechado los dogmas por no encontrarlos de acuerdo con la razón, algo que era absurdo, lo que los hizo retroceder al ocultismo y a sus derivados propios de las culturas decadentes o de la semibarbarie de los comienzos de la época medioeval. Y así llegamos al iluminismo que es la continuación del "aufklarung", o sea, de la "ilustración".

Es digno de meditación ver cómo una sociedad refinada, que se creía libre de antiguos prejuicios, acepta y admira a una serie de personajes raros, algunos místicos sinceros, de criterio extraviado, y otros charlata-

nes y aventureros que lograron embaucar y dominar con toda clase de patrañas.

Durante esta época, el Papado no reacciona, no aparece un genio creador como Gregorio VII, ni un continuador como Inocencio III; ni tampoco un Pontífice de carácter enérgico, imperial, como Sixto V. El Sacro Colegio Cardenalicio elige como Papas a sacerdotes de reconocida religiosidad, casi siempre de vida austera y ejemplar, bondadosos, de carácter conciliador. Ya no se designan Cardenales aseglarados, y se concluye con el nepotismo; pero estos Papas se doblegan, ceden ante las imposiciones de los monarcas, cuya amenaza máxima es ocupar el territorio pontificio. A veces Francia o España o el Emperador se imponen, y Roma siempre tiene que ceder. Es un pesado fardo que impide la libertad; es un conjunto tal de intereses creados, que aunque el Pontífice quiere prescindir de la parte material y elevarse hacia lo espiritual, solo no lo puede hacer.

Se ve cómo el cielo se oscurece, cómo se aproxima la tempestad; nada se hace y aun se llega a destruir, ante la amenaza de los soberanos católicos, instituciones de combate y de defensa de primer orden, como la Compañía de Jesús. Esto sucede hasta que fuerzas extrañas, exteriores, realizan lo que tanto se temía, algo que la Iglesia debería haberse anticipado a hacer y así, por fin, recobra su libertad.

2)

Las principales figuras intelectuales del siglo XVII fueron, ante todo, matemáticos, como Descartes, Leibnitz y Newton. El primero fue el creador de la Geometría Analítica; y los otros dos, del Cálculo Diferencial e Integral. Este dominio de las matemáticas los hizo ante todo organizadores y de imaginación limitada. Una

transición entre los hombres de esa época y los de la ilustración es el napolitano Vico.

Juan Baustista Vico nació en 1688 en Nápoles. Tiene la gloria de ser el primer pensador que comprende la Historia no en una forma limitada, sino en toda su amplitud. Estudió y comparó la vida de los pueblos conocidos, y en su obra "La Ciencia Nueva" adelantó conclusiones que van a tener resonancia siglo y medio después. Con razón se le ha llamado el "último poeta teólogo".

Para Vico las matemáticas son arbitrarias, y el que sean exactas no quiere decir que sobre ellas se pueda fundar algo indemostrable. Así llega a la filosofía de la humildad, basada en el poder limitado de la razón, lo contrario de la filosofía de la soberbia de Descartes: "Yo pienso, luego existo". Agrupa los conocimientos en "El mundo humano y el de la naturaleza". El segundo fue hecho por Dios y sólo El conoce la razón de su ser; el hombre, para llegar a su conocimiento, debe recurrir a la fe. En cambio, el primero está formado por las acciones de los hombres y puede ser conocido y estudiado.

De su visión de la Historia, Vico llega a la conclusión de que los pueblos atraviesan por tres períodos: nacimiento y juventud, edad madura, ancianidad y muerte.

3)

Carlos Secondat, Barón de Montesquieu, nació en 1689 en el castillo de La Brede; adquirió por herencia una sólida fortuna, la presidencia del más alto Tribunal de Justicia de Burdeos y la Baronía de Montesquieu. Es el primero del grupo de los tres grandes autores del período de la ilustración. Viajó por varios países y llevó una vida de opulencia y placer que no le satisfacía;

el estudio y el ansia de saber le hicieron lentamente dedicarse a las actividades intelectuales.

Pertenecía a la llamada nobleza de toga, la que, aunque figuraba entre las clases privilegiadas, tendía más hacia la burguesía que a la nobleza de espada. Su primera obra fue un libro en que reveló, junto a sus dotes de gran escritor, un espíritu observador, satírico y de una mordacidad notable. Era una crítica de la organización política social y religiosa de Francia hecha en una forma liviana y amena, en la que llamaba la atención una extraordinaria ironía. Este libro, "Cartas persas", fue editado en La Haya; condenado y estrictamente prohibido en Francia, se divulgó ampliamente y fue grande el escándalo cuando se supo el nombre del autor, que se mantenía oculto. Un joven persa, Usbek, según el autor, escribe lo siguiente acerca del rey: "Yo he estudiado su carácter y he encontrado grandísimas contradicciones. Tiene, por ejemplo, un ministro que no cuenta más de dieciocho años de edad y una querida octogenaria. Es amante de su religión y no puede ver a los que dicen que se debe observar estrictamente; huye del ruido y del bullicio de las ciudades, y no siendo nada comunicativo, sin embargo no se ocupa en otra cosa de la mañana hasta la noche que en hacer hablar de sí; le gustan las victorias y trofeos, pero un general capaz a la cabeza de sus ejércitos le causa tanto pavor, como si lo viese mandar el ejército enemigo".

Dice del Papa: "El Papa es la cabeza de la cristiandad y un antiguo ídolo al cual se inciensa por rutina. Antes era muy peligroso para los mismos soberanos, pero ahora ya no le temen. Titúlase el heredero de uno de los primeros cristianos a quien llaman San Pedro, y por cierto es herencia que vale la pena, porque posee tesoros incalculables y un gran país al que gobierna directamente.

"Los Obispos son escribas y legistas que le reconocen por superior. Tienen dos atribuciones muy distintas.

Cuando están reunidos, hacen artículos de fe como su jefe; pero cuando están solos, casi no tienen otra cosa que hacer que eximir de las obligaciones de la ley".

Respecto de la Corte, dice: "El que observa las acciones de los ministros, magistrados, prelados, en París y en las provincias, y no conoce a las mujeres que los gobiernan, no ve más que una máquina que funciona, pero no las ruedas que la mueven".

Esta obra que lo hizo famoso y le dio gran popularidad, fue un grave inconveniente cuando deseó figurar en la Corte; pretendió primero ser Embajador, y no lo consiguió. Murió uno de los cuarenta y dos miembros de la Academia y trabajó en tal forma, que el Cardenal Fleury lo nombró para el cargo. El hábil Ministro vio cuánto convenía uncir al carro del gobierno a tan temible enmigo, y demostrar al público que el hombre que había escrito que la Academia se componía de cuarenta charlatanes que se ocupaban de adular e incensar a los poderosos ahora pasaba a ser uno de ellos. Además, se le exigió que en su discurso de recepción hiciera el panegírico de Luis XIV que tanto había atacado en sus "Cartas persas"

En dicho discurso hay párrafos como éste:

"Apenas concebimos el reinado maravilloso que contáis. Cuando señaláis las ciencias que fomentó, las artes que protegió, la literatura que cultivó, nos parece oir hablar de un reinado de paz, tranquilidad; y cuando contáis sus guerras y victorias, nos parece que oímos la historia de algún pueblo procedente de algún punto del norte para transformar la faz de la tierra. Allí vemos al rey, aquí al héroe".

¿Qué se puede pensar de un hombre que, por satisfacer su vanidad, algo que con tanto acierto criticó en los demás; de un hombre que por su nacimiento, por por su fortuna, por su alta posición, nada necesitaba; sin embargo deja a un lado su altivez, su natural orgullo, sacrifica la honradez de su pensamiento, para ob-

tener un pomposo y vano título, pero que le acerca a la Corte? Todo esto nos hace dudar del valor de la personalidad moral del gran escritor, y llegar a la conclusión de que fue un epicúreo de gran talento, de gran sentido artístico, que deseó gozar tranquilamente de su fortuna y no oponerse a la autoridad real. No es posible comprender su intención cuando emplea la frase equívoca de Plutarco: "El heroísmo permitido por la moral conmueve poco a los hombres; pero el que sacrifica y mata la moral, embarga nuestras almas y nos entusiasma".

No hay duda de que Montesquieu conoció la "Nueva Ciencia" de Vico. En su viaje a Nápoles oyó hablar de él, y en sus papeles hace referencias a esta obra. Parece que ella lo inspiró para componer su segundo libro de gran importancia: "Grandeza y Decadencia de los Romanos". Basado en los clásicos latinos y en Plutarco, el autor compone una obra de gran mérito literario, en que despliega sus cualidades especiales de escritor, pero se nota que subordina la profundidad del pensamiento al bello decir, a la frase elegante. No captó la amplitud de la idea del genial napolitano, y así mezcla la cultura romana con la bizantina; supone que ésta es sólo una continuación de la anterior.

Su obra cumbre y la que le dio mayor celebridad fue "El Espíritu de las Leyes". Se ha creído que este libro es el producto de las observaciones que Montesquieu hizo de las legislaciones de los países que visitó y de su admiración por Inglaterra y su organización política. Al leer sus notas, se ve que sus viajes fueron solamente de placer, observando muy poco o nada. En cuanto a su concepto sobre Inglaterra, basta leer lo siguiente para comprenderlo: "Los ingleses ya no son dignos de su libertad. La venden al rey; y si éste se las devolviera, la venderían de nuevo. — El ministro en Inglaterra sólo tiene un pensamiento, el de vencer a su con-

trario en la Cámara de los Comunes; para lograrlo vendería a Inglaterra y a todos los países del mundo. — En Inglaterra se realizan cosas extraordinarias, pero siempre con el objeto de ganar dinero. Allí no hay honor ni virtud, ni siquiera sospechan los ingleses que tales cosas existan. En Francia también suceden cosas extraordinarias; pero es para gastar dinero, mientras que en Inglaterra se hacen para adquirirlo. — En Inglaterra no hay religión; si alguien habla de ella, se ríe todo el mundo. — La índole de esta nación hace que los individuos se cuiden menos de la felicidad propia que de la fortuna de los demás, causa de su envidia, porque este vicio es la cualidad dominante de esta nación, conforme lo patentizan todas sus leyes de navegación y de comercio".

Estas notas cáusticas son muy propias del autor de las "Cartas Persas", pero nos indican claramente que no lo dominó una profunda admiración por lo inglés, como generalmente se cree. El espíritu de las leyes es una consecuencia del estudio de la historia romana y de la forma en que entiende la evolución jurídica de ese pueblo. Es curioso que en el análisis hecho por este hombre de tan penetrante inteligencia, al clasificar los poderes, no se haya percatado del valor de los fenómenos económicos, cuando ya en su tiempo preocupaban a tantas personas. Hay que hacer notar que Montesquieu calificó a Law como un aventurero. Igualmente considera con olímpico desprecio el poder religioso. Asombra que un historiador de Roma pueda prescindir de algo tan decisivo en el final del Imperio y, sobre todo, al tratar la época bizantina.

Es muy posible que Montesquieu, que gracias a su fortuna llevó siempre una vida cómoda, no pudo apreciar el vivir de las clases menesterosas. Su estudio carece de sensibilidad; vio la comedia de la vida desde un confortable sillón y, por eso, no tomó en cuenta su realidad.

En sus juicios influye su ascendencia de magistrado, el pertenecer a una clase privilegiada; a eso se debe que les atribuya al derecho y a las leyes una fuerza real que no percibió en el sector religioso ni en el económico.

"La Grandeza y Decadencia de los Romanos" y "El Espíritu de las Leyes" tuvieron nefasta influencia en los principios y en el desarrollo de la Revolución Francesa. Crearon un concepto errado de los romanos y de su historia, y así tenemos la aberración de que los revolucionarios consideraran al patricio Bruto, que defendía los privilegios de su casta, como un héroe de la libertad. En estos libros se encuentra el origen de la oratoria campanuda y hueca, característica de esa época.

4)

Francisco María Arouet, conocido como Voltaire, es una de las figuras más notables del siglo XVIII. La fama de su nombre y de sus obras ha continuado en los siglos siguientes.

Fue un hombre contradictorio, antitético, paradojal. Nació enfermizo y padeció achaques durante toda su vida; sin embargo, vivió ochenta y tres años. Avaro y codicioso, a veces era espléndido y generoso. Hería y hacía el mal sabiéndolo, y emprendía campañas de noble altruismo para aliviar la desgracia ajena. Exaltaba las glorias de Francia, y la llenaba de lodo al tratar de destruir impúdicamente la figura más pura y noble del patriotismo francés, Juana de Arco. Erigía un templo, confesaba y comulgaba, lo que hacía certificar por un ministro de fe, para después mofarse de la religión. Adulaba a los poderosos y luego se reía de sus pretensiones y defectos.

El secreto de un tan contradictorio carácter está en su vanidad, en su inmensa vanidad, que fue aumentando con los éxitos y con los años, hasta llegar finalmen-

te a sentirse el jefe, el profeta de la Ilustración, una especie de Luis XIV de los intelectuales. Para lucir su brillante ingenio, su profunda ironía; por conseguir deslumbrar con su aguda inteligencia; por obtener aplausos, no repara en atacar lo más sagrado, lo más santo: el orgullo de la raza, la nacionalidad, el respeto a la autoridad, las ideas religiosas; nada limitaba su pluma incisiva y mordaz.

Fue el gran destructor, el gran demoledor. Socavó los cimientos del edificio social, formado a través de siglos de evolución, sin tomar en cuenta que podía derrumbarse y no había nada para reemplazarlo.

Tuvo Voltaire el maravilloso talento de poder expresar en verso o en prosa todas sus ideas en forma amena, con admirable gracia, elegancia y sencillez. De una capacidad de trabajo increíble, sus obras fueron numerosísimas. Con una inteligencia asombrosa que le permitía comprender o creer que entendía las ideas más difíciles, podía exponerlas de tal manera, que daba la impresión de un profundo conocimiento de ellas, cuando éste sólo era superficial, sin jamás ahondar en el estudio de ninguna materia. Tuvo la intuición de lo que significaba el poder formidable de la propaganda, de la divulgación escrita; fue el precursor del periodismo moderno, del periodismo superficial que trata las materias más inconexas y difíciles, y logra convencer que el autor la comprende, las domina, e igualmente trasmite la sensación de que el lector ha asimilado conocimientos que requieren a veces años de estudios para poderlos apreciar verdaderamente.

En sus obras históricas, "Vida de Carlos XII", trabajo de juventud, y su obra maestra "Siglo de Luis XIV" y otras de menos importancia, da la impresión momentánea de poseer un conocimiento profundo de la evolución de la humanidad; mas al examinarlas con detención se ve que son el producto de su extraordinaria me-

moria y que no existe un análisis detenido del conjunto de acontecimientos. Es original, aunque tendenciosa, la idea de que la Historia demuestra el desarrollo progresivo del hombre.

Conoce y lee la Biblia, y no siente el significado grandioso de lo que dice; sólo ve, y le interesan, las partes en que puede desplegar su ironía cáustica y destructora. Las religiones no las aprecia filosóficamente y menos aún en su aspecto teológico; son para él "el producto de la bellaquería de los sacerdotes y la necedad de los hombres".

5)

Hijo segundo de un acaudalado notario de París, Voltaire fue educado en los jesuítas. Desde niño dio muestras de su rápida inteligencia, de su carácter satírico, burlón, incapaz de sujetarse a ninguna verdad dogmática; sólo acepta una completa libertad ideológica; su ingenio y astucia le hacen ver la necesidad de adular a los poderosos, mientras fuera conveniente.

Acusado de ser el autor de un panfleto contra la autoridad, fue encerrado injustamente en la Bastilla, de donde salió al ser reconocida su inocencia. Ya famoso por sus dotes de escritor de temible ironía, se le acusa muy pronto de haber compuesto contra el regente una sátira en que se le atribuyen vicios muy conocidos en la antigüedad. Tuvo amigos que lo defendieron, entre ellos Brancas, cortesano del duque regente, quien le entregó las siguientes estrofas que contenían su defensa:

"Nunca, Monseñor, mi musa
Alegre cantó jamás
Ammonitas ni moabitas:
Brancas os responderá,
Que un hombre que aprendió en los jesuitas

De aquellos pueblos de la antigua ley
No reconoce más que sodomitas".

Muy pronto tuvo un incidente con el caballero de Rohan, que molesto de oir hablar en una reunión, en forma prepotente, a una persona que no era de su clase, preguntó con toda impertinencia quién era el que así se expresaba; y dicen que Voltaire le respondió: "Es alguien que no lleva un gran nombre, pero que obtiene respeto para el nombre que lleva". Rohan se vengó haciando apalear por rufianes pagados al joven escritor, el que lleno de ira lo provocó públicamente a duelo; por influencias de Rohan fue nuevamente encerrado en la Bastilla.

Voltaire había obtenido anteriormente un gran triunfo al estrenar su tragedia "Edipo". Según sus admiradores, superó a Sófocles; en realidad, el mérito de la obra era más político que literario: Llevaba al teatro la ideología de los enciclopedistas. Al usar el trágico argumento del poeta griego, hacía hablar a sus personajes en tal forma, que expresaran las ideas de la actualidad o que deseaba poner de actualidad. Así en una de sus partes dice el actor que representa a uno de los protagonistas: "Nuestros sacerdotes no son lo que supone la gente sencilla. Su ciencia no es más que nuestra credulidad".

Los amigos y admiradores influyeron ante el regente, quien le concedió la libertad, pero debía salir de Francia. Se dirigió a Inglaterra, donde durante los años que ahí residió aprendió el idioma, se compenetró de la intelectualidad inglesa y estudió sus instituciones.

Al terminar la regencia, después de varios viajes a Francia que generalmente tenían un carácter preventivo para evitar conflictos con las autoridades francesas, regresó finalmente a París, protegido por D'Argenson, Richelieu y la Pompadour. Fue nombrado historiógrafo del rey en la corte de Luis XV, en Versalles; gentilhombre

de la Cámara y miembro de la Academia. Siempre ambicioso y sediento de aplausos, nada le satisfizo; a Luis XV, a pesar de la forma en que lo adulaba, no le fue persona grata. Además, tenía en su contra el grupo que giraba alrededor de la reina María Leczinska, profundamente religiosa, que miraba con horror al poeta.

En Fontainebleau, en presencia del rey y de algunos invitados, se representó una nueva tragedia de Voltaire, "Semíramis"; causó mala impresión. Comediantes italianos anunciaron después la representación de una parodia de esta obra, lo que Voltaire, enfurecido, estimó como un insulto a su genio. Protestó e influyó en tal forma, que hubo que prohibir la representación. Como el ambiente en Versalles se le hiciera pesado, aceptó la invitación hecha por Federico II de Prusia y se trasladó a Berlín. El rey lo colmó de honores y atenciones; creyó merecer más; y, llevado por su espíritu sarcástico, dijo frases burlonas respecto de la obra literaria del monarca, algo que éste miraba con sumo orgullo; comenzó así a prepararse un rompimiento que Voltaire evitó al abandonar Prusia. Fue un viaje que tuvo el aspecto de una fuga.

6)

Voltaire fue un hombre de negocios y un buen administrador; llegó a reunir una gran fortuna que le permitió comprar en Ferney, Suiza, una espléndida propiedad en la que vivió como un señor feudal. Situada en la frontera de Francia con Suiza, se encontraba garantido de cualquier ataque del gobierno francés, lo que podía suceder por la naturaleza de sus publicaciones.

En Ferney, Voltaire es el soberano de la intelectualidad. Admirado y consultado por los escritores y monarcas que tratan de merecer sus elogios, se siente en el sitio

que le corresponde. No hay viajero ilustre que no considere como un deber visitar al gran poeta y filósofo. Desde ahí alienta la publicación de la Enciclopedia y pide que se combata a "la infame", como llama a la superstición y a la intolerancia.

No entiende las religiones, no por falta de talento, sino por su carácter superficial que le impide profundizar ningún estudio; su inteligencia rápida da por imposible y absurdo todo lo misterioso, sin analizar las causas y motivos de lo que no comprende. Cree en un Dios y en una religión de la naturaleza a su gusto y dice: "Dios bendice nuestra Iglesia naciente; las escamas caen de los ojos y el reinado de la verdad está cercano".

Desea una completa libertad religiosa y ataca el catolicismo por estimar que la Iglesia era el mayor obstáculo para conseguir este fin. Vio que el arma más formidable de ataque era el uso de la ironía, de la burla, del sarcasmo, y lo empleó por no comprender el sentido profundo de las ideas religiosas y, más que todo, por conseguir el fin que se había propuesto.

Es muy sugestivo el caso del padre Merlier, sacerdote champañés austero y bondadoso, que escribió un libro en que pedía perdón por haber enseñado el catecismo; negaba la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y, como gobierno, pedía el comunismo. El libro era pesado y habría quedado en el olvido, si Voltaire no hubiera sacado de él una serie de argumentos y lo hubiera puesto de actualidad a tal punto, que D'Alambert habló del evangelio salvador de Merlier. Como ya había muerto, propuso el siguiente epitafio para su tumba: "Aquí yace un sacerdote bondadosísimo, quien al morir pidió perdón a Dios por haber sido cristiano, demostrando con ello que noventa y nueve borregos y un champañés no hacen cien animales".

Redobló sus ataques en folletos cortos en que comentaba en forma picaresca, o los hacía resaltar, los pa-

sajes en que podía hacer un relato irónico de algún episodio religioso. No conocía la Biblia sino por lecturas rápidas; su prodigiosa memoria retenía las partes apropiadas a su mordacidad, partes que muchas veces eran falseadas u otras comprendidas equivocadamente. Jamás comprendió el verdadero sentido de un libro que es sagrado para el cristianismo.

Un autor inglés, Arthur Hayes, ha escrito una bella biografía de Voltaire, en la que, llevado por la admiración que siente por él, ha tratado de justificar muchas de sus acciones y hacer ver que ha sido mal interpretado, y que no fue un enemigo del catolicismo. Cita como una prueba el que en Ferney erigiera una iglesia y que en ella hiciera colocar esta inscripción: "Deo erexit Voltaire"

No hay duda de que el autor, llevado por su entusiasmo, no ha considerado en su justo valor los actos del célebre escritor que fue Voltaire, un hombre de su época, que actuó de acuerdo con ella, y en sus procedimientos se adelantó a ella. Fue un convencido de la inutilidad de las ideas religiosas para la gente culta; para ésta basta la religión de la naturaleza, elástica y acomodaticia a gusto del que la sigue. Fue un decidido enemigo de la Iglesia, en la que vio el gran enemigo, el baluarte que se oponía a la libertad que pretendía. El erigir una iglesia era una parte de su plan de propaganda que satisfacía ampliamente su vanidad.

Los inicuos procesos de Calas y Sirven, que eran propios de un concepto medieval de la justicia, en lo que nada tenía que ver el aspecto religioso, que sólo beneficiaban al absolutismo, dieron a Voltaire ocasión para una campaña noble que terminó de completar su gloria.

7)

Ferney era visitado por todas las celebridades de ese tiempo, y Voltaire llegó a considerar como un desaire, un insulto, el que no se hiciera así. Esto pasó con el Emperador José, que en viaje a ver a Luis XVI no se detuvo a conocer al corifeo de la Ilustración.

Un famoso aventurero de ese tiempo, tan célebre por su cinismo como por su talento y astucia, el veneciano Jacobo Casanova de Seingalt, cuenta en sus memorias su visita a Ferney. Son notables los juicios que Casanova hace de los grandes hombres que conoció; a veces le basta una frase corta para sintetizar toda la psicología del afectado. Cuenta el veneciano que, al ver a Voltaire, dijo: "Este es, señor Voltaire, el momento más hermoso de mi vida. Hace veinte años que soy vuestro discípulo, y mi corazón está inundado de alegría por la dicha que experimento al ver a mi maestro.

"—Caballero, honradme aún veinte años más y prometed traerme los honorarios, al cabo de ellos.

"—Con mucho gusto, con tal que prometáis esperarme.

"Esta salida de su escuela hizo soltar la risa a todos los oyentes; esto estaba en su lugar, porque los burlones se han hecho para tener en preponderancia una de las partes a costa de la otra, y el que la tiene de su parte está siempre seguro de ganar. Esta es la cábala de la buena sociedad.

"Además, yo no fui cogido de sorpresa; me esperaba alguna cosa y tuve que tomar mi revancha.

"En aquel momento vinieron a presentarle dos ingleses recién llegados. —¿Estos señores son ingleses?, dijo Voltaire; bien quisiera serlo yo.— Encontré el cumplimiento falso y fuera de lugar, porque era obligar a aquellos señores a que, por cortesía, dijeran que ellos deseaban ser franceses y, como no tenían ganas de mentir, se veían muy confusos para decir la verdad. Yo creo

que en el caso de elección, es lícito al hombre de honor poner a su nación en primer lugar".

Pocos contemporáneos han juzgado a Voltaire con más certeza en cuanto a su característica, el ansia del aplauso y de admiración, la frase irónica dicha en el momento preciso, sin importar que fuera injusta o sin fundamento, siempre encaminada al efectismo, lo que conseguía ampliamente.

Un ejemplo de la seriedad con que Voltaire aborda los temas históricos se puede apreciar en el párrafo siguiente del "Siglo de Luis XIV": "No cabe la menor duda de que la Iglesia de Francia es de todas las Iglesias católicas la que ha acumulado menos riquezas. No sólo ningún Obispo se ha apoderado como el de Roma de una gran soberanía, sino que ningún abate goza de derechos de regalías, como el de Monte Casino o los de Alemania. En general, los Obispados de Francia no tienen rentas demasiado grandes; las más fuertes son las de Estrasburgo y Cambray, pero porque pertenecen originariamente a Alemania y la Iglesia de Alemania era mucho más rica que el Imperio".

Al leer estas líneas, el lector tiene que preguntarse si el que las escribió tenía un conocimiento demasiado vago de la Historia o las redactó de mala fe o sin espíritu analítico ninguno, en cuanto al desarrollo histórico. No es posible comparar un obispado francés con Roma, y olvidar que el Obispo de esta ciudad es el sucesor de San Pedro, el jefe de la Iglesia; prescinde del origen político del feudalismo eclesiástico y de sus causas, y olvida que fue mínimo en Francia.

Muy anciano, Voltaire ingresó a la Masonería, con la que tenía bastantes relaciones. Por este motivo, al recibirlo en tenida solemne la logia Neuf Soeurs, el venerable, el gran matemático Lalande, le dice: "Mi muy estimado hermano, vos erais ya masón antes de recibir tal título y habéis cumplido los deberes antes de haber contraído las obligaciones de nuestros hermanos".

El filósofo Helvetius le entregó el mandil que después se guardó como una reliquia. Es raro que Voltaire, que se burló de todo, jamás haya aludido a la Masonería, a sus ritos, a sus títulos ni a su simbolismo.

La vanidad y el orgullo de Voltaire se veían continuamente estimulados. Federico II le escribe en 1765: "Yo os veo subir al Olimpo sostenido por los genios de Lucrecio, de Sófocles, de Virgilio y de Locke, colocado entre Newton y Epicúreo, sobre una nube radiante de claridad. Acordaos de mí cuando estéis en vuestra gloria".

En 1778 Voltaire solicitó permiso para ir a París; quería encontrarse con Benjamín Franklin, agente de los norteamericanos que se habían sublevado contra Inglaterra. Fue recibido solemnemente en la Logia de las "Nueve Hermanas" que, como una ironía del destino, funcionaba en un antiguo noviciado jesuita. Llegó en un coche construído según dibujo del H.·. Condorcet. Tapizado en el interior de azul, sembrado de estrellas, era una imagen de la Jerusalén masónica. Sería interesante haber sabido qué pensó de estos simbolismos el espíritu irónico de Voltaire.

Su estada en París fue la apoteosis final de su vida. Coronado como gran poeta y tratado como un semidiós, murió a los ochenta y cuatro años de edad.

Para no dudar sobre la forma en que Voltaire clasificó el catolicismo, es conveniente leer su obra "La Tumba del Fanatismo". En ella dice: "Un hombre que acepta la religión, como lo hace la mayoría, sin someterla a un examen razonable, es como un buey que permite que lo unzan".

Llega a la conclusión de que todo hombre inteligente debe sentir horror por la secta cristiana.

¿Expresó siempre Voltaire en sus obras la verdad de lo que pensaba? Posiblemente no; es muy probable que dijera lo que convenía a sus fines, antes de dar a conocer honradamente lo que sentía.

# CAPITULO VII

1) Pedro el Grande.— 2) Carlos XII de Suecia.— 3) Clemente XI (1700).— 4) El asunto de los ritos chinos.— 5) Inocencio XIII (1721); Benedicto XIII (1724); Clemente XII (1730).— 6) Luis XV y Fleury.— 7) Guerra de la Sucesión de Polonia.— 8) Roberto Walpole.

## 1)

La guerra de treinta años hizo ver la existencia de dos naciones de gran poder: Holanda, como potencia financiera y marítima, y Suecia, que después del Tratado de Westfalia pasó a ser la fuerza dominante del mar Báltico. Las guerras de Luis XIV no tuvieron ningún disfraz religioso; sólo carácter político y, como motivo, la desatinada ambición de este monarca por establecer una hegemonía francesa, en forma violenta, rompiendo los moldes de la diplomacia hábil y astuta de Richelieu, continuada por Mazarino, que perseguía el mismo fin, pero empleando medios que aseguraban su éxito. La última de ellas, la más larga, la guerra de Sucesión de España, que terminó con los Tratados de Utrecht y Rastadt, no se concretó sólo a los países de Europa Occidental,

sino que igualmente se desarrolló en las regiones del norte: Rusia, Polonia y Dinamarca atacaron a Suecia.

La coalición formada contra Luis XIV trató de aislar este conflicto y mantuvo un aparente desinterés del Imperio, para evitar que el reino de Prusia retirara su ejército que era de capital importancia en la lucha contra Francia. Esto se consiguió, y aun se logró que Prusia permitiera que su territorio fuera atravesado por tropas suecas y rusas. Ante todo había que derrotar a los franceses, y el dinero anglo-holandés subvencionaba ampliamente las fuerzas prusianas.

Esta guerra del norte dio a conocer la importancia militar que había adquirido Rusia. En esta nación semibárbara la población se dividía en dos grupos: la nobleza, los boyardos —clase dominante— (rudos, groseros e ignorantes), que oprimían al segundo, el más numeroso, los siervos; no existía clase media. Al extinguirse la descendencia de Ruric, los boyardos eligieron como Zar a Miguel Romanof que fundó una dinastía que no logró consolidarse hasta la subida al trono de Pedro I, conocido en la historia como Pedro el Grande.

El Zar Pedro I no fue un genial estadista, ni un gran general, ni un especial organizador como comúnmente se le considera; fue un hombre inteligente y astuto que recuerda los reyes bárbaros, como Clodoveo, Alarico o Teodorico, por su rápida concepción de los medios necesarios para realizar sus planes, por su completa amoralidad, por sus gustos groseros, alejados de toda cultura. Tuvo dos cualidades de un valor incalculable en un soberano: el sentimiento del deber como tal y el saber conocer y aprovechar a sus colaboradores.

Cobarde en la guerra, huyó sin ningún recato al enfrentarse por primera vez con un ejército sueco, y no dio muestras de valor en Poltava. Todos los planes militares eran trazados por sus generales; sabía muy bien elegir al que era capaz de ejecutarlos. Terriblemente mal

agradecido e ingrato, después que un favorito le había servido, cuando estimaba peligroso engrandecerle más, lo desterraba a Siberia o lo mandaba azotar y alejar de la Corte. El único a quien mantuvo a su lado fue Menchicof, primer amante de Catalina, la que pasó a ser después la esposa del Zar. Conocía muy bien las cualidades de su favorito; le era irreemplazable. Con todo, cuando Pedro I murió, estaba resuelto a eliminarlo.

Durante su niñez, Pedro vivió cerca de Moscow y tomó contacto con los extranjeros que residían en esa ciudad. Los observó, y admiró los conocimientos superiores que tenían, especialmente los técnicos. Su instrucción fue muy deficiente; no apreció las ciencias, y no logró entender las matemáticas. Dio especial interés al arte militar; sobre todo demostró comprender el valor de la artillería; le apasionó también el arte naval. Una vez asegurado en el trono, emprendió viajes al extranjero. A su regreso comenzó a desarrollar una política propia.

En el interior modificó la organización existente y dio importancia al problema eclesiástico. La Iglesia rusa era ortodoxa y debía depender del Patriarcado de Constantinopla. El Patriarca Jefe de la Iglesia rusa disponía de un gran poder, por ser el pueblo ruso muy religioso, y dirigía un clero bastante numeroso. El Zar abordó el problema como los emperadores bizantinos, y estableció un completo cesaropapismo.

La política exterior, continuación del imperialismo de Iván IV, se encaminó a dar a Rusia salida a un mar navegable, ya que las únicas costas que poseía estaban en el mar Blanco, en el océano Artico, helado la mayor parte del año y, por lo tanto, de muy limitado acceso. Rusia necesitaba salida hacia los mares Báltico o Negro, lo que significaba un choque con Suecia o con Turquía.

2)

En el rey Carlos XII de Suecia volvió a vivir el espíritu de los vikings escandinavos; el gran objetivo de su vida fue la guerra. De una tosudez extraordinaria, se lanzaba a una campaña que no obedecía a ninguna concepción estratégica, sino a un capricho. Así atacó a Polonia para imponer como rey a Estanislao Leczinski, y se internó en la llanura polaca sin preocuparse del zar Pedro que invadió Livonia con 40.000 hombres y puso sitio a la ciudad de Narva.

Abandonó Carlos XII la guerra en Polonia y rápidamente marchó en socorro de la ciudad sitiada; con un ejército diez veces inferior en número atacó e infligió a los rusos una vergonzosa derrota. Esta victoria fue de fatales consecuencias para el rey sueco; su desprecio por el ejército ruso ya no tuvo límites y lo llevó a cometer errores que causaron su pérdida. En cambio, Pedro, cuya actitud no había tenido nada de heroica, conoció lo que efectivamente era la guerra y en qué consistía el arte militar; apreció en su justo valor lo que valía el ruso como soldado y vio que lo más necesario era la organización, la disciplina y el entrenamiento de las tropas.

Y así pasó que nuevamente Carlos XII desde Polonia se internó en la inmensidad de la llanura rusa, y que Pedro, siguiendo una estudiada estrategia, lo atrajo hacia la ciudad de Poltava, donde resistió con fuerzas frescas a un ejército inferior, agotado por larguísimas campañas, y por un invierno para cuya resistencia no estaba preparado, a pesar de la tradicional cualidad del soldado sueco para luchar en regiones heladas.

El rey Carlos, derrotado en Poltava, logró huir hacia el sur, y se refugió en Turquía. Se estableció en Bender, donde llegó a ser un huésped incómodo para el sultán. Es algo sorprendente el ver la indiferencia con que

el rey supo que el zar Pedro había invadido y conquistado las posesiones suecas en las costas del Báltico, y cómo daneses y polacos atacaban la Pomerania. Carlos XII indujo al gobierno turco a atacar a los rusos para defender las costas del mar Negro que éstos codiciaban. El ejército turco logró cercar al ruso, el que no tenía probabilidades de escapar; sólo le quedaba la rendición. Pedro I dio muestra de ser un hábil diplomático al conseguir que los turcos aceptaran un Tratado por el que los rusos abandonaron sus pretensiones sobre Azof y la península de Crimea.

Libres los rusos de la amenaza turca, prosiguieron su ataque en el Báltico. Carlos XII se vio obligado a dejar su asilo turco y, al volver a su reino, prosiguió la guerra hasta su muerte. Esta lucha desgraciada para Suecia terminó con la Paz de Nystadt, en la que, debido a la influencia de Francia, se pudo salvar algo del imperio sueco. Conservó Suecia el dominio de Finlandia y una parte de la Pomerania. Rusia quedó dueña de Livonia y de las antiguas provincias suecas del Báltico.

El Tratado de Westfalia había dado origen a dos nuevas potencias: Holanda y Suecia; los de Utrecht y Rastadt demuestran la decadencia de las dos. Holanda seguirá una política a remolque de la inglesa, y el poderío sueco desaparece. En su lugar, entran a figurar Prusia y Rusia, protestante la primera, ortodoxa la segunda. Se aumentan las fuerzas independientes de Roma; quedan como naciones católicas Portugal, España, Francia, Austria, parte de Alemania y los Estados italianos.

3)

El Pontificado de Clemente XI se encontró afectado por los problemas producidos por la guerra de Sucesión de España. El nuevo rey de España iba a ser el soberano

de las posesiones italianas que deslindaban, tanto al norte como al sur, con los Estados Pontificios. Francia, igual que Austria, miraba con recelo cualquier medida tomada por Roma, y veía en ella un apoyo a la parte contraria. Al penetrar tropas austriacas en Milán, se trató de obligar al Papa a reconocer al pretendiente austriaco.

A Clemente XI le faltó la entereza de los grandes Pontífices del Alto Imperio Teocrático, y continuó la política de concesiones a los monarcas absolutistas de un cesaropapismo cada vez más exigente, siempre valiéndose de expedientes diplomáticos y tratando de evitar lo que más se temía: la amenaza de apoderarse de parte de los territorios papales. Se pudieron salvar sin pérdidas los dominios de la Santa Sede; pero tanto en los Tratados de Utrecht y Rastadt, como en el de Nystedt, se prescindió por completo del Papado.

Se nota cada vez más la decadencia política de Roma que, en realidad, es más aparente que real, pues se trata de una disminución del poder temporal y un aumento, en cuanto a la extensión, del espiritual que las misiones religiosas han extendido hacia el oriente y occidente. Parece que Roma se hubiera retirado del norte de Europa; pero ha ganado la casi totalidad del continente americano y ha penetrado en Africa y en los grandes imperios asiáticos.

Al pasar la isla de Sicilia a poder del Duque de Saboya, estalló un conflicto con Roma, al querer este nuevo soberano gobernar con las tendencias cesaropapistas de los otros monarcas de las grandes naciones católicas.

4)

Otro problema que parecía sólo de carácter doctrinal, y que encerraba, en realidad, graves consecuencias para el desarrollo del catolicismo en oriente, fue el de

los ritos chinos o malabares, como también se les ha designado. Se trataba de lo siguiente: Cuando los misioneros jesuitas penetraron en la India, China y el Japón, comprendieron muy bien que se trataba de pueblos que tenían una civilización más antigua que la europea y, en ciertos aspectos, hasta más adelantada. Apreciaron la imposibilidad de predicar con éxito el cristianismo si exigían el abandono de usos y costumbres y aun ciertas creencias consideradas como algo sagrado a través de siglos de existencia.

Con suma habilidad, los jesuitas comenzaron su trabajo atrayéndose al pueblo, pero con permiso de las autoridades a las que trataron de ganar, lo que consiguieron, haciéndose necesarios a ellas. Se daba en China especial importancia a la confección del calendario, el que, de acuerdo con los fenómenos celestes, fijaba los días propicios y los nefastos. Hacían falta buenos matemáticos y astrónomos; los Jesuítas los tenían y los llevaron a China, donde resolvieron ya no sólo esta clase de problemas, sino otros referentes a actividades políticas y militares; pronto pasaron a ser para la corte imperial china un factor de absoluta necesidad.

En la parte doctrinaria, los jesuitas permitieron a los nuevos católicos el conservar ciertas ideas de Confucio que, a juicio de ellos, no afectaban el fin básico de la creencia católica. Entre estas concesiones, figuraba el culto de los antepasados, algo venerable para la ideología china, lo que se estimó sólo como una reverencia que expresaba el respeto y el amor hacia los padres.

Tras los jesuitas, llegaron en 1633 misioneros franciscanos y dominicos, que no estimaron el problema en la misma forma, mas no perturbaron la armonía necesaria, de tal manera que se llegó a una edad de oro del cristianismo en China; hubo más de trescientos mil católicos chinos. Entre los primeros misioneros españoles no jesuitas llegados a China, estaba el Padre Morales,

quien, después de algunos años, al regresar a España, se trasladó a Roma y planteó una acusación sobre la ortodoxia del catolicismo que predicaban los jesuitas en China.

Los misioneros franciscanos y dominicos, acostumbrados a la predicación ante los nativos americanos, no supieron apreciar el problema en la forma inteligente en que lo trataron los jesuitas, y sólo vieron las omisiones o interpretaciones no acostumbradas que éstos aceptaban, ya fuera en la parte ritual, como en la dogmática.

A pesar de que el Papa procedió en este asunto con suma prudencia e igual lo hicieron los Prelados encargados de estudiar el problema suscitado, todo se agravó cuando los jansenitas que sostenían, como hemos visto, una lucha mortal con los jesuitas, tomaron parte y se transformaron en violentos acusadores al sostener que en China se procedía en forma herética. Finalmente Roma condenó el uso de los ritos chinos.

El resultado, como era lógico esperar, fue catastrófico para el naciente catolicismo chino. El gobierno imperial, azuzado por matemáticos árabes, que deseaban reemplazar a los europeos, vio en la disputa entablada algo que trataba de menoscabar su omnímoda autoridad. Enviados especiales del Papa no fueron recibidos por el Emperador. Primero fue prohibida la religión católica y después se desató una violenta persecución que barrió con las comunidades cristianas.

Muy tarde se vino a apreciar en el Vaticano el error cometido; los jesuitas, una de cuyas principales obligaciones era la obediencia al Papa, se sometieron y resignadamente cumplieron la orden que sabían iba a causar la ruina de una obra de tantos años, que había sido el sueño ideal de uno de sus grandes hombres, San Francisco Javier, y que prometía cada vez mayor éxito. El Papa era la suprema autoridad, según el dogma católi-

co; un fallo dado por él era justo, pero eso no evitaba que fuera inoportuno. Los acontecimientos así lo demostraron.

5)

Tres años duró el Pontificado de Inocencio XIII, al que siguió el de Francisco Orsini, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Descendiente de una ilustre familia, heredero de los Duques de Gravina, a los dieciséis años abandonó todo para retirarse a un convento de dominicos donde profesó. Sacerdote piadoso, caritativo, era un modelo de virtud. Elegido Papa casi por unanimidad, cincuenta votos a favor, por dos en contra, entre los que se contaba el de él, costó mucho vencer su humildad para que aceptara la tiara pontificia.

Benedicto XIII como Papa continuó su vida austera y piadosa; pero desgraciadamente carecía de las dotes políticas para dirigir algo tan delicado como era el gobierno teocrático de los dominios de la Iglesia y la complicada política internacional.

La elección del Papa siguiente, Clemente XII, fue hecha en un cónclave en que la lucha electoral duró seis meses; una vez más se volvieron a ver las funestas consecuencias del derecho que se arrogaban los monarcas católicos para vetar la posible elección de los Prelados que estimaban contrarios a sus intereses. El Cardenal electo, Lorenzo Corsini, era florentino, perteneciente a una acaudalada familia. Se dijo que la banca de los Médicis había decidido su elección.

Clemente XII trató de modificar un Concordato hecho con Víctor Amadeo de Saboya que lesionaba los intereses eclesiásticos, lo que dio motivo a un rompimiento con el nuevo rey de Cerdeña, Carlos Manuel. Muy luego el Papa pudo ver cómo ya no se tomaban en cuenta los derechos de la Santa Sede. El infante don

Carlos de Borbón tomó posesión de los ducados de Parma y Piacenza que feudalmente dependían de Roma, sin ningún aviso previo, ni solicitar su aceptación.

Clemente XII se encontró ante el problema de la aparición de una sociedad secreta, la Masonería, que se extendía hasta en Roma. El Papa la condenó y declaró excomulgados a sus adherentes, cuyo perdón quedaba reservado al Pontífice.

6)

Al cumplir Luis XV los catorce años, fue declarado mayor de edad y comenzó su gobierno que fue nominal al principio. Tanto el Duque de Orleans como el Cardenal Dubois, que actuaron como primeros Ministros, murieron muy pronto, y continuó como tal el Duque de Borbón, primo del rey, nieto del gran Condé. Falto de talento para gobernar, sólo pensó en hacer a un lado al nuevo Duque de Orleans, que era el más próximo heredero de la corona en caso de que falleciera Luis XV; después venía él. Torpemente trató de destruir la política de Dubois de acercamiento a Inglaterra y a España. Existía un compromiso matrimonial entre el joven rey y una hija de Felipe V que se educaba en la corte francesa. Entre ella y Luis XV había seis años de diferencia, y, so pretexto de que se necesitaba un pronto matrimonio del rey, ya de quince años, para tener un príncipe heredero de la corona, se rompió el compromiso existente y se devolvió la Infanta a España.

Felipe V, con toda razón, consideró esto como una afrenta; en igual forma lo estimó la nación española. El duque de Borbón, después de estudiar las condiciones de las diferentes princesas que podrían ser reinas de Francia, se decidió por María Leczinska, hija del destronado rey de Polonia que vivía refugiado en Francia. Era una princesa joven, bien educada, bondadosa y, so-

bre todo, iba a deber la suerte de ocupar tan elevada posición al Duque, que había tomado muy en cuenta el carácter fácil de dirigir de la futura reina. Seis años mayor que su novio, fue aceptada y se verificó el matrimonio que fue feliz en sus primeros años.

Andrés Hércules de Fleury, Obispo de Frejus, había sido el preceptor de Luis XV y se había ganado el afecto de su discípulo que tuvo en él una confianza que duró mientras Fleury vivió. El Obispo observaba y aconsejaba al Rey; cuando notó que Borbón quería alejarlo de la corte, se resolvió a proceder. Cuando menos lo esperaba, el Duque recibió la orden del rey de que permaneciera hasta nueva orden en su castillo de Chantilly. La destitución del Duque de Borbón y la declaración del Rey de que gobernaría sin un primer Ministro, fue muy bien recibida por el pueblo. El ingenio irónico de los franceses nos hace ver el aprecio que se tenía por el Ministro destituido, al aparecer en los muros de París el siguiente cartel: "Se ofrecen cien monedas al que encuentre a una pollina de precio, que siempre iba siguiendo a un caballo tuerto". Se aludía al Duque que era tuerto y a su amante.

Sin el título de primer Ministro que Fleury se negó a aceptar, gobernó a Francia hasta su muerte; tenía setenta y tres años al asumir el poder; continuó trabajando hasta pocos días antes de fallecer, a los ochenta y ocho años de edad. No es verdad lo que sus enemigos dijeron, y lo han repetido diferentes escritores, especialmente los novelistas, que diera a su discípulo, el Rey, una instrucción deficiente y que le inculcara el hábito del ocio, para acaparar todo el poder. Lejos de eso, supo despertar en el soberano el deseo de conocer y resolver los continuos problemas políticos que se presentaban. Luis XV no fue el monarca indolente y crapuloso como generalmente se cree; al contrario, tuvo período de lucida administración. Aun en la época en que una viciosa sen-

sualidad debilitó su carácter, conservó su buen criterio para resolver múltiples dificultades; su gobierno fue el mejor, si se comparan los de los tres últimos reyes antes de la Revolución, superior al tan glorioso y alabado de Luis XIV.

Era Fleury un anciano de buen criterio y bien inspirado; se dio cuenta claramente que lo que Francia necesitaba, ante todo, era un período de paz y de una ordenada administración que pudiera financiar los gastos de una corte suntuosa, los que consiguió disminuir. Hizo lo posible por cancelar el déficit existente que era aterrador. Esta fue su obra en los quince años que estuvo en el poder.

Comprendió y apreció en su justo valor la política de Dubois, en orden a mantenerse de acuerdo con Inglaterra y en caso extremo limitar las guerras lo más posible. Un hábil observador, que no es imparcial, pues bajo varios aspectos fue su enemigo, Federico II de Prusia, lo juzga así: "En él (Fleury) se reunían las cualidades de una persona amable con las del estadista; tenía una comprensión fácil, una memoria feliz; el precioso don de agradar junto con el arte de contentar a todo el mundo sin dar nada; su trato cortés era natural; su estilo de cartas obsequioso, sin contar que escribía mejor que ningún autor de su nación, dotada ya de tan finos talentos. Cuando joven, no se había mostrado inaccesible a la pasión que suele ser el flaco de los grandes hombres desde la antigüedad. En el gobierno y en sus negocios, le gustaba el orden; y en los gastos, la economía. En las negociaciones mostró hasta cierto punto aquella mezcla de temor y astucia propias de los clérigos; simulador flexible, taimado y ladino, era aficionado a las intrigas, a las evasivas y trabajos de zapa de la diplomacia. Exteriormente humilde, devorábale la ambición; sus proyectos eran osados, pero en su ejecución era tímido, y aunque sediento de poder, tenía gran

repugnancia a valerse de los medios que a él conducían. Si aparentó inocencia infantil y amor a la paz, lo hizo en la persuasión de poder gobernar el mundo desde su gabinete, y porque le gustaba más el papel de árbitro en cuestiones internacionales que el de vencedor de reyes como sacerdote que era, clase que entiende mejor el manejo de la pluma que el de la espada, y porque por disposición natural era más grande en las negociaciones que en la guerra. Persiguió a los jansenitas para dar pruebas de sumisión a Roma; concedió beneficios eclesiásticos a hombres de moralidad; y en una enfermedad que parecía mortal, no quiso recibir los sacramentos de la Iglesia. A consecuencia de su buena administración, se llegaron a amortizar casi todas las grandes deudas que había dejado Luis XIV, se puso término a los desórdenes de la regencia y se olvidó la catástrofe que había causado en el reino el sistema de Law".

7)

El Cardenal Fleury, de acuerdo con Walpole, primer Ministro de Jorge I, Rey de Inglaterra, siguió una política de paz, que desgraciadamente no podía mantenerse largo tiempo, pues no era del agrado del pueblo francés y también inquietaba a la plutocracia inglesa, ansiosa de grandes ganancias. Trató Fleury, y lo consiguió, que las dos guerras que hubo durante su gobierno se desarrollaran fuera de las fronteras de Francia y tuvieran corta duración, sin peligro para su país.

La muerte de Augusto II de Sajonia, Rey de Polonia, dio motivo al conflicto bélico llamado guerra de Sucesión de Polonia. Había ya un convenio entre Rusia, Austria y Prusia, naciones limítrofes, que estimaban que Polonia había perdido su poder guerrero, debido a la anarquía suscitada por el sistema electivo de la corona;

además, estaban dispuestas a evitar en cualquier forma que se robusteciera el poder real.

La Dieta polaca, que la formaban todos los nobles, se había atribuido el derecho de "Liberum veto", que consistía en que bastaba la oposición de uno solo para dejar sin efecto cualquier acuerdo. Además, se había establecido el derecho de confederarse para resistir por las armas las resoluciones del rey. Un país en que no existía clase media, sino una turbulenta nobleza y un pueblo esclavizado por ella, con un régimen así, necesariamente debía caer en la anarquía.

La elección del rey en Polonia la hacían los nobles y era costumbre que vendieran su voto. So pretexto de mantener la libertad electoral, intervinieron las tres naciones vecinas aliadas, que vieron así el mejor medio de sostener un desgobierno que a corto plazo les permitiría adueñarse de codiciados territorios y destruir la nacionalidad polaca.

Austria, Rusia y Prusia acordaron que fuera elegido rey de Polonia el infante don Manuel de Portugal. Cada una de ellas fijó la suma de dinero que deberían aportar para comprar los votos necesarios. El patriotismo polaco nunca dejó de existir; varios de sus magnates vieron que la salvación de su nacionalidad estaba en elegir un rey polaco, y proclamaron la candidatura del ex rey Estanislao Leczinski que fue apoyada por su yerno Luis XV.

Las naciones aliadas abandonaron la candidatura del Infante y apoyaron la del elector Augusto de Sajonia. Rusia intervino abiertamente, y un ejército ruso penetró en Polonia; se produjo una doble elección, la de Augusto III y la del Rey Estanislao. Francia sólo podía atacar a Austria, y así lo hizo; simultáneamente, los ejércitos franceses invadieron a Bélgica, Lorena e Italia. Un ejército español desembarcó en Nápoles y conquistó este reino para el Infante don Carlos de Bor-

bón, Duque de Parma, hijo de Felipe V de España. Austria se vio obligada a firmar la paz por la cual cedió Nápoles a don Carlos y el ducado de Lorena al rey Estanislao, que renunció nuevamente a la corona de Polonia; se estableció que, a su muerte, el ducado pasaba a Francia, que aumentaba así su territorio a costa del imperio alemán.

8)

Roberto Walpole, el Ministro de Jorge I, llegó a ser el verdadero gobernante de Inglaterra gracias a que contaba con una mayoría "wigh" en el Parlamento, y a que el rey, que no hablaba inglés, tuvo que dejar que él se entendiera con los demás Ministros. Profundamente hábil, poseía las cualidades y los defectos de su tiempo, y supo captar el sentir y el interés de la burguesía dominante.

Con toda franqueza declaró: "Somos una nación mercantil, y la extensión de nuestro comercio es nuestra única política nacional". De acuerdo con esta idea, manejó las finanzas generosamente, destruyendo por el dinero toda oposición. Disminuyó la contribución territorial del veinte al cinco por ciento, y aumentó en forma exorbitante la deuda pública que llegó a ser cien veces mayor que en tiempo de Guillermo III; pero como los intereses se pagaban a los capitalistas del país, que no estaban afectos a ningún impuesto por estas inversiones, se llegaba a una situación en que había clases privilegiadas; pagaban impuestos la clase media y los pobres, muy poco los dueños de la tierra y nada los poderosos capitalistas.

Las libertades inglesas, tan alabadas por Voltaire y criticadas tan duramente en algunos aspectos, por un hombre tan sagaz como Montesquieu, consistían en la explotación de millones de ingleses que no tenían acce-

so a las Cámaras por la clase que ocupaba los asientos en el Parlamento.

La muerte de Jorge I y la subida al trono de su hijo Jorge II, parecía que iba a producir un cambio de gobierno; pero Walpole, con toda habilidad, hizo aprobar por el Parlamento un aumento de la asignación dada tanto al Rey como a la Reina, lo que hizo recordar la opinión de Jorge I que decía: "Walpole es el hombre que de las piedras hace oro".

La política económica de Walpole produjo malestar, lo que el Ministro, con su habilidad característica, logró evitar que afectara a su posición. No pasó así con la política internacional; tuvo que ceder ante el deseo de guerra con Francia y España, hasta que las circunstancias adversas y su mala salud lo obligaron a renunciar.

# CAPITULO VIII

1) Juan Jacobo Rousseau.— 2) La Enciclopedia.— 3) La Masonería en Inglaterra.— 4) La Masonería en Francia.— 5) Las clases privilegiadas francesas en la Masonería.— 6) Trabajo de la Masonería.— 7) La Masonería en España y otros países.

## 1)

El tercero de los grandes escritores franceses de la Ilustración fue Juan Jacobo Rousseau. Su nacimiento, su infancia, toda su vida inquieta y aventurera lo pusieron en contacto con la pobreza y con la miseria. A esto se debe la extraña sinceridad de sus obras, ese sentimiento humano que no se encuentra en Montesquieu ni en Voltaire.

Conocido como escritor, adquiere fama cuando la Academia de Dijón premia su trabajo sobre la causa de la desigualdad entre los hombres, que él atribuye a la civilización. La forma brillante en que usa la antítesis, su estilo de notable originalidad, lo colocaron en primera línea entre los mejores prosistas de su época, aunque causó escándalo entre los ideólogos su modo de pen-

sar y la forma convincente de exponer su pensamiento. Poco después publicó "El Emilio", que es una obra sobre la educación; en ella insiste en la vuelta a la naturaleza, pervertida por la civilización.

Este último libro, a pesar de sus errores y exageraciones, causó gran bien, pues inspiró el orgullo maternal de criar y educar a los hijos, lo que la burguesía pudiente, a ejemplo de la nobleza, abandonaba a cuidados mercenarios. El estilo paradojal de Rousseau está de acuerdo con sus acciones; el hombre que abandona sus hijos en asilos se transforma en el didacta de la educación de la infancia.

Su segunda obra aumentó el aislamiento del autor, que fue considerado como un hereje, como un tránsfuga, por los ideólogos de la Ilustración. Su tercer libro, "El Contrato Social", lo llevó a la cúspide de la popularidad y de la gloria. En él analiza el origen y la formación de la sociedad humana. Montesquieu y Rousseau fueron los evangelistas de la Revolución Francesa; "El Espíritu de las Leyes" y "El Contrato Social", Biblia sagrada de los revolucionarios.

A imitación de San Agustín, escribió su última obra "Confesiones", en la que relata en forma real, con una sinceridad que llega a ser brutal y grosera, sus inquietudes, sus pasiones y las diferentes situaciones en que se desarrolló su existencia. La pasión anticristiana que atormentaba a la época hizo que se mirara con desconfianza al autor, por el hermoso pasaje de una de sus obras, la confesión del vicario saboyano, en que con la facilidad característica de su estilo, con singulares antítesis les da una extraña belleza a las palabras con que éste se refiere a Cristo.

De la trinidad formada por Montesquieu, Voltaire y Rousseau, se puede decir que el primero trata de analizar y criticar; el segundo ironiza y destruye; sólo el tercero se impregna de un sentimiento y trata de cons-

truir. No hay en él el afán volteriano de ver lo fácil, de ridiculizar, sin comprender, el significado y la utilidad de lo que así se destruye.

Los dramas de Voltaire han pasado al olvido, a pesar de sus bellezas literarias, debido a que sus personajes hablan para ese tiempo; cada frase tiene un sentido irónico destructor; no reflejan las pasiones humanas propias de los hombres en cualquiera época. Cuando las tragedias de Shakespeare, Calderón o Corneille todavía se oyen con entusiasmo; cuando Otelo, Romeo, Segismundo o el Cid hacen vibrar el alma de los que los escuchan, nadie recuerda a Irene, Mahoma, Tancredo o Edipo.

2)

Se ha llamado "enciclopedismo" al partido de los filósofos dirigido primeramente por Diderot y D'Alembert. Estaban divididos entre ateos y deístas; separados por rencores y envidias, y unidos por el afán de combatir al clero y creer en la omnipotencia de la razón, en el amor a la humanidad y en el valor de los derechos naturales. Eran enemigos de toda religión; creían poder unir a los hombres por las luces de la filosofía. Eran idealistas sin criterio práctico y sin tener un conocimiento profundo y crítico de la evolución de la humanidad a través de la Historia. Así Diderot dice: "¡Oh Naturaleza, Soberana de todos los seres, y vosotras sus hijas adorables: virtud, razón, verdad! Sed para siempre nuestras únicas divinidades; a vosotras son debidos el incienso y los homenajes de la tierra".

Basados en las Matemáticas y en la Teología, pues, a pesar de ser ateos, reconocían la bondad de su método, y desconociendo el valor de la observación y de la experimentación, esperaban descifrar los más impenetra-

bles misterios. Creían en el valor ilimitado de la razón. Estimaban que el hombre era bueno por naturaleza, y eran las leyes las que producían los errores. Dionisio Diderot opina que si las leyes son buenas, buenas son las costumbres, y Helvetius dice: "Los vicios de un pueblo están escondidos en su legislación; allí hay que escarbar para encontrar la raíz de sus vicios. El buen legislador hace el buen ciudadano".

Llenos de ilusiones en el poder humano, sólo aceptan la parte material. Holbach opina en la siguiente forma: "Nada hay ni puede haber fuera del recinto que encierra a todos los seres. Las ilusiones espirituales son errores de física".

Diderot, espléndido prosista, emprendió el trabajo de redactar una Enciclopedia superior a la publicada en Inglaterra por Efraín Chambers. Los editores Brasson y Le Breton reunieron una serie de sabios y escritores con este fin. Ellos se enriquecieron con la publicación de lo que para esa época era una obra inmensa. Los autores continuaron en la pobreza.

El prólogo de la Enciclopedia fue escrito por D'Alembert, que era un gran matemático, pero, como escritor, pesado y muy enfático. Fue muy alabada la síntesis que hizo de los conocimientos humanos. La obra era de una tendencia completamente materialista y, aunque se quiso disimular su espíritu sectario, los hombres de talento así lo comprendieron y algunos, como Montesquieu, se negaron a colaborar.

Gracias a la protección del gobierno francés, la obra fue publicada. Causó sensación; enemigos irreconciliables, como jansenitas y jesuitas, trataron de olvidar sus dificultades ante el enemigo formidable que se presentaba.

3)

A fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, apareció una sociedad secreta, "La Masonería", que iba a tener capital importancia en la evolución política de la Europa Occidental. Comienza en Escocia e Inglaterra, y sus orígenes son completamente imprecisos, debido principalmente a que este tipo de organizaciones sienten un afán especial por atribuirse un principio legendario y misterioso, lo que lleva a sus miembros a ocultar o destruir todo dato o documento que pueda dar a conocer su natural principio.

La Masonería ha sido y es una sociedad netamente burguesa; este carácter burgués no excluía en Inglaterra a la nobleza que, en su mayor parte, desde la guerra de las Dos Rosas, tenía en cierto modo un aspecto plutocrático. La nobleza feudal o de origen feudal era bastante escasa. El carácter práctico inglés dio a esta organización una gran elasticidad, lo que permitía el ingreso a ella de personas de gustos, aptitudes y creencias diferentes, siempre que cumplieran con un mínimum de condiciones y fueran de posición holgada. Agrupados los socios en logias, podían entregarse al estudio o a la práctica de lo que les interesara o creyeran más conveniente.

Era una organización deísta; es decir, se creía en la existencia de un Ser Superior, Dios, el Gran Arquitecto; pero se dejaba completa libertad para interpretar esta idea, en tal forma que se podía llegar fácilmente a un materialismo de aspecto panteísta. Los socios estaban unidos por lazos de hermandad, de ayuda mutua en cualquiera circunstancia, aunque hubiera diversidad de creencias.

Era una sociedad que se adaptaba a las condiciones políticas existentes en Inglaterra, ya que el poder estaba en realidad en manos de esa burguesía de la que iban a salir los asociados, burguesía en que se aceptaba la exis-

bles misterios. Creían en el valor ilimitado de la razón. Estimaban que el hombre era bueno por naturaleza, y eran las leyes las que producían los errores. Dionisio Diderot opina que si las leyes son buenas, buenas son las costumbres, y Helvetius dice: "Los vicios de un pueblo están escondidos en su legislación; allí hay que escarbar para encontrar la raíz de sus vicios. El buen legislador hace el buen ciudadano".

Llenos de ilusiones en el poder humano, sólo aceptan la parte material. Holbach opina en la siguiente forma: "Nada hay ni puede haber fuera del recinto que encierra a todos los seres. Las ilusiones espirituales son errores de física".

Diderot, espléndido prosista, emprendió el trabajo de redactar una Enciclopedia superior a la publicada en Inglaterra por Efraín Chambers. Los editores Brasson y Le Breton reunieron una serie de sabios y escritores con este fin. Ellos se enriquecieron con la publicación de lo que para esa época era una obra inmensa. Los autores continuaron en la pobreza.

El prólogo de la Enciclopedia fue escrito por D'Alembert, que era un gran matemático, pero, como escritor, pesado y muy enfático. Fue muy alabada la síntesis que hizo de los conocimientos humanos. La obra era de una tendencia completamente materialista y, aunque se quiso disimular su espíritu sectario, los hombres de talento así lo comprendieron y algunos, como Montesquieu, se negaron a colaborar.

Gracias a la protección del gobierno francés, la obra fue publicada. Causó sensación; enemigos irreconciliables, como jansenitas y jesuitas, trataron de olvidar sus dificultades ante el enemigo formidable que se presentaba.

3)

A fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, apareció una sociedad secreta, "La Masonería", que iba a tener capital importancia en la evolución política de la Europa Occidental. Comienza en Escocia e Inglaterra, y sus orígenes son completamente imprecisos, debido principalmente a que este tipo de organizaciones sienten un afán especial por atribuirse un principio legendario y misterioso, lo que lleva a sus miembros a ocultar o destruir todo dato o documento que pueda dar a conocer su natural principio.

La Masonería ha sido y es una sociedad netamente burguesa; este carácter burgués no excluía en Inglaterra a la nobleza que, en su mayor parte, desde la guerra de las Dos Rosas, tenía en cierto modo un aspecto plutocrático. La nobleza feudal o de origen feudal era bastante escasa. El carácter práctico inglés dio a esta organización una gran elasticidad, lo que permitía el ingreso a ella de personas de gustos, aptitudes y creencias diferentes, siempre que cumplieran con un mínimum de condiciones y fueran de posición holgada. Agrupados los socios en logias, podían entregarse al estudio o a la práctica de lo que les interesara o creyeran más conveniente.

Era una organización deísta; es decir, se creía en la existencia de un Ser Superior, Dios, el Gran Arquitecto; pero se dejaba completa libertad para interpretar esta idea, en tal forma que se podía llegar fácilmente a un materialismo de aspecto panteísta. Los socios estaban unidos por lazos de hermandad, de ayuda mutua en cualquiera circunstancia, aunque hubiera diversidad de creencias.

Era una sociedad que se adaptaba a las condiciones políticas existentes en Inglaterra, ya que el poder estaba en realidad en manos de esa burguesía de la que iban a salir los asociados, burguesía en que se aceptaba la exis-

tencia de una religión oficial y la libertad para pertenecer a cualquier secta o para seguir la ideología preferida. Con especial talento se organizaron las logias o grupos, limitados por el número de miembros, bajo cuatro aspectos que tenían gran atracción psicológica:

a) La discusión y aceptación de ideas espirituales, religiosas, que completaban el deseo de algo elevado, místico, tan natural en la mayoría de los seres humanos.

b) El establecer una jerarquía que atraía a los socios con el fin de ocupar un lugar más alto.

c) El uso de ornamentos, rituales, emblemas, condecoraciones en forma de medallas y bandas y títulos altisonantes que satisfacían la natural vanidad humana.

d) La protección mutua que daba seguridad en el trabajo a que se dedicaban sus miembros y la posibilidad de ascensos en la escala burocrática o de aumento de la rentabilidad en el orden particular.

La primera clasificación fue de aprendices, compañeros y maestros, lo que hacía pensar en su afinidad con algunas de las muchas sociedades secretas de constructores de la época medioeval. Después, como esto no bastara, se llegó a la creación de grados, hasta treinta y tres en el rito escocés, y más de noventa en otros. Esta división en grados, cada uno con ritual distinto y títulos llamativos, se reforzó con la idea de la existencia de secretos, algo que todas las sociedades anteriores de esta clase habían poseído, según ellas. La mayor cultura y el avance de los conocimientos científicos fue un inconveniente para considerar, como algo misterioso, conocimientos que antes lo eran, pero ya no. Sin embargo, se hablaba y se habla de grandes secretos trasmitidos desde tiempos antiquísimos. Esto es algo que ya no preocupa; al hacer un estudio desapasionado del desarrollo de esta sociedad, o de estas sociedades, se llega a la conclusión de que el gran secreto, tan cuidadosamente guardado, consiste en que no se posee ninguno.

La Masonería ofreció un vasto campo a las personas que deseaban unirse con otras y, en un ambiente tranquilo, discutir y ampliar los temas que deseaban; a las que buscaban ayuda, tan necesaria en las burocracias estatales para poder ascender; y especialmente a los hombres de gran ambición, que sólo desean un escabel para subir y a quienes no les preocupa la parte ideológica, fácil de cambiar o abandonar, cuando ya no conviene a sus intereses.

La libertad de las logias inglesas produjo anarquía dentro de la sociedad, cuando algunos masones, a veces expulsados por su mala conducta, fundaron nuevas logias con nuevos ritos y exageraciones que satisfacían a hombres de espíritu anormal.

Prácticamente, la Masonería en Inglaterra no ofrecía ningún peligro; sus miembros eran los gobernantes, los que aspiraban llegar al poder legalmente o los que no tenían ningún interés por esa clase de actividades. Estos eran los que formaban la masa y servían de base a los otros. No había espíritu combativo contra determinada religión o secta. El inglés encontraba en esta sociedad una amplia comprensión de su sentido utilitario. En 1715, se abrió la "Gran Logia de Londres".

4)

En 1735, el Duque de Richmond inauguró la primera logia en París. Cuarenta años después, había en Francia más de cien logias; al comenzar la Revolución, en 1789, llegaban a cerca de seiscientas.

La nueva sociedad tomó en Francia un aspecto distinto del seguido en Inglaterra, debido a las diferencias de carácter y de sistema de gobierno de estos pueblos. El francés, vehemente y apasionado comparado con el inglés, estaba regido por una monarquía absoluta, que, aliada con el pueblo, había desplazado del poder a la

nobleza y se había convertido en un poder único. Al conseguirlo, se aisló y perdió lentamente su base popular, para rodearse de cortesanos despechados que no olvidaban los tiempos feudales, y de una burguesía adinerada, que esperaba el momento propicio para llegar al gobierno, como en Inglaterra.

El rápido auge de la Masonería se debió a que entraron en ella diferentes grupos de personas a las que, aunque de origen distinto, las ligaba el deseo de controlar la monarquía. Las logias van a ser los centros de unión en que, unos conscientemente y otros con inexplicable inconsciencia, fraguaron la ruina del poder real. Estos diferentes grupos se pueden clasificar como sigue:

a) La nobleza. Los nobles que rodeaban al rey habían perdido su opulencia y vivían del favor real. Eran leales al soberano, pero siempre dominados por la tendencia de restringir la autoridad del monarca. Ingresaron en la Masonería por moda, por vanidad, seducidos por el aspecto misterioso, exótico, que satisfacía, en parte, sus deseos de algo que reemplazara la vida fútil dedicada al placer. Eran los que en su religión sólo veían el cumplimiento de preceptos y no el verdadero sentido del cristianismo. Estos serán los que en la Revolución van a huir al extranjero; serán los emigrados; no así la nobleza provinciana que vivía en contacto con sus servidores, que mantenían las tradiciones y luchaban contra los revolucionarios.

b) La nobleza de toga. Constituía el poder judicial; formaban los Parlamentos que siempre habían aspirado a tener un poder político. Esta clase social fue la más fanática e intransigente en cuanto a la conservación de sus privilegios. Con su cerrada oposición, impidió que se hicieran las reformas tributarias que varias veces trató de implantar Luis XV, lo que habría evitado en gran parte la Revolución que pudo haber sido una evolución pacífica.

La nobleza de toga, que había usado el Jansenismo como una forma de combatir el poder real, encontró en la Masonería un amplio campo para continuar su campaña. Es curioso considerar cómo una de las figuras máximas de esta clase social, Montesquieu, a pesar de su espíritu sagaz y observador, se hizo masón, sin comprender el peligro que esta sociedad encerraba para sus ideas de predominio de clase.

c) El clero. El alto clero, que era el que ocupaba los cargos eclesiásticos importantes, pertenecía en su gran mayoría a la nobleza. Varios de sus miembros, Obispos y aún Cardenales como Bernís, pertenecieron a las logias. El mayor número de sacerdotes masones eran del bajo clero, curas párrocos y, sobre todo, el clero conventual. El que miembros del clero francés ingresaran en la Masonería, ya prohibida y excomulgada especialmente por Clemente XII y después por Benedicto XIV, se debió a que las Bulas pontificias no tenían validez en Francia si no estaban autorizadas por el gobierno, de acuerdo con el concordato y con las teorías galicanas.

Cabe la pregunta de cómo era posible que los eclesiásticos franceses que pertenecían a las logias no tomaran en cuenta las condenaciones repetidas del Vaticano; el que las Bulas papales no rigieran legalmente en el país no eliminaba a los católicos de su dependencia de la autoridad del Papa. La respuesta está en que hubo cierta inconciencia, que no fue sólo por parte del clero, en cuanto al peligro que contenía esta nueva sociedad secreta, cuya inocente apariencia no podía sugerir ningún temor; se trataba de fomentar la fraternidad dentro de una tolerancia sólo limitada por la exigencia de creer en un Ser Supremo.

Hemos visto el carácter burgués de la Masonería inglesa; el que sus gobernantes, en gran parte, pertenecieran a ella, excluía toda oposición; en cambio, en Francia era muy distinto. Los eclesiásticos al afiliarse a las lo-

gias creían manifestar sólo indirectamente su libertad nacionalista y galicana respecto del absolutismo papal.

d) La burguesía. Esta, la clase adinerada, plutocrática, tenía razón al ingresar a las logias. Su ideal, cual era el llegar al poder, iba a encontrar en el conjunto que ellas formaban el campo propicio para desarrollar la ofensiva contra el absolutismo, que finalmente los llevaría al triunfo.

5)

"Los dioses ciegan a los que desean perder". Esta máxima pagana se cumple ampliamente al ingresar a la Masonería en Francia, en forma entusiasta, los miembros de las clases privilegiadas, nobleza de espada, de toga y clero. Los nobles no comprendieron lo que esto significaba; sólo vieron una novedad, algo que alteraba la monotomía de la vida cortesana, un nuevo campo de intrigas, que con ribetes de misterio y de misticismo modificaba el profundo materialismo, la superficialidad de una vida ociosa en que hasta el placer llegaba a fastidiar.

Uno de los grandes maestres de las logias francesas fue el Conde de Clermont, hijo del Duque de Borbón, el Ministro de Luis XV; tiempo después lo fue el Duque de Chartres, futuro Duque de Orleans; y, más tarde, el tristemente célebre Felipe Igualdad. Esto nos da una idea de la clase de personas afiliadas a la Masonería francesa. El Duque de Montmorency - Luxemburgo, descendiente de los barones cruzados, en 1773, como gran maestre, logra organizar y fundar el "Gran Oriente" en Francia y, a pesar de las resistencias opuestas, ordenar la Jerarquía de grados y rituales existentes. Una medida que había contribuido a aumentar el número de asociados fue el crear logias femeninas de adopción. Damas de la más encumbrada nobleza figuraron en ellas, como la

Princesa de Lamballe, una de las favoritas de la Reina María Antonieta.

Tal como pasó en Inglaterra, hubo nuevas organizaciones con jerarquías y títulos distintos. Las logias de rito egipcio despertaron gran interés: se dividían en más de noventa grados con ceremonial, títulos, distintivos y secretos de los sacerdotes del antiguo Egipto; atraía especialmente su ambiente exótico y misterioso.

Es increíble lo que se puede conseguir halagando la vanidad humana. Los hombres ansían los títulos, los honores, los distintivos; aun ahora, en que tanto se habla de igualdad y democracia, vemos cómo se fundan o se han creado innumerables órdenes, y se distribuyen con profusión pomposos títulos de caballeros, comendadores, gran collar, etc. entre los gobernantes y, en especial, entre los diplomáticos. Así se satisface el deseo de ostentación de títulos que generalmente no corresponde al mérito de los agraciados.

Buenos psicólogos como eran los organizadores de la estructura masónica, fuera de la austera división en aprendices, compañeros y maestros, establecieron en el rito escocés treinta y tres grados, que con sus títulos sonoros y su opulento ceremonial llenaron de orgullo a los que deseaban distinción. Como ejemplo, tenemos: Grado XXI — Caballero Prusiano; Grado XXV — Caballero de la Serpiente de Bronce; Grado XXX — Gran Elegido — Caballero Kadosch. *Vestidura*: Túnica blanca forrada de negro; botas anaranjadas, con bordes y espuelas de oro; capa negra forrada de rojo con broches de cruz teutónica; banda de moaré negro; águila bicéfala con corona real. Joya, cruz teutónica con las iniciales J. B. M. y en el reverso una calavera y un puñal. Grado XXXII — Sublime Príncipe del Real Secreto: hábito como el del grado XXX, pero botas negras y manto púrpura; mandil en una de cuyas partes va bordado el "Gran Campamento"; collar negro ribeteado de plata.

6)

Una vez listo el escenario de las logias masónicas, comenzó el trabajo de los actores, en que los más listos e inteligentes aprovecharon la necedad, la indolencia y la vanidad de la mayoría, para desarrollar sus planes tendientes al triunfo de su ideal: el dominio de la burguesía, de una burocracia controlada por la Sociedad. No se pretendía la destrucción de la monarquía. sino suprimir el absolutismo.

El ataque principal iba dirigido contra la Iglesia considerada como un baluarte de la monarquía; se trató, ante todo, de terminar con la Compañía de Jesús. Asombra y causa estupor el ver cómo los más interesados en mantener el orden social existente contribuían a demoler los cimientos de la defensa de sus privilegios. En realidad, se trata de una inconsciencia colectiva, pues los mismos burgueses que dirigen este movimiento y aun la misma Masonería van a ser barridos por el huracán provocado. No es ésta la primera vez que pasó algo semejante; es la marcha fatal de toda evolución que por medios precipitados se transforma en revolución. Llama sí la atención que en el período de la Ilustración, donde hay abundancia de talentos, de hombres conocedores de la Historia y estudiosos de los efectos psicológicos de las ideas, no se haya tomado en cuenta la posibilidad de un trastorno total.

7)

La Masonería se extendió primero por Inglaterra y por las regiones sometidas a su influjo y después por otros países, aunque muy luego las nuevas logias se independizaron de la tuición de la Masonería inglesa. Hemos visto cómo un noble inglés, el Duque de Richmond, fundó la primera logia francesa; en igual forma, otro Du-

que inglés lo había hecho en España. Es digno de notar que, cuando se estableció la primera logia española en 1728, ya existían en la India y había en Bengala un gran maestre.

El Duque Felipe de Wharton, hijo del Marqués de Wharton y de Malmesbury, era un noble de arrogante figura, inteligente y audaz; poseía grandes cualidades oscurecidas y dominadas por grandes defectos y vicios. Fue durante un tiempo el ídolo de la sociedad londinense. Jorge I lo hizo Duque de Wharton, lo que se prestó a críticas por la excesiva juventud y falta de méritos del agraciado. Afiliado a las logias, pretendió ocupar la jefatura de ellas; fue censurado por su detestable conducta y entonces fundó una nueva sociedad secreta, "Gormo gons", que pretendía tener su origen en los emperadores de China y poseer secretos especiales; además, fue el escándalo de Londres el Club las "Llamas del Infierno" que él presidía.

Los gastos cuantiosos afectaron su fortuna, y, llevado por su carácter inquieto, comenzó a intrigar en favor de los Estuardos, lo que lo obligó a huir de Inglaterra. Refugiado en España, fundó la primera logia masónica; poco después se hizo católico y contrajo matrimonio. Consiguió que le dieran el mando de un regimiento irlandés, al frente del cual combatió contra los ingleses en el ataque a Gibraltar. Terminó su vida aventurera en Poblet, en Tarragona, donde murió recibiendo los sacramentos como un buen católico.

La Masonería aumentó rápidamente en España a fines del reinado de Fernando VI, protegida por el Ministro de Hacienda Wall; llegó a su apogeo con Carlos III. El rey era un ferviente católico; sus principales Ministros pertenecían a las logias. Uno de ellos, el Conde de Aranda, era el gran maestre de la Masonería españo-

la. Lo mismo que en Francia, figuraron en las logias varios nobles, de tan elevada posición como el Duque de Alba, miembros del clero y aun hasta se dijo que uno de los Inquisidores era masón.

En Italia, principalmente en Parma, Toscana y, sobre todo, en Nápoles, se propagaron las logias y aun, a pesar de la condenación pontificia, las hubo en Roma. En Alemania también encontraron un campo fértil para extenderse. El Rey Federico II de Prusia era masón. Donde más resistencia encontró la Masonería, fue en Austria.

# CAPITULO IX

1) La Pragmática Sanción.— 2) Federico II Rey de Prusia.— 3) Benedicto XIV (1740-1758).— 4) Guerra de la Sucesión de Austria.— 5) María Teresa de Habsburgo.— 6) Federico II invade Bohemia.— 8) Fin de la guerra de Sucesión de Austria.

## 1)

El reinado del Emperador Carlos VI puede dividirse en dos períodos bien definidos. El primero es de triunfos; el Tratado de Rastadt y después la victoriosa guerra contra los turcos transformó al Austria en una gran potencia. El director político y militar, al cual se debía esta situación, era el Príncipe Eugenio de Saboya. A su muerte, todo cambió y vino el segundo período, la decadencia. Los funcionarios competentes fueron alejados; en otra guerra con Turquía, a pesar de la alianza rusa, el Austria fue derrotada y, al firmarse la paz, perdió Belgrado y otros territorios servios conquistados en la anterior campaña.

El problema que más preocupaba al Emperador era el de la sucesión al ver que no tenía hijos varones y que su única heredera sería su hija María Teresa. Estudió el caso con sus consejeros, en sus diferentes aspectos, y comenzó a tomar las medidas necesarias para que su hija pudiera heredar el total del Imperio austriaco. Esto lo hizo no sólo movido por el amor filial, sino también por el orgullo de raza, por el deseo, que tenía el carácter de un deber, de que los dominios que a través de siglos de una perseverante política habían creado el Imperio de los Habsburgos, no se dividieran.

Según los decretos promulgados por el Emperador José I, al no tener herederos varones su sucesor, es decir, Carlos VI, su hermano, la corona volvería a una de las dos hijas que dejaba. Se promulgó entonces una nueva ley, la "Pragmática Sanción", por la que se establecía que María Teresa heredaba la totalidad de los dominios austríacos y las coronas de Hungría y Bohemia. Casó a su hija con el duque Francisco de Lorena, que al perder su ducado adquirió el de Toscana, al extinguirse la familia de los Médicis.

Carlos VI trató de acumular toda clase de medidas para que a su muerte quedara intacta la herencia austríaca en poder de su hija y que el esposo fuera elegido emperador y continuar así la tradición habsburguesa. Al contraer matrimonio las hijas del Emperador José, fueron obligadas, tanto ellas como sus futuros esposos, a renunciar a todo derecho que afectara la integridad del Imperio Austríaco.

Después comenzó el Emperador Carlos una serie de negociaciones con las demás potencias para obtener que se reconociera la "Pragmática Sanción". Obtuvo éxito, aunque en el caso de Francia no hubo un franco compromiso, sino un acuerdo vago en que el Cardenal Fleury, experto diplomático, dejó varias puertas de escape para aprovechar el momento internacional y obtener las

ventajas que se pudieran. El error de Carlos VI estuvo en darle demasiada importancia a los acuerdos, y no organizar un ejército fuerte y contar con el dinero necesario para mantenerlo. Esto habría significado un valor efectivo y no compromisos; el conocimiento del desarrollo histórico ha demostrado su futilidad ante los intereses existentes.

El principal factor de triunfo era la personalidad de la Princesa María Teresa, mujer que por su virtud, por su carácter, por el grandioso concepto del deber, hace recordar a su lejana antecesora, Isabel de Castilla. Como ella, tuvo el don precioso de saber inspirar confianza, entusiasmo que llegaba hasta el heroísmo en sus servidores, unido esto al acierto para elegirlos.

2)

El Rey Federico Guillermo, segundo monarca prusiano, tuvo el talento de comprender que el porvenir de la nueva monarquía radicaba en su poder militar. La nacionalidad prusiana no existía; había que formarla y el núcleo de ella debía ser el ejército. A esta tarea dedicó su vida con toda la constancia de su carácter rudo y apropiado para organizar y dirigir lo que iba a ser el modelo de un ejército moderno. Todo el amor, el entusiasmo del rey y todos los recursos del reino se dedicaron a perfeccionar la organización, el equipo, la disciplina y adiestramiento de las tropas; y es curioso que este excesivo amor lo hizo pacifista; trató de evitar todo conflicto que fuera a interrumpir la realización de su tarea.

Su hijo, el Príncipe heredero Federico, mostró desde joven un carácter distinto; sus gustos intelectuales, su afición a la literatura y a la música disgustaron a su padre. Esta diversidad de caracteres produjo un conflicto; y el príncipe tuvo que ceder ante la férrea voluntad de su padre, para terminar por comprender y acep-

tar que el rey tenía razón al dedicar su actividad para prepararse hacia un futuro que debería resolverse por una guerra. Sólo el triunfo daría estabilidad a la creación política de los Hohenzollern. Los Capetos y los Plantagenets, a lo largo de siglos de constante y tesonera política, habían formado dos grandes nacionalidades; los Habsburgos con igual constancia habían generado el Imperio Austríaco, conjunto heterogéneo, pero potente y poderoso, gracias al espíritu que había animado a estos soberanos. Una tarea similar había sido emprendida por su familia, y a él le iba a corresponder realizarla y demostrar a Europa la existencia de una monarquía con personalidad propia y no una fuerza que hasta entonces había sido considerada mercenaria.

Mucho se ha escrito sobre Federico II, Rey de Prusia; mucho se le ha alabado y también bastante se le ha criticado. En sus comienzos fue un monarca desconcertante. Nadie iba a imaginar que ese príncipe soñador, intelectual, admirador de Voltaire, llegaría a ser un gran general; como nadie soñó, siglos antes, que un petimetre elegante, como Julio César, podría transformarse en el conquistador de las Galias y en el genio militar y político de su época.

Es curioso observar cuánto evoluciona el carácter del hombre, cómo varía con los años su modo de pensar y cómo a veces en la edad madura hace lo que condenó en su juventud. Federico II no varió en cuanto a su ideología religiosa. En el prólogo de su obra "Historia de mi tiempo" dice: "El genio humano ha sacudido el yugo de la superstición y se ha atrevido a examinar lo que en su embrutecimiento había adorado. De esto nació el deísmo, culto sencillo del Ser Supremo, que ha sabido desprenderse de las ataduras, de las preocupaciones y errores de la multitud. En Inglaterra es donde reside; y la mayoría de las personas que se atraven a pensar son sus adeptos. A los progresos de esta religión natural de-

bemos los progresos del espíritu de tolerancia que sujeta el furor del fanatismo y del celo religioso mal entendido; a los avances del deísmo debemos que argucias y conclusiones equivocadas no puedan ya armar al hermano contra el hermano, al ciudadano contra el ciudadano, y convertir a Europa entera en el teatro sangriento de las crueldades más inhumanas. En la antigüedad las sectas de los peripatéticos, cínicos y epicúreos echaron el baldón del ridículo sobre los oráculos y el culto exagerado de los falsos dioses de los gentiles, y abrieron los ojos al mundo ciego. Hoy el deísmo venga a la sana razón natural de los ultrajes que ha tenido que soportar bajo el dominio despótico de la superstición y de los errores más estúpidos".

Como se ve, Federico II no se adelanta a su época en cuanto a la capacidad para analizar los hechos del pasado; carece de visión del futuro del desarrollo histórico. No pasó en igual forma en cuanto a su ideología política. Apasionado crítico de Maquiavelo, condena las teorías expuestas en el libro "El Príncipe", que interpreta según su criterio. Al correr los años, va a desarrollar una política internacional que será calificada como maquiavélica. Los Tratados no tendrán ningún valor ante la posibilidad de aprovechar la ocasión de apoderarse de un territorio codiciado. La única ley moral será la del beneficio propio.

3)

A la muerte de Clemente XII, se reunió un cónclave que discutió durante seis meses la elección; esto se debió a que no podían ponerse de acuerdo los diferentes grupos de Cardenales que se habían formado de acuerdo con sus respectivas nacionalidades. Franceses, alemanes, españoles e italianos no lograron encontrar

un candidato que pudiera reunir el número de votos necesarios.

Se cuenta que el Cardenal Lambertini, como una broma, dijo: "Si queréis elegir un santo, elegid a Gotti; si queréis elegir un político, elegid a Aldobrandi; si queréis un buen viejo, elegidme a mí". Poco después era designado Próspero Lambertini, Cardenal arzobispo de Bolonia; tomó el nombre de Benedicto XIV. Fue el Papa más sabio de esta época. Sereno e inteligente, trató de resolver los múltiples problemas existentes que afectaban al Papado, con calma, sin ninguna violencia, procurando ante todo que hubiera armonía. Esto lo llevó a veces a sacrificar derechos ya establecidos, lo que él con cierta clarividencia estimó era necesario hacer, pues se aproximaba un futuro en que serían arrebatados por la fuerza.

Fue muy estimado por los gobernantes, aun por los de diferente religión, como Walpole y Pitt. Reconoció como Rey a Federico II y guardó con él cordiales relaciones. Fue famoso por su sabiduría y amplitud de criterio. Voltaire le dedicó su tragedia "Mahomet", lo que el Papa agradeció en términos conceptuosos, pero esto no fue un inconveniente para que condenara sus obras. Reanudó la excomunión contra la masonería y, en cambio, trató de paliar en lo posible la lucha contra el jansenismo. Es muy probable que Benedicto XIV comprendiera el peligro que significaban para la Iglesia las sociedades secretas y la posibilidad de alianza de éstas con movimientos tan combativos como el jansenismo y aun la unión con gobiernos católicos que deseaban aumentar sus derechos, cercenando los de Roma. Se le ha tachado de ser débil; sin embargo, si se piensa sobre lo que pasó después, se ve cuán razonable fue su actitud y cómo logró realizar un pontificado de paz y progreso.

Es digna de estudio la actitud del Papa respecto de los jesuitas. El nombró al Cardenal Saldanha como Vi-

sitador de la Compañía de Jesús. ¿Estaba de acuerdo el Papa con la actitud de la Orden? Es muy probable que, dentro de su espíritu conciliador, estimara excesivo el deseo de combate de los jesuitas, los jenízaros del Papa, como los llamaban los enciclopedistas. La organización y riquezas de la Compañía, sus múltiples negocios, deben haberle hecho pensar que era conveniente introducir cambios, de acuerdo con las modalidades del tiempo. Su condenación de los ritos chinos y el nombramiento de Saldanha son dos indicios de cómo hubiera sido su política si hubiera vivido más tiempo.

4)

La política pacifista, cuya base había fundado el Cardenal Dubois en la unión de Francia e Inglaterra, había sido continuada con éxito por el Cardenal Fleury y por el Ministro inglés Walpole. Desgraciadamente, ambos Ministros vieron cómo se formaba una oposición a ella cada día más grande. Como ha pasado muchas veces, esta oposición no obedecía a objetivos prácticos nacionales, sino a intereses políticos partidistas con miras a llegar al poder o a beneficiar a determinada clase.

La burguesía plutocrática, que por medio del Parlamento controlaba el poder en Inglaterra, tenía su fuerza en el dinero producido por el comercio que cada día tomaba mayor importancia en América y en la India. El mayor inconveniente partía de España, que ejercía el monopolio en todas sus colonias. El contrabando inglés era una fuente de ganancias, pero un continuo motivo de reclamos por parte del gobierno español. Por muchos motivos, la guerra con España era popular en Inglaterra, no porque realmente el pueblo se beneficiara. Era la propaganda la que lo había convencido de ello.

Es digno de meditar cómo las circunstancias completamente casuales van formando un conjunto que fatalmente lleva a un conflicto armado y cuán difícil es evitarlo, porque los gobiernos no ven hacia dónde los conducen hechos a los cuales no se les da la debida importancia. La evolución de las culturas, o sea, de las agrupaciones de pueblos semejantes, siguen una marcha inexorable, que se puede retardar, pero jamás detener indefinidamente.

Inglaterra tuvo la suerte para su estado político de ser regida por una dinastía extranjera, cuyos dos primeros monarcas, electores de Hanover, consideraron en primer lugar su Electorado y la corona inglesa como una ocupación bien rentada y de la cual se podía sacar el dinero y el apoyo para desarrollar una política de engrandecimiento de su principado germánico. Caro les costó a los ingleses, pero al final esta política hanoveriana les sirvió para aumentar su poder marítimo y mercantil que concluyó por dar a Inglaterra la preponderancia en el continente, en el cual combatía con ejércitos extranjeros pagados por ella.

No tiene justificación la política bélica francesa. Era tradicional el combatir a Austria y a Inglaterra, mas esto era en otras condiciones; ahora que no se pretendía un engrandecimiento territorial, como se demostró al hacer la paz, no había razón ninguna para ir a una guerra que iba a arruinar nuevamente las finanzas que tanto había costado equilibrar; sin embargo, la nobleza quería la guerra y había conseguido que ésta fuera popular tanto contra Austria, como contra Inglaterra.

La guerra que va a comenzar es conocida con el nombre de guerra de la Sucesión de Austria o también como primera guerra de Silesia. Aparentemente, el pretexto para iniciarla fue la muerte del Emperador Carlos VI sin dejar hijos varones. En realidad, la guerra tuvo dos aspectos: la guerra marítima de Inglaterra contra

Francia y España, y la guerra terrestre de Francia, España y Prusia contra Inglaterra, Holanda y Austria, más otros aliados que hubo por ambos lados.

5)

Al morir el Emperador Carlos VI, creyó que había dejado asegurada como su heredera a su única hija María Teresa. La "Pragmática Sanción" y la serie de Tratados conseguidos después de largas negociaciones reconocían lo acordado por el Emperador. Doscientos años después, un Canciller alemán tuvo la ingenuidad de decir una verdad muy grande, algo que todo estadista o diplomático de talento sabe que es así, pero que no conviene decirlo. Dijo que los Tratados eran pedazos de papel, que no tenían valor cuando dejaba de existir el interés que los mantenía. Carlos VI cometió el error de creer que se respetarían los Tratados, sin tener la fuerza necesaria para hacerlos efectivos.

María Teresa de Habsburgo es el monarca más notable de esta familia que tantos soberanos dio al Imperio. Tenía veinticuatro años de edad cuando subió al trono; se había casado, hacía poco tiempo, con el Duque Francisco de Lorena. Era de porte regio y rostro agraciado, de talento claro; poseía una fe inquebrantable en su religión católica y en sus derechos como heredera de su histórica familia. Nada ni nadie pudo hacerla dudar no sólo de sus derechos, sino de su deber de mantenerlos y luchar por ellos. Tuvo la gran cualidad de saber distinguir y apreciar a las personas, y la intuición de lo que debía hacer. Se tomaron medidas que años atrás habían sido estimadas como precipitadas, y resultaron de una magnífica eficacia.

Sabía inspirar entusiasmo, heroísmo, abnegación, a sus servidores. Fue un rasgo notable el confiar en los húngaros que tenían tantos motivos de descontento con-

tra los Habsburgos. Sólo vio el carácter caballeresco de ellos, los que la consideraron como su rey y la apoyaron con todo el heroísmo y generosidad propia de ese pueblo. Con razón pudo decir: "Soy una mujer y débil, pero tengo el corazón de rey".

Llamó a los militares discípulos del Príncipe Eugenio, que torpemente habían sido alejados de la corte, y confió en ellos. Así pasó con el Mariscal Kevenhueller, que va a conquistar a Baviera y salvar la monarquía austríaca. Le escribe de este modo: "Aquí tenéis a una reina con su hijo, abandonada de todos. ¿Qué será de este niño, di? Tu bondadosa soberana acude a tí, como fiel servidor que eres, y te entrega el poder y fuerzas de la monarquía. Obra, pues, ¡oh héroe y vasallo fiel!, conforme creas conveniente para poder responder de tu conducta ante Dios y el mundo. Toma por escudo la justicia; haz lo que te parezca justo; cierra los ojos cuando te veas en el caso de sentenciar a los perjuros; sigue a tu maestro el inmortal Príncipe Eugenio, y está seguro de que tú y tu familia tendréis desde ahora, hasta la consumación de los siglos, fama perdurable, y de mí y de mis sucesores toda la gratitud y todos los favores y mercedes posibles. Esto te juro por mi regia majestad. Vive y lucha bien.— María Teresa".

6)

Federico II de Prusia había heredado de su padre no sólo un reino, sino también un espléndido ejército, a cuya organización y perfeccionamiento, como ya lo hemos visto, el Rey Federico Guillermo había dedicado la mayor parte de su vida. Era un ejército en que una férrea disciplina había llegado a convertir a los soldados en autómatas que obedecían sin vacilar. Este sistema prusiano reemplazaba en los soldados el espíritu de na-

cionalidad, ya que éstos se reclutaban en cualquiera parte de Alemania y aun en el extranjero.

El Rey de Prusia fue un estadista que abordó los problemas con claridad y franqueza tal, que ha llegado a ser clasificado de cínico. En realidad, prescindió de argucias diplomáticas y actuó con absoluta claridad y rapidez. No fue el iniciador de la política de fuerza. Ya antes Luis XIV había arrebatado territorios del dominio español, empleando un ejército superior al de España.

El Estado prusiano estaba formado por tres agrupaciones territoriales separadas por principados alemanes o por naciones extranjeras, como era Polonia que aislaba a Prusia del Brandeburgo. Una política lógica debía dirigirse a conseguir la unión de estas tres partes y aumentar los dominios que hacían un esfuerzo muy fuerte para poder mantener un ejército que no correspondía a la extensión del reino, ni a sus recursos financieros. Tanto en Prusia como en otros Estados alemanes, el mantener un ejército era una fuente de entradas, porque en las continuas guerras habidas se les pagaban grandes sumas de dinero como subsidios por su alianza, por la que sólo se trataba de disponer de los soldados; era una fórmula disimulada de contratar mercenarios. Tanto Holanda como Inglaterra, países capitalistas, habían emprendido sus guerras con tropas así contratadas. Prusia había ya superado esa etapa; era una potencia que debía buscar en guerras de conquistas el equilibrio de sus finanzas y el aumento de su poder.

Cuando María Teresa se hizo cargo de la herencia austríaca y de las coronas de Hungría y Bohemia, recibió una advertencia del Rey de Prusia, quien en términos diplomáticos le daba a entender que estaba dispuesto a apoyarla, según se había comprometido a hacerlo con Carlos VI, pero que debía dársele una compensación. Es muy probable que el gobierno austríaco no quiso entender el verdadero significado de las notas de Fe-

derico II, y resolvió dar largas al asunto, prometiendo que se revisarían tal o cual acuerdo o situación.

Una vez que el soberano prusiano vio que nada conseguía, se entendió con los dos pretendientes a la herencia austriaca: el Elector Carlos Alberto de Baviera, que aspiraba a la corona imperial y al reino de Bohemia, y el Elector de Sajonia, Rey de Polonia, que también pedía algo por ser casado, como Carlos Alberto, con una de las hijas del Emperador José I. Las pretensiones imperiales del Elector de Baviera eran apoyadas por Francia, que veía en ellas el modo de destruir el poderío austríaco, y por España, que deseaba recobrar los dominios que había perdido en Italia, al subir al trono Felipe V, es decir, el ducado de Milán y el reino de Nápoles.

Sin declaración de guerra, sin ningún aviso previo, Federico II invadió el ducado de Silesia que pertenecía al Austria, y lo conquistó rápidamente; dio a entender al Gobierno de Viena que ésa era la indemnización exigida para permanecer neutral. Muy luego los franceses apoyaron a Carlos Alberto e invadieron Bohemia, y los españoles atacaron Italia.

La energía, la grandeza de alma y el dinamismo de acción de María Teresa se pudo apreciar en su valor en los momentos en que podía pensarse que estaba todo perdido para los Habsburgos. El Mariscal Kevenhueller, con fuerzas organizadas en el Tirol, trató de defender a Milán y reconquistar los territorios austríacos en poder de los bávaros. Un ejército austríaco penetró en Silesia, y en Molwitz se dio la primera batalla contra los prusianos; en ella vencieron estos últimos.

7)

Inglaterra tenía un interés secundario en el conflicto derivado de la Sucesión de Austria; pero su Rey era Elector de Hanover y se interesaba más por los asun-

tos alemanes que por los ingleses. Inglaterra estaba en guerra contra Francia y España por las colonias; era una guerra marítima, mas el gobierno inglés apreció con claridad la ventaja que había en oponer a Francia una potencia continental que distrajera sus fuerzas. Así se llegó a una alianza con Holanda, Hanover y otros Estados alemanes para apoyar a María Teresa. La guerra marítima se transformó en una conflagración de la Europa Occidental.

Se ha considerado, especialmente por los escritores alemanes, a Federico II como uno de los grandes genios militares que han existido. Hay en esto mucha exageración, aumentada por el sentir patriótico. Este monarca prusiano fue gran hombre de Estado y un buen general que puede colocarse al nivel de Gustavo Adolfo, Condé y Turena, pero no es una figura genial en esta actividad. La era antigua produjo dos genios guerreros, Aníbal y César; la nuestra sólo uno, Napoleón.

Son muy interesantes los comienzos de la carrera militar de Federico II. Su estreno fue la batalla de Molwitz, en la que, de acuerdo con la táctica tradicional, al formar su ejército colocó la infantería al centro y la caballería en las alas. De igual manera se desplegó el ejército austríaco, cuya caballería derrotó a la prusiana que se dio a la fuga arrastrando en ella al rey que consideró la batalla perdida. En la tarde lo alcanzaron para comunicarle que se había conseguido una completa victoria.

En Molwitz se vio lo que valía el ejército prusiano y la disciplina que tenía. La infantería en perfecto orden rechazó el ataque de la caballería austríaca victoriosa. Después avanzó, rompió el centro contrario y obligó al enemigo a retirarse. El que más provecho sacó de esta batalla fue Federico. Su inteligencia privilegiada dedujo las enseñanzas necesarias para el futuro, y así dejó a un lado caducas tácticas y trató de improvisar la estrategia necesaria según las circunstancias, lo que le hizo ob-

tener célebres victorias, alternadas a veces con terribles derrotas.

María Teresa vio la necesidad de hacer la paz con Federico para dedicarse a otros enemigos más temibles, ya que éste se contentaba con Silesia, la que le fue cedida. Mas pronto el rey de Prusia vio a los austríacos vencedores; habían reconquistado a Bohemia e invadido a Baviera. Carlos Alberto, que había sido elegido Emperador, tuvo que huir y murió muy luego. En vista de esta situación, Federico rompió nuevamente con los austríacos e invadió a Bohemia.

8)

Luis XV, Rey de Francia, ha sido uno de los monarcas que se ha juzgado con exagerada severidad y a veces en forma injusta. Es el caso inverso de su bisabuelo Luis XIV, tan alabado. No conoció el afecto de los padres; huérfano muy niño, estuvo entregado a manos mercenarias. Parece que su alma siempe aspiró a un amor que tampoco encontró en el matrimonio. Casó con María Lenczinka, varios años mayor que él; buena y bondadosa, no supo comprender el sentido amoroso del rey; y después de varios años de una vida matrimonial correcta en que nacieron varios hijos, vino el cansancio. Luis se rindió ante las innumerables tentaciones que le ofrecían las damas de la corte que suspiraban por alcanzar el papel de favoritas, que tenía un carácter oficial en la corte de Luis XIV.

El joven rey, hermoso y de aspecto majestuoso, poseía una fuerte sensualidad y un carácter indolente; era seguro, como en realidad pasó, que iba a ser dominado por alguna mujer hábil que supiera satisfacer sus deseos y apreciar su carácter. Desgraciadamente, su sexualidad degeneró en vicio, que, como es natural, oscureció sus buenas cualidades. Después de tener amores con varias

de las hermanas Nesle, de noble cuna, fue dominado por una de ellas. Mariana De Mailly de Nesle era viuda del marqués de Tournelles; no participaba del ambiente corrompido de Versalles; era virtuosa, y si se rindió a la pasión del rey, fue con un noble fin: creyó que podía ser una Inés Sorel o una Diana de Poittiers, e impulsar al soberano hacia un reinado glorioso. El Rey le concedió el título de Duquesa de Chateauroux, nombre con que se le conoce en la Historia.

La nueva favorita logró que el rey abandonara la vida muelle de Versalles y se pusiera al frente de su ejército. Así fue como se decidió el ataque a Bélgica, defendida por tropas inglesas y hanoverianas. Los franceses, al mando del Mariscal Mauricio de Sajonia, obtuvieron varios triunfos, entre ellos la victoria de Fontenoi, ganada en presencia del rey. Fue ganada no por los méritos de una superior estrategia, sino por accidentes casuales, pero ésta satisfizo ampliamente la vanidad nacional.

La muerte del Cardenal Fleury dejó a Luis XV privado del único respeto que conservaba. A pesar de su ancianidad, llegó a los ochenta y ocho años sin abandonar su trabajo hasta tres horas antes de su muerte. Inesperadamente, falleció también la Duquesa de Chateauroux.

La guerra de Sucesión de Austria terminó por agotamiento de los combatientes que no podían obtener un triunfo definitivo. Los países que financiaban la guerra, Inglaterra y Holanda, por un lado, y Francia, por el otro, no estaban en condiciones de continuar sin que se produjera un completo descalabro en sus respectivas economías.

Prusia mantenía triunfante su conquista de la Silesia, pero temía enfrentarse sola ante el poderío austríaco. Francisco de Lorena, esposo de María Teresa, había sido elegido Emperador, con el voto favorable del

Elector de Baviera, hijo de Carlos VII, que había hecho la paz con Austria.

En occidente, España había conquistado el reino de Nápoles, y el ataque francés a Bélgica produjo la conquista de gran parte del país, lo que alarmó a Holanda, porque desapareció la barrera que la protegía de Francia; igual alarma había en Inglaterra ante la entrada de los franceses en Amberes. En cambio, Inglaterra había triunfado en el mar y conquistado algunas posesiones francesas en América. Debido al increíble desinterés de Luis XV, que renunció a toda conquista y que se contentaba con que se reconociera nuevamente la anexión de Lorena a Francia y la devolución de las posesiones perdidas en América; y, por otra parte, gracias a la forzada renuncia de Austria a Nápoles y sobre todo a Silesia, se pudo llegar al Tratado de Aquisgrán.

La paz firmada era sólo un compás de espera ante dos conflictos: el marítimo, de Inglaterra contra Francia y España, y el de Austria que deseaba recuperar a Silesia arrebatada por los prusianos. El reino de Nápoles quedó independiente, teniendo como Rey a Carlos de Borbón, hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio. Se estableció que, si Carlos pasaba a ser rey de España, dejaría como rey a uno de sus hijos. Fue ésta una conquista hecha por la familia de los Borbones. En cambio, Francia se encontró con un rival en Italia, el cual fue el reino de Cerdeña, que vino a desempeñar el papel de Prusia en Alemania.

# CAPITULO X

1) Jesuitas y templarios.— 2) Causas de la supresión de la Compañía de Jesús.— 3) Acción de la Masonería.— 4) Pombal.— 5) Empieza el ataque a los jesuitas.— 6) Los jesuitas colonizan el Paraguay.— 7) Incidentes con los jesuitas.— 8) Clemente XIII (1758).— 9) Expulsión de los jesuitas del Portugal.

## 1)

Al principio la Compañía de Jesús sólo encontró resistencia en los países protestantes, pero después que adquirió poder comenzaron a desarrollarse fuerzas cada vez más hostiles. Los diferentes grupos enemigos de la Orden Jesuita la combatían con saña; y una vez que lograron llegar al gobierno en los países católicos, buscaron pretextos para justificar la expulsión de los jesuitas. Finalmente obligaron al Papa a suprimir a la Compañía.

Antes de analizar las causas que motivaron la ruina de la Compañía, hay que hacer dos observaciones: la primera es que la expulsión de los jesuitas y la supresión de la institución sólo fue un incidente de la lucha de la burguesía por cambiar el absolutismo en un

sistema constitucional que les entregara el poder; la segunda es la similitud que hay entre este período y la época de Felipe IV el Hermoso.

Hay que hacer notar el parecido entre el trabajo y destino de los templarios y el de los jesuitas. Ambas entidades fueron fundadas con un fin que pareció secundario al lado de otras actividades. Los templarios tenían como objetivo defender y ayudar a los peregrinos que visitaban Tierra Santa. Pronto se convirtieron en una fuerza militar de primer orden, que fue el núcleo de los ejércitos que lucharon contra los mahometanos. Los jesuitas, cuyo primer objetivo era la liberación de Jerusalén, pasaron a ser primero la mayor fuerza del catolicismo para desplegar después un espíritu combativo que fue el alma de la Contrarreforma.

Las dos instituciones adquirieron gran riqueza y poder, y lentamente fueron degenerando en cuanto a sus objetivos primarios. Al desaparecer los reinos cristianos de oriente, los templarios ya habían adquirido fama y poder por sus actividades en cierto modo bancarias, que les dio un poder económico inquietante para los monarcas católicos. Los jesuitas, después del Tratado de Westfalia, se encontraron dueños de vastas posesiones, especialmente en América; abandonaron su intenso espíritu combativo contra los protestantes; dedicados a la enseñanza de la nobleza y como confesores de los soberanos católicos, adquirieron una fuerza política que no estaba de acuerdo con la tendencia cesaropapista del absolutismo, lo que necesariamente debería producir dificultades.

Las dos instituciones fueron la expresión fiel del alma de su época: el Temple es la flor del feudalismo; la Compañía de Jesús representa la genuina reacción del catolicismo contra el movimiento protestante. Un santo, San Bernardo, estudió y redactó el reglamento de la Orden; otro santo, figura cumbre de su época como el

anterior, San Ignacio, es el fundador de los jesuitas. Las dos instituciones tuvieron un trágico fin. Las llamas de la hoguera encendida en Portugal recuerdan las que consumieron a Jacobo Molay y a sus compañeros en una isla del Sena.

2)

Puede estimarse que las causas principales que llevaron a la Compañía de Jesús a su ruina fueron las siguientes:

a) Se ha cometido el error de confundir el absolutismo eclesiástico del Papado, lógica consecuencia de su ideología que fue claramente definida por Gregorio VII y confirmada por el Concilio de Trento, con el absolutismo político con que los Papas gobernaron los Estados Pontificios. Este absolutismo era el que había triunfado en las diferentes monarquías europeas. Se había establecido una especie de hermandad entre el Pontífice Romano y los soberanos absolutistas. De aquí se llegó a la conclusión errónea de que la Iglesia era el más firme baluarte del despotismo.

Desgraciadamente, los Papas no comprendieron el peligro que esta mezcla encerraba, y cuando comenzó la campaña contra la monarquía absoluta, cada día más intensa, adoptaron en cierto modo una actitud pasiva. La primera víctima de este error político fue la Compañía de Jesús. El objetivo era la destrucción del absolutismo, y se daba un primer paso al suprimir a los defensores de la Iglesia para anular el poder de ésta y así aislar al absolutismo monárquico. Se consideraba con razón a los jesuitas no sólo como el ejército de línea de la Iglesia, sino también como las tropas abnegadas dispuestas a cualquier sacrificio por la causa que defendían.

b) Es curioso observar que los soberanos católicos, que tenían generalmente como confesores a Padres jesui-

tas, que sabían que eran los educadores preferidos de la nobleza, los miraban con recelo por su absoluta fidelidad al Papado. La tendencia cesaropapista de los monarcas veía en ellos un peligro y sabían que, en caso de una ruptura con Roma, serían sus enemigos. Cuando Felipe II de España rompió con el Pontificado, la mayoría del clero español pasó por alto las órdenes del Papa, excepto los jesuitas que las acataron; igual como pasó en Venecia en la querella con Paulo V. Los príncipes católicos se van a convencer fácilmente que es mejor suprimir a la Compañía; en cambio, los soberanos absolutista no católicos la van a proteger; a ellos no les afectaba en nada; su cesaropapismo lo ejercían ampliamente en sus respectivas Iglesias.

c) Los jesuitas atacaron decididamente el jansenismo como una herejía, pero éste se convirtió en la pantalla de un movimiento político para limitar el poder de la monarquía absoluta. Como hemos visto, sus adeptos pertenecían a la nobleza que siempre deseaba controlar la autoridad real y, sobre todo, a la nobleza de toga que pretendía, en Francia, dar a los Parlamentos atribuciones políticas. Los jansenitas fueron los más encarnizados enemigos de la Compañía. Hemos visto cómo hombres del genio de Pascal, subyugados por el odio político, no pudieron distinguir claramente la verdadera situación y el mal que se causaba al tratar de destruir las fuerzas que defendían el orden social establecido.

d) Tal como pasó con los templarios, los jesuitas degeneraron en el campo económico al adquirir grandes propiedades y dedicarse en algunas partes a actividades industriales y comerciales. Sobre este punto conviene conocer lo que escribió el jesuita Holfäus en la primera época de la Compañía: "Nuestro santo Padre Ignacio previó que, por ocuparnos de negocios seculares, la Compañía hallaría grandes obstáculos. Esto no sólo distrae miembros de la Compañía e impide el servicio de Dios,

sino que nos hace odiosos y destruye el efecto de nuestros esfuerzos con el prójimo. Gravísimos ejemplos y experiencias han demostrado que en tales casos Dios no está con nosotros. Siempre que prestemos nuestros servicios en esto, aun buscados y casi forzados, las cosas no marcharán bien, sea tratándose de los príncipes seculares o de los Papas".

Más adelante agrega que, si el fin de la Compañía no se hace prudente con la experiencia, el castigo de Dios la alcanzará. Y con mucha razón observa que los confesores de los príncipes deben tener mucho cuidado en no mezclarse en los negocios seculares.

La enorme riqueza atribuida a los jesuitas tuvo que despertar necesariamente la codicia de los monarcas y, sobre todo, la de sus consejeros que en estos casos tocan la mayor cantidad en el reparto. Como ejemplo, ya se ha visto el caso de la expropiación de los bienes del clero en Inglaterra; hizo la fortuna de muchos y el resto fue mal aprovechado por los reyes.

e) Los enciclopedistas, entre los que había una mezcla de ateos y deístas, en su lucha a muerte contra lo que ellos llamaban "la ignorancia y la superstición" que, aunque trataban de disimularlo, la identificaban con la Iglesia Católica, comprendieron con toda nitidez que lo primero que había que eliminar era a la Compañía de Jesús.

Con razón decía Voltaire que había que dejar que jansenitas y jesuitas se devoraran unos con otros. Aquellos jansenitas en que primaba el aspecto religioso antes que el político tomaron en cuenta el peligro del enciclopedismo y se unieron a los jesuitas en una lucha contra ellos; pero en la mayoría, el carácter político era el fondo decisivo, lo que pasaba especialmente entre la gente de actividad judicial; para éstos siguió siendo la Compañía el gran enemigo.

f) Como era humano, hubo rivalidades entre las diferentes órdenes religiosas, y la mayoría miraba con malos ojos a los jesuitas. Su estructura, su modo de pensar y de actuar era tan distinto. Una de estas órdenes, la de los dominicos en España, que estaban a cargo de la Inquisición, fue temible enemiga de la Compañía. Estas odiosidades que llegaron al alto clero también se desarrollaron en Roma.

La mezcla de devoción, de austeridad y de espíritu práctico ejercía en Roma el efecto de un poder contralor de las actividades pontificias, a veces tan criticables. Hombres de la categoría de Bellarmino llegaron a manifestar al Papa, con todo el respeto debido, lo que a su juicio debía corregirse.

g) Papas del carácter y sagacidad de Sixto V estimaron que era necesario modificar los Estatutos de la Compañía. Muchos creyeron que el origen monacal de este Pontífice y su conocida animosidad a todo lo español, lo hacían ser injusto en esta apreciación respecto de la Orden. El tiempo demostró cuánta razón tenía este gran Papa y que tal vez una razonable modificación habría evitado males mayores.

Se creyó que el hecho de que la dirección de la Compañía estuviera en manos de españoles —los cuatro primeros Generales fueron de esta nacionalidad— restaba prestigio a su carácter católico, es decir, universal. Sin embargo, otro General no español, Aquaviva, napolitano, subsanó lo que se estimaba una dificultad, pero también la Compañía entró en actividades que la llevaron a la situación temida por su fundador.

3)

Las diferentes fuerzas hostiles a la Compañía de Jesús actuaban separadamente; no existía entre ellas ninguna unión ni entidad coordinadora, y así pasó que la

tempestad estalló impensadamente. El primer acto de la tragedia que terminó con la supresión de la Compañía se desarrolló en Portugal; el segundo, en Francia, debido a la forma torpe en que los jesuitas proporcionaron los pretextos para que se coaligaran las fuerzas adversas; el tercero tuvo como escenario España y Nápoles; el cuarto y último, en Roma.

Se ha dicho que la Masonería fue el elemento que unió a los enemigos de los jesuitas, y que el ataque que los derribó obedecía a un plan cuidadosamente praparado y dirigido por las logias. Al hacer un estudio desapasionado de este asunto, se llega a la conclusión de que no fue así. Es un hecho que los principales gobernantes que actuaron contra la Compañía eran masones, pero esto no implica que hayan obedecido órdenes superiores. No hay duda de que la mayoría de los miembros de la Masonería estaban animados por el odio hacia los jesuitas y especialmente por el deseo de terminar con los que estimaban un baluarte del absolutismo a cuya destrucción aspiraban.

No hay duda también de que, durante el largo período que duró la campaña contra los jesuitas, los acontecimientos casuales fueron de un carácter decisivo; pero hay que tomar en cuenta la forma en que fueron aprovechados por sus enemigos; éstos en su gran mayoría estaban afiliados a las logias, no por odio sectario a la Iglesia, sino en muchos casos por motivos políticos o porque era de buen tono ser masón. No hay tampoco que olvidar que muchos de los más tenaces adversarios de la Compañía estaban en Roma; algunos eran eclesiásticos prominentes.

En resumen, la supresión de la Compañía de Jesús no fue el resultado de una campaña dirigida con este fin por las logias; sólo fue un incidente de la evolución política que iba más allá; además, los acontecimientos casuales proporcionaron la ocasión de lo que se consi-

deraba un gran paso hacia el objetivo perseguido: el triunfo de la burguesía capitalista.

4)

En 1648 se reconoció la independencia de Portugal respecto de España, y volvió a recobrar su imperio colonial: el inmenso Brasil y las posesiones en Africa y en la India. Tiempo después, ocupó el trono el Rey José I, varón de treinta y seis años de edad, sin conocimiento ni aptitudes para gobernar, mas pronto encontró el hombre capaz que poseía muchas de las cualidades que a él le faltaban.

Sebastián de Carvalho y Mello, conocido como Pombal, por el título de Marqués de Pombal que le concedió el rey, era un noble provinciano, de inteligencia despierta, que había estudiado en la Universidad de Coimbra y había llamado la atención por su talento y la instrucción adquirida. Enviado como Embajador a Londres, actuó con éxito tal, que fue mandado a Viena, encargado de una difícil misión que desempeñó en forma brillante, con lo que se atrajo el aprecio de la Emperatriz María Teresa. Como había enviudado, casó en segundas nupcias con una hija del Mariscal Daun, uno de los mejores generales austríacos.

De regreso a su patria, se desempeñó en la administración con tal acierto, que pasó a ser primer Ministro; como tal, dominó al rey con su ingenio flexible y brillante. Fue el Ministro omnipotente que acaparó todo el poder y que entró por el camino de las reformas, de acuerdo con la ideología imperante.

La situación de Portugal era desastrosa; a pesar de ser dueño de ricas colonias, había llegado a un increíble estado de pobreza, debido al abandono de la agricultura y al estar sometido a Inglaterra por Tratados de comercio que lo habían reducido al carácter de una factoría

inglesa. Se habían descubierto en el Brasil riquísimas minas de oro y de diamantes; sin embargo, el producto de ellas no alcanzaba a pagar los gastos de alimentación y vestuario del pueblo, ni el sostenimiento de la administración y de la corte, en tal forma que el Rey se veía obligado a solicitar préstamos que contribuían a agravar más la postración económica del país.

Es muy interesante conocer algunos párrafos de la Memoria que Pombal presentó al Rey; es un estudio de la situación de Portugal, de acuerdo con las ideas políticas y económicas de la época. Dice: "De sesenta años a esta parte constituyen las minas de oro del Portugal su única riqueza. No se necesita ser político; basta saber aritmética para probar que un Estado que limita toda su atención a las minas ha de arruinarse por fuerza. El oro y la plata son bienes artificiales; cuanto más se multiplican estos representantes de los valores, tanto más disminuyen el suyo intrínseco, porque van representando menos objetos.

"Cuando España se enseñoreó de México y del Perú, abandonó las riquezas naturales de estos países a su suerte para echarse sobre las artificiales, cuyo valor disminuye a medida que crece su cantidad. Entonces había poco oro y plata en Europa; y cuando España de un golpe se vio dueña de una cantidad tan enorme de estos metales, concibió esperanzas que nunca podría realizar. Cuando se duplicó en Europa la cantidad de metales preciosos, se duplicó también el precio de cada artículo y con él se duplicaron los gastos de explotación".

Refiriéndose al Tratado comercial que se firmó con Inglaterra, impuesto por Cromwell, Pombal observa: "Este Tratado permitió al Portugal proveerse de ropas, por cuyo medio derribó el célebre usurpador el país de un solo golpe, porque cortó el nervio del sistema político de la monarquía portuguesa.

deraba un gran paso hacia el objetivo perseguido: el triunfo de la burguesía capitalista.

4)

En 1648 se reconoció la independencia de Portugal respecto de España, y volvió a recobrar su imperio colonial: el inmenso Brasil y las posesiones en Africa y en la India. Tiempo después, ocupó el trono el Rey José I, varón de treinta y seis años de edad, sin conocimiento ni aptitudes para gobernar, mas pronto encontró el hombre capaz que poseía muchas de las cualidades que a él le faltaban.

Sebastián de Carvalho y Mello, conocido como Pombal, por el título de Marqués de Pombal que le concedió el rey, era un noble provinciano, de inteligencia despierta, que había estudiado en la Universidad de Coimbra y había llamado la atención por su talento y la instrucción adquirida. Enviado como Embajador a Londres, actuó con éxito tal, que fue mandado a Viena, encargado de una difícil misión que desempeñó en forma brillante, con lo que se atrajo el aprecio de la Emperatriz María Teresa. Como había enviudado, casó en segundas nupcias con una hija del Mariscal Daun, uno de los mejores generales austríacos.

De regreso a su patria, se desempeñó en la administración con tal acierto, que pasó a ser primer Ministro; como tal, dominó al rey con su ingenio flexible y brillante. Fue el Ministro omnipotente que acaparó todo el poder y que entró por el camino de las reformas, de acuerdo con la ideología imperante.

La situación de Portugal era desastrosa; a pesar de ser dueño de ricas colonias, había llegado a un increíble estado de pobreza, debido al abandono de la agricultura y al estar sometido a Inglaterra por Tratados de comercio que lo habían reducido al carácter de una factoría

inglesa. Se habían descubierto en el Brasil riquísimas minas de oro y de diamantes; sin embargo, el producto de ellas no alcanzaba a pagar los gastos de alimentación y vestuario del pueblo, ni el sostenimiento de la administración y de la corte, en tal forma que el Rey se veía obligado a solicitar préstamos que contribuían a agravar más la postración económica del país.

Es muy interesante conocer algunos párrafos de la Memoria que Pombal presentó al Rey; es un estudio de la situación de Portugal, de acuerdo con las ideas políticas y económicas de la época. Dice: "De sesenta años a esta parte constituyen las minas de oro del Portugal su única riqueza. No se necesita ser político; basta saber aritmética para probar que un Estado que limita toda su atención a las minas ha de arruinarse por fuerza. El oro y la plata son bienes artificiales; cuanto más se multiplican estos representantes de los valores, tanto más disminuyen el suyo intrínseco, porque van representando menos objetos.

"Cuando España se enseñoreó de México y del Perú, abandonó las riquezas naturales de estos países a su suerte para echarse sobre las artificiales, cuyo valor disminuye a medida que crece su cantidad. Entonces había poco oro y plata en Europa; y cuando España de un golpe se vio dueña de una cantidad tan enorme de estos metales, concibió esperanzas que nunca podría realizar. Cuando se duplicó en Europa la cantidad de metales preciosos, se duplicó también el precio de cada artículo y con él se duplicaron los gastos de explotación".

Refiriéndose al Tratado comercial que se firmó con Inglaterra, impuesto por Cromwell, Pombal observa: "Este Tratado permitió al Portugal proveerse de ropas, por cuyo medio derribó el célebre usurpador el país de un solo golpe, porque cortó el nervio del sistema político de la monarquía portuguesa.

"A contar desde entonces, murieron las industrias del país; las manufacturas antiguas quedaron destruidas, los trabajos se paralizaron y pronto terminaron del todo. La protección que el gobierno dio a la industria inglesa, admitiendo sus artículos de vestir, mató la actividad innata de los portugueses. Todas las prendas de vestir que la nación portuguesa gastaba habían de venir de Inglaterra. Una nación que se deja vestir por otra es tan dependiente de ella como la que se deja alimentar".

Deja ver Pombal, con toda exactitud, la gravedad de la situación del Portugal; ésta se debe a que la administración está desorganizada y a la debilidad económica causada por los Tratados comerciales impuestos por Inglaterra.

En otra parte de su exposición se expresa así: "No vivimos ya en período de formación, en el cual fue dado a los legisladores trasformar, por la fuerza de su genio, la formación y constitución de Estados degenerados. Mientras cada pueblo era un mundo aislado y sólo miraba por sus intereses según un sistema propio, era muy fácil introducir reformas; pero desde la formación de la confederación europea, es decir, desde que los intereses políticos de un país dependen de otro sobre los cuales ejercen a su vez su influencia, observan todos los gobiernos con atención marcada todos los cambios que meditan sus vecinos; y como los achaques de los débiles son en el fondo la causa de la preponderancia de los fuertes, éstos no quieren permitir que los débiles salgan de la inferioridad que es la base de su fuerza. En los tiempos modernos suele prepararse la ruina de un país desde larga fecha, realizándose por grados hasta llegar a consumarse. Se aplican insensiblemente, uno tras otros, los medios de destrucción y se mina artificialmente la nación que se quiere perder".

Esta era la situación del Portugal. La monarquía estaba en la agonía; los ingleses tenían aherrojada a la nación en un estado de dependencia completa; la habían sometido, sin la molestia de una conquista, y tenían encadenado al pueblo portugués al carro de Gran Bretaña, sin dejarle fuerzas que pudieran libertarlo de esa esclavitud.

5)

Pombal, el gran Marqués, como lo llamaban los portugueses, fue dueño del poder. Después de la muerte de la reina, dominó completamente el espíritu del rey. No se puede dudar de su patriotismo, ni de que sus ideas políticas eran una lógica consecuencia del pensamiento de la época. Se propuso dar al rey un poder absoluto, real, no aparente como el que tenía, e independizar económicamente al Portugal de la dominación inglesa.

El primer punto de su plan implicaba una lucha contra la nobleza y contra la Iglesia, pues en el Portugal no se había desarrollado el cesaropapismo absorbente que existía en España y en Francia. La segunda parte de su proyecto requería una gran astucia diplomática para que la economía portuguesa se recobrara de su postración, sin que Inglaterra se sintiera perjudicada. La alianza inglesa había sido la base de la independencia del Portugal respecto de España. Una nueva dinastía, la de los Borbones, reinaba en España, mas era lógico pensar que ellos iban a continuar el imperialismo de los anteriores monarcas habsburgueses.

Pombal emprendió la reorganización de la administración pública. La terrible catástrofe, que fue el terremoto de Lisboa el 1º de noviembre de 1755, y que destruyó gran parte de la ciudad, dio a conocer la capacidad y el empuje del Ministro, que fue considerado co-

mo un gran gobernante. Muy pronto intervino en asuntos de carácter eclesiástico; prohibió que se diera ninguna sentencia de la Inquisición, sin que fuera antes aprobada por el gobierno.

En una lucha contra el poder teocrático había, primero que todo, que atacar a los jesuitas. Al principio, Pombal marchó muy de acuerdo con ellos, lo que es muy posible fuera fingido, mientras se aseguraba el ánimo del rey; pero no hay duda de que, si pretendía llegar al cesaropapismo pensado, debe haber considerado la necesidad de eliminar a la Compañía, que era una línea de excelente defensa del Papado.

Se buscaron y se encontraron luego los motivos para comenzar una campaña contra los jesuitas. El ataque emprendido daba al principio la impresión de obedecer a una estricta necesidad política internacional; para después aumentar de intensidad en que ya se vislumbraban intereses económicos particulares; por último, se pasó a las acusaciones, cuyo fin se veía claramente. Se desencadenó una abierta persecución, cuyos trágicos episodios recuerdan el caso de los templarios.

La franca simpatía de que gozaba Pombal entre los elementos ilustrados, simpatía que llegaba en algunos escritores a la admiración por estar de acuerdo su actuación con la ideología dominante, sufrió una caída al considerar el odio inextinguible que lo animaba hacia los jesuitas y la forma atrabiliaria e injusta con que éstos fueron tratados.

El horrendo fin de los templarios desató una ola de descontento popular contra el Rey Felipe IV; el triste fin de dos de sus principales Ministros; el corto reinado de sus tres hijos, fue considerado como un castigo del cielo. Cuatrocientos años después, en pleno siglo de la "Ilustración", pasaba que, en nombre de ella, por orden de un Ministro masón, omnipotente, se mandaba llevar al patíbulo a cerca de cincuenta sacerdotes jesuitas

y encerrar en cárceles inmundas a cientos de ellos. Era algo que los corifeos de las nuevas ideas no podían aceptar; era injustificable una crueldad tan absurda y necia. Sólo había una explicación, y era el beneficiar intereses particulares, distraer la opinión, comenzando por la del rey, al suponer delitos que las víctimas no habían cometido.

6)

En 1535 don Pedro de Mendoza fundó a orillas del Plata la ciudad de Buenos Aires, que, destruida por los indígenas, fue reedificada por Juan de Garay; otra expedición, al mando de Juan de Ayolas, remontó el río Paraná, y a orillas del río Paraguay fundó la ciudad de Asunción.

Como el elemento hombre no alcanzaba a los españoles para dominar y colonizar tan extensas regiones, fue aceptada por el Rey de España la proposición de los jesuitas de que se les permitiera por medios pacíficos cristianizar algunas de estas partes. Los Padres jesuitas estudiaron hábilmente la psicología de los indígenas de las márgenes del Paraguay y notaron su carácter fácil de dominar por el bien, sobre todo su especial gusto por la música; con estos datos empezaron su obra colonizadora. Dividido el país en misiones, se comenzó a enseñar a los habitantes, junto con la doctrina católica, el modo de cultivar los campos. Todo se hacía bajo la vigilancia de los Padres. Al amanecer, se despertaba, al son de bandas musicales, formadas por los mismos indígenas, a los que debían trabajar en los cultivos; se suspendía la jornada en igual forma, para el descanso y alimentación necesaria.

Todo lo producido era depositado en los almacenes de la misión, que entregaba los alimentos y vestuarios para todas las familias; igualmente se encargaban de la

mo un gran gobernante. Muy pronto intervino en asuntos de carácter eclesiástico; prohibió que se diera ninguna sentencia de la Inquisición, sin que fuera antes aprobada por el gobierno.

En una lucha contra el poder teocrático había, primero que todo, que atacar a los jesuitas. Al principio, Pombal marchó muy de acuerdo con ellos, lo que es muy posible fuera fingido, mientras se aseguraba el ánimo del rey; pero no hay duda de que, si pretendía llegar al cesaropapismo pensado, debe haber considerado la necesidad de eliminar a la Compañía, que era una línea de excelente defensa del Papado.

Se buscaron y se encontraron luego los motivos para comenzar una campaña contra los jesuitas. El ataque emprendido daba al principio la impresión de obedecer a una estricta necesidad política internacional; para después aumentar de intensidad en que ya se vislumbraban intereses económicos particulares; por último, se pasó a las acusaciones, cuyo fin se veía claramente. Se desencadenó una abierta persecución, cuyos trágicos episodios recuerdan el caso de los templarios.

La franca simpatía de que gozaba Pombal entre los elementos ilustrados, simpatía que llegaba en algunos escritores a la admiración por estar de acuerdo su actuación con la ideología dominante, sufrió una caída al considerar el odio inextinguible que lo animaba hacia los jesuitas y la forma atrabiliaria e injusta con que éstos fueron tratados.

El horrendo fin de los templarios desató una ola de descontento popular contra el Rey Felipe IV; el triste fin de dos de sus principales Ministros; el corto reinado de sus tres hijos, fue considerado como un castigo del cielo. Cuatrocientos años después, en pleno siglo de la "Ilustración", pasaba que, en nombre de ella, por orden de un Ministro masón, omnipotente, se mandaba llevar al patíbulo a cerca de cincuenta sacerdotes jesuitas

y encerrar en cárceles inmundas a cientos de ellos. Era algo que los corifeos de las nuevas ideas no podían aceptar; era injustificable una crueldad tan absurda y necia. Sólo había una explicación, y era el beneficiar intereses particulares, distraer la opinión, comenzando por la del rey, al suponer delitos que las víctimas no habían cometido.

6)

En 1535 don Pedro de Mendoza fundó a orillas del Plata la ciudad de Buenos Aires, que, destruida por los indígenas, fue reedificada por Juan de Garay; otra expedición, al mando de Juan de Ayolas, remontó el río Paraná, y a orillas del río Paraguay fundó la ciudad de Asunción.

Como el elemento hombre no alcanzaba a los españoles para dominar y colonizar tan extensas regiones, fue aceptada por el Rey de España la proposición de los jesuitas de que se les permitiera por medios pacíficos cristianizar algunas de estas partes. Los Padres jesuitas estudiaron hábilmente la psicología de los indígenas de las márgenes del Paraguay y notaron su carácter fácil de dominar por el bien, sobre todo su especial gusto por la música; con estos datos empezaron su obra colonizadora. Dividido el país en misiones, se comenzó a enseñar a los habitantes, junto con la doctrina católica, el modo de cultivar los campos. Todo se hacía bajo la vigilancia de los Padres. Al amanecer, se despertaba, al son de bandas musicales, formadas por los mismos indígenas, a los que debían trabajar en los cultivos; se suspendía la jornada en igual forma, para el descanso y alimentación necesaria.

Todo lo producido era depositado en los almacenes de la misión, que entregaba los alimentos y vestuarios para todas las familias; igualmente se encargaban de la

asistencia religiosa, médica y social. El saldo de lo producido se mandaba a España, y con el producto de su venta se adquirían los elementos necesarios. Se llegó a formar así una especie de estado comunista cristiano en que todo se regía por los preceptos católicos, pero no hay que pensar que era un oasis de paz dentro del mundo convulsionado de siempre; lejos de eso, existía la amenaza constante de las tribus indígenas vecinas, sobre todo el peligro de los indios paulistas, el que llegó a tal extremo, que los Padres se vieron obligados a armar a los indios y lograron derrotar a los invasores.

En 1700 las misiones del Paraguay contaban con ciento cuarenta y tres mil indios, agrupados en veintinueve misiones o reducciones, nombre con que generalmente se designaban estos establecimientos.

7)

Se llegó a un acuerdo entre España y Portugal respecto de los territorios de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, en que no había, dada la inmensa extensión de ellos, un límite preciso. Por este acuerdo, parte del territorio colonizado por los jesuitas como español, pasó a ser portugués. El gobierno del Portugal exigió la entrega de estos territorios; fue inútil que los jesuitas hicieran presente el problema que significaba desalojar a cerca de sesenta mil personas de tierras que consideraban propias. Hubo que organizar el traslado hacia otras regiones; pero los indios armados, a pesar del consejo de los Padres, resistieron, como ya estaban acostumbrados a hacerlo en caso de invasión, a las tropas portuguesas.

A continuación de este primer incidente habido entre los jesuitas y el gobierno de Pombal, se presentó el de Maranho o Marañón. Se conocía con este nombre la región del Amazonas en que había sido muy difícil pe-

netrar; sólo lo habían conseguido en una parte muy pequeña misiones de capuchinos y jesuitas.

Pombal, en su plan de reconstrucción económica del Portugal, ideó el crear compañías comerciales, como las inglesas y francesas, que explotaran el comercio con América y Oriente. Una de estas compañías fue la de Marañón. Era gobernador de esta región un hermano de Pombal, el que tuvo que notificar una orden real, por la cual se dejaba libres a los indios que trabajaban según el régimen de encomiendas, los que debían ser reemplazados por esclavos negros. Era un poco sospechoso este altruismo respecto de los indígenas y en perjuicio de los negros africanos, que eran cazados como fieras en sus tierras natales para ser vendidos como esclavos. Era un comercio muy productivo, aunque ya se estimaba repugnante.

Los jesuitas cometieron el error de alegar que correspondía al Estado financiar esta operación. Se estimó que esto era una oposición a la voluntad real. Lo que más disgustaba era el decir que se trataba de un negocio de los importadores de esclavos, entre los que figuraba, en primera línea, el hermano del Ministro, o sea, el Gobernador encargado de hacer cumplir el decreto.

Fue tan nutrida la campaña llevada por Pombal en Roma, que llegó hasta a hacer dudar a la Curia sobre la veracidad de las acusaciones, en las que se afirmaba que los jesuitas en el Paraguay explotaban minas de oro y habían organizado un Estado con fuerzas armadas. Un aviso del Nuncio en Lisboa, que logró comprobar el interés particular del Ministro en este asunto, hizo que el Gobierno eclesiástico tratara de tramitar las exigencias del Ministro Pombal.

Mas sobrevino un nuevo incidente. Una de las pocas industrias que todavía había en el Portugal era la viticultura. Tenían fama los viñedos de Oporto; los comerciantes ingleses habían acaparado este comercio y

rebajado los precios en tal forma, que la antigua prosperidad de esa región se había convertido en suma pobreza. Pombal creó una compañía que debía comprar los vinos a un precio satisfactorio y exportarlo. Con esta medida, se produjo gran agitación entre los productores, la que terminó en motines y en una franca rebelión.

Pombal acusó a los jesuitas de ser los promotores de este movimiento. Hay sobre este acontecimiento tres posibilidades: 1ª— Fueron los jesuitas los que fomentaron la rebelión para atacar al Ministro, su ya declarado enemigo. 2ª— Los comerciantes ingleses, afectados en sus intereses por la creación de la compañía y que tenían una raigambre profunda en la industria, fueron los instigadores. 3ª— Fue el mismo Gobierno el autor de esto para poder arrancar el predominio inglés en provecho de la compañía, en la que Pombal estaba interesado económicamente; al mismo tiempo se encontraba un motivo de ataque contra la Compañía de Jesús, que el Ministro no sólo deseaba destruir por patriotismo, sino también llevado por un odio avasallador, por una pasión incontenible que lo llevó a tomar trágicas resoluciones.

Las dos últimas hipótesis son las más probables, sobre todo la última que está de acuerdo con la psicología de Pombal, como se puede ver por los acontecimientos que siguieron.

En nombre del Rey, Pombal pidió —y no muy veladamente amenazó al Papa— que se nombrase un Visitador que pudiera juzgar, de acuerdo con la documentación que tenía el Gobierno, la actuación de la Compañía. Benedicto XIV nombró como tal al Cardenal Saldanha, cuyo nombramiento fue redactado por el Cardenal Pasionei.

Ya hacía tiempo que entre los elementos eclesiásticos de Roma se había formado un prupo de enemigos declarados de los jesuitas; unos por convicción sincera de

que el modo de actuar de la Compañía se había alterado hasta llegar a ser perjudicial a los intereses de la Iglesia; otros por simpatías jansenistas, y varios por atraerse el aplauso de los escritores de la Ilustración. Figuraba, entre los enemigos más acérrimos de los jesuitas, el General de los agustinos, Francisco Javier Vázquez, nacido en el Perú. Su apasionamiento lo llevaba a decir: "Tengo a la Compañía de Jesús por una hidra; a cada cabeza que se le corta le crece otra nueva".

El aparentemente secreto representante de este grupo era el Cardenal Pasionei. Fastuoso, erudito, como diplomático había actuado en París, Viena y Utrecht, y había estado en contacto con los intelectuales de la época, especialmente con Voltaire, con el que mantenía correspondencia.

¿Cómo pudo Benedicto XIV nombrar a Saldanha cuando eran conocidas sus relaciones con Pombal? La explicación puede estar en el carácter amable del Papa y en su afán de evitar conflictos; creyó que el Visitador tenía ascendencia ante el Ministro portugués y podía impedir un mal mayor. Parece que el Pontífice estaba convencido de que algo había que corregir en la Compañía, pero jamás pensó en su ruina.

El Visitador Saldanha por un edicto aceptó la culpabilidad de los jesuitas y les prohibió el indigno comercio que ejercían. Poco después, el Patriarca de Lisboa les retiraba las licencias para predicar y confesar. Cuando Saldanha tomó estas medidas, Benedicto XIV había muerto, pero tenía la firme convicción de que el nuevo Papa sería contrario a la Orden; esta certeza nacía de la seguridad de que las cortes españolas, francesas, portuguesas y napolitanas obligarían a Roma a ceder en este punto. No hay duda de que Pombal, masón desde su estada en Inglaterra, tenía por intermedio de las logias seguridad de los acontecimientos por venir.

8)

En mayo de 1758 se abrió el cónclave que debía elegir el sucesor de Benedicto XIV. Se creía seguro que el Papa electo no debería ser favorable a los jesuitas; no era un secreto que los Embajadores de los monarcas católicos objetarían cualquier candidato de tendencia jesuita. Después de varias discussione, fue elegido Carlos de la Torre Renzzonico, que se llamó Clemente XIII. De origen veneciano, era Cardenal Obispo de Padua, y había adquirido fama de santidad, tanto que se le consideraba un émulo de San Carlos Borromeo. Era conocido por su carácter bondadoso. Nadie esperó la forma justa y enérgica con que defendió a los jesuitas, asesorado por su Ministro Torrigiani, a quien había nombrado Cardenal.

Tuvo el sentimiento de ver el cúmulo de libros de carácter anticatólico que aparecían, cada vez en mayor número; no temió las críticas y condenó todos los que estimó inconvenientes, como la "Enciclopedia", "El Emilio" de Rousseau, el "Espíritu" de Helvetius y un libro de un jesuita, "Historia del Pueblo de Dios", por estimar erróneas las interpretaciones que hacía de la Biblia.

Defendió con tesón los derechos de la Iglesia frente a las monarquías borbónicas, lo que provocó, como represalias, la ocupación de Avignon y el condado Venesino por parte de Francia; y Benevento y Ponte Corco, por los napolitanos. Como una defensa contra el espíritu jansenita que se infiltraba hasta en Roma, aprobó completamente el culto del Sagrado Corazón, lo que se estimó como favorable a los jesuitas, parditarios de esta devoción.

Se ha dicho que Clemente XIII perjudicó los intereses de la Iglesia al no suprimir a la Compañía de Jesús y no someterse a la imposición de las cortes que

exigían esta medida. La Historia ha demostrado cuánta razón tuvo este Papa al defender una institución tan necesaria. Basta ver el resultado negativo de esta medida que se va a tomar en el Pontificado siguiente.

9)

José Mascarenhas, Duque de Aveiro, se había alejado de la corte por enemistad con Pombal. Por este motivo se difundió la noticia de que estaba en connivencia con los jesuitas. El rey José tenía amores secretos con la Marquesa de Tavora, cuyo marido era cuñado de Aveiro; después de un tiempo, el Rey la abandonó por haberse enamorado de la esposa del hermano menor de la Marquesa de Tavora. Estos amores eran tan ocultos, que la reina no los sospechaba.

Pasó que una noche, al regresar el rey de su acostumbrada cita secreta, le dispararon tres tiros que lo hirieron en un brazo y en el costado. Todo esto se mantuvo oculto, y durante tres meses el rey no recibió a nadie. Se dijo que el silencio que se observó sobre este atentado se debió al deseo de no hacer público el carácter de la aventura y para conseguir las pruebas de las culpabilidades. La verdadera razón fue la primera; el rey se vio en público después que había sanado de sus heridas.

Una noche Pombal hizo apresar al Duque de Aveiro y a la familia Tavora, y custodiar las casas de los jesuitas. El proceso incoado fue de tal naturaleza, que se llegó a la conclusión de que todo era una invención del Ministro. Fueron sentenciados a muerte y ejecutados días después todos los inculpados. El mismo día que se pronunció la sentencia fueron apresados diez Padres jesuitas, entre ellos el Padre Gabriel de Malagrida, anciano de más de setenta años, muy estimado por su piedad; se les acusaba de complicidad en el atentado contra el rey.

En 1759, Pombal envió al Papa Clemente XIII una extensa acusación contra los jesuitas. En ella enumera los diferentes cargos que se les hacía para terminar con el de haber atentado contra la vida del rey, y solicita el permiso para juzgarlos. A pesar de que el Papa hizo lo posible por solucionar el conflicto en forma justa, Pombal rompió con Roma; hizo expulsar al Nuncio y ordenó la salida de todos los jesuitas del Portugal y sus dominios, excepto cientos de ellos que fueron encarcelados y tratados en forma inhumana hasta la caída de Pombal; entonces recuperaron su libertad. El Padre Malagrida y más de cincuenta sacerdotes fueron ejecutados. Los expulsados fueron embarcados y trasladados a los Estados Pontificios.

El inicuo proceder de Pombal hizo recordar el proceso de los templarios. Esta vez con mayor intensidad, no sólo en el ambiente papal, sino también en los círculos intelectuales, donde se había considerado a Pombal como un gran estadista, hubo una unánime protesta por tanta injusticia y tan necia e innecesaria crueldad como la empleada con los Padres ajusticiados, y con ancianos dignos de todo respeto, como el Padre Malagrida. Parece que Pombal trató así de asegurarse el ánimo del Rey, mas, a pesar de emprender nuevas reformas y de la intensa labor desplegada, cayó y le costó mucho no terminar en el patíbulo, como sus víctimas tan injustamente condenadas.

# CAPITULO XI

1) y 2) Períodos del reinado de Luis XV.— 3) Expulsión de los jesuitas de Francia.— 4) Franceses e ingleses en la India.— 5) Colonias de Francia e Inglaterra en América.— 6) Cómo considerar las culturas.— 7) Origen de las ideas sobre las culturas.— 8) Clasificación de las culturas.— 9) La Iglesia Católica y las culturas.

## 1)

El reinado de Luis XV podría dividirse en cuatro períodos. El primero corresponde al gobierno del Cardenal Fleury, indirecto al comienzo mientras actuó como ministro el duque de Borbón y directo cuando el anciano prelado ocupó el ministerio como Jefe. El rey sensible a las infuencias, cuando aparecieron las primeras favoritas, tuvo la suerte de que a éstas no les preocupara el aspecto político; pero al final de la vida del Cardenal empieza el segundo período, que como los otros dos siguientes son dirigidos por las respectivas favoritas, Cotillon primero, segundo y tercero, como las denominó Federico II de Prusia.

Corresponde el segundo período a la duquesa de Chateauroux, que trató de inspirar al rey amor a la glo-

ria, el que se pusiera al frente de su ejército, algo que el pueblo deseaba y encontraba que era un deber del monarca. Hallábase el rey en Metz cuando una violenta enfermedad lo llevó al borde de la tumba. Entonces se pudo apreciar el apasionado monarquismo del pueblo francés. La aflicción popular ante el temor de perder a su soberano fue tal que con razón se le llamó "El bien amado".

Es el último fulgor de la realeza en Francia. La muerte de la duquesa de Chateauroux hizo caer a Luis XV en las redes de la marquesa de Pompadour, cuyo período duró veinte años. Madame Lenormand de Etioles, burguesa, convertida en marquesa de Pompadour, fue una hermosa mujer de talento, de ingenio y de mucho gusto artístico. Comprendió la manera de atraerse al soberano presentándole, además, de los atractivos de su amor, el encanto de una vida de variados placeres que no dejaba lugar al aburrimiento, que era lo que más detestaba el rey. Lo más triste fue que el soberano, sumido en un ambiente de voluptuosidad, se entregó cada vez más a un sensualismo degradante, que rebajó la corte del rey cristianísimo a la altura de un harem oriental. Cuando la Pompadour debido a su estado físico, debió prescindir del amor del rey, buscó bellas reemplazantes, eligiendo siempre aquellas que carecieran de ambiciones políticas y así conservó el favor real hasta su muerte. El pueblo se vengó con el siguiente epitafio:

"Aquí yace quien fue veinte años doncella, quince años ramera y siete celestina".

La paz de Aquisgran que puso término a la prolongada guerra de la Sucesión de Austria, fue para el pueblo francés un gran desengaño en cuanto al patriotismo y eficiencia de sus gobernantes. Después de tantos sacrificios, de tanto heroísmo, de tantas victorias, se devolvía todo lo que se había conquistado y se aceptaba que los aliados, España y Prusia, conservaran sus conquis-

tas; había que afrontar las inmensas deudas contraídas durante la guerra. Con razón se decía en París: "Tan estúpido como la paz de Aguisgran" cuando se quería expresar la necedad de algo.

Los despilfarros de la corte, el aceptar que los nuevos impuestos resistidos por la nobleza, especialmente por los Parlamentos, gravitaran sólo sobre las clases no privilegiadas, produjo un clima de odio y desesperación. Comenzaron a multiplicarse las canciones satíricas, los panfletos insultantes en los que como es costumbre no sólo se aludía a hechos ciertos, sino que se aceptaba como verdadero todo comentario o suposición o escándalo hiriente. Como ejemplo se puede ver el siguiente panfleto contra el rey:

"Derrochador vil y cobarde de los bienes de tus súbditos, que cuentan los días por los padecimientos que has causado, tú fuiste durante algún tiempo objeto de nuestro cariño, porque todavía no se habían divulgado tus vicios. Ahora verás cómo se disminuye nuestra pasión, mientras la llama de la insurrección va dilatando nuestros corazones. Has dejado exhaustos tus estados con guerras estériles; careciste de generales y pronto te faltarán soldados. ¿Quién de todos estos arlequines que gobiernan contigo querrá continuar viendo en ti a su rey y soberano? Tus tesoros son el botín que derrochan locamente, ellos saquean a tus súbditos no tanto para renovar tus odiosas diversiones como para satisfacer sus propios caprichos crapulosos. La desesperación reina en todas tus ciudades y no encontrarás ya almas tan venales que sean capaces de ensalzar tus acciones y hacerlas pasar por heroicidades. En vano te levantan hoy estatuas, porque el pueblo las derribará cuando hayas muerto atormentado por tu conciencia; habrás de morir y la superstición cuyo lívido fulgor despierta, entre las cenizas de tu corazón calcinado, la llama de la angustia te sigue y te abre el infierno que es lo único que temes".

2)

Existían en la corte de Versalles dos camarillas, una fuerte y poderosa que rodeaba a la Pompadour y que por lo tanto gozaba del favor real, y la otra débil en apariencia, pero que ocultamente desplegaba gran actividad y contaba con el aprecio popular. Esta era la que actuaba en torno a la reina María Lencziuka y de los hijos del rey.

Algunos ministros, en secreto, criticaban la vida llevada en Versalles y grande fue el enojo del rey cuando se le demostró que uno de ellos, el conde de Maurepas, era el autor de sátiras que atacaban a la favorita. La Pompadour alejó del gobierno a todos los contrarios y tendió alrededor del rey una cortina de adulación y de placer que embotaron la inteligencia del monarca y le impidieron ver la situación real.

El marqués de Argenson, que fue ministro de guerra durante dos años, nos da la impresión al leer sus memorias de haber sido un hombre de espíritu clarividente, que no sólo supo apreciar el momento político existente sino las consecuencias que se iban a derivar y llegó a formular un anuncio del futuro de Francia. Dice:

"La anarquía se acerca a pasos agigantados; el rey no será en breve más que el madero de la fábula de las ranas, y si las cosas siguen así acabarán por bailar sobre él sin hacer caso de sus órdenes, que por lo demás le son inspiradas por otros. Desde Inglaterra sopla un viento filosófico, se oyen palabras como libertad y república que han penetrado en los ánimos, y ya se sabe la influencia que ejerce la opinión en la marcha del mundo. Ya ha pasado el tiempo de la adoración; la palabra amo que era venerable para nuestros padres, a nuestros oídos suena mal. Quién sabe si en algunos cerebros se halla ya madurada una nueva forma de gobierno para presentarse el día menos pensado a punto de entrar en cam-

paña. Quizá se efectuará la transformación con menos resistencia de lo que se cree, no será menester para ello de ningún príncipe de la casa real, ningún gran señor, ningún fanatismo religioso; todo podrá pasar en medio del aplauso general, como sucede a veces en las elecciones de los Papas. En todas partes hay acumulado combustible, puede haber un motín que se convierta en sublevación y ésta en revolución general; podrán elegirse tribunos y cónsules, nombrarse y reunirse comicios para disminuir y aun quitar al rey y a sus ministros su poder ilimitado. Y ¿no es una gran verdad que si el poder monárquico absoluto es bueno bajo el mando de un rey bueno, nadie puede responder de que tengamos siempre monarcas como Enrique IV, y no enseña la experiencia y la naturaleza que por cada rey bueno hay diez malos?'.'

En el año 1735, o sea más o menos sesenta años antes, se tiene una profecía de lo que pasará en 1789.

3)

El primer acto del drama que terminó con la Compañía de Jesús se desarrolló, como hemos visto, en el Portugal y tuvo caracteres trágicos. El segundo acto se produce en Francia debido a un hecho casual muy bien explotado por los enemigos de la Orden y por la increíble torpeza con que los mismos jesuítas provocaron una situación desfavorable, en los momentos en que jansenitas, filósofos y enciclopedistas sólo esperaban una ocasión propicia para iniciar el ataque.

El padre Lavalette había sido mandado a la isla de Martinica, una de las posesiones francesas de las Antillas. Se le envió porque ahí la Compañía llevaba una vida lánguida y se conocían las cualidades de Lavalette como hombre emprendedor; no sólo logró ampliar los cultivos agrícolas existentes sino establecer otros nuevos.

Como no contaba con capital entró en tratos con firmas comerciales de Marsella que se los facilitaron.

Todo iba muy bien encaminado cuando sobrevino una racha de mala suerte, hubo cosechas que se perdieron, epidemias entre los negros que trabajaban en los cultivos y por último naufragaron algunos de los buques que llevaban los productos a Francia.

Como el padre Lavalette no tuviera con qué responder ante sus acreedores, éstos se presentaron a la justicia pidiendo que la Compañía cancelara lo adeudado. El fallo judicial dio la razón a los demandantes y entonces los jesuitas apelaron al Parlamento, o sea a la alta corte de justicia. Ya hemos visto cómo las ideas jansenitas dominaban entre el poder judicial, que sentía adversión y odio a todo lo relacionado con la Orden. Es raro que hombres de tanta perspicacia como eran los padres jesuítas cometieran el error de llevar este pleito ante un tribunal que no sólo sabían les era adverso, sino que deseaba y esperaba la ocasión para poder intervenir en los asuntos interiores de la organización de la Compañía.

El Parlamento, como era fácil preverlo, no se contentó con aprobar el fallo objetado por los jesuitas, sino que también dio lugar a las peticiones de acreedores que se presentaron en tal número que todos los bienes de la Compañía no alcanzaban a cubrir lo que se decía se adeudaba y aquí encontró motivo el Parlamento para pedir los estatutos de la Orden y estudiarlos. Este estudio se hizo en una forma apasionada y pronto se encontraron pretextos para acusar a los jesuitas de que profesaban ideas perniciosas que llegaban al extremo de exaltar el regicidio. En vista de las conclusiones deducidas del estudio de los estatutos de la Compañía, se ordenó el cierre de todos los establecimientos de enseñanza y se prohibió el ingresar a la Orden sin antes jurar la observancia de las leyes y fidelidad al rey.

Los jansenitas, irreconciliables enemigos de la Compañía, la atacaron con furor, no así los enciclopedistas, muchos de ellos, entre los cuales estaba Voltaire, estimaron que era preferible dejar que estas dos tendencias, que clasificaban de fanáticas, se destruyeran mutuamente; además había muchos que reconocían el valor intelectual de los jesuitas y lo difícil que sería el reemplazarlos. Luis XV no deseaba tomar ninguna medida contra la Orden, tanto por su catolicismo, como también por un sano criterio, que a pesar de su indolencia y vida relajada, alcanzaba a percibir cuán necesaria era a la monarquía una institución como la que se quería suprimir.

Se ha dicho que la Pompadour y el ministro Choiseul decidieron la voluntad del rey. Es verdad que la favorita conocía y apreciaba el valor de la propaganda que hacían los escritores y como deseaba a toda costa agradarlos los ayudó en la campaña antijesuita. Choiseul ha dicho en sus memorias que él, pendiente de la política exterior tan grave en esos momentos, no pudo preocuparse de este asunto; mas, lo probable es que decidieron al rey, haciéndole ver el peligro que había en oponerse a un fallo del Parlamento en los críticos tiempos en que se desarrollaba una guerra impopular bajo varios aspectos. Finalmente el rey aceptó, postergando la ejecución de la sentencia por seis meses.

Poco antes de la expulsión, el padre jesuíta Beauregard predicó en Notre Dame y en un rapto de inspiración profética dijo lo siguiente:

"Los templos del Señor serán despoblados y destruídos, su nombre blasfemado, su culto proscrito; las bóvedas de las iglesias escucharán cantos lúbricos y la impúdica Venus vendrá a ocupar el puesto del Dios vivo, a sentarse sobre el trono del Santo de los Santos y a recibir el incienso culpable de sus nuevos adoradores".

Extraña visión del orador, que se cumplió al verificarse el culto de la Razón. El filósofo Condorcet trató al jesuita de fanático y revoltoso; jamás imaginó que él sería una de las víctimas anteriores a los raros acontecimientos que el sacerdote profetizaba y que él tan inconscientemente había ayudado a realizar.

4)

La guerra de Sucesión de Austria dio principio a una lucha intermitente entre Francia e Inglaterra que comenzó en 1742 y terminó en 1815, en que en el Congreso de Viena se puso término a las guerras napoleónicas. Son más o menos setenta años durante los cuales se desarrollan ocho guerras con las que Inglaterra consiguió mantener su preponderancia y su indiscutible superioridad marítima. El trabajo pacifista iniciado por Dubois, Fleury y Walpole, el acercamiento de Francia e Inglaterra, que habría ejercido una hegemonía sobre Europa, fracasó ante la ambición de la burguesía inglesa que trataba de instaurar un imperio comercial y financiero sobre los demás países; tenía a Holanda y Portugal como cabezas de puente en el continente y el electorado de Hanover como base de penetración en Alemania que le daba la posibilidad de organizar ejércitos, en su mayor parte mercenarios.

Después del tratado de Aquisgran el gobierno de Luis XV trató de mantener la paz, lo que fue inútil conseguir ante el decidido propósito inglés de eliminar el peligro que significaba para su imperio colonial y comercial la existencia de factorías francesas en la India y el dominio de esta nación sobre el Canadá y la Luisiana, o sea el valle del Missipi, que una vez unidos encerraban las colonias inglesas en América del Norte, impidiendo su expansión hacia el occidente.

Estas continuadas guerras tienen además otra causa política; ella es el deseo de la burguesía inglesa de destruir el poderoso absolutismo francés, que era un terrible peligro para la estabilidad de sus instituciones. Se recordaba que todas las conspiraciones jacobitas, que pretendían la restauración de los Estuardos se incubaban en Francia.

Fueron pocos los franceses que se dieron cuenta del inmenso valor que encerraban para el porvenir las posesiones en la India y en América. Algunos tuvieron una visión del futuro y trabajaron decididamente por completar el dominio francés en estas regiones.

José Francisco Dupleix, gobernador de las posesiones francesas en la India, fue un hombre de extraordinaria capacidad. Tuvo una clara idea de la situación política de la India y vio la manera fácil de que Francia adquiriera un enorme imperio en estas regiones de fabulosa riqueza. El gran mongol, o sea el emperador de la India, había sido vencido por el sha de Persia que había llegado hasta apoderarse de Delhi, capital del imperio mongol de la India. Al firmarse la paz los príncipes hindúes, nabads, rajás y maharajás, llegaron a formar una especie de feudalismo anárquico, en continuas luchas unos con otros sin respetar la autoridad del emperador.

Dupleix ideó el reforzar las escasas tropas francesas con regimientos de cipayos, o sea soldados hindúes organizados como europeos, y con estas fuerzas aliarse con alguno de los príncipes contra otro y al vencerlo participar en el botín y de parte del territorio conquistado para luego buscar o esperar una nueva combinación conveniente. Fue así como en poco tiempo creó en la India una fuerza formidable que alarmó a Inglaterra que temió se le arrebataran sus posesiones y se perdiera tan rico comercio.

Desgraciadamente no había franceses en el gobierno que pudieran apreciar la importancia de tan gran-

dioso proyecto que habría convertido a Francia en dueña de la India. No hubo interés en apoyar a Dupleix y aún se decidió retirarlo ante la tenaz imposición de Inglaterra, como condición previa de paz. Dupleix fue destituido en los momentos en que se encontraba en la India Roberto Clive, hombre de rara inteligencia que unía a los dotes de Dupleix un verdadero talento militar. Había llegado muy joven a la India, como un indeseable que pronto reveló ser un inesperado jefe que puso en ejecución por parte de Inglaterra el plan de Dupleix. Con el apoyo de su país y después de resonantes triunfos militares y de usar la intriga y la astucia diplomática obtuvo en Plasey una victoria tal que dio a Inglaterra el dominio de la India.

5)

El navegante veneciano Juan Cabot descubrió, al servicio de Inglaterra, las costas de Norte América, al sur de la desembocadura del río San Lorenzo. Años después sir Walter Raleigh recorrió las mismas costas por orden de la reina Isabel. En su honor llamó Virginia a una parte. No hubo interés por fundar colonias por estimar que el territorio era muy pobre y los indios que lo poblaban muy belicosos. Al comenzar en Inglaterra las persecuciones religiosas contra los que no acataban la Iglesia oficial, se produjeron las emigraciones puritanas, cuáqueras, católicas y de variadas confesiones que deseaban vivir libremente de acuerdo con sus creencias religiosas.

Se fundaron trece colonias en la región entre los montes Apalaches y el océano Atlántico, limitada al norte por el Canadá y al sur por la península de Florida. Algunas de estas colonias tenían su origen en motivos religiosos, otras dependían de compañías comerciales y varias del gobierno real. Su nombre se deriva en algunos

casos del monarca reinante: Carolinas y Georgias. Todas ellas se administraban por asambleas elegidas por los colonos y por gobernadores nombrados por el rey. En tiempo de Carlos II los ingleses les quitaron a los holandeses la colonia de Nueva Amsterdam, en la desembocadura del río Hudson, hoy Nueva York, y con esta conquista quedó en poder de Inglaterra toda la región.

El origen racial, las condiciones de la tierra, la necesidad de un rudo trabajo y la defensa contra los indios, formó un ambiente de completa libertad y dio origen a hombres muy distintos en sus costumbres y en su modo de pensar que los ingleses; en realidad se había iniciado la formación de una nueva cultura. Es curioso que ni los políticos ni los pensadores ingleses lo sospecharan y sin embargo un francés, al cual ya nos hemos referido, el marqués de Angerson, escribiera en 1733 lo siguiente:

"Los ingleses poseen en la América del Norte territorios dilatados, ricos y bien administrados; allí tienen otra Inglaterra con sus parlamentos, sus gobernadores, tropas, una numerosa población blanca, riquezas, leyes y, lo que es peor, una marina. Yo digo que el mejor día veréis separarse estas posesiones de Inglaterra; se alzarán y se organizarán en república independiente, como lo hizo Holanda respecto de España. Estas colonias inglesas empiezan ya a ser díscolas y a tener voluntad. Este país, práctico en nuestras ciencias e industrias, se apoderará en poco tiempo de toda América y en particular de las minas de oro".

Los políticos ingleses sólo se preocupaban del peligro que significaban las colonias francesas del Canadá y Luisiana, que si se unían impedían su futura expansión.

El navegante francés Jacobo Cartier había descubierto el río San Lorenzo, y en tiempo de Enrique IV Samuel Champlain fundó la ciudad de Quebec y comenzó la colonización del Canadá. El caballero Roberto

Lasalle con veintitrés compañeros navegó el río Misisipi y propuso la colonización de esta rica región a la que le dio el nombre de Luisiana.

Si a los políticos ingleses se les puede reprochar el no haber sabido apreciar el problema de sus relaciones con las colonias americanas, los franceses revelaron menos criterio aún, pues consideraron que las de ellos no tenían ningún valor. No opinaban así los que las conocían y entre los que prendió el deseo de unir estos ricos territorios y expulsar a los ingleses para fundar un gran imperio. A pesar de que no contaban con un apoyo apreciable en Francia y de que su población blanca era escasa comparada con la inglesa (sesenta mil contra un millón doscientos mil), su espíritu militar y el haber logrado el apoyo de los indígenas daba probabilidad de éxito a tan audaz plan.

Antes de declarar la guerra, Inglaterra comenzó una campaña de piratería contra el comercio marítimo francés, hasta que Francia se vio obligada a luchar. Esta guerra se inició en forma desfavorable para Inglaterra. Los franceses derrotaron la escuadra inglesa del Mediterráneo y lograron apoderarse de la isla de Menorca, una de las Baleares.

6)

A lo largo de este relato hemos empleado varias veces el término cultura; es conveniente esclarecer el significado que le damos a esta palabra, cuyo uso creemos ayuda a interpretar la Historia.

Al meditar en el continuo oleaje del acontecer de los sucesos humanos, llegamos a pensar que ellos no son productos del acaso, sino que obedecen a una ley. Todos los fenómenos de la naturaleza están regidos por leyes; conocemos algunas de éstas o creemos conocerlas; vislumbramos la existencia de otras y se ignoran la mayoría de ellas.

Lo real y lo cierto está en que el hombre nace, vive y muere. La historia nos dice que los seres humanos se agrupan en comunidades que a su vez al unirse unas con otras, llevadas por afinidades de origen, de idiomas, a veces por ideas religiosas y generalmente por motivos económicos, es decir, por la necesidad de satisfacer las obligaciones vitales, forman las naciones. Se puede observar que ellas igualmente nacen, se desarrollan y finalmente perecen, algunas veces vencidas y aplastadas por otras más poderosas, o en otros casos por llegar a un punto en que se ha agotado su energía creadora y continúan una vida vegetativa, sin alma que las anime, hasta que llega el final al ser absorbidas por otras de naciente vitalidad.

Se puede observar que varias de estas entidades que hemos denominado naciones se agrupan a su vez impulsadas por diferentes motivos y que éstas también tienen una vida limitada, es decir, siguen el proceso natural, nacen, viven y mueren. Hemos llamado a estos conjuntos "culturas".

7)

Se creía que el primer ensayo de historia lo encontrábamos en la Biblia; pero las excavaciones, el descifrar los papiros egipcios, las inscripciones antiguas, nos demuestran que ya antes se hacían relatos de los acontecimientos sucedidos. Heródoto fue el primer narrador griego; tanto él como Tucídides y Jenofonte le dieron a la Historia un objetivo nacional.

Los escritores romanos abordaron el problema en otra forma. El espíritu jurídico de este pueblo que había transformado la idea del derecho en una fuerza existente, los llevó a tomar muy en cuenta en sus narraciones este modo de pensar. Por primera vez aparece

un sentido general, un conato de llegar a una ley del humano acontecer, en San Agustín.

El Renacimiento nos ha dado dos escritores notables; uno, el historiador Guicciardini, que desgraciadamente al escribir su historia trató de imitar a Tucídides, y otro, un genial pensador, Nicolás Machiavelo. Modesto empleado del gobierno florentino, vivió su vida en una relativa oscuridad impropia de su extraordinario talento. Estudió, observó, analizó y llegó a conclusiones. Fue ante todo un filósofo de la política y opina y critica con una agudeza que no corresponde a su época.

Bossuet y Montesquieu tratan de captar el problema; pero es en realidad el napolitano Juan Bautista Vico el primero que le apreció en su verdadera magnitud. Ha sido abordado en una forma precisa por el ruso Nicolás Danilevski, a mediados del siglo pasado; por el alemán Osvaldo Spengler a principios del presente siglo y últimamente por el inglés Arnoldo Toynbee.

Danilevski, sin pretensiones de historiador ni de filósofo, impulsado por su origen eslavo, por su patriotismo ruso, en una serie de artículos expuso algo que es el comienzo de una nueva ideología acerca de la interpretación de la Historia. Sostuvo que Rusia por su origen, por su pasado, por su modo de pensar, por su alma en general, era distinta de la Europa Occidental y que las naciones que formaban este conglomerado no comprendían al eslavo; la cultura occidental era distinta de la rusa. El mundo se agrupaba en culturas, en que cada una de ellas tenía algo propio que no era apreciado en la misma forma por las otras.

Osvaldo Spengler, filósofo de la Historia, hombre de una asombrosa cultura, escribió su obra "Decadencia del Occidente" antes y durante la primera guerra europea. Sus ideas muy discutibles y algunas sin duda erróneas, que él justifica con un estupendo malabarismo de los hechos en que no respeta la cronología y pasa por al-

to todo lo que podría servir de base a argumentos contrarios, son de una agudeza extraordinaria; llega en algunos casos a emitir opiniones proféticas, que desgraciadamente se han cumplido ampliamente. El advenimiento del nacismo lo obligó a expresarse en otra forma. Es el hecho que el Spengler de antes del tercer Reich no es el mismo que escribió las obras posteriores, en cuanto al modo de pensar ni a la genialidad de su análisis de antes.

El historiador inglés Toynbee ha aceptado esta idea de la agrupación en culturas; no en la forma como las clasificó Spengler. Es curioso observar que Spengler no conoció la obra de Danilevski; poco difundida en Rusia, no trascendió a Europa y no se pudo apreciar un pensamiento que nos lleva a colocar a su autor como uno de los grandes pensadores de los últimos tiempos y en que hay que tomar en cuenta la originalidad de su concepto.

8)

Hay mucho que observar en el campo de la Historia, hay infinitas objeciones que hacer a cualquier hipótesis que se plantee; pero nada de esto es perdido; pueden ser pasos en la oscuridad, sin embargo son pasos hacia adelante.

Se pueden emplear las siguientes conclusiones, que naturalmente son hipotéticas y que tienen como principal objetivo el invitar al lector a pensar y criticar sus posibilidades.

a) La Historia de la humanidad puede dividirse en diferentes culturas; éstas se forman por agrupaciones de pueblos que tienen un igual sentir, que aspiran hacia un mismo ideal. Después de un período de gestación nacen, es decir, un acontecimiento de capital importancia les hace ver el hecho de su existencia. Sigue un pe-

ríodo de avance, de superación: es la juventud; después la vida más tranquila, el disfrute de lo ganado, de la posición alcanzada. Vendrá con el tiempo la estagnación, se ha perdido el alma, la razón de vivir y desaparecerán, ya absorbidas por otras culturas o en unión de otras en iguales condiciones darán origen al caos del cual germinarán nuevas culturas.

b) En algunas culturas existen grupos con una nación directriz, que coloca a las demás bajo su control; son las "culturas céntricas". Como ejemplo tenemos la egipcia y la romana en la antigüedad; la bizantina, la rusa y la norteamericana en nuestra era. En otras hay un conjunto de Estados en que ninguno de ellos consigue un completo dominio; habrá una preponderancia temporal alternada; éstas serán las "culturas divergentes". Entre ellas se puede clasificar la griega, la árabe y la occidental. Estas generalmente han tenido una vida más brillante, pero una corta existencia

c) Toda cultura se caracteriza porque el conjunto de pueblos que la compone, a veces hasta de origen étnico diferente, tienen un modo similar de interpretar la vida, un pensar propio de ellos y desarrollan un arte y una ciencia particular. Su pensamiento es exclusivo y no es comprendido en la misma forma por las otras cultutras.

d) Hay pueblos que no han generado ni desarrollado ninguna cultura especial; han dominado a otros, los han explotado y llevado un mejor nivel de vida a costa del trabajo de los sometidos. Estos son los "pueblos dominadores". Como tales tenemos a los persas, los hunos, los mongoles, los turcos, etc.

e) Hay pueblos que no caben en esta clasificación; han demostrado a través de los siglos un carácter, un sentido imposible de comprender, algo que les impide ser absorbidos ni perecer. Los vamos a designar como

"pueblos extraños", los vascos y los israelitas son un ejemplo.

Según lo anteriormente expuesto, una posible clasificación de los pueblos, que puede facilitar una comprensión de los fenómenos que se presentan al estudiar la Historia, sería la siguiente:

a) Culturas Céntricas,
b) Culturas Divergentes,
c) Pueblos Dominadores y
d) Pueblos Extraños.

9)

La Iglesia Católica se ha mantenido independiente de las diferentes culturas que han existido en los últimos veinte siglos, las ha superado. Nacida en un pueblo extraño se expandió por la Siria, Asia Menor y Grecia entre los pueblos surgidos de la desintegración de la cultura griega, que la romana pudo dominar pero no absorber.

Pasó después al occidente y desde la ciudad imperial empezó su trágica y heroica lucha contra el estrecho criterio jurídico romano que jamás pudo comprender la idea cristiana y sólo vio en ella un elemento disolvente de la sociedad que existía. Cerca de tres siglos de persecuciones y martirios produjeron finalmente el triunfo del Cristianismo.

Marco Aurelio es el último emperador del Alto Imperio y a su muerte termina la cultura romana y empieza su disgregación rápida durante la anarquía militar. Es inútil que ilustres romanos traten de volver a la vida algo que ya ha muerto; los emperadores llamados ilirios no son romanos, son orientales, son los iniciadores inconscientes de una nueva cultura. Entre ellos está Diocleciano. Al fundar Constantino, sobre las ruinas de la anti-

gua Bizancio, la ciudad de Constantinopla, estableció el núcleo de una nueva cultura céntrica como la romana; ésta es la cultura bizantina que trata de aprovechar la Iglesia como un instrumento de gobierno; su característica desde su nacimiento es un decidido cesaropapismo.

La Iglesia romana sigue extendiéndose hacia el occidente y adquiriendo fuerzas en el caos de los pueblos salidos de la disgregación de la cultura romana, acelerada por las invasiones. Logra durante el período que hemos designado por "La Iglesia protegida", conservar su independencia ante la cada vez más exigente tendencia cesaropapista de la cultura bizantina que termina por producir el cisma de oriente.

Durante un período de más o menos quinientos años se genera la cultura de la Europa Occidental. Puede estimarse que el concilio de Clermont y la primera cruzada son los acontecimientos que indican su existencia. Su religión es la católica; pero su organización social tiene resabios de paganismo, está fundada en la diferencia de clases, base del feudalismo.

A mediados del siglo séptimo aparece la cultura árabe, cultura divergente, de fulgurante avance, que es detenida por la bizantina. A fines de la Edad Media, los turcos otomanos, pueblo dominador, destruye la cultura bizantina y domina la mayor parte de los pueblos provenientes de la disgregación de la cultura árabe.

La decadencia de la cultura occidental, es ahora una verdad evidente, que no puede discutirse; han desaparecido los imperios coloniales y hasta el orgulloso aislamiento de Inglaterra ya es imposible. Asistimos al duelo espectacular de dos culturas: la norteamericana y la rusa y de su resultado depende en gran parte el porvenir de la humanidad. La ciencia y la técnica, en su desarrollo vertiginoso, creen haber conseguido el poder de explorar los espacios siderales; es una realidad histórica que acompaña a estas grandes conquistas un aumento consi-

derable del poder destructor. Hemos vuelto a vivir el episodio bíblico de la torre de Babel.

La humanidad angustiada, ante tan sombrío porvenir busca su salvación. Las ideas del siglo dieciocho, la evocación a la razón, a la virtud, a la ciencia; igual que los principios de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, son vanas palabras. Se habla de los derechos humanos, de los principios Jurídicos, mas ya sabemos que no tienen ningún valor ante los regímenes de fuerza. Sólo queda una entidad que reúne a los hombres de distintas clases sociales, nacionalidades, culturas y razas. Sin diferencias de color, en ella son todos los hombres iguales, unidos por un mismo ideal, dirigidos por ancianos austeros y virtuosos que saben son los sucesores de aquel humilde pescador que hace dos mil años oyó esas palabras misteriosas, fútiles y sin importancia para unos; de un hondo significado, divinas para otros: "Pedro, apacienta mis ovejas".

# CAPITULO XII

1) El abate Bernís.— 2), 3) y 4) Causas de la guerra de Siete Años - 1756.— 5) Guillermo Pitt.— 6) Fernando VI Rey de España.— 7) Carlos III.— 8) Expulsión de los jesuitas de España - 1767.

1)

Francisco de Pierre de Benís, conocido como Cardenal Bernís, fue uno de esos hombres de talento que el destino colocó en un lugar que no les correspondía por su carácter; y en que la vanidad y la ambición les hace aceptar cargos que los satisfacen ampliamente, pero que saben no pueden desempeñar en forma honrada, que tendrán que aceptar situaciones que repugnan a su conciencia y después lo lamentarán amargamente.

Bernís nació en 1715, descendiente de una antigua y acomodada familia. Su padre lo hizo estudiar en el colegio de Luis el Grande y después en el seminario de San Sulpicio, donde siguió la carrera eclesiástica de abate que gozaba de las ventajas de su título sin tener obligaciones sacerdotales; es decir, era un eclesiástico aseglerado. Tenía facilidad y gracia para la poesía y se dedicó a componer versos destinados a adular y alabar a las personas de gran influencia. Conoció a la señora de Etio-

les, después marquesa de Pompadour, la que lo consideró como un hombre de gran talento y fiel, en el cual podía depositar su confianza, y por esto resolvió prepararlo para un más alto destino. Gracias a la favorita todopoderosa, Bernís a los treinta y siete años fue nombrado embajador en Venecia, puesto espléndido, de poca responsabilidad y que podía ser para una persona inteligente una escuela diplomática de primer orden.

Tres años estuvo Bernís en Venecia, los que aprovechó bastante bien. El gobierno veneciano vigilaba estrictamente a los embajadores extranjeros. Bernís bajo una aparente vida de placer observaba y estudiaba; en las memorias de un veneciano de esa época se relatan los escandalosos pero muy reservados amores del abate y se le retrata como un hombre que unía a un gran talento una educación y tacto social que lo hacían ganar el aprecio de los que le trataban.

Llamado a Francia para darle la importante embajada en Madrid, cuenta Bernís en sus memorias que fue indicado por la Pompadour para que fuera uno de los ministros asistentes a una entrevista con el conde Starhemberg, embajador de la emperatriz María Teresa. Para esto contaba con la voluntad del rey, que había manifestado preferirlo a los ministros en ejercicio que sabía eran contrarios a la política que pensaba seguir.

2)

La emperatriz María Teresa de Austria no se conformó con tener que ceder a Prusia la Silesia, que consideraba como una de las posesiones más queridas de sus antepasados. Firmado el tratado de Aquisgran, toda la diplomacia de Viena tuvo como objetivo principal ver el modo de recuperar tan apreciada región.

No cabía duda que esto sólo se podría conseguir por medio de una guerra con Prusia. Federico II, el rey

prusiano, había dado muestras de ser un buen general; pero en cuanto a político se estimaba que carecía de toda honradez. La forma en que había actuado en la guerra de Sucesión de Austria, sin escrúpulos de ninguna especie para obtener el fin perseguido, había creado alrededor de él una impresión de total desconfianza.

La emperatriz María Teresa había encontrado en Kaunitz un ministro hábil, identificado con su política y modo de pensar. Se necesitaban aliados y el más deseoso de luchar contra Prusia era la zarina Isabel de Rusia. A la muerte de Pedro el Grande había quedado como soberana de Rusia su esposa Catalina, que no era rusa, pero que había gozado de la completa confianza del Zar y que ella depositaba en el favorito de ambos, Menchikof. Se cuenta que los años que gobernó Catalina los pasó en una continuada embriaguez y que el favorito fue el amo del Imperio. Pedro I dejó un nieto, Pedro II, de corta vida, y dos hijas, Ana e Isabel. Esta última, la más parecida a su padre, después de numerosos incidentes y cambios de gobierno, logró por un golpe militar ocupar el trono. Ella y su ministro Bestuchef ejercieron como todos los zares anteriores un completo despotismo.

Isabel consideró a María Teresa como una amiga y aliada, a lo que contribuyó una inteligente diplomacia austríaca; existía un enemigo, un monarca indeseable y éste era Federico II. En realidad el gobierno austríaco tuvo que reprimir el impetuoso deseo de los rusos de ir pronto a la guerra. Se hizo un pacto entre Austria, Rusia y Polonia, cuyo rey era el elector de Sajonia, Augusto III. Se trataba de dividir Prusia: Austria recuperaba Silesia, Rusia se adjudicaba el ducado de Curlandia, al que tenía derecho Polonia que se indemnizaba con tierras prusianas.

Es muy discutible la eficacia de la política seguida por Federico II que terminó con la guerra de Siete

Años. De la enemistad de María Teresa nada puede objetarse, pues era una consecuencia de la guerra de Sucesión de Austria; pero en cuanto a la animosidad que se manifestó en forma creciente por parte de Isabel y la pérdida de la alianza francesa y su cambio en potencia enemiga, es un problema que invita a meditar. Federico II parece no sintió atractivo por el sexo femenino y, aún más, miró con fastidio y desprecio a las mujeres que tomaban parte en los gobiernos, con una excepción, María Teresa, a la que a pesar de ser su principal enemiga, respetó como su emperatriz y admiró su carácter varonil ante el peligro y sus grandes cualidades como esposa y madre. No sucedía así con Isabel de Rusia. Su vida desordenada en una corte suntuosa, mezcla de barbarie y civilización, en que se comentaba hasta el cargo de emperador nocturno sin ningún recato, no podía inspirar al rey prusiano nada más que desprecio. Además, Federico era literato, escribía epigramas, decía frases ingeniosas que al ser conocidas en la corte rusa fueron creando un clima de odio y deseos de venganza. A esto hay que agregar la habilidad de la emperatriz de Alemania en su trato con Isabel, lo que halagaba profundamente a ésta y había mucha distancia entre la soberana de un Imperio y el margrave de Brandeburgo, como despectivamente designaba la corte rusa al rey de Prusia.

Si se considera ahora el lado francés, tenemos que Luis XV era inteligente, hábil, pero muy indolente y sus ministros indirectamente eran hechuras de la favorita, la Pompadour. Los sarcasmos, las burlas, el nombre de Cotillon con que Federico la denominaba tenían necesariamente que exasperar a la marquesa, que aunque muy inteligente poseía el carácter propio de su sexo. En cambio, María Teresa no tenía empacho ninguno en dirigirse a ella por escrito y aun tratarla de prima.

El sentir del pueblo francés era el considerar a Prusia como una fiel aliada y a Austria como una tradicio-

nal enemiga. Las circunstancias políticas habían cambiado totalmente, mas el pueblo no se daba cuenta de ello; tantas guerras, tantos siglos de lucha contra los Habsburgos no podían olvidarse rápidamente.

Francia tenía su enemiga tenaz en Inglaterra, que no sólo aspiraba a quitarle sus posesiones coloniales y destruir su marina, sino también a destruir su estructura política. La burguesía inglesa gobernante veía con temor el peligro de una potencia absolutista que era lógico tratara a su vez de modificar el gobierno inglés. La política racional de Francia debería estar en terminar su rivalidad con Austria que ya no tenía razón de existir, establecer la paz en el continente y poder así combatir con todo su poder a Inglaterra. La evolución política de Francia hacia una paz verdadera con Austria, aun hasta una alianza, era conveniente; siempre que no encerrara el peligro de una guerra en el continente contra otra nación, y aquí estaba el punto crítico; Austria deseaba este acercamiento hacia Francia, mas ante todo con un objetivo: la guerra contra Prusia. Un primer fin era separar a Francia de su alianza con Prusia y después obligarla a ir a la lucha contra este país.

3)

El abate Bernís comprendió que el porvenir de su carrera diplomática dependía no sólo de agradar al rey, sino de adelantarse a sus deseos y esto significaba en el campo internacional el acercamiento hacia el Austria. Y aquí está el gran pecado de Bernís: para llegar a ser el ministro del soberano no vaciló en aceptar algo que se daba cuenta perfecta no convenía a su patria; la alianza con Austria iba a envolver a Francia en una guerra continental, que era lo que Inglaterra esperaba para asegurar su victoria en los mares. Bernís lo deja entender en sus memorias, y hay en ellas párrafos de espe-

cial franqueza en que trata de justificar el mal que causó.

Al oír Bernís, en el gabinete de la Pompadour, al embajador austríaco conde de Starhemberg exponer los planes de la emperatriz para atacar a Prusia y al mismo tiempo solicitar la alianza francesa, quedó aterrado, más que todo al ver la forma tan franca en que a un aliado de Prusia se le proponía atacarla, lo que indicaba que, antes, algo de esto se había insinuado y que era el deseo del rey que se accediera a lo que no era conveniente para Francia según lo estimaba él y que debería aceptarlo por propia conveniencia. Resolvió ganar tiempo por medio de notas y contraproposiciones que no ligaran a Francia totalmente.

Todo fracasó ante la noticia de que Federico II había firmado un pacto de ayuda mutua con Inglaterra, ya en guerra con Francia, lo que significaba que Inglaterra financiaba en gran parte o totalmente el mantenimiento de un fuerte ejército prusiano y este gasto necesariamente se hacía para atacar a Francia. ¿Por qué Inglaterra hacía esto? No había duda que era para defender el Electorado de Hanover de un posible ataque francés y esto lo quiso aprovechar Bernís para dar a la alianza con Austria un aspecto de conveniencia nacional. Todos sus esfuerzos fracasaron ante las imposiciones del rey, en las que influía decididamente la Pompadour.

Mucho se ha escrito sobre la marquesa de Pompa. dour. Supo atraerse a los enciclopedistas, en general a los escritores de actualidad, y éstos entonaron loas de alabanzas a su inteligencia, a sus dotes excepcionales como inspiradora de los aciertos gubernativos. La realidad es distinta: mujer de talento, de buen gusto, de un verdadero sentido artístico, en política sólo vio la conveniencia personal, el deseo de mantenerse en el favor real, o sea en el poder. Cuando la terrible enfermedad que la llevó a la tumba marchitó su belleza, no trepidó en bus-

car, para satisfacer los apetitos amorosos del monarca, hermosas mujeres que no ofrecieran el peligro de apoderarse de la voluntad real y cometió el delito de empujar al rey hacia un indigno ilbertinaje. A pesar de los sufrimientos físicos producidos por su enfermedad, se mantuvo inalterable hasta el final de sus días. Sacrificó al país propiciando una alianza que iba a producir una guerra desastrosa.

La marquesa de Pompadour consideró a Bernís como un favorito, como su hechura, y cuando el ministro quiso deshacer o aminorar en lo posible el perjuicio causado, cuando demostró tener personalidad y trató de imponer reformas, no vaciló en provocar su caída.

La primera parte de la guerra de Siete Años fue un éxito para Francia; obtuvo algunos triunfos marítimos que en algo compensaron las terribles pérdidas infligidas por las escuadras inglesas. Por tierra invadió el Electorado de Hanover y obtuvo brillantes victorias. En cambio, la guerra por parte de los aliados contra Prusia se desarrolló en alternados triunfos y derrotas, a pesar de la superioridad numérica de los austríacos y rusos, auxiliados por contingentes alemanes y ejércitos franceses. El rey de Prusia obtenía brillantes victorias, seguidas a veces por terribles derrotas, que mantenían la lucha indecisa.

4)

Un suceso completamente casual tuvo en Francia inesperadas consecuencias que influyeron en la continuación de la guerra. Un individuo llamado Damiens, armado de un cuchillo, atentó contra la vida del rey Luis XV; al subir éste a su carruaje fue herido levemente en una pierna, lo que produjo gran alarma porque se temió que el arma estuviera envenenada.

Damiens era un infeliz demente que no tenía responsabilidad de lo que hacía y no había cómplice como primero se pensó. Durante dos días el rey permaneció aislado y varios ministros como la mayoría de los cortesanos se alejaron de la favorita, temiendo se repitieran las escenas de Metz cuando al pedir el soberano los sacramentos se le exigió despidiera a la duquesa de Chatearoux, su querida. Sólo Bernís y otro ministro permanecieron leales a la Pompadour. Cuando el rey dirigió una carta a la marquesa y a los pocos días se reanudaba la vida de antes, los cortesanos trataron de volver al favor de la Pompadour; pero ésta lentamente tomó venganza de lo pasado; fueron despedidos varios ministros, entre ellos el marqués de Argenson, que como ministro de guerra había dado pruebas de una eficiencia tal que se le consideraba ireemplazable.

Gran parte del problema jesuita encontró su desenlace en este inesperado acontecimiento. La favorita resolvió alejar a todos los eclesiásticos que fueran intransigentes en cuanto a la vida amorosa del rey. Bernís, que veía con espanto las complicaciones desastrosas que la guerra había ocasionado y que no podía producir ningún beneficio para Francia, resolvió, en una forma varonil que le honra, tratar de deshacer los compromisos con el Austria para terminar lo más pronto el conflicto y mientras tanto introducir todas las economías posibles para aliviar la situación financiera. Fracasó lamentablemente, sobre todo porque a la Pompadour, a pesar de la fidelidad de Bernís, no le convenía mantener un ministro contrario a la alianza austríaca.

Pasó algo muy raro, un ministro que buscaba un remplazante y se empeñaba ante el soberano para que aceptara al elegido. Ocupó el cargo el duque de Choiseul que como embajador en Viena había tenido una brillante actuación. Conocía muy bien la situación internacional y participaba de las ideas de Bernís en cuan-

to a la necesidad de hacer la paz; con habilidad mantuvo la alianza austríaca; pero desligada de todo compromiso internacional.

Poco antes de retirarse, recibió Bernís el capelo de cardenal que le entregó en forma solemne Luis XV, pero ya las palabras del rey al contestar el discurso de agradecimiento del nuevo cardenal tuvieron un sentido que se pudo apreciar bien cuando al poco tiempo el rey lo despidió de sus cargos en forma dura.

5)

Uno de los estadistas más notables que ha tenido Inglaterra ha sido Guillermo Pitt, designado después como lord Chattan. Se distinguió primero como espléndido orador de la oposición y cuando el rey se vio obligado a cambiar ministerio se pidió que entre los nuevos ministros figurara Pitt, a lo que Jorge II, que no le tenía ninguna simpatía, se negó terminantemente y sólo accedió como compensación nombrarlo pagador del ejército. Este cargo era magnífico, pues el pagador recibía para cancelar el dinero correspondiente a todo el año y podía negociar o prestar a interés el saldo considerable que debía retener. Pitt fue un funcionario de una rectitud no acostumbrada; hizo ingresar a las arcas fiscales las sumas que no necesitaba de inmediato.

Cuando la guerra de Siete Años mostró mal aspecto para Inglaterra, se vio la incapacidad de los ministros y la necesidad de un cambio total. El rey tuvo que llamar como primer ministro a Pitt, el que se reveló como un gran gobernante. Dio tal impulso a la guerra que la marina inglesa consiguió el dominio del mar y se inició el ataque victorioso a las colonias francesas de América. Los triunfos marítimos y la conquista del Canadá, que aseguró el imperio colonial inglés en América, se debie-

ron en gran parte a que las fuerzas francesas estaban preocupadas de la guerra continental.

El nuevo ministro francés, el duque de Choiseul, ante la imposibilidad de conseguir una paz honrosa, buscó la alianza de España con la que se firmó el "Pacto de familia", que unía a los monarcas Borbones de España, Francia, Nápoles y del ducado de Parma. Pitt vio en la guerra con España una ocasión para atacar las colonias americanas y aun las Filipinas; desgraciadamente murió a los setenta y siete años de edad el rey Jorge II y le sucedió su hijo Jorge III, que con orgullo hacía ver que había nacido en Inglaterra y que era británico. No decía inglés para no herir el sentimiento escocés; sus dos antecesores habían sido alemanes. Para el nuevo monarca no tenía gran interés el Electorado de Hanover; no se contentó con reinar y no gobernar, quiso ejercer ambas atribuciones y por esto se le hizo insoportable la presencia de Pitt que era el verdadero gobernante de Inglaterra. Trató de buscar el apoyo de los tories, ya desengañados de los Estuardos, y que deseaban aprovechar la ocasión favorable de combatir a los wigh, impopulares después de estar tanto tiempo en el poder.

Pitt calculó muy bien las posibilidades de que España entrara a la guerra y como sus planes guerreros encontraran oposición de parte de sus colegas en el ministerio se vio obligado a renunciar. El mal estado de su salud (la enfermedad de la gota lo tenía postrado), lo hizo resolverse a no volver al gobierno; aceptó el título de Lord con el que tenía derecho a ingresar a la Cámara de los Lores.

La guerra terminó con la paz de París en 1763, en que Francia cedió Canadá y todo su imperio colonial, excepto pequeñas posesiones. Empieza así en todo su auge la preponderancia de Inglaterra. Austria también se vio obligada a firmar la paz debido a un acontecimiento casual: murió la emperatriz Isabel de Rusia, y el nuevo

soberano, su sobrino el zar Pedro III, incapaz y medio loco, tenía una profunda admiración por Federico II; su primera medida fue terminar la guerra con Prusia y devolver todos los territorios conquistados. Austria, sin el apoyo de Francia y Rusia, tuvo que aceptar la paz sin poder recobrar la Silesia.

6)

Al rey Felipe V de España le sucedió su hijo Fernando, habido de su primer matrimonio; del segundo, con Isabel Farnesio, tuvo dos varones: Carlos y Felipe. Ya hemos visto cuánto influyó en la política internacional la ambición de la reina de que sus dos hijos fueran monarcas y no sólo príncipes reales.

Fernando VI reinó trece años; gobernaban sus ministros, pues él pasaba atormentado por una neurosis, heredada de su padre; había largos períodos en que el rey se aislaba por completo; durante un tiempo sólo la voz melodiosa del célebre tenor Carlos Broschi, napolitano, conocido en España como Farinelli, lograba sacarlo de su profunda apatía. Farinelil era inteligente y honrado; no solamente calmaba al rey, sino que le daba consejos que influían provechosamente en el gobierno.

Al no dejar hijos Fernando VI pasó a ocupar el trono de España su hermano Carlos, ya rey de Nápoles. Cuando tenía diecisiete años consiguió su madre Isabel Farnesio que fuera enviado a Italia como duque de Parma y después de la guerra de Sucesión de Austria pasó a ser rey de Nápoles y su hermano Felipe duque de Parma.

A su paso por Toscana conoció a un abogado de gran fama, Bernardo Tanucci y lo llevó a Nápoles. Descendiente de una familia pobre, había estudiado y ejercido la abogacía con brillo; era un hombre de gran ca-

pacidad de trabajo, pero carecía de sentido práctico y estaba excesivamente imbuido en la ideología de la Ilustración. Llegó muy luego a ser el primer ministro y el verdadero gobernante del reino. En muchas de sus actuaciones recuerda a Nogaret, el ministro de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, y tal vez a esto se debe que se le haya llamado "el legista".

El reino de Nápoles era muy difícil de gobernar. La mayor parte de la propiedad era nominalmente de la Iglesia, cerca de los dos tercios, y esto era debido a que como los bienes eclesiásticos estaban exentos del pago de contribuciones, gran número de propietarios, por medio de argucias legales, hacían figurar en esta forma sus propiedades. Se consideraba también excesivo el número de personas que como monjes, frailes y clérigos se eximían de un trabajo material reproductivo.

Tanto el joven rey como Tanucci estaban de acuerdo en ir al despotismo ilustrado, que era la tendencia política de la época. Hoy se llama gobiernos totalitarios a los que reúnen la totalidad de los poderes; en ese tiempo se pensaba en una forma parecida al establecer que el soberano era el dueño absoluto de la vida y bienes de los súbditos. Carlos, que no era hombre de gran talento ni de gran capacidad de trabajo, dejó en manos de los ministros la solución de los múltiples problemas que era necesario resolver para hacer un gobierno efectivo que arraigara la dinastía en el pueblo.

Se consiguió del Papa una modificación del privilegio del clero en cuanto al pago de contribuciones. En adelante se pagaría la mitad de las contribuciones corrientes por las propiedades que figuraban como eclesiásticas y la totalidad para las adquiridas después y se impusieron varias condiciones para seleccionar el personal eclesiástico. Tanucci estimaba que el único poder que podía oponerse al despotismo monárquico era el de la Iglesia y aunque esto sólo llegaba a producirse en ca-

so de una abierta arbitrariedad, en su afán de robustecer el poder real estuvo siempre listo para emprender cualquier campaña que redundara en favor de este objetivo. Por esto fue un decidido enemigo de los jesuitas e influyó en este sentido en el ánimo del soberano cuando éste pasó a ser rey de España.

El último acto del rey Carlos en Nápoles, al saber la muerte de Fernando VI, fue declarar incapaz a su hijo mayor, afectado de una enfermedad mental, reconocer como príncipe heredero de España a su hijo segundo y al tercero dejarlo como rey de Nápoles bajo la regencia de su ministro, ahora marqués Bernardo Tanucci.

7)

Carlos III tenía cuarenta y tres años de edad cuando llegó a ser rey de España. Había vivido veintiocho años en Italia y por esto, a pesar de haber nacido en Madrid, era más italiano que español. Tuvo acierto para elegir a sus ministros y a eso se debe la fama de su administración, pues no era como Felipe II un hombre dedicado a su trabajo de soberano. Dos de sus ministros: Grimaldi y Esquilache, eran italianos; el último, honrado, de gran capacidad, fue uno de los más odiados por el pueblo español; él lo sabía y no le importaba por estar seguro de su correcto proceder y del afecto del monarca.

El Pacto de Familia y como consecuencia la entrada de España en la guerra de siete años fue un mal paso. La paz de París devolvió la calma. Esquilache trató de modernizar la administración española y modificar costumbres ya tradicionales. Hizo instalar alumbrado público en las calles de Madrid, y como eran corrientes los robos y asaltos en que los delincuentes aprovechaban la costumbre de usar amplias capas y sombreros de grandes alas, llamados chambergos, para ocultar su identidad, el

ministro prohibió el uso de ambas prendas de vestir. Los alguaciles, acompañados de sastres armados de tijeras, detenían a los que no obedecían la orden dada y procedían a cortar las capas y sombreros hasta dejarlos de acuerdo con el reglamento.

El disgusto popular cada vez aumentó más, sobre todo al recordar que el ministro no era español, y terminó por provocar el motín conocido como "el motín de Esquilache" o también el "motín de las capas y sombreros". La intensidad del movimiento fue tan amenazadora que la corte huyó de Madrid. Después de varios días se llegó a una transacción con los amotinados. El ministro Esquilache tuvo que renunciar.

8)

El motín de Esquilache tuvo consecuencias impensadas que afectaron a la Compañía de Jesús. El hecho de que padres jesuitas intervinieran para aplacar a los sublevados hizo que el gobierno estudiara minuciosamente las causas y el desarrollo del motín, para llegar a la conclusión de que no había ninguna participación por parte de ols jesuitas ni de los elementos afectos a ellos. Sin embargo, durante dos años se mantuvo una secreta discusión entre el rey y sus ministros sobre la situación política de la Compañía. Dentro de la ideología del despotismo ilustrado no cabía la existencia de una entidad como la Compañía de Jesús, tan poderosa e independiente; en cualquier dificultad con Roma los jesuítas obedecían primero al Papa y después al rey y además poseían cuantiosas riquezas tanto en España como en las colonias. El ejemplo de lo que había pasado en Portugal y Francia era tentadoramente elocuente y sugestivo.

Ninguna de estas reflexiones parece que pudieron decidir a Carlos III a proceder contra la Compañía, ni

aun los consejos que desde Nápoles le enviaba Tanucci; mas con creciente frecuencia se recibían delaciones de misteriosas actividades de los jesuítas; se les acusaba de estar tramando un complot contra la vida del rey; se recordaba el caso de José I de Portugal y como esto no bastara se llegó a acusar a los jesuítas de que habían reunido las pruebas necesarias para demostrar que Carlos era hijo adúltero de la reina Isabel y que el legítimo era su hermano Felipe.

Esta continuada presión decidió a Carlos III a aceptar la expulsión de los jesuítas tanto de España como de todos sus dominios y se autorizó al ministro Aranda a que procediera a tomar las medidas necesarias para llevarla a cabo. Antes el rey consultó a una junta espiritual en que figuraban el confesor del rey y el duque de Alba entre otros. El conde Aranda, gran maestre de la masonería española, procedió con suma habilidad. En un absoluto secreto se ordenó, en comunicaciones selladas, que debían abrirse en determinada fecha, que se llevara a cabo la expulsión de todos los jesuitas en España y en todas sus posesiones, se fijaban cuidadosamente todos los detalles del procedimiento que debería seguirse. Los miembros de la Compañía serían conducidos a un puerto indicado y embarcados hacia los Estados Pontificios.

Esta orden se cumplió perfectamente, con tanta minuciosidad se había estudiado el modo de cumplirla. Al llegar al puerto de Civitavechia más de seiscientos jesuitas, las autoridades pontificias se negaron a recibirlos y después de mucho se consiguió el permiso de Francia para desembarcarlos provisionalmente en Córcega; finalmente el Papa llegó a un acuerdo con Carlos III para recibirlos. Al poco tiempo procedió Tanucci en Nápoles en igual forma y lo mismo hizo el duque de Parma, sobrino de Carlos III.

Según algunos historiadores, el duque de Alba antes de morir entregó al Gran Inquisidor de España un documento en que se declaraba culpable de haber preparado el motín de Esquilache en forma tal que la culpabilidad recayera sobre los jesuitas. Igualmente se ha dicho que al ser analizada en Roma la carta que el general de los jesuitas, padre Ricci, enviara al Provincial de Madrid, en que se hablaba del adulterio de Isabel Farnesio, se pudo comprobar que había sido escrita en papel hecho en España y escrita dos años después de la fecha que se decía había sido enviada desde Roma.

# CAPITULO XIII

1) Elección de Clemente XIV - 1769.— Supresión de la Compañía de Jesús.— 2) Muerte de Clemente XIV - 1774.— 3) Juicio sobre Clemente XIV.— 4) Fin del reinado de Luis XV.— 5) Luis XVI.— 6) Comienzos del reinado de Luis XVI - 1774.

## 1)

El Papa Clemente XIII, de acuerdo con su carácter, tuvo un gesto viril cuando amenazó con la excomunión al duque de Parma por haber expulsado a los jesuitas y por otras medidas tomadas que afectaban los derechos eclesiásticos. Los que atacan al Papa por haber procedido así contra un príncipe débil, cuando nada se hizo contra los soberanos poderosos por iguales motivos, olvidan que el ducado de Parma pertenecía al Papado y que continuamente la Santa Sede protestaba por los cambios de soberano que se hacían en el ducado sin su consentimiento. Los últimos incidentes causaron la muerte del anciano Pontífice que mantuvo siempre una actitud digna de los grandes papas.

El cónclave reunido para elegir el sucesor de Clemente XIII duró cerca de tres meses. Estaba en juego la existencia de la Compañía de Jesús y los cardenales

agrupados en dos bandos: los zelanti y los coronari, o sea los partidarios de los reyes, no podían obtener los dos tercios necesarios. Los zelanti querían un Papa piadoso pero firme, capaz de defender a los jesuitas. Los soberanos vetaban cualquier candidato que consideraban favorable a la Compañía; querían un Papa que la suprimiera. Grande fue la sorpresa cuando salió elegido Fray Lorenzo Ganganelli, cardenal que pertenecía a la Orden Franciscana, y tomó el nombre de Clemente XIV.

Ante lo que se consideró como una rara elección caben tres hipótesis:

1º Hubo compromiso de suprimir la Compañía: por esto le dieron su voto los cardenales coronaris y no se produjo el veto de los soberanos. Los zelanti creyeron que era el candidato menos peligroso.

2º Existió el compromiso y Ganganelli convenció a los zelanti que no lo había y que defendería a los jesuitas.

3º No hubo compromiso; los coronari acordaron votar por él porque lo creían no partidario de los jesuítas y los zelanti por ser el posible electo que daba más seguridad de un justo proceder.

La tercera hipótesis es la más simpática en cuanto deja al nuevo Papa, puro, sin el peso de una acusación de simonía, y en verdad está de acuerdo con el carácter de Ganganelli, débil, fácil de influenciar, incapaz de tomar libremente una decisión; pero desgraciadamente existe una carta del Papa a Carlos III para calmarlo y decirle tuviera paciencia en cuanto a la supresión de la Compañía, pues si lo hacía rápidamente podía decirse que hubo simonía en su elección, que se había vendido a los soberanos. Hay en esta carta el siguente párrafo:

"Creemos de nuestro deber explicar a Vuestra Real Majestad nuestras intenciones que van dirigidas a darle pruebas palpables de la manera que cumplimos con

*nuestros compromisos.* Nos hemos ocupado con mucho celo en reunir documentos que han de servir de base al *Motu propio convenido* y en cuya redacción tenemos que justificar la *conducta sabia* que Vuestra Majestad ha observado en la expulsión de los jesuitas *turbulentos y revoltosos"* etc. etc.

Según este documento existía un compromiso. Puede argumentarse que fue hecho después de la elección, lo que es difícil de explicar en forma lógica; pero queda la calificación de *conducta sabia* de un monarca que sin consultar al Papa procedió en la forma que lo hizo y el juicio que emite al decir *jesuitas turbulentos y revoltosos.* ¿Cómo explicar esto?

El cardenal Bernís, que ya antes de ser ministro había recibido las órdenes sacerdotales y, poco después de haber caído en desgracia ante el rey, había sido consagrado Arzobispo de Albi, era el embajador de Luis XV ante el Vaticano. Fue Pierre de Bernís un hombre funesto; hemos visto cómo para ganar el favor real aceptó negociar un tratado que él consideraba perjudicial para Francia, cómo después arrepentido trató de reparar el daño causado. Ahora recobra el favor real, no se sabe a qué precio, y acepta hacerse cargo de la odiosa misión de conseguir u obligar a Roma a suprimir la Compañía de Jesús. Sobre esto escribe Bernís:

"No se trata de si Su Santidad desea evitar la supresión de los jesuítas; la cuestión es ahora si el Papa puede rehuir el cumplimiento de las promesas formales que dio al rey de España por escrito. Esta carta que *yo le hice escribir* a S. M. Católica le ata tan fuertemente las manos que mientras la corte de España no cambie de modo de pensar el Papa se verá obligado a concluir su obra aun contra su voluntad", etc.

La frase que *yo le hice escribir* es muy sugestiva. No es posible creer que por muy débil de carácter que hubiera sido el Papa, lo podía haber convencido Bernís

de que escribiera un documento de esa gravedad, si no hubiera existido la promesa que lo comprometía.

La hipótesis más probable es la segunda. El cardenal Ganganelli se comprometió a suprimir la Compañía antes de su elección. Se dirá que era un sacerdote virtuoso, que esto no está de acuerdo con su carácter; mas, pudo haber existido esa ambición eclesiástica que ya otras veces se vio en anteriores ocasiones y puede ser que pensó al hacer esa promesa que podía alargar indefinidamente el asunto y cuando trató con los zelanti de buena fe habló de defender a los jesuítas. Da la impresión de que su idea fue engañar a los coronari y no a los zelanti.

La forma en que después se desarrollan los acontecimientos lleva a pensar que Clemente XIV hizo lo posible por salvar la Compañía de Jesús. Consideraba, con toda razón, sus dos siglos de existencia, llena de heroísmo, en defensa de la Iglesia y en la obra grandiosa de las misiones y que habían sido los paladines de la Contra Reforma. Su carácter débil se rindió ante la violenta y tenaz exigencia de las monarquías católicas que pedían una pronta resolución; además en el clero romano se había formado un grupo que profesaba un odio profundo a los jesuitas; figuraban en él altas personalidades eclesiásticas, entre ellas varios cardenales. Como un ejemplo tenemos el caso del padre Vázquez, general de los agustinos, que escribe al ministro Roda, encargado de la expulsión de los jesuitas en España:

"Cantemus Domine gloriose enim magnificat est España con la exterminación de una gusanera dañosa al cuerpo y al alma. Dios bendiga a V. E. y a cuantos han contribuido a tan piadosa obra y les asista con su divina gracia para que le den remate e impidan los males que puedan surgir en América".

El paso decisivo lo dio el nuevo embajador de España, don José Moñino, enérgico, audaz e inteligente:

amenazó al Papa con la separación de España de Roma, con la formación de una Iglesia nacional hispánica, que como primera medida suprimiría todas las congregaciones religiosas. A esto se agregó el trabajo lento y constante de Bernís y la actitud de Tanucci que con tropas napolitanas dio a entender su propósito de invadir los Estados Pontificios.

Clemente XIV en el Breve del 21 de Junio de 1773, "Dominus ae Redemptor noster", explicó la necesidad de disolver la Compañía de Jesús y decretó su disolución.

2)

Clemente XIV consideró lo que había realizado como una imposición, como algo imposible de evitar sin causar un mal mayor, y su dolor al haber tenido que tomar una medida así fue tal que su salud se debilitó y le causó la muerte. Se ha dicho que los jesuitas lo habían amenazado con la venganza del cielo y que por último lo habían envenenado.

Es lo anterior una burda e inicua falsedad encaminada a justificar el mal producido. Tiene su base en escritos del cardenal Bernís en los que se encuentran las siguientes partes:

"Las personas que juzgan a la ligera o con malicia no encuentran natural el estado del Papa; y el público se atreve a hacer deducciones y acusaciones con tanta mayor facilidad, cuanto que ciertas abominaciones son mucho más frecuentes en este país que en muchos otros. ...El carácter de la enfermedad del Papa y muy particularmente las circunstancias de su muerte, han dado lugar a la creencia general de que tal muerte no ha sido natural".

Años después continúa Bernís cuando ya era Papa Pío VI:

"Sé, mejor que nadie, hasta dónde llega el interés que muestra Pío VI por los jesuitas. Les tiene más consideraciones que simpatías, porque el miedo puede más sobre su espíritu y su corazón que el afecto. El Papa tiene momentos de franqueza en que se manifiestan sus sentimientos verdaderos, y no olvidaré nunca tres o cuatro ocasiones en que se le escaparon expresiones íntimas de las cuales pude sacar que estaba muy bien enterado del desgraciado fin de su predecesor y que prefería no exponerse a los mismos peligros".

Con frases como las que hemos visto, bien estudiadas y de una ambigüedad decisiva y no comprometedora, se hace ver que hay la creencia de que el Papa no murió de muerte natural, y después se refuerza esta idea con los temores que, según el autor, le manifestó el nuevo Papa Pío VI. Así Bernís termina el trabajo de los escritores de la Ilustración, que entonan loas hacia el gran Papa Clemente XIV, al que comparaban con Gregorio VII y con Inocencio III. Su gran obra había sido destruir la Compañía de Jesús, lo que era necesario, como lo demostraba el que sus miembros no habían vacilado en asesinar a un Papa. Lo inexplicable era la torpeza de no haberlo envenenado antes de que disolviera la Compañía.

Las observaciones de Bernís se refieren principalmente al hecho de que el Papa al suprimir la Compañía y ordenar a sus miembros que se secularizaran, permitiera que en Prusia y en Rusia siguieran subsistiendo a pedido de los respectivos soberanos; y lo más grave que el nuevo Papa, Pío VI, los autorizara a tener noviciado; es decir, la Compañía continuaba exisiendo. Esto pasó al final de su pontificado; mas, antes de ser elegido había formado parte de una comisión que estudió los documentos que habían convencido a Carlos III de los planes jesuitas para derrotarlo. El futuro Pío VI pudo comprobar ampliamente la inocencia del general de los

jesuitas, padre Ricci, a quien se le atribuía haber escrito la carta a que anteriormente nos hemos referido. Además el padre Ricci, encarcelado en el castillo de San Angelo, antes de morir hizo declaración escrita en la que afirmaba la completa inocencia de los jesuitas y la falsedad de las acusaciones que se habían hecho.

Todo esto nos da la impresión de que el cardenal Bernís, que era un hombre muy hábil, actuó de mala fe; posiblemente no creía en la culpabilidad de los jesuitas, mas para mantenerse en su puesto decía lo que su gobierno deseaba; por lo demás ya lo hemos visto proceder en forma parecida cuando fue ministro de Relaciones. Ironías del destino: no volvió a Francia y desde Roma pudo meditar sobre los efectos terribles de la Revolución, que él indirectamente ayudó a estallar.

3)

Es difícil emitir un juicio sobre Clemente XIV. Ha sido juzgado apasionadamente, ya sea por los antijesuitas que lo consideraban como uno de los más grandes pontífices, como los pro-jesuítas que lo condenan abiertamente. Donde se encuentra más imparcialidad es en los autores protestantes.

Puede decirse que Lorenzo Ganganelli fue un sacerdote virtuoso y ejemplar; cuando obtuvo la dignidad cardenalicia debe haber sentido la ambición de llegar a ceñir la tiara; puede haber seguido un procedimiento maquiavélico al engañar a los dos bandos en lucha dentro del cónclave; con la íntima convicción de que iba a hacer un bien, pues no pensó en suprimir la Compañía. Confió demasiado en su astucia y tenía un carácter débil, indeciso. No encontró ninguna manera de escapar a la imposición de los soberanos borbónicos y se aterró ante el inmenso mal que iba a producir la separación de España de la Iglesia, algo que él creyó po-

sible dentro de la confusión de su espíritu producida por tantos interesados consejeros. Tuvo que aceptar el hacer algo que consideraba injusto ante la necesidad de evitar un mal mucho peor.

Por haber sido franciscano, por sus gustos intelectuales y artísticos, recuerda a Sixto IV y por la forma en que fue elegido y por su actuación como Papa, tiene gran semejanza con Clemente V. El dolor causado por haberse visto obligado a suprimir la Compañía de Jesús, lo que era perjudicial para los intereses de la Iglesia, lo llevó a la tumba. En su lecho de muerte tuvo la suerte de ser asistido por el Obispo de Santa Agata, que ya tenía fama de santidad, Alfonso María de Ligorio, que pudo consolar su alma atribulada. Una prueba del concepto que tenía de los jesuitas es el hecho que accedió a que se mantuvieran los jesuitas en Prusia y en Rusia.

La Compañía de Jesús no desapareció. Como hemos visto, fue pedida por Federico II, que en carta a D'Alembert se expresa en la siguiente forma:

"No he protegido a los jesuitas cuando eran poderosos, pero ahora que están en desgracia no veo en ellos más que gente instruída que me sería difícil remplazar en la educación de la juventud. Este objeto me los hace apreciables porque entre todo el clero católico del país ellos son los únicos que cultivan las ciencias".

Pío VII en la bula "Sollictudo amnium eclesiarum" de 1814 restableció la Compañía y León XIII confirmó todos sus privilegios en 1886. Los que más perdieron con la supresión de la Compañía de Jesús fueron los principales autores de ella; la Revolución Francesa no encontró ninguna fuerza que se le opusiera y al pasar sus ideas exageradas a otros países causaron males que pudieron haber sido evitados.

4)

El ministro Choiseul se dedicó con todo ahinco a procurar que Francia se repusiera del desastre producido por la última guerra; obtuvo en la diplomacia externa dos triunfos: la anexión definitiva de Lorena y la de la isla de Córcega, cedida por Génova, en vista de que no podía someter a los indomables corsos que aspiraban a ser libres. En el interior, comenzó con todo empeño a restaurar la marina y a buscar la forma de prestigiar el ejército, pues se había visto la ineptitud de los generales, muchas veces cortesanos convertidos en improvisados jefes debido a que pertenecían a la nobleza, cuyos fracasos costaban caro a la nación.

Desgraciadamente la muerte de la Pompadour privó a Choiseul de su más firme apoyo. Muy pronto el rey concibió una pasión senil por Juana Becu, conocida por la Du Barry, por haber casado con el conde Du Barry que era hermano de su amante, matrimonio que se había efectuado para tener un nombre que le permitiera ser presentada en la corte de Versalles.

La Du Barry, Cotillon III según Federico II, era una hermosa mujer, cuya juventud, gracia y simpatía dominaron por completo al ya anciano monarca; no tuvo la pretensión de creer que tenía talento para intervenir en la política exterior; pero lo hizo en el sentido de conseguir los cargos más importantes para sus recomendados. Choiseul cometió el error de no darle la importancia debida y una alianza de ella con el canciller Maupeau y el ministro de Hacienda, abate Terray, lo derribó. Por orden del rey tuvo que retirarse desterrado a su posesión Chanteloup.

El problema más difícil de solucionar era el económico; el abate Terray, enérgico y brutal en sus procedimientos, era un hombre capaz que por su buen criterio recordaba a Sully. No participaba de las ideologías do-

minantes; sólo se atenía a las realidades. Había que terminar con los privilegios de las clases altas que afectaban la economía del país. La más exigente y que no aceptaba modificaciones era la nobleza judicial o nobleza de toga. La administración de justicia estaba entregada a funcionarios de carácter hereditario, cuya más alta Jerarquía se encontraba en los Parlamentos, que no sólo trataban de conservar sus privilegios sino que pretendían controlar el poder real.

Se ha dicho que con el objetivo de atraerse a los Parlamentarios, en que dominaba el Jansenismo, Choiseul sacrificó a los Jesuitas sin ningún resultado. Esta opinión es difícil de aceptar porque el ministro era lo bastante perpicaz para comprender que toda una clase privilegiada, de tan exagerado conservantismo, no iba a renunciar a la situación existente por algo que se sabía estaba conseguido. Es lo más probable que éste fue uno de los argumentos que se empleó para obtener la aceptación de Luis XV que no deseaba la expulsión de la Compañía.

El ministro que procedió con más criterio y energía fue el canciller Maupeau. Demostró al rey que el absolutismo estaba en desacuerdo con la existencia y pretenciones de los Parlamentarios y que la administración de Justicia no podía ser de la exclusividad de una clase hereditaria y consiguió dar un golpe sensacional cuando fueron desterrados los miembros de los Parlamentos y se crearon cortes de Justicia cuyos componentes eran nombrados por el rey; fueron llamados los "Parlamentos Maupeau" satíricamente. El ataque contra el ministro fue encarnizado y se llegó a convencer al pueblo, que era el más beneficiado con esta medida, que la orden real era un acto de incalificable despotismo; tanto puede una propaganda bien llevada.

El odio contra el canciller llegó al paroxismo y sólo así se explica que al morir el padre de Maupeau se publicara el siguiente epitafio:

"Aquí yace un viejo canalla que murió de cólera, de haber engendrado un canalla más canalla que su padre".

Es curioso que en el momento en que se emprendían reformas necesarias que habrían evitado los terribles sucesos de la Revolución, los enciclopedistas y los escritores en general, la nobleza de toga, los utopistas y sus émulos trataran de hacer fracasar y destruir cualquier medida acertada.

Luis XV, ya bastante anciano, fue víctima de la viruela que le produjo la muerte.

5)

Luis XVI, el nuevo rey, era nieto de Luis XV. Conde de Berry, pasó a ser el príncipe heredero a la muerte de su hermano mayor; tenía otros dos hermanos: los condes de Provenza y de Artois. Ha sido una rara coincidencia que la estirpe de los Capetos en sus tres ramas: los Capetos, los Valois y los Borbones, tuvieran un fin similar. Los Capetos terminaron al reinar sucesivamente los tres hijos de Felipe IV, el Hermoso, sin dejar descendencia directa. La corona pasó a una rama colateral: los Valois, cuyo final se produce cuando reinan, uno tras otro, los tres hijos de Enrique II, sin dejar herederos directos. Ocupan el trono los más próximos parientes: los Borbones que terminaran en igual forma; los tres nietos de Luis XV: Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X serán los últimos monarcas de Francia, pertenecientes a esta histórica familia.

Mucho se ha escrito sobre el rey Luis XVI de Francia; son innumerables las obras sobre la Revolución Francesa, en las que necesariamente se ha hecho

un estudio detenido de este desgraciado monarca y sobre su trágico fin. Sin embargo, sólo se ha logrado crear la duda, la incertidumbre sobre su verdadera personalidad. Doscientos cuarenta años antes, Carlos I, rey de Inglaterra, había también subido al patíbulo. Su carácter no es más definido que el de Luis XVI y a pesar de esto nos es más fácil entender sus desaciertos y las causas que motivaron el drama final de su vida que la del soberano francés.

Según algunos autores, el rey de Francia fue víctima de su bondad, de su incapacidad para oponerse a las ambiciones, a la maldad y al sectarismo de los enemigos de la monarquía; se ha llegado a considerarlo como un mártir de sus ideas religiosas, tanto que se ha pedido sea incluido en el santoral cristiano. Otros, en cambio, sólo han visto en él a un hombre de carácter débil, hasta bobo, juguete de los caprichos de una esposa de escasa inteligencia, víctima de las intrigas cortesanas.

El célebre escritor austríaco Stephan Zweig, cuya especialidad han sido las biografías, en que hace interpretaciones psicológicas de sus personajes, que pasan los límites de la Historia, para caer en la fantasía personal, en su libro sobre María Antonieta, trata el caso de Luis XVI. Es un admirador de Freud y aplica las teorías de este autor al monarca francés. Ve en un defecto físico que afectaba su sexualidad la causa determinante del carácter del rey y da, sin duda, una exagerada importancia a lo que en varios aspectos es sólo un detalle.

Es conveniente para apreciar a Luis como rey recordar su infancia y la forma en que fue educado. Hijo de un padre muy piadoso recibió una educación en que la parte religiosa fue exagerada en detrimento de la amplitud de criterio que debía dársele a un futuro soberano. Aquirió temor, odio, horror por los pecados de carácter sexual; como un ejemplo de los males que causaban se le mostraba el caso de su abuelo el rey Luis XV

y las detestables consecuencias de su gobierno, provenientes del invencible dominio que sobre él tenía el vicio carnal.

Luis XVI no era un bobo, un tonto, nada de eso. Fue un hombre instruido y que dio gran importancia a ciertas ramas del saber; no fue tampoco débil de carácter como se le pinta; al contrario, exigía se hiciera lo que él estimaba conveniente y prefería a su alrededor personas que acataran su opinión y no impusieran la de ellos. Su gran defecto era la indecisión y la incapacidad para discernir claramente cuál era la solución que convenía; es decir, carecía de criterio, sobre todo del criterio práctico, y adolecía de una completa falta de intuición. En resumen, era un hombre bueno, honrado, le gustaba el estudio; el defecto de la tartamudez le quitaba a sus palabras todo brillo, por más razonables que fueran; en realidad, era la persona menos apropiada para ocupar un trono.

Casado muy joven, un adolescente todavía, por motivos políticos, con María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, joven princesa que no había recibido una educación apropiada para el papel que iba a desempeñar, trasplantada de una corte famosa por su moralidad de costumbres y recato, a un ambiente de corrupción, de inmoralidad, de intriga, el resultado podía ser muy peligroso. A esto se agregaba que el joven príncipe padecía de un defecto corporal que le impedía ser físicamente el marido de su mujer. La princesa, ignorante de estos detalles, sólo vio que era desdeñada en una forma imperdonable para cualquiera esposa. Hay que admirar que María Antonieta se conservara pura en medio de un mar de tentaciones, en que no se vacilaba en ocultar las verdaderas razones para hacer aparecer a su esposo como un bobalicón digno no sólo de ser desdeñado sino de ser engañado. Por esto no es raro que en una carta dirigida a María Teresa, su madre, la reina

haya calificado al rey Luis de un pobre hombre, lo que fue estimado como una torpeza sin nombre por el gobierno austríaco.

En todo esto intervenía la política de la corte de Versalles en una furiosa lucha de ambiciones; al no tener el rey hijos, pasaba a ser el heredero el conde de Provenza, su hermano; pero más peligrosos eran los deseos del duque Felipe de Orleans que se había transformado en el jefe de un partido que se basaba en las nuevas ideas y en que el recuerdo de Guillermo de Orange le daba la esperanza de ser el monarca de la burguesía que remplazaría a una dinastía caduca e icapaz.

6)

Al subir al trono Luis XVI se encontró totalmente desconcertado; no sabía de política, no conocía el rodaje administrativo y tenía un miedo instintivo hacia las intrigas cortesanas. No hallaba qué hacer ni en quién depositar su confianza. Por medio de maniobras interesadas se cambió la dirección de una carta del rey y así llegó ante él Maurepás, el ex ministro de Luis XV, que había sido separado de su cargo por la enemistad de la Pompadour; se logró comprobar que él era el autor de los versos burlescos que se publicaban contra la favorita. A pesar de la sorpresa de Luis, y como ya se había preparado el terreno contra la persona que el rey deseaba llevar como ministro, nombró a Maurepás al recordar que había sido uno de los más fieles cortesanos de su abuela la reina María Lenczinka y de su padre, el delfín. Era Maurepás, ya bastante anciano, un hombre de mucho ingenio, conocedor profundo de la corte, que podía ser, como el rey lo estimó, un guía hábil en la complicada vida de Versalles. Desgraciadamente, carecía de cualidades de estadista y contribuyó a reforzar el fastidio, la repulsión que el joven monarca sentía contra

todos los que habían figurado como cortesanos de la Pompadour y de la Du Barry, sin distinguir si eran competentes en sus cargos o no. Por estos motivos fue recibido fríamente y despedido sin esperanzas Choiseul, por el que tanto había abogado María Antonieta por encargo especial de la emperatriz María Teresa. Lo más grave fue el remplazo del canciller Maupeou y la desastrosa resolución de restablecer los antiguos Parlamentos. No aceptó ninguno de los argumentos que se le expusieron para hacerle ver lo perjudicial de esta medida; sólo contestó que él deseaba ser amado por su pueblo. No comprendía que el que más iba a sufrir era ese pueblo que tanto deseaba favorecer.

El otro grave error fue remplazar al abate Terray, aborrecido terriblemente como ministro de Hacienda, por Turgot, muy conocido por los prohombres de la Ilustración. Honrado, culto y bien inspirado, tenía el defecto de ser un ideólogo que carecía de sentido práctico tan necesario en el cargo que iba a desempeñar. Terray, a pesar de su proceder brutal, era el mejor ministro de Hacienda que había tenido Francia últimamente. Turgot no apreció en su verdadero sentido el problema de las finanzas francesas. El déficit producido por los mayores gastos y las menores entradas creyó podía solucionarse por una reducción de los gastos, especialmente de la corte, y por una mejor administración del cobro de las contribuciones y no tomó en cuenta la verdadera causa del desequilibrio financiero, la existencia de clases privilegiadas en el sentido tributario. Pasó algo que era muy fácil de prever: al querer reducir los gastos de la corte y al querer modificar el sistema de recaudar los impuestos, se produjo una tempestuosa oposición. Cuando se dictó un decreto en que se establecía el libre comercio de los granos, es decir se suprimían

las aduanas entre provincias que encarecían estos artículos, se produjo una revuelta, preámbulo de la futura Revolución. La medida rechazada inconscientemente por el pueblo era casualmente dictada para beneficiarlo.

Turgot alcanzó a estar cerca de nueve meses en el poder; combatido por la reina y la corte y afectado por su mala salud se vio obligado a renunciar. La gestión administrativa de Turgot fue desgraciada; era un hombre de estudio alejado del arte político y sin condiciones de estadista.

# CAPITULO XIV

1) José II en Francia.— 2) Necker y De Calonne.— 3) Catalina II.— 4) Elección de Pío VI (1775).— 5) Independencia de los Estados Unidos de Norte América.— 6) Política religiosa de José II — 7) Política exterior de José II.— 8) Política interior de José II.—

## 1)

Al morir el emperador Francisco, le sucedió su hijo José II que gobernó de acuerdo con la emperatriz María Teresa, su madre. Después de la guerra de Siete Años, la cancillería austríaca se convenció de la imposibilidad de recuperar la Silesia y como un medio de robustecer su base germánica ideó el proyecto de cambiar Bélgica por Baviera, cuya anexión la haría dueña del sur de Alemania. El plan concebido era de muy difícil realización por no convenir a los intereses políticos de Prusia ni de Francia que casi siempre había contado con la alianza bávara y no perdía la esperanza de unir a sus dominios los estados belgas. El hecho de que la reina de Francia fuera María Antonieta, a quien su madre, María Teresa, trataba de guiar para que la política fran-

cesa favoreciera los intereses austríacos, hacía probable el conseguir el objetivo deseado.

Había motivos de intranquilidad familiar y política en la corte austríaca ante la esterilidad del matrimonio real francés, lo que alentaba las pretensiones de sucesión que ya hemos visto. Por los informes confidenciales de su embajador, supo María Teresa que la causa de esto no se debía a su hija, sino a un defecto corporal del rey Luis, que era fácil de corregir por un cirujano; pero que el monarca se negaba a someterse a una intervención quirúrgica, lo que equivocadamente se atribuía al temor. El problema se juzgó de tal importancia que José II resolvió ir a Francia a entrevistarse con su cuñado y tratar de solucionar los dos asuntos que tanto interesaban.

El carácter de José II adolecía de la manía, en cierto modo, de aparecer de incógnito, como un simple burgués y despertar la admiración cuando se sabía que era el Emperador. Era muy difícil que armonizara con Luis XVI, hombre verdaderamente sencillo, estudioso, sin pretensiones, pero indeciso, asediado por ideas inculcadas desde su niñez, que habían adquirido un aspecto supersticioso.

Tuvo el acierto Luis XVI de elegir como ministro de Relaciones a Vergennes, uno de los mejores que en esta actividad ha tenido Francia. Honrado, trabajador, era un profundo conocedor de la política internacional, recordaba a Lyonne, el gran ministro de Luis XIV, y como él tenía el defecto de ser incapaz de imponer al soberano su acertado criterio. Vergennes comprendió la inconveniencia del plan austríaco respecto de Baviera; se opuso a él y con habilidad logró mantener el apoyo del rey. En forma diplomática alargó la tramitación del asunto hasta hacerlo fracasar.

En cambio, José II pudo convencer al rey de la necesidad imperiosa que había de entregarse en manos

de un cirujano. No era por temor que no lo había hecho; hartas pruebas de valor dio en su desgracia el infeliz monarca; mas creía que la imposibilidad de tener hijos era algo decretado por el cielo, algo que él no debía alterar y que si lo llegaba a hacer sus consecuencias iban a ser funestas; los acontecimientos demostraron cuánta razón había tenido al dejarse dominar por ese sentimiento instintivo.

2)

La gran desgracia de Luis XVI fue el no encontrar o no saber buscar los ministros capaces de gobernar; fuera de Vergennes los demás carecieron de las condiciones que exigía la difícil situación de la monarquía francesa. Para reemplazar a Turgot, llamó a Necker, que por ser protestante no podía ser ministro, y asumió la cartera de Hacienda como interventor, provisionalmente. Jacobo Necker era un banquero ginebrino que había reunido una gran fortuna en las actividades de su profesión. Escribió folletos en que criticó la política de Turgot acerca del comercio de los granos. Lo que le había dado más fama había sido su salón de París donde reunía a las principales personalidades, sobre todo a los escritores más leídos; se formó así un cortejo de admiradores que ponderaban un talento que no tenía. Buen banquero en el sentido de saber ganar en el comercio del dinero, estaba muy lejos de ser un estadista como él se creía. Se le ha comparado con Law, comparación injusta, pues no poseía nada de la genial inteligencia del escocés tan calumniado.

Jacobo Necker fue el hombre funesto para el rey y para Francia. Pronto se encontró ante la falta de dinero y no se le ocurrió algo mejor que publicar un estado financiero de la nación, obra muy propia de un banquero que debe conocer el estado de sus negocios,

pero completamente inoportuno en un régimen monárquico como el francés. Como nada se decía sobre la forma injusta en que se repartían las cargas tributarias, se acentuó la idea de que el desequilibrio financiero se debía a los gastos excesivos de la corte.

Al retirarse Necker, ocupó el cargo de ministro de Hacienda Alejandro de Calonne, el más inteligente y capaz de los que desempeñaron este cargo durante el reinado de Luis XVI. De carácter amable accedió a todas las exigencias de la corte y logró mantener el crédito pagando puntualmente los intereses de los empréstitos cada vez más cuantiosos que se veía obligado a hacer en la esperanza de conseguir la reforma tributaria que comprendía muy bien era la única salvación posible. Tal vez el pertenecer a la nobleza de toga lo impulsó a no insistir en lo que era perjudicial a los intereses de su clase, a lo que contribuyó también su natural indolencia que le impidió luchar en forma tenaz y efectiva por la abolición de los privilegios, lo que habría evitado la Revolución con su cortejo de calamidades.

3)

Jamás pudo pensar la princesa Sofía de Anhalt la suerte que el destino le había deparado. Un día imprevisto llegó un correo ruso con una carta para la princesa madre. En ella la emperatriz Isabel de Rusia le pedía, petición que era realmente una orden, que se trasladara a San Petersburgo con su hija Sofía.

Había sido designado como heredero de la corona rusa, o sea zarevich, el príncipe Pedro de Holstein, sobrino de Isabel, la que comprendía muy bien la incapacidad y el carácter inapropiado del futuro zar, que a sus detestables caprichos unía un aspecto físico desagradable. Por esto la Emperatriz había resuelto darle una esposa capaz de dirigirlo. Sofía de Anhalt tuvo que

abjurar de sus creencias luteranas e ingresar a la Iglesia rusa con el nombre de Catalina. Después de algunos años de matrimonio, nació un hijo, Pablo, que fue criado cerca de Isabel.

Al morir la Emperatriz subió al trono Pedro III, cuya primera medida fue terminar la guerra con Prusia. Muy pronto disgustó a la corte y se atrajo la malevolencia de las tropas de la guarnición de San Petersburgo. Catalina, que había recibido toda clase de desprecios y que sabía iba a ser repudiada, aceptó ponerse al frente de los oficiales y soldados amotinados que se apoderaron de la persona del zar. Catalina fue proclamada emperatriz de Rusia y poco después Pedro III murió asesinado en la prisión en que estaba recluido.

Catalina II, princesa alemana, fue el soberano más grande que tuvo el imperio ruso en la época zarista. Instruida y de gran talento como estadista, poseía una astucia y una perspicacia admirables. Lo más notable es el hecho de que esta mujer, de una cultura y raza diferente, comprendiera tan bien el carácter, el alma del pueblo ruso y se identificara con él. Vio lo que Pedro el Grande no supo apreciar: que Rusia no podía adaptarse al estilo europeo. Que poseía una cultura diferente, un modo de pensar distinto y el deseo de seguir el camino que sus gustos y carácter le indicaban. Debido a esto Catalina alaba o protege a los escritores de la Ilustración, se gana su afecto y aprovecha su propaganda; pero las reformas que introduce en Rusia son apropiadas al sentir del pueblo y en ningún caso trata de trasformarlo en europeo. Comprende la movilidad, la inquietud de un pueblo que desea la expansión y desarrolla en gran escala una política imperialista ya iniciada en los tiempos de Ivan IV, el Terrible.

La expansión imperialista rusa afectaba a cuatro partes: hacia Polonia, Turquía, Suecia y Siberia. Catalina II apreció muy bien las ventajas que significaban

para sus proyectos la amistad de Prusia y Austria. A la muerte del rey de Polonia, Augusto III, Catalina, con el pretexto de defender las libertades polacas, hizo entrar tropas rusas en Polonia e impuso la elección de su antiguo favorito, el príncipe polaco Estanislao Poniatowski como rey de Polonia. Este príncipe, en quien el amor a su patria dominaba a toda otra pasión, trató disimuladamente de robustecer el poder real para salvar la independencia de su país. Cuando Catalina comprendió el alcance de los proyectos de su protegido, pactó con Federico II la repartición de una parte del territorio polaco. La parte pedida por Prusia tenía una especial importancia, pues unía la Prusia Oriental con las posesiones del Brandeburgo. Austria fue invitada a tomar parte en el reparto y aunque María Teresa estimó esta acción como un incalificable atropello, ante la posibilidad de una guerra y de quedarse sin nada aceptó. Rusia se adjudicó la parte principal y el Austria se anexó la Galitzia, región rica y poblada. Esta fue la primera partición de Polonia. La forma en que todo esto se había generado indicaba que con el tiempo se llegaría a una repartición total.

Catalina había aprovechado hábilmente la situación de Francia e Inglaterra que no podían intervenir debido a que se acercaba el conflicto provocado por la independencia de las colonias inglesas en Norte América.

4)

La elección del sucesor de Clemente XIV no fue un problema de tanta gravedad como había sido la de este Papa. El punto básico de esa elección fue la imposición por parte de las potencias borbónicas de suprimir la Compañía de Jesús. A pesar de que ya no existía este problema se mantenían los dos bandos principales del Colegio Cardenalicio: los coronari y los zelanti. Es-

tos últimos volvían a insistir en la elección de un sacerdote piadoso que fuera un ejemplo de virtudes.

El gobierno de Clemente XIV, digno de alabanzas en su aspecto administrativo, acentuó aún más el espíritu decadente de la influencia de la Santa Sede en la política internacional. El hecho de que las potencias católicas ejercieran el derecho que se habían arrogado de poder vetar las candidaturas que estimaban eran desfavorables para sus intereses se había convertido en un abierto cesaropapismo que coartaba la libertad de la Iglesia. Se había conseguido eliminar así a los hombres capaces de sacar al Papado de su decadencia teocrática. Se elegía a eclesiásticos buenos, austeros, de vida correcta, pero generalmente de poco carácter, amables, complacientes, que trataban ante todo de evitar conflictos y no perder las posesiones adquiridas. Se había llegado a una especie de axioma político no confesado, de que la libertad de la Iglesia dependía de la existencia de los Estados Pontificios.

Ya durante la lucha electoral que dio la tiara a Clemente XIV, se habían emitido opiniones de estadistas como Bernardo Tanucci de la conveniencia de no elegir ningún Papa, suprimir el Papado e ir a las iglesias nacionales. Era este el primer paso para destruir el catolicismo y quitar la barrera infranqueable que se oponía al despotismo real o gubernativo. El cesaropapismo ejercido por los monarcas o gobiernos que habían logrado subordinar las iglesias y transformarlas en instituciones estatales, realizaban un absolutismo total. Hoy, en el siglo veinte esto se denomina totalitarismo; la diferencia con los regímenes similares del siglo dieciocho está en la mayor perfección de la técnica actual. El despotismo ilustrado partía de la idea del poder divino que representaba el déspota, sin limitaciones, que era el dueño de la vida y de la hacienda de los súbditos y aun creía tener derecho de obligarlos a seguir determi-

nada creencia. Se volvía a la época imperial romana: la voluntad del César es la ley; idea característica de las culturas decadentes o prematuramente envejecidas.

La cultura rusa y las orientales, igual que la bizantina, llegaron a la autocracia. El soberano, el autócrata, ejerce la totalidad del poder y designa al sucesor; no es muy difícil ver que en los regímenes totalitarios se llega al mismo fin, expresado en otra forma.

El influjo dominante de las monarquías borbónicas se vio atenuado por la actitud de Luis XVI. Católico sincero, respetuoso de la autoridad pontificia, prescindió de intereses políticos. Con su apoyo fue elegido Pío VI. Juan Angel Braschi había nacido en Cesena; muy joven fue doctor en derecho y siguió la carrera eclesiástica. Al ocupar la Silla de San Pedro tenía cuarenta años de edad; de carácter piadoso, benigno y caritativo, figuraba entre los cardenales zelanti; jamás pudo pensar que durante su pontificado iba a terminar el Imperio Teocrático y se iniciaría el período de transición hacia el Imperio Espiritual. Ni tampoco pensaron los monarcas absolutistas católicos que al trabajar tanto por disminuir la influencia política del Papado, sólo habían conseguido socavar las bases de su autoridad y que las nuevas ideologías concluirían por derribar las monarquías. Era igual el peligro para los príncipes protestantes. Sólo era cuestión de tiempo, pues la evoluciones política a base de ideas nuevas o que aparecen como una novedad, son contagiosas y tarde o temprano prenden en los países vecinos.

5)

Inglaterra había vencido en la guerra de Siete Años y con este triunfo aseguró su preponderancia y su ya indiscutible dominio marítimo. A pesar de tan halagador resultado, la guerra había producido una situación

económica muy grave. La deuda pública aumentó en tal forma que no podían servirse los intereses con las entradas fiscales; era necesario aumentar los impuestos y como se estimaba que los más beneficiados con la guerra eran las colonias de Norte América, en justicia deberían contribuir al pago del déficit existente. Pitt y otros políticos comprendieron el peligro que encerraba una medida de esta naturaleza; pero no fueron oídos.

Inglaterra exigía un monopolio del comercio marítimo que muy poco importaba a los norteamericanos porque el contrabando se ejercía en gran escala, pues debido a la gran extensión de las costas era imposible un control eficaz; se gastaba más en el pago de los funcionarios de la policía marítima que el monto de los impuestos que se conseguía recaudar. Se había desarrollado una marina mercante dedicada a este comercio que era muy lucrativo. Entre las varias leyes que aprobó el Parlamento respecto de estas colonias se hizo efectiva una que establecía un impuesto especial a las mercaderías de importación que se necesitaban en las colonias.

La guerra contra los franceses había creado entre los colonos la conciencia de su poder y el deseo de ser libres. Los estados del sur, de actividad agrícola, eran los más fieles a Inglaterra y al rey; mas los del centro y especialmente los del norte pensaban que había llegado el momento de separarse. Se negaron a usar las mercaderías afectadas por los nuevos impuestos y muy luego se produjeron incidentes cada vez más graves hasta al derramamiento de sangre. El gobierno inglés resolvió reducir las colonias a la obediencia y contrató tropas alemanas que trasladó a América.

El movimiento revolucionario causó en Francia enorme entusiasmo y como estaba de acuerdo con las nuevas ideas estuvo de moda. A esto se agregaba el ansia que existía en el país de vengar la anterior derro-

ta. Luis XVI no deseaba ir a una guerra, el ministro Vergenne tampoco; la situación financiera lo impedía; pero era indudable que convenía aprovechar el momento político para conseguir un éxito diplomático; la marina francesa había sido reorganizada y estaba en condiciones de luchar con la inglesa, sobre todo si se conseguía el apoyo de España. En verdad no se conocía el valor efectivo de la armada española.

Se comenzó por proporcionar las armas y el equipo necesario para que los norteamericanos pudieran organizar la resistencia; muchos jóvenes franceses, llevados por el entusiasmo de luchar por la libertad de su pueblo, partieron a enrolarse en el ejército norte americano, que se estaba organizando bajo el mando de Jorge Washington, que se había distinguido en la anterior guerra contra los franceses del Canadá. Lentamente, como pasa casi siempre en estos casos, la situación se agravó hasta llegar a la proclamación de la independencia de los trece estados en el congreso de Filadelfia el 4 de Julio de 1774.

Ante la imposibilidad de ocultar la intervención disimulada, Francia se vio obligada a entrar a la guerra contra Inglaterra. Vergennes, con gran habilidad, consiguió que el conflicto fuera sólo marítimo, que no hubiera ningún enemigo en el continente y, por último, que España declarara la guerra a Inglaterra. Hubo varias batallas y combates navales con suerte variada; pero el desembarco de un cuerpo de ejército de seis mil franceses en América fue un golpe decisivo; poco después el principal ejército inglés al mando de Cornwallis se rindió en Yorktown. Inglaterra firmó la paz en Versalles por la que se reconoció la independencia de los Estados Unidos de Norte América. Francia recuperó la Luisiana y varias factorías y colonias pequeñas. España quedó dueña nuevamente de la península de la Florida.

6)

El emperador José II reinó como co-emperador a la muerte de Francisco I y como emperador único cuando falleció la emperatriz María Teresa. Era José II de apuesta y majestuosa figura. Sin ser arrogante, inspiraba respeto y simpatía, daba muestras de una bondadosa autoridad. Bien educado e instruido, tuvo pasión por el estudio, por el saber. Algunos historiadores dicen que poseía un gran criterio; su actuación como gobernante, la forma como reaccionó ante los acontecimientos, demuestran que su gran defecto fue el carecer de criterio, del criterio práctico esencial en un hombre de estado. Fue una víctima de la Ilustración, padeció de una intoxicación filosófica producida por la ideología de su época. Aceptó como verdad de fe principios deducidos de una filosofía materialista ocasional, que adolecía de mucha ingenuidad. Creía, como los prohombres de su tiempo, que los hombres eran buenos y si los había malos o procedían mal era debido a una legislación inadecuada; con buenas y sabias leyes habría un pueblo feliz.

El intenso deseo de cambiar, de innovar y reformar todo lo existente lo llevó a cometer tales errores que sólo su muerte evitó una revuelta de incalculables proyecciones. Y este monarca, uno de los mejores de su familia en cuanto a su talento y nobles intenciones, que pudo haber sido un brillante soberano, terminó abrumado por un terrible fracaso. Como Felipe II de España, fue un esclavo de sus deberes, modesto y sencillo, supo mantener su posición regia y dar ejemplo de sobriedad.

Conviene estudiar el gobierno de este soberano bajo tres aspectos: el de la política religiosa, el de la política exterior y el de la interior. José II se decía católico; da la impresión de que esto era debido sólo a la tradición secular de su estirpe; en realidad fue un deís-

ta, como se puede deducir de una de sus cartas dirigidas a su madre, la emperatriz María Teresa:

"Cada vez estoy más convencido de la rectitud de mis principios en vista de las francas manifestaciones anti-religiosas ocurridas en Moravia; si se concediera la libertad de cultos, no habría más que una religión, es a saber, la de dirigir a todos los ciudadanos igualmente a la consecución de la prosperidad material. Si no se hace no habrá modo de procurar la paz de las almas y se sacrificarán muchos cuerpos que necesitamos y podrían sernos útiles. ¿Acaso el poder de los hombres puede aspirar a corregir los altos juicios de Dios, a salvar a los hombres a pesar de su yo y a gobernar sus conciencias? Vosotros los que sois señores temporales con tal que el Estado se halle debidamente servido y se cumplan y reverencien las leyes de la naturaleza y de la sociedad, tributando al Ser Supremo el honor que le es debido, debe bastaros. ¿Por qué habéis de tratar de invadir una esfera que no os corresponde? La ilustración de las almas sólo puede hacerla el Espíritu Santo, cuya influencia no es posible regular por nuestras leyes. Como Vuestra Majestad sabe bien, este es mi credo que profesaré todo el tiempo que dure mi vida".

A esto contesta María Teresa con una frase profética:

"Sin una religión suprema sobrevendrán la tolerancia y la indiferencia, acarreando la ruina y la destrucción total de todo. Nosotros mismos seríamos las primeras víctimas".

Debido a esto la Emperatriz decía: "Enseño a mi hijo a amar las artes para que le civilicen. Tiene el corazón duro".

Una vez dueño del poder comenzó sus reformas; en el campo religioso no pretendía sólo ejercer un cesaropapismo, sino que iba a la destrucción del Papado. Es conveniente recordar la opinión de Bernardo Tanucci

sobre esto. Promulgó edictos de tolerancia y de libertad de culto. Olvidaba que un imperio tan heterogéneo como en el que él reinaba, era necesario un lazo de unión, que soberanos como Carlomagno lo habían encontrado en la idea religiosa y que monarcas de tan insigne talento y criterio, como los reyes católicos lo usaron como único medio de unir pueblos y razas inconexas hasta crear una nacionalidad.

Prohibió que sin el consentimiento imperial se ejerciera la autoridad eclesiástica de Roma. Los Obispos deberían depender directamente sólo del gobierno. Tenía fastidio, verdadero odio contra las congregaciones religiosas y empezó a eliminarlas, tanto las de frailes como las de monjas. Suprimió dos mil conventos y sólo autorizó setecientos; redujo el número de frailes de veintisiete mil a diecisiete mil y dedicó los bienes de las comunidades suprimidas a formar un fondo para asuntos religiosos. Intervino en los seminarios, reglamentó los estudios y nombró profesores que estuvieran de acuerdo con sus reformas. Después pasó a los detalles, reglamentó hasta el toque de las camapanas; exigió un mínimun de pompa en los funerales y se ordenó que los cadáveres fueran sepultados desnudos. Con razón Federico II lo llamaba "mi hermano el sacristán".

Alarmado Pío VI ante la actitud del Emperador que no aceptaba ninguna observación y pasaba por encima de todos los derechos establecidos, resolvió ir a Viena. La idea de este viaje fue muy combatida en Roma; la mayor parte de los Cardenales no la aceptaron. Sentían, se daban cuenta que se acercaban los momentos finales del Imperio Teocrático. Con razón creían ver en el proyecto del Papa una humillación de la Santa Sede; era una Canosa al revés. A pesar de todo Pío VI insistió; ni siquiera tomó en cuenta la advertencia de José II, de que el viaje era inútil, pues él no cedería en nada. Y así pasó. El Papa tuvo la satisfacción de ver el

fervor con que el pueblo lo recibió en todas partes. El Emperador fue atento y respetuoso; no así el canciller Kaunitz que se negó a doblar la rodilla y besar la mano del Pontífice. El resultado del viaje fue completamente nulo y José II continuó adelante en su manía reformatoria.

Surge la pregunta de qué influencia tuvo la Masonería en este nuevo orden de cosas, en una de las monarquías que había sido un baluarte del catolicismo. Hay que recordar que esta sociedad aparentemente no tenía un carácter anti-católico, que figuraban en sus logias no sólo sacerdotes, sino también prelados; pero hábilmente la burguesía iba tomando el control de la sociedad y se estimaba que la primera valla que había que salvar para suprimir el absolutismo y llegar al poder, era terminar con el Papado y destruir la Iglesia Católica.

Parece que José II no fue masón; pero tanto él como su hermano Leopoldo tuvieron gran simpatía por esta nueva sociedad, tan de acuerdo con el espíritu de la época. Favorecieron su desarrollo en sus Estados. En Viena las logias eran muy escasas por que contaban con la abierta enemistad de María Teresa; durante el gobierno de José II hubo en Austria más de seiscientas.

En Toscana inició Leopoldo una política similar a la de su hermano; prescindió por completo de la autoridad pontificia; pero hombre de mayor criterio, muy luego se convenció del grave peligro que se estaba generando y del papel que las logias desempeñaban en el avance de la Revolución en Francia y vio la necesidad que había de frenar la propaganda que hacían las sociedades secretas. Cambió totalmente su política y tuvo muy presente el angustioso aviso de María Antonieta: "¡Cuidado con la Franc Masonería! ¡Ya debéis estar advertidos de que por esta vía cuentan los monstruos de aquí con llegar en todos los países al mismo fin! ¡Oh

Dios mío! ¡Guardad a mi patria y a vos de parecida desgracia"!

7)

En la política exterior, José II, de acuerdo con María Teresa y después como único Emperador, trató de continuar el intento de adquirir Baviera o parte de ella, cambiando este territorio por otro de los que poseía, como Bélgica. La tenaz y hábil oposición de Federico II que no aceptaba un mayor engrandecimiento del Austria en Alemania, impidió la realización de este proyecto, cuando Francia se vio imposibilitada para intervenir a causa de la Revolución. El rey de Prusia por último recurrió a las armas; invadió con su ejército Bohemia y se encontró frente al austríaco dirigido por el Emperador. Ninguno de los dos se resolvió a luchar; Federico, ya anciano, temía comprometer su fama de gran capitán y José su probable prestigio de buen general. Se llegó a un acuerdo en Teschen; con pequeños cambios el asunto quedó en nada.

Inglaterra miraba con agrado el desarrollo de la revolución en Francia. Era un hecho que se destruía el poder de su rival más poderoso, más no se fijaba que con esto contribuía a que el centro de la política se desplazara hacia el oriente sin participación del poder inglés. Prusia, Rusia y Austria formaban un bloque formidable; aunque sus intereses eran contrapuestos. El primer reparto de Polonia no había sido un motivo de amistad, era sólo un compás de espera, para ver cual de las tres potencias iba a aprovechar el resto.

Se enaltece el talento político del canciller austríaco Kaunitz cuando se recuerda que el fue el único estadista de ese tiempo que comprendió lo que era Rusia y lo que significaban sus ambiciones. La absorción de Polonia; la marcha hacia el mar Negro y el Danubio

afectaba las ambiciones austriacas y la formación de un imperio tan fuerte, que bajo un aspecto de semi-barbarie ocultaba un poder y una ansia de nuevas conquistas, era una amenaza no sólo para el Austria sino también para toda Alemania primero y después para la totalidad de la cultura occidental. Es decir, Kaunitz vio claramente lo que Federico II, con su gran talento de estadista no supo apreciar o no quiso hacerlo ante un beneficio inmediato como fue la participación de Polonia, lo que era muy propio de la política de los soberanos de Prusia, nacionalidad hasta entonces ficticia.

La política que Kaunitz recomendaba consistía en formar una alianza entre Austria, Prusia y Turquía para detener el avance ruso; los turcos ya no eran un peligro y las ambiciones prusianas se podían satisfacer con los territorios de las costas del Báltico que habían sido colonizados por las órdenes militares alemanes. José II, con su mal criterio característico no supo apreciar una política tan lógica y tan hábil. Hizo todo lo contrario. Deslumbrado por los proyectos de Catalina II, se alió con Rusia contra Turquía. Esta nueva guerra fue un gran triunfo para Rusia que se apoderó de Crimea y de Asof y amenazó la desembocadura del Danubio. En cambio Austria, que encaraba la parte más difícil y ante el peligro francés tuvo que aceptar una paz que engrandecía a Rusia en tal forma que pasaba a ser un poderoso rival del Imperio Austríaco.

8)

En la política interior José II procedió en la misma forma errónea que había seguido en los asuntos eclesiásticos e internacionales. Llevado por su afán reformatorio trató de reglamentar todas las actividades; daba decreto tras decreto, de tal manera que a continuación de haber promulgado uno, venía otro que lo mo-

dificaba. Federico II, de cáustico ingenio, tan déspota como el Emperador, pero de sano juicio y que pensaba muy bien lo que iba a hacer, opinaba sobre José II en la siguiente forma:

"La mente del Emperador es un almacén en que están profusamente hacinados despachos, órdenes y decretos".

La monarquía austríaca era un conjunto de dominios lo más herereogéneos. El núcleo, la parte dominante, era la alemana y a su alrededor estaban los checos en Bohemia, cuya raza eslava manifestaba su resistencia a la dominación alemana en cualquier ocasión; nada había logrado hacer desaparecer el sentimiento nacionalista. En Moravia la población eslovaca procedía de igual manera. Hungría era un reino de ambiente feudal; se necesitaba el tacto admirable de María Teresa para mantenerlo tranquilo y obediente. Los dominios croatas y servios tenían características distintas. A todo esto era necesario agregar los territorios polacos, italianos y la distante Bélgica.

El Emperador creyó que por medio de leyes iba a tranformar y unificar el sentir de tan inconexas poblaciones. Llegó hasta pensar en establecer un sólo idioma. El único lazo que como hemos visto podía haberle servido de unión, el religioso, lo abandonó y trató de destruirlo. Las reformas inoportunas crearon un clima de resistencia, que muy luego se convirtió en una franca revuelta como sucedió en Bélgica, donde se había llegado al extremo de obligar a la Universidad de Lovaina a seguir el plan de estudios y la administración ideada por el monarca. Pronto estalló la sublevación en Hungría y la situación se habría agravado si el Emperador hubiera vivido más. El sucesor Leopoldo II, con mucha cordura, abandonó todas las reformas resistidas y siguió una política de acuerdo con el sentir nacional respectivo.

# CAPITULO XV

1) El iluminismo - Cagliostro.— 2) El asunto del collar.— 3) Aspectos de la Revolución Francesa.— 4) Final.

## 1)

Los deístas y ateos habían evolucionado hacia un completo materialismo, reforzado por la admiración producida por el avance de las ciencias experimentales; creían ver confirmada su idea de que el hombre por sí mismo podía conseguir una vida estable y cómoda. Olvidaban la natural tendencia hacia algo espiritual que llena el desconsolador vacío de la idea de la muerte como término total de la personalidad, y esta ansia inevitable de pensar en el más allá produjo un nuevo movimiento que partió de los países protestantes. Se le dio el nombre de iluminismo porque sus adeptos se creían dominados por el éxtasis que los acercaba hacia lo sobrenatural, hacia lo divino. Uno de los apóstoles de la nueva ideología fue el sueco Manuel Swedemborg, que en realidad fue un honrado visionario. En Alemania se formó una secta que pensaba en crear una nueva religión. El fondo del pensamiento tanto de ateos, deístas

e iluminados era la destrucción total, no sólo del catolicismo que lo daban por agónico, sino también del cristianismo. Era una reacción, una vuelta al paganismo tan variado a fines de las culturas helénica y romana; una nueva tentativa como la del emperador Juliano. Los tres grupos tenían en la masonería su campo de acción; a las logias conocidas se agregaron las de los rosacruces que representaban la máxima expresión del iluminismo. Las logias actuaban en la alta burguesía y en la nobleza; no tenían ningún ambiente popular.

Junto a los iluminados que sinceramente veían la verdad en sus creencias, apareció una serie de charlatanes que se aprovechaban de la natural credulidad humana y la explotaban en beneficio propio. Algunos de gran talento llegaron a ser notables personajes. Mesmer observó los fenómenos del magnetismo personal; pero éste fue un médico honrado que trató de hacer un estudio científico de algo que otros usaron para engañar. Uno de estos personajes misteriosos fue el conde de Saint Germain, como él se titulaba. Supo rodearse de un ambiente de admiración increíble que pudo mantener hasta su muerte.

Mas célebre que Saint Germain, fue el famoso conde Cagliostro, que estaba dotado de un verdadero genio del embuste, unido a un gran poder de sugestión y a especiales aptitudes de prestidigitador. José Bálsamo, este era su verdadero nombre, nació en Sicilia, parece que en Palermo, casó con una mujer de rara y exótica belleza que lo secundó admirablemente en sus trabajos. Viajó por diferentes países de Europa haciéndose preceder de una fama de mago y de hombre misterioso, que había vivido miles de años, que disponía de un milagroso poder para curar todas las enfermedades, que tenía el secreto de una agua que devolvía la juventud y que podía transformar en oro cualquier metal. No se dete-

nía mucho tiempo en ninguna parte; así evitaba que se conocieran sus procedimientos.

Su mayor éxito lo obtuvo en Francia a donde llegó con el título de conde de Cagliostro. Usaba diferentes nombres y títulos; en Prusia había sido el conde Fénix. Es interesante su arribo a tierra francesa: se detuvo en Estrasburgo y salió de paseo por la ciudad vestido en forma extraordinariamente ostentosa, luciendo rutilante pedrería. Se detuvo ante una escultura de Cristo crucificado y lanzó con voz fuerte y sonora la siguiente frase:

¿Cómo es posible que un artista de hoy haya podido expresar un parecido tan asombroso?

Uno de los transeúntes que se había acercado ie preguntó: ¿Y cómo sabéis que tiene parecido. Habéis conocido a Jesús acaso? —Lo vi muchas veces antes que fuera crucificado. Con frecuencia lo esperé para pasear a las orillas del lago Tiberiades.— Esto lo decía con una voz de una dulzura especial y con la mirada perdida en la lejanía. Y volviéndose hacia su criado le dice: —Y tú ¿te acuerdas de Jesús? —el interpelado responde.— Se olvida Ud. señor que sólo hace tres siglos que estoy a su servicio.

Ejercía Cagliostro una extraña fascinación y así se explica que lejos de reírse, los que le escuchaban tan ridículo diálogo, le contemplaran con profunda admiración y respeto.

El cardenal príncipe de Rohan mandó pedirle una entrevista: su respuesta fue: Si el señor cardenal está enfermo lo curaré, que venga. Si se encuentra bien no tiene necesidad de mí ni yo de él.

La entrevista se efectuó y el cardenal fue su primera víctima en Francia; creyó haber encontrado en él un mago que disponía de poderes extraordinarios. En París triunfó rápidamente en los círculos aristocráticos gracias al apoyo de Rohan y a sus propias actitudes.

Hacía tiempo que Cagliostro había sido iniciado en las logias masónicas; pronto su fértil ingenio encontró la manera de hacer un espléndido negocio si se aprovechaba de que estaba de moda afiliarse en alguna logia. Habló de que la Masonería francesa seguía los ritos escoceses anticuados y corrompidos; en cambio él "El Gran Iniciado" iba a restaurar las logias de rito egipcio, que eran las únicas depositarias de los grandes secretos que se remontaban a Enoch, Melquisedec y Elías. Ideó una organización que comprendía más de noventa grados con ritual, títulos, ornamentos y la revelación escalonada de grandes misterios, que sólo existían en la mente fecunda de Cagliostro. Para ser iniciado había que pagar previamente una elevada suma de dinero.

La masonería egipcia tuvo un éxito estupendo, sobre todo pecuniario, lo que lo animó a crear las logias femeninas de adopción, en que su esposa Lorenza Feliciani aparecía como la gran iniciada. Entre la nobleza y la alta burguesía llegó a ser un signo de distinción el pertenecer a una de estas logias.

Cuando se lee las memorias y los recuerdos de las personas que vivieron y actuaron en estos medios, el lector queda estupefacto al considerar hasta dónde llega la necedad humana y ver cómo los listos la estimulan, cómo se aprovechan de las pasiones para conseguir sus fines. Toda sociedad que se cree libre en su modo de pensar, que rechaza toda creencia dogmática, se hace supersticiosa y crédula hasta que llega a aceptar engaños y mentiras en forma increíble.

2)

El magnífico resultado obtenido en París indujo a Cagliostro a cometer el error de continuar en esta ciudad; dejó a un lado su táctica de alejarse a tiempo antes que se descubrieran sus embustes; y la suerte no lo

acompañó; cuando menos lo esperaba se vio envuelto en el proceso del collar, que causó su ruina.

Años después Mirabeau dirá, en unos de sus brillantes discursos, que la Revolución Francesa comenzó con el asunto del collar. Es esto una exageración, un recurso oratorio; pero no hay duda que la hábil explotación por una parte y la torpeza por el lado contrario para tratar el escándalo producido, dio origen a un clima que agravó el ambiente pre revolucionario que ya existía. El asunto del collar sintetizado en pocas palabras es el siguiente:

El cardenal Luis de Rohan, que había sido embajador en Viena, fue considerado por la emperatriz María Teresa como un aristócrata pernicioso, en el cual no se podía confiar por su vida inapropiada a sus altas funciones eclesiásticas. María Antonieta participó de esta idea y no miraba con buenos ojos la presencia de Rohan en la corte. En cambio éste, llevado por una ambición incontenible, pensaba llegar a obtener el poder como ministro al conseguir el favor de la reina. No hay duda que Cagliostro, a quien el cardenal consultaba en todo, trató de alentar sus ilusiones de alcanzar una alta posición política.

La reina había aceptado en Versalles, más por piedad que por otro motivo, la presencia de la condesa de La Motte de Valois, que se decía descendiente de esa antigua familia real y que se había casado con un aventurero, el conde de La Motte. Era una mujer intrigante, ambiciosa y mal agradecida, que al comprender las secretas ambiciones de Rohan resolvió explotarlas en provecho propio.

Luis XV había pedido al joyero Boehmer un collar de perlas para la Du Barry y éste había logrado reunir las más bellas y de gran valor, lo que hizo subir el precio de la joya a dos millones de libras francesas de esa época. Como el rey muriera, Boehmer ofreció el collar

a la reina María Antonieta, mas Luis XVI se negó a hacer un gasto que equivalía al costo de dos navíos de guerra tan necesarios en el conflicto con Inglaterra.

La condesa de La Motte ideó todo un plan de engaño para apoderarse del collar. Se presentó al cardenal y le dio a conocer el deseo que tenía la reina de comprar la joya y que vería con agrado que él lo hiciera en privado en su nombre. Se concertó una entrevista misteriosa en los jardines de Apolo en Versalles y ahí Rohan vio a la reina; para que desempeñara tal papel se había buscado una mujer que físicamente era el retrato de María Antonieta. Esta dijo quedamente al pasar ante el cardenal, que estaba todo olvidado y que le daba las gracias. Rohan recibió cartas falsificadas de la reina y ya con estas pruebas de la voluntad de María Antonieta compró el collar, dando una cantidad al contado y fijando plazos para el pago del saldo que se iba a cubrir con el dinero que la reina prometía cancelar. El collar fue entregado a un falso camarero de Versalles que lo llevó donde el esposo de la condesa de La Motte, el que partió hacia Londres. El collar fue despedazado y las perlas vendidas separadamente.

Pasó el tiempo y cuando llegó el momento de pagar la segunda cuota, se encontró el cardenal de Rohan con que no disponía de una suma tan cuantiosa y la reina no daba muestras de recordar el compromiso contraído. Trató de poner en claro el asunto y llegó a la conclusión de que había sido estafado en una forma vergonzosa y nada podía decir, pues aparecía comprometido el nombre de la reina. Cagliostro le demostró que las cartas de María Antonieta eran una burda falsificación.

El desenlace se produjo cuando el joyero Boehmer se presentó al rey para conseguir se le pagara, y Luis XVI indignado contra el cardenal, cometió la imprudencia de provocar un escándalo, al hacerlo detener y conducir a la Bastilla, en los momentos en que éste iba

a oficiar la misa un día festivo en Versalles ; y a esto agregó el error de entregar el proceso al Parlamento. Se repite aquí por parte del rey la misma falta de criterio que cometieron los jesuitas al recurrir al Parlamento en el proceso de Lavalette. Causa asombro el pensar en la ingenuidad, tanto del rey como de sus consejeros. al creer que un tribunal devorado por la ambición política, fuera a emitir un fallo sin aprovechar el desarrollo del proceso en pro de sus aspiraciones.

Tras largas sesiones, en que se destrozó a jirones el respeto hacia la corona, se pronunció la sentencia que aunque era correcta dio lugar a que el público siempre creyera en la culpabilidad de María Antonieta. La condesa de La Motte fue condenada como una vulgar estafadora y Rohan desterrado. El más perjudicado fue Cagliostro; ante un tribunal que le hacía preguntas precisas que debía contestar en igual forma para no incurrir en contradicciones, que él comprendía claramente le serían fatales, el mago se derrumbó y apareció la verdad de su origen, nombre, vida y procedimientos. El que hiciera ver al cardenal que las cartas atribuidas a María Antonieta eran falsificadas lo salvó. Fue obligado a salir de París y de Francia en un plazo de pocos días.

El fin de José Bálsamo, el hombre que según él había vivido miles de años, fue muy triste: atraído por una fuerza irresistible volvió a Italia y se estableció en Roma. Declaró haber vuelto al catolicismo; pero cuando la Inquisición Romana pudo comprobar que organizaba logias masónicas en Roma, lo que estaba condenado, lo encarceló y fue sentenciado como hereje a prisión perpetua. Vivió cuatro años más en el calabozo donde murió. Por supuesto que luego se extendió la leyenda de que se había fugado y con otro nombre continuaba su vida de ya innumerables años.

3)

Durante ciento cincuenta años ha sido considerada la Revolución Francesa como uno de los hechos más trascendentales de la Historia de la Humanidad; las palabras "libertad, igualdad y fraternidad" tuvieron un efecto mágico que traspasó las fronteras de Francia para infiltrarse en los movimientos políticos de la Europa Occidental y de la América Latina. Lentamente el tiempo ha ido demostrando cuánta ilusión, cuánta vanidad, encerraban estas palabras.

En nombre de una fraternidad, ya no cristiana, sino nacida en las logias masónicas, producto de una tendencia ideológica que revertía hacia el paganismo, que no había conocido ni la caridad ni la fraternidad (ésta era sólo de palabras, de un valor ocasional, función de la conveniencia particular; muy distinta de la fraternidad que había acunado a la cultura occidental, fundada en la idea de un mandato divino y cultivada por siglos en el corazón popular), se desató una tempestad, una ráfaga de locura satánica. Se llevó a la guillotina, al degüello, tanto al noble como al burgués, al poeta ilustre, al sabio que era una promesa del avance de la ciencia, al aprendiz, al compañero y al venerable maestro. Primero en el nombre de la diosa razón y después en el del Ser Supremo, se trató de divinizar lo humano y prescindir de lo divino. Al fracasar la fraternidad arrastró en su caída a la libertad y a la falsa igualdad y se entregó a las fauces voraces de los dueños del dinero, al proletariado que va a conocer un nuevo tipo de esclavitud.

En la Revolución hay que considerar dos aspectos: el teatral, romántico, trágico y novelesco, tan propio de la cultura occidental y en especial de la nacionalidad francesa, y el político. El primero ha sido ampliamente explotado por los poetas, novelistas y hasta en histo-

rias de hermosa literatura; pero en que se altera la verdad en forma novelesca, lo que ha creado un falso concepto sobre el valor efectivo de la Revolución.

El segundo aspecto es el político y es el que corresponde a la fatal evolución de una cultura. El hecho de que al otro lado del Atlántico hubiera nacido lo que equivocadamente se tomaba por otra nación, cuando en realidad era una nueva cultura, influyó en una forma decisiva en la evolución de la Europa Occidental. La proclamación tan aparatosa, tan teatral, de los derechos del hombre, tan alabada por los franceses, era sólo la expresión de una ideología iniciada años atrás y una imitación de lo que los norteamericanos habían anunciado en forma sencilla, propia del modo de pensar de una cultura naciente en pleno vigor juvenil; en cambio la otra comenzaba el prólogo de su decadencia.

4)

En la cuarta parte de este relato veremos el desarrollo de la revolución y como parece haber llegado el momento propicio para suprimir el Papado, cuya consecuencia lógica sería la destrucción de la Iglesia Católica. Circunstancias casuales lo impiden y es curioso observar cómo los ejércitos cismáticos rusos y las fuerzas anglicanas van a contribuir a evitar que esto suceda.

Pasan unos pocos años y nuevamente la Santa Sede tiene que hacer frente a otro peligro tan mortal como el anterior. Un cesaropismo aplastante, el napoleónico, está a punto de subyugar a la Iglesia y otra vez causas extrañas disipan este peligro.

Por último desaparecen los dominios temporales y comienza el quinto período en que se puede dividir la historia política de la Iglesia: el "Imperio Espiritual".

# INDICE

CAPITULO I ..... 11

1) Generalidades.— 2) Alejandro II (1655).— 3) Cristina de Suecia.— 4) y 5) Luis XIV.— 6) El jansenismo.

CAPITULO II ..... 25

1) Clemente IX (1667).— 2) Restauración de los Estuardos en Inglaterra (1660).— 3) Felipe IV de España.— 4) Ministros de Luis XIV.— 5) Guerra de la Devolución (1665).— 6) Clemente X (1670) e Inocencio XI (1676).— 7) Guerra de Holanda (1672 a 1678).— 8) Los Hohenzollern.

CAPITULO III ..... 39

1) Ultima ofensiva de los turcos.— 2) Conflicto de Luis XIV con el Papa.— 3) y 4) La Corte de Versalles.— 5) Anulación del Edicto de Nantes.— 6) Carlos II de Inglaterra.

CAPITULO IV ..... 51

1) Política exterior de Luis XIV.— 2) Guerra de la Liga de Ausburgo.— 3) Alejandro VIII (1689) e Inocencio XII (1691).— 4) y 5) La sucesión española.— 6) Clamente XI (1700).— 7) y 8) Guerra de la Sucesión de España.

CAPITULO V ..... 69

1) Consecuencias del reinado de Luis XIV.— 2) La Regencia.— 3) Guillermo Dubois.— 4) Jorge I rey de Inglate-

rra.— 5) Julio Alberoni.— 6) Isabel Farnesio, reina de España; 7) Coalición contra España; 8) Juan Law.— 9) Final de la Regencia.

CAPITULO VI .... 89

1) La Ilustración.— 2) Juan Bautista Vico.— 3) Montesquieu.— 4), 5), 6), 7) Voltaire.

CAPITULO VII .... 107

1) Pedro el Grande.— 2) Carlos XII de Suecia.— 3) Clemente XI (1700).— 4) El asunto de los ritos chinos.— 5) Inocencio XIII (1721); Benedicto XIII (1724); Clemente XII (1730).— 6) Luis XV y Fleury.— 7) Guerra de la Sucesión de Polonia.— 8) Roberto Walpole.

CAPITULO VIII .... 123

1) Juan Jacobo Rousseau.— 2) La Enciclopedia.— 3) La Masonería en Inglaterra.— 4) La Masonería en Francia.— 5) Las clases privilegiadas francesas en la Masonería.— 6) Trabajo de la Masonería.— 7) La Masonería en España y otros países.

CAPITULO IX .... 137

1) La Pragmática Sanción.— 2) Federico II Rey de Prusia.— 3) Benedicto XIV (1740-1758).— 4) Guerra de la Sucesión de Austria.— 5) María Teresa de Habsburgo.— 6) Federico II invade Bohemia.— 8) Fin de la guerra de Sucesión de Austria.

CAPITULO X .... 153

1) Jesuitas y templarios.— 2) Causas de la supresión de la Compañía de Jesús.— 3) Acción de la Masonería.— 4) Pombal.— 5) Empieza el ataque a los jesuitas.— 6) Los je-

suitas colonizan el Paraguay.— 7) Incidentes con los jesuitas.— 8) Clemente XIII (1758).— 9) Expulsión de los jesuitas del Portugal.

CAPITULO XI ..... 173

1) y 2) Períodos del reinado de Luis XV.— 3) Expulsión de los jesuitas de Francia.— 4) Franceses e ingleses en la India.— 5) Colonias de Francia e Inglaterra en América.— 6) Cómo considerar las culturas.— 7) Origen de las ideas sobre las culturas.— 8) Clasificación de las culturas.— 9) La Iglesia Católica y las culturas.

CAPITULO XII ..... 193

1) El abate Bernís.— 2), 3) y 4) Causas de la guerra de Siete Años - 1756.— 5) Guillermo Pitt.— 6) Fernando VI Rey de España.— 7) Carlos III.— 8) Expulsión de los jesuitas de España - 1767.

CAPITULO XIII ..... 209

1) Elección de Clemente XIV - 1769.— Supresión de la Compañía de Jesús.— 2) Muerte de Clemente XIV - 1774.— 3) Juicio sobre Clemente XIV.— 4) Fin del reinado de Luis XV.— 5) Luis XVI.— 6) Comienzos del reinado de Luis XVI - 1774.

CAPITULO XIV ..... 125

1) José II en Francia.— 2) Necker y De Calonne.— 3) Catalina II.— 4) Elección de Pío VI (1775).— 5) Independencia de los Estados Unidos de Norte América.— 6) Política religiosa de José II.— 7) Política exterior de José II.— 8) Política interior de José II.

CAPITULO XV ..... 243

1) El iluminismo - Cagliostro.— 2) El asunto del collar.— 3) Aspectos de la Revolución Francesa.— 4) Final.

TEOCRACIA CATOLICA

Vol. III

por *Julio Tapia Cabezas*

Se terminó de imprimir bajo el sello de la Editorial Del Pacífico, S. A., el 18 de mayo de 1962 en las prensas de la misma Editorial, Alonso Ovalle 766. Santiago de Chile.

¡PRONTO!

## LAS DOS CARAS DE JANO
por
Cristián Huneeus

Cristián Huneeus fue uno de "los diez" que formaron el Primer Taller de Escritores organizado por la Universidad de Concepción y timoneado por Fernando Alegría. Antes de incorporarse a este Taller, Huneeus ya tenía a su haber dos libros publicados, y ambos con gran aceptación de crítica y público; el primero se trata de un volumen de cuentistas universitarios entre los que Huneeus destacó ampliamente; el segundo, su obra más importante hasta hoy, es *Cuentos de Cámara,* publicado por Editorial del Nuevo Extremo, y recibido tanto por la crítica oficial como por la espontánea, con rotundo elogio. Con *Las Dos Caras de Jano,* Cristián Huneeus alcanza la dimensión novelesca y se adentra en ella con la misma grata mesura y certidumbre con que supo llegar hasta los límites del buen cuento. *Las Dos Caras de Jano* es una obra que podríamos llamar "redonda", con un comienzo y un fin precisos, con una acentuada curva dramática que se aventura por el delicado mundo de los recién casados, de los primeros engaños, de la pérdida de la inocencia matrimonial; el mal introduce la punta de su larga uña en la pulpa de una vida idílica, riente, fresca, y por aquella herida chorrea, gota a gota, un argumento ricamente simbólico, sugerente, que hace de la lectura de esta novela un verdadero placer.

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01122 1449